

CONCHI ARAGÓN

CIRCULO CERRADO



Hace quince años, Laura se vio envuelta en el mundo de la droga para salvar a su mejor amigo y ayudar a la policía. En la actualidad, cuando aparece asesinado uno de sus viejos amigos, el pasado vuelve a aparecer en su vida. Laura tendrá que descubrir qué está ocurriendo si no quiere ser la siguiente.

**CIRCULO
CERRADO**



Conchi Aragón

A mis padres, Luis y Pilar.

A mis amigas, Mar y Mamen, por su apoyo
mientras escribía este libro.

Octubre 2.015

Ya había llegado el otoño, el verano había pasado casi sin darse cuenta, y de repente, de un día para otro, se había pasado de un calor insoportable a un frío casi invernal. En eso mismo estaba pensando Laura mientras miraba el armario decidiendo qué ropa ponerse.

Esa noche tenía una fiesta que le habían organizado sus amigos para celebrar su radical cambio de vida. Todavía estaba asimilando lo que había hecho, y sus amigos le organizaban una fiesta para apoyarla en su decisión.

Una mañana se había levantado hastiada con su trabajo repetitivo en la oficina. Había estudiado Informática en la Universidad Politécnica de Madrid, una de las primeras universidades en Madrid que creó dicha carrera. Ahora todas las Universidades tenían esos estudios, los cuáles habían dividido en un montón de ramas. Ya no era lo mismo, desde luego. Y un día se dio cuenta, o más bien se había dado cuenta hacía mucho, que ese trabajo ya no le satisfacía ni lo más mínimo. Cada día, levantarse de la cama para ir a trabajar era una tarea insoportable. Así que decidió cambiar totalmente y dedicarse a la restauración de muebles, tema al que hasta hacía muy poco se dedicaba en su tiempo libre como hobby.

Hacía ya seis meses que había alquilado una pequeña tienda a pie de calle en donde se dedicaba a restaurar los pocos muebles que le llevaban, y también a arreglar muebles de segunda mano que se encontraba en tiendas y mercadillos, los cuáles luego vendía. La verdad es que no se podía quejar, le iba bastante bien, por lo que estaba encantada. El vintage estaba de moda y a ella eso le venía muy bien.

A todo esto le daba vueltas mientras que contemplaba su aburrido armario. Después de tanto pensar decidió ponerse unos vaqueros con una blusa blanca y unos zapatos de tacón para ir algo más arreglada. Unos básicos que nunca fallan, pensó.

Todavía se estaba terminando de maquillar cuando sonó el timbre. Por la hora, se imaginó que sería David que venía a buscarla para llevarla a donde hubiesen decidido llevarla a cenar y a tomar algo, porque sus amigos habían pensado que sería buena idea que fuera una sorpresa y por supuesto no le habían contado nada.

Cuando abrió la puerta se encontró a David con un precioso ramo de rosas. David, tan guapo como siempre, con su casi uno noventa de estatura, un pelo castaño que siempre llevaba revuelto, sus ojos marrones y un cuerpo fibroso de gimnasio, se llevaba a las chicas de calle.

Le cogió el ramo mientras le invitaba a entrar. Inmediatamente fue a la cocina a coger una jarra para poner las rosas con agua y con una aspirina, que decían que así duraban más las flores, pero la verdad es que a ella se le morían las plantas tan rápidamente que hacía mucho tiempo que había dejado de molestarse en decorar con seres vivos su hogar.

- No tenías que haberte molestado. - Le dijo a David mientras que éste servía dos copas de vino tinto y observaba cómo Laura ponía el ramo en un jarrón que le quedaba algo pequeño al gran ramo. Al final tuvo que dejar apoyadas las flores en la pared para que el jarrón no volcara encima de la encimera de la cocina.

- Las he visto al salir de la oficina y he pensado en ti. Me parecía un bonito detalle para comenzar la velada. - Mostró su blanca dentadura en una gran sonrisa con ese aire de no haber roto un plato en su vida, aunque su brillo en los ojos indicaba justamente lo contrario.

David era uno de los mejores amigos de Laura, entre ellos no había ningún secreto. Se conocieron poco después de que Laura terminara la Facultad. Ella trabajaba de becaria en una empresa que desarrollaba software a medida para diferentes clientes y él se

había encargado de enseñarle, era su jefe. Posteriormente, Laura fue progresando en la empresa hasta que ambos llevaban dos equipos diferentes y estaban al mismo nivel. En ese momento ya eran muy buenos amigos, ambos se habían ayudado para llegar a donde estaban. Aunque a Laura le ofrecieron una buena oferta en otro departamento de la empresa, un puesto más comercial, que no pudo rechazar, por lo que su trabajo habitualmente tan cercano, dejó de serlo, ahí había estado trabajando hasta que lo dejó para dedicarse a la restauración, pero en ningún momento perdieron el contacto, de hecho ahora quedaban mucho más. Por supuesto, también habían tenido un par de citas y más que un par de noches de sexo. Aunque eso había sido hacía ya mucho tiempo.

- ¿No traes a Eva? - Eva, era la última conquista de David, o por lo menos la chica con la que estuvo el fin de semana anterior.

- No, Eva ya es historia. Espero conocer a alguien interesante esta noche en la fiesta. ¿Alguna de tus amigas crees que sería una buena pareja para mí? - Laura no pudo evitar soltar una carcajada, como decía su madre, le salió del alma.

- Creo que las conoces a todas. Y las que están libres creo que ya han probado tus “ya te llamaré”. Pero nunca se sabe, quizás a alguna le apetezca un polvo. No eres malo en ese aspecto y ya sabes que el mercado está muy mal. - Laura con risa irónica, se encogió de hombros y levantó las manos como si le estuviera diciendo que era un caso perdido y David no pudo menos que echarse a reír.

- Sabes, a veces sueñas un poco vulgar. - Le guiñó un ojo.

- Perdona que sea tan clara, ¿te molesta? - Su tono fue irónico mientras le sacaba la lengua de forma infantil.

- Anda, vámonos. Al final llegamos tarde. - Dijo riéndose.

Después de terminarse la copa de vino, salieron del piso para dirigirse al restaurante. Laura vivía en Madrid, en uno de esos nuevos barrios que parecían barrios dormitorio, todas casas nuevas, gente joven, pocas tiendas, pero muchos parques y muchas parejas con niños pequeños. Por lo menos su casa estaba cerca de la zona antigua, donde tenía todas sus necesidades a mano y cubiertas, aunque sólo fuera para ir a comprar el pan no tenía que darse un gran paseo ni coger el coche. Vivía sola, pero tenía un piso grande, de cuatro habitaciones, una de ellas era su despacho y otra su taller, donde a veces trabajaba en algunos muebles para relajarse, porque el trabajo pesado lo llevaba a cabo en el taller de la tienda.

En el ascensor, Laura no pudo evitar preguntar dónde era la cena, pero David no soltó ni prenda, sonrió, subió las cejas en gesto interrogante y con la cabeza hizo un gesto negativo. Estaba claro que hasta que no llegaran, no iba a saber dónde se dirigían.

Ya era noche cerrada en Madrid, pero estaba muy bonito con los edificios del centro iluminados. Pasaron por la Puerta de Alcalá, para girar en La Cibeles y seguir por el Paseo del Prado. Bueno, por lo menos estaba localizada, iba pensando. Entraron en el primer parking que vieron y que todavía tenía plazas libres. Eran prácticamente las diez de la noche y a esas horas no era fácil encontrar sitio para aparcar en el centro, incluso en parking.

El restaurante estaba en una pequeña callejuela detrás de la zona de Huertas. Laura no lo conocía. El interior era de estilo árabe, con muchas telas de colores vivos y mucho cachivache de mercadillo, y por lo que se veía, para cenar o estabas sentado en unos grandes cojines en el suelo o te tumbabas como si estuvieras en una cama. Ahora agradecía haberse puesto unos vaqueros.

Cuando llegaron, estaban todos en la barra tomando algo mientras les esperaban. Los primeros en verlos llegar fueron Marta y Pablo, la mejor amiga de Laura desde la Facultad y su marido, que también era compañero de estudios. Marta era una morenaza imponente, parecía una gitana de raza, aunque no lo era y Pablo, muy atractivo con la cabeza rapada y casi tan moreno de piel como su mujer. Si algún día

tenían hijos les iban a salir muy guapos.

Marta le daba un beso en la mejilla mientras le decía. - Menos mal que te has puesto cómoda, no me han dejado decirte nada para no darte ninguna pista.

- Creo que no lo hubiera adivinado, este sitio no me suena de nada. Y tampoco entiendo por qué tanto secretismo. - Le dijo Laura poniendo los ojos en blanco.

Cris, una rubia con gafas de pasta que le daban un toque muy intelectual, le acercó una copa de vino tinto. - Nunca se sabe lo que te vas a encontrar. - Pues sí que estaba misterioso todo el mundo, pensó Laura. Cris y ella habían estado hablando un buen rato esa misma tarde y tampoco le había dicho nada. Aunque claro, se pasaron todo el tiempo hablando de los problemas de Cris en la oficina. Siempre se desahogaba con ella porque antes trabajaban juntas, mano a mano, y Laura conocía todos los tejemanejes que se movían alrededor del trabajo de Cris.

También estaban Marcos y Pedro, un par de compañeros, ya excompañeros de trabajo, Nuria, Susana, Raquel y Luis, todas ellas habían estudiado con Marta y ella en la Facultad y Luis era pareja de Raquel desde que la conocía, así que también era parte de la familia, aunque actualmente ya se habían convertido en marido y mujer. Eran un grupo de once personas, los amigos más íntimos de Laura.

David nada más llegar se había acercado a Nuria y a Susana que eran las amigas solteras de Laura. En cuanto los vio le salió una sonrisa sin querer, ya estaba en su salsa, sacando todos sus encantos frente a dos chicas guapas, aunque por su puesto ya se conocían en el sentido más amplio de la palabra.

En cuanto llegó la camarera indicándoles que ya estaba la mesa preparada, todos cogieron su copa que aún estaba sin terminar y siguieron a la atractiva chica, que iba vestida con un conjunto lleno de monedas y enseñando cadera. Laura supuso que después de la cena bailarían la danza del vientre. Iba a ser una noche muy exótica. Genial, porque a Laura le encantaba probar cosas nuevas, por lo menos parecía que iba a ser entretenido.

Ya sentados alrededor de la mesa en cómodos cojines, la situada más al fondo del restaurante, entre todos seleccionaron unos entrantes de delicias árabes, un poco de todo para poder probar y cuscús como plato principal. Laura pensaba que era un poco fuerte para cenar, pero seguro que así no se le subiría tanto el vino, llevaba ya dos copas y aún no habían empezado a cenar.

- No sé cómo me habéis traído aquí, a ti que sólo te gusta la comida tradicional. - Marta estaba sentada a la derecha de Laura y no era muy proclive a salirse de la habitual comida mediterránea, o más bien de los platos de la tierra. Al contrario que Laura, a Marta no le gustaba casi nada, era muy quisquillosa con la comida.

- Bueno, un día es un día. Y por lo menos sé que el baklava me encanta. Nunca olvidaré que me hiciste probarlo cuando fuimos a Túnez, menos mal, porque está buenísimo. - Túnez fue el primer viaje que hicieron juntas al extranjero cuando aún estaban en la Facultad y el primero a un país árabe, luego habría algunos más. Aún recordaba lo poco que comió Marta en ese viaje, convencerla para que probara el baklava fue una tarea harto complicada, cosa que no se entiende porque la miel y el pistacho son cosas que a Marta le encantan y cuando lo probó, reconoció que efectivamente estaba exquisito.

Como se imaginaba, la cena estuvo llena de risas y brindis por su nuevo futuro con la nueva empresa en la que se había metido. Todos sus amigos la apoyaban al cien por cien. Sabía que podía contar con ellos. De hecho, todos le habían comprado algún que otro mueble para rellenar algún hueco en sus casas del que realmente no disponían.

Después de tomar el café, les pusieron una pipa de agua con tabaco de sabor a manzana, que se fueron pasando durante un rato, hasta que se apagaron las luces del restaurante y como se imaginaba, las camareras que hasta ese momento habían estado sirviendo la cena, se pusieron a bailar la danza del vientre entre las mesas del

restaurante. Todos aplaudían al son de la música mientras disfrutaban del movimiento impresionante de caderas de las bailarinas.

Un camarero avisó a Laura para que lo acompañara, David le confirmó que tenía que ir con él con un leve movimiento de cabeza. Ambos se levantaron y se dirigieron a un cuarto, situado al lado de la mesa en la que habían cenado, cerrado al público. Cuando entraron, vieron que debían de ser los vestuarios de las camareras. Una habitación rectangular y estrecha con las paredes forradas de telas rojas y naranjas, se abría hacia la derecha. En el lateral izquierdo de la habitación había un biombo oscuro, del que colgaban un par de blusas y una falda, supuestamente de las camareras. En el lateral derecho había dos tocadores, uno al lado del otro, con un montón de luces alrededor de los espejos. Y al fondo, otro biombo.

- Ahora no preguntes y disfruta. - Cuando se dio la vuelta, encontró a David con un sujetador dorado lleno de monedas y una falda de diferentes cortes de tul, también con muchas monedas. David le sonreía.

- No pensarás que me voy a poner eso. - Laura estaba sorprendida, ahora entendía por qué sus amigos no paraban de llenarle la copa de vino, querían que se sintiera poco cohibida, y la verdad es que había hecho efecto, porque se dijo a sí misma, y por qué no. Le quitó el vestido de las manos a David con una sonrisa provocativa y se colocó detrás del biombo que había en el lateral de la habitación.

- Sabía que no iba a tener que rogarte mucho. - David se estaba riendo mientras cogía la ropa de Laura que ésta le iba tirando por encima del biombo.

- Lo que no sé, es exactamente qué queréis que haga con esta ropa, porque en mi vida he bailado la danza del vientre y voy a hacer el ridículo. - Laura estaba teniendo problemas para abrocharse los imperdibles del traje, por lo que resoplando salió de detrás del biombo para que David terminara lo que ella había empezado. Cuando se dio la vuelta contempló divertida la cara de pasmado que se le había quedado a David.

- Estás preciosa, ya no recordaba el cuerpazo que tienes. Creo que vas a tener que recordarme por qué rompimos. - Detrás de David estaban los espejos de los tocadores, en uno de ellos, Laura pudo mirarse con su atuendo y pudo reconocer que no le sentaba nada mal, teniendo en cuenta que ya pasaba de los treinta y cinco, de hecho, estaba muy cerca de cumplir los cuarenta, practicaba mucho deporte y eso se notaba.

- No digas tonterías. Vamos afuera para que el resto también pueda reírse un rato de mí. - Se acercó a David, le cogió la mano y se dispuso a salir de la habitación.

Cuando salió del vestuario, se dio cuenta que su mesa había sido rodeada por visillos muy coloridos que hacían que el sitio quedara totalmente oculto a la vista de los demás clientes del restaurante, y aún así quedaba un hueco entre la mesa y la habitación de la que acababa de salir para bailar.

En cuanto sus amigos la vieron se pusieron a aplaudir y a vitorearla. La camarera que les había estado atendiendo se acercó a ella, la cogió de las manos y se la llevó a la zona libre para bailar. Laura intentaba hacer los mismos movimientos que ella, pero se veía muy torpe, le parecía imposible mover la cadera tal y como la camarera/bailarina hacía. Así que viendo la dificultad del baile, decidió mover la cadera a su estilo y disfrutar del momento. Al poco tiempo, sus amigas estaban alrededor suyo con pañuelos de monedas en las caderas bailando y haciendo el mayor ruido posible. Después, hasta los chicos se animaron a mover las caderas. Fue un rato muy divertido para todos.

Cuando se sentaron para descansar de tanto baile, en la mesa ya tenían servidos algunos gin-tonic, bebida que estaba muy de moda, y algún que otro cóctel. En ese momento las camareras pasaron quitando los visillos que hacían de la mesa una zona privada y pudieron ver que había alguna mesa más ocupada, pero la mayoría de la gente se había ido. Por lo que en el restaurante había mucho ambiente, pero nada de agobios.

Laura se levantó para dirigirse al baño. Allí las chicas estaban recomponiéndose el maquillaje. Se miró en el espejo, y a parte de unas gotas de sudor de tanto baile se vio guapa, aún no tenía patas de gallo, sus ojos azules y su larga y ondulada melena morena la convertían en una persona muy atractiva a los ojos de los demás. Apenas iba maquillada, por lo que con el calor no tenía nada trastocado, los ojos brillantes de felicidad o de alcohol, en ese momento no lo tenía muy claro. Se remojó un poco la cara y volvió a salir.

Notó que alguien la tiraba del brazo y se volvió. Al principio le costó reconocerlo, se lo quedó mirando, pero en cuanto vio su sonrisa amigable y sus ojos, no lo dudó. Era Carlos, un policía que ya estaba en edad de jubilarse, al que no veía desde hacía más de quince años. Le había costado reconocerlo porque su espesa cabellera había desaparecido y le había salido una pronunciada barriga cervecera. Al verlo tan mayor, se emocionó y le dio un gran abrazo. Hubo una época en la que el afecto que sentía por Carlos, podía haberse comparado al que sentía por su propio padre, pero por unas cosas y otras, habían perdido el contacto hacía ya mucho tiempo.

- Carlos, ¿Qué haces aquí? ¿Cuánto tiempo? ¿Qué tal tu mujer y los niños? - No podía dejar de hacerle preguntas. Se empezó a reír porque se dio cuenta que la policía parecía ella no él.

- Madre mía Laura, estás guapísima. Casi ni te reconozco, de hecho no estaba seguro de que fueras tú. Por ti no pasan los años. - Como siempre, un zalamero. - Pues María está bien, en casa. Los niños ya no son tan niños. Fran, el mayor, ya está casado y se fue a Estados Unidos a vivir con su mujer que es de San Francisco, así que no nos vemos mucho. Y el pequeño acaba de terminar en la Universidad y está buscando trabajo de lo suyo, ha estudiado Derecho, pero ya sabes que está todo muy complicado, así que por ahora, está trabajando en cosas que le van saliendo, un poco de todo. ¿Y tú? ¿Cómo te va la vida?

En ese momento Laura sintió unas manos que le rodeaban la cintura. Era David que venía con la copa que había dejado en la mesa.

- Se te va a aguar. - Dijo sonriendo mientras estiraba la mano para estrecharla con Carlos. - Hola, soy David Mata.

- Carlos García. ¿Es tu marido? - Preguntó dirigiendo la mirada a Laura. Ella, que en ese momento estaba dando un sorbo a su copa, casi se atraganta.

- No, es un buen amigo. - Laura hizo una breve pausa. - David, él es un viejo amigo, es subinspector de la policía.

- Inspector. - Le corrigió Carlos. Laura levantó la copa brindando por ello y le felicitó. Pero, en ese momento Laura se dio cuenta que Carlos no le había respondido a su pregunta. - ¿Qué haces aquí? ¿Trabajo? Porque te veo bebiendo agua, ¿estás de servicio?

- Pues por desgracia sí. Nos han dado un soplo, pero me parece que... - Carlos no pudo terminar su frase, se quedó mirando por encima del hombro de Laura, su mirada había quedado entristecida de repente. Ésta, al notar el cambio de Carlos se dio la vuelta para ver dónde se dirigía su mirada. Al ver a la persona que tenía detrás, de la sorpresa se le cayó la copa.

Después de unos segundos de perplejidad, se forzó a reaccionar. - Por Dios, qué torpe soy. Perdonad. - Aunque no había mojado a nadie, puesto que con el calor que hacía ya se había terminado la bebida, empezó a limpiarse nerviosamente el traje como si estuviera mojado.

- Hola Laura, cuánto tiempo. - Dijo la persona, que la había puesto tan nerviosa, con una nota nostálgica. Su voz era la misma que aún recordaba, esa dulzura con la que pronunciaba su nombre, la suavidad en el tono de sus palabras, nunca había olvidado esa voz. Laura levantó la cabeza, contó hasta tres y ya más relajada e intentando parecer lo más natural posible, sonrió a la persona que se había unido a ellos.

- Hola Jose, sí, mucho tiempo.

Febrero 1.999

Laura revisó el examen comprobando que no había dejado sus datos sin poner en ninguna de las hojas. Se levantó del pupitre y lo dejó encima de la mesa del profesor. Salió por la puerta sin mirar atrás. Como siempre, salía decepcionada y triste, tanto estudiar y le había salido fatal, pero bueno, era el último parcial y había que celebrarlo. Se quedó esperando a Marta, ella todavía estaba dentro, sólo quedaban cinco minutos para el final del examen, así que no tardaría en salir. Se acababa de sentar en un banco justo en frente de la puerta del aula, cuando vio salir a su amiga con la misma cara de decepción que ella. Con una mirada entre ambas intuyeron que era mejor no preguntar y hablar de otra cosa.

Se fueron juntas hacia sus respectivas casas, ambas vivían por la misma zona de Madrid y desde que entraron en la Facultad, hacía ya casi cinco años, compartían todos los días el trayecto. Se habían conocido el primer día de clase y desde entonces no se habían separado.

- ¿Has quedado con éstos esta noche? - Marta rompió el silencio y así los tristes pensamientos del examen recién realizado, se esfumaron. Éstos eran José Manuel y otros compañeros de la Facultad. José Manuel era amigo de Laura desde la infancia, habían ido juntos al colegio, al instituto y ahora a la Universidad, aunque no coincidían en asignaturas porque José Manuel iba un poco más rezagado que ellas. Sus padres eran muy amigos también. Todo el mundo pensaba que hacían muy buena pareja, pero nunca había pasado nada entre ellos, simplemente tenían una estrecha amistad, eran como hermanos.

- Si, he quedado con José Manuel y los demás, donde siempre. - Salían por la zona de Alonso Martínez, y solían comenzar en el mismo bar, donde todos eran más que conocidos por los camareros. Era un buen sitio, con buena música, espacioso y no permitían un gran aforo, cosa rara en la zona, porque en cualquier bar en el que entraras estaba siempre a reventar, por lo que era bastante incómodo bailar y disfrutar de la compañía cuando no hacías más que recibir empujones. Además, como eran clientes fijos, siempre les invitaban a algún mini.

- ¿Cómo está José Manuel? - Laura se encogió de hombros y negó con la cabeza, no sabía ni qué decir. Desde hacía algo más de un año, José Manuel se había quedado muy retrasado en los estudios, su madre había muerto en un accidente de tráfico hacía casi dos años. Al principio, para no pensar mucho en ello y no echar tanto de menos a su madre, se había dedicado casi exclusivamente a estudiar, pero eso cambió unos meses después, cuando empezó a juntarse con un grupo de gente no muy recomendable del barrio. Por lo que le habían dicho, el hermano de uno de los integrantes del grupo pasaba droga en el barrio desde finales de los ochenta, y nadie pensaba que hubiera dejado de hacerlo, aunque la verdad es que ella no estaba segura.

Llegó la estación de metro en la que Laura debía bajarse, se despidieron rápidamente quedando en la misma estación esa noche para celebrar el final de los parciales.

Nada más entrar por la puerta de casa, la madre de Laura le preguntó por el examen, recibiendo un gruñido por contestación, por lo que su madre supo que no le había salido bien. Aunque que a Laura no le hubiera salido bien un examen, no implicaba un suspenso, solía ser un aprobado, pero no con nota.

Comió lo que su madre le había dejado en el microondas, sus padres ya habían comido hacía rato. En su casa siempre se comía a las dos de la tarde, y como la Facultad estaba bastante lejos, ella nunca llegaba a esa hora, así que siempre comía lo que su madre le dejaba recalentado en el microondas.

Por los nervios del examen y el madrugón, apenas había dormido la noche anterior, por lo que decidió echarse un rato la siesta para relajarse del estrés provocado por los exámenes, además de descansar algo para poder aguantar esa noche.

Cuando se despertó estaba a punto de sonar el despertador. Siempre lo ponía para no quedarse dormida. Tenía el tiempo justo para vestirse y llegar al metro donde había quedado con su amiga.

Cuando salió del portal, vio en frente a un hombre que aparentaba unos cincuenta años, apoyado en un coche, le llamó la atención porque su cara le sonaba, pero no sabía de qué. Era alto, llevaba un largo abrigo abierto, no podía verle bien la cara porque unas grandes gafas y un periódico se la ocultaban parcialmente. Le sonaba de haberlo visto en alguna otra ocasión, pero no lograba ubicarle. Él se dio cuenta que estaba siendo observado y se giró. Ella supuso que estaría esperando a alguien y que de eso mismo le sonaba, de verlo en otras ocasiones haciendo lo mismo.

De camino al metro se olvidó totalmente de ese hombre, se centró en José Manuel y en cómo comentarle por enésima vez que dejara de tratar con esos nuevos amigos que estaban haciendo que echara a perder sus estudios universitarios. También estaría Pablo, un compañero de la Facultad que se llevaba muy bien con José Manuel y que ella pensaba que también demasiado bien con Marta, aunque su amiga no le contaba mucho, para algunos temas era muy reservada.

Cuando llegó a la estación de metro, Marta ya estaba esperándola sentada en un banco. - Hola, ¿llevas mucho?

- No, acabo de llegar, he venido en el metro anterior. - Le dijo mientras Laura se sentaba a su lado en el banco.

- Estoy agotada, creo que hoy me volveré pronto. - Marta rió por el comentario de su amiga, la conocía perfectamente y en cuanto Laura salía de fiesta se olvidaba del cansancio y aguantaba hasta las mil.

Cuando llegaron al bar ya estaba lleno de gente, aunque era miércoles, se notaba que los exámenes en las universidades estaban terminando y la gente salía para quitarse el estrés de las dos últimas semanas, olvidar los resultados y empezar la semana siguiente las clases con energías renovadas.

José Manuel estaba en la barra pidiendo algo de beber y el resto estaba en una esquina al fondo del bar. Marta se fue con ellos, pero Laura se acercó a la barra.

- Hola. - José Manuel estaba pidiendo un par de minis para compartir, de ron con cola y whisky con cola. Era lo más económico, vasos de plástico de un litro del que bebía todo el mundo. José Manuel se giró y le sonrió.

- Hola, guapa. Acabo de pedir whisky. - Era lo que bebía ella. Se lo veía contento, estaba sonriente y sus ojos marrones brillaban, tenía el pelo húmedo lo que hacía que sus rizos cayeran desordenados por la frente.

- Genial, ¿qué tal te han ido los exámenes? - Laura sabía la respuesta, pero aún así le preguntó.

- No me he presentado a ninguno. Ya aprobaré en los finales de junio. - Contestó como si le diera igual todo. Este último año habían cambiado tanto sus prioridades que Laura no le reconocía.

- José Manuel, no puedes pasar de los exámenes. Desde que sales con esos nuevos amigos, estás en plan pasota. Tienes que centrarte. - José Manuel ignoró por completo el comentario, ya estaba empezando a estar bastante harto de la opinión de Laura respecto a sus amigos. Ellos le habían apoyado mucho estos últimos meses y qué pasaba si de vez en cuando se fumaban unos porros, o se tomaban un tripi, él no se metía cocaína ni nada más fuerte y tampoco se dedicaba a vender. Le pasó a Laura el mini de whisky con cola y la dejó ahí plantada, en la barra, yéndose con el otro mini donde estaba el grupo.

Laura lo siguió algo enfadada porque ya no sabía cómo hacerle ver que estaba

echando a perder su vida. Si él no hacía nada, ella no podía hacer más. Así que decidió olvidarse de la conversación y disfrutar de la noche.

Estuvo bailando, bebiendo y divirtiéndose con sus amigos, hasta que se dio cuenta que Marta había desaparecido. Dio una vuelta por el bar en su busca y la vio en un reservado con Pablo, muy acaramelados. Así que estaban liados, tal y como ella pensaba. Sonrió al verlos, le hacía ilusión que su amiga hubiera encontrado a un chico como Pablo, guapo e inteligente. Ya le preguntaría, no se iba a escapar de rositas sin contarle nada.

- Hola, soy Jose. - Se giró y se encontró a un chico moreno que la miraba con unos bonitos ojos verdes, llevaba una camisa entallada que marcaba su espalda ancha y su tripa inexistente y unos pantalones ajustados, su cuerpo era casi perfecto. Seguro que era uno de esos que se pasaban las horas muertas en el gimnasio y que lo único de lo que hablaban era de alimentación sana. Esa fue su primera impresión, que se confirmó al ver que estaba bebiendo un botellín de agua. Parecía algo mayor que ella, seguro que ya rozaba los treinta años. Aún así, le dio una oportunidad, no solía ser borde con los chicos que se acercaban a ella, siempre le había parecido que lanzarse era duro y humillante si te rechazaban inmediatamente.

- Hola, yo soy Laura. - Se dieron dos besos en la mejilla como marcan las reglas de presentación y comenzaron a hablar de lo típico, ¿trabajas o estudias? ¿vienes mucho por aquí?

Por lo visto, Jose acababa de mudarse a Madrid y estaba intentando ubicarse en la ciudad. Había alquilado un pequeño piso por Diego de León. Tenía veintinueve años, como había predicho Laura, seis más que ella, y trabajaba, aunque no especificó en qué, ni por qué se había mudado. Estuvieron hablando de cine clásico, un hobby que compartían los dos, les encantaban las viejas películas de Clark Gable, Errol Flynn y Cary Grant, entre otros.

Marta se acercó a ellos y Laura le presentó a Jose. - Laura, nosotros nos vamos, ¿qué haces tú, te quedas? - Miró a Jose con un lo siento en la mirada, no sabía si el lo siento era por él o por ella misma, porque le apetecía seguir charlando con él, tenía que reconocer que le gustaba, aunque quizás era el alcohol el que hablaba por ella.

- Me voy con vosotros, espera un momento que cojo mi abrigo. - Se giró para mirar a Jose directamente. - Perdona, pero tengo que irme. - Le dio dos besos de despedida en la mejilla y se dirigió a la barra a pedirle a Paco, el camarero, su abrigo y el bolso, que muy amablemente le guardaba detrás de la barra. Al volverse se tropezó con Jose.

- Perdona. - Laura le sonrió, había girado muy bruscamente y no se había dado cuenta que estaba ahí.

- Me gustaría volver a verte, ¿me das tú número? - Laura se alegró, parecía que no iba a terminar todo ahí. Le dio el teléfono de casa de sus padres ya que no tenía móvil. Pensaba que tener móvil era convertirse en un pijo, así que tampoco estaba por la labor de hacerse con uno.

Cuando Laura se disponía a salir por la puerta, se giró para despedirse de Jose con la mano, pero ya no estaba donde lo había dejado, creyó verlo en un lateral del bar hablando con alguien, un hombre mayor, le pareció el mismo hombre que se había encontrado esa noche al salir de su casa, en frente del portal. Seguramente eran imaginaciones suyas.

Esa noche Laura no durmió bien, estaba nerviosa y no sabía por qué. Despertó por la mañana sudando y gritando. Había tenido un mal sueño que ya apenas recordaba, aunque hubiera jurado que en él aparecían Jose y el señor mayor a quién ya se había encontrado en un par de ocasiones. Suponía que debía de ser sólo su imaginación, la verdad es que no había visto bien a la persona que hablaba con Jose, podía ser

cualquiera y su mente podía haberle jugado una mala pasada. Seguro que era eso, así que no le dio más vueltas y se olvidó del tema.

Aunque era jueves, no tenía clase hasta el lunes puesto que todavía era época de exámenes. En la Facultad, los profesores y las aulas estaban ocupados con los exámenes parciales lo que quedaba de semana. Así que decidió ir al gimnasio para despejarse un rato. En el tablón anunciaban una clase de Karate en unos minutos, y como con los exámenes no había podido seguir su entrenamiento habitual, se decidió a asistir, en su taquilla tenía el kimono.

Sus padres la habían metido en clases de karate en el colegio como clase extraescolar, pero le había gustado tanto que se lo empezó a tomar muy en serio. Entrenaba tres veces a la semana desde hacía prácticamente diez años, para ella era una rutina más en su vida. Ya era cinturón negro primer dan, hacía poco más de seis meses que se había presentado ante el tribunal para conseguirlo. De vez en cuando, su sensei le hablaba de algún torneo en el que participaba como hobby y para mejorar su técnica, aprendía mucho de sus contrincantes o mirando el resto de combates. La verdad es que el entrenamiento la relajaba y la ponía en forma.

Cuando entró en clase, todavía no había llegado mucha gente. Alberto, su sensei se acercó a ella.

- ¿Qué tal los exámenes? Espero que vengas con energía. - Laura sonrió, eso significaba que hoy les iba a dar caña, justo lo que ella estaba deseando.

Después del calentamiento, estuvieron practicando técnicas de caídas, siempre es importante saber caer bien para no romperte nada cuando te hacen una llave. También practicaron algunas técnicas combinadas de defensa y ataque con puño y con patada. Cuando terminó la clase, Laura estaba agotada, dos semanas sin entrenar se notaban. Tenía que volver a ponerse las pilas y volver a la rutina.

Cuando atravesaba la puerta de su casa, su madre le dijo que un tal Jose la había llamado. El corazón le dio un vuelco, aunque le pareció muy raro que llamara tan pronto. No había dejado ningún mensaje, ni tampoco dejó un número en el que poder contactar con él, sólo había dicho que ya llamaría otra vez.

Esa tarde, mientras estaba viendo un episodio de la serie "Buffy, cazavampiros" el teléfono sonó. Estaba sola en casa, así que fue ella la que contestó. Era Jose que quería quedar con ella esa noche, la invitaba a cenar. Ella aceptó encantada, no tenía otra cosa mejor que hacer. No habían hablado de más, había sido una conversación apremiante, parecía que tenía prisa por colgar, pero a la par estaba interesado en quedar con ella. Laura seguía sintiendo que había algo raro en todo esto, sus tripas se lo decían, o quizás eran los nervios porque Jose le había gustado. En todo ello estuvo pensando mientras en la tele se emitía una pelea entre varios vampiros y la cazadora, aunque Laura ya no prestaba ninguna atención a lo que ahí ocurría.

Se vistió rápidamente, con unos vaqueros, una blusa que le habían traído los Reyes ese año y unas botas de tacón que la hacían sentirse muy sexy, pero a la par iba lo suficientemente informal para no parecer desesperada. Aunque si alguien podía parecer desesperado era Jose, no hacía ni veinticuatro horas que le conocía y ya la había llamado un par de veces y habían quedado. Por supuesto, ella no pensaba que estuviera desesperado, era demasiado guapo para tener problemas de mujeres y también muy directo. No sabía qué pensar. El caso es que esperaba sacar algo en claro con la cena de esa noche, porque estaba algo despistada.

En todo eso pensaba mientras iba de camino al restaurante en el que habían quedado. Un mesón cercano a la Plaza Mayor, que por ser febrero y jueves no estaba lleno de gente, cosa que agradecía.

En cuanto entró, vio que Jose estaba sentado al fondo del local, en una de las rústicas

mesas de madera con dos bancos. A la derecha quedaba una larga barra que tenía a modo de decoración un montón de toneles que seguramente aún guardaban algún vino.

Cuando Jose vio a Laura se levantó para saludarla y se sentaron uno en frente del otro. Como la noche anterior, Jose estaba bebiendo agua, así que Laura decidió pedir una coca cola para estar centrada. El camarero lo trajo todo inmediatamente con un par de aperitivos.

- He invitado a un amigo, espero que no te importe. - Al oír estas palabras, Laura se quedó más estupefacta, ahora sí que no entendía nada. Quizás estuviera pensando en montarse un trío con ella, se rió de su propia imaginación. - Tiene que estar al llegar. Carlos siempre es muy puntual.

Y efectivamente, nada más terminar de decir esto, se abrió la puerta del local. Ambos estaban colocados de forma que la puerta quedaba en un lateral, así que cuál fue la sorpresa de Laura cuando miró hacia la puerta y vio al hombre que el día anterior había visto en dos ocasiones, en frente de su portal y hablando con Jose en el bar, no habían sido imaginaciones suyas. Y más aún, sabía que lo había visto en más ocasiones aunque no lograba recordar dónde.

Como había imaginado, era un hombre que rondaba los cincuenta años, con mucho pelo oscuro, que ya empezaba a clarear por algunas canas. Para su edad se le veía bastante en forma. Era casi tan alto como Jose, y más ancho de espaldas. Era atractivo.

En cuanto estuvo en la mesa, Laura se levantó para saludar o para salir corriendo, no lo tenía muy claro, pero en ese momento de duda, el hombre se presentó.

- Hola Laura, soy Carlos García. - Esta vez Laura no pudo disimular su sorpresa, conocía su nombre, aunque también se lo podía haber dicho Jose. Se sentaron los tres a la mesa y Carlos pidió otro botellín de agua.

- Supongo que estarás un poco aturdida.- Continuó hablando el hombre. Laura estaba más que aturdida, no sabía de qué iba todo esto, pero esperó, porque se imaginaba que ahora vendrían las explicaciones. - Como te decía, soy Carlos García y él es mi compañero Jose Olalla. - ¿Compañero?, ¿de qué? se preguntaba Laura. - Somos policías.

Vio cómo Jose apartaba su mirada de ella, pensó que se sentiría culpable por haberle ocultado ese detalle. De todas formas, ¿por qué dos policías querían hablar con ella? Parecía que Laura no iba a poder cerrar la boca con tantas sorpresas, una detrás de otra. Carlos la miraba expectante para ver su reacción, así que Laura aprovechó para hacer alguna pregunta.

- ¿Policías? ¿Y qué queréis de mí? Soy lo que llaman una buena chica, preocupada por mis estudios y por disfrutar la vida a mi edad. No entiendo nada. - Se quedó mirando al que parecía llevar la voz cantante, con los ojos entrecerrados, intentando ubicarle. - Por cierto, Carlos, no consigo acordarme, pero estoy segura que te he visto en alguna parte.

- Parece que estoy perdiendo facultades. - Dijo riéndose. - Efectivamente, llevo un par de meses siguiéndote. Te hemos estado investigando, y creo que sí, que podemos definirte como una buena chica. - Su comentario resultó de una ironía un poco insultante, pensó. Carlos por su parte, se rió de su propia gracia.

En ese momento, apareció el camarero con el botellín de agua que había pedido Carlos y un aperitivo. El silencio se hizo en la mesa mientras que el camarero dejaba las cosas y se iba para continuar con sus quehaceres.

- Estamos investigando a Manuel Velasco. - Continuó hablando Carlos, que parecía haber tomado las riendas de la situación. El nombre así de primeras no le sonaba a Laura de nada, así que su extrañeza fue en aumento. - Tú lo conocerás por el Chino, es amigo de un buen amigo tuyo.

Laura lo sabía, la gente a la que se había unido José Manuel no era trigo limpio, era peor de lo que se imaginaba. No sabía qué hacer, pero tenía que apartar a su amigo de toda esa gente nueva que había aparecido en su vida y con la que parecía sentirse mejor que con ella y el resto de sus amigos de siempre.

- Supongo que estarás pensando que qué tiene todo esto que ver contigo. Sabemos que eres la mejor amiga de José Manuel Zamora, os conocéis de toda la vida. Pues tu amigo se está convirtiendo poco a poco en la mano derecha del Chino. El Chino es un camello de poca monta que vende droga por el centro y algún barrio de Madrid. En principio, él tampoco nos interesa. Quién nos interesa es su jefe, al que llaman el Coyote. - Laura, no pudo evitarlo, pero le salió una carcajada, serían los nervios, pero el mote no ayudó nada. Parecía una escena sacada de una película de policías de serie B.

- Perdón. - Tuvo que disculparse porque parecía que los polis no se tomaban nada en broma el asunto. Para relajarse un poco contó hasta tres, le dio un buen sorbo a su refresco y cogió uno de los aperitivos que había dejado el camarero encima de la mesa.

- Supongo que te estarás preguntando, qué pintas tú en toda esta historia. - Jose por fin metió baza en la conversación. - Queremos infiltrarnos en la banda, y no sabíamos cómo hacerlo, hasta que te encontramos a ti.

- ¿Infiltraros? ¿y qué tengo yo que ver en todo esto? No conozco a ninguno de los amigos de José Manuel. - Laura intentaba ordenar toda la información que estaba recibiendo en su cabeza, pero no le encontraba ningún sentido a nada.

- Eres muy amiga de José Manuel, y pensamos que es el punto débil de la banda del Chino. - Continúo con la explicación Carlos. - Lleva poco tiempo en ella, es una persona muy inteligente y creemos que se dará cuenta de lo que ocurre en breve, pero ya será demasiado tarde para salir. Como te digo, se está convirtiendo en la mano derecha del Chino, y empieza a saber demasiadas cosas. Tú, como su mejor amiga, quizás puedas ir con él y entrar en la banda sin llamar demasiado la atención. Sin que nadie sospeche.

- ¡¡¡Estáis locos!!! - Laura ahora se estaba asustando.

- Por supuesto, Jose siempre estará a tu lado. Pensamos que por edad, podría pasar por tu pareja, además, ayer os conocisteis de la forma más casual y allí estaba José Manuel para verlo y que resultara lo más creíble posible. - Laura empezó a entender, así que por todo esto eran las prisas, por todo esto Jose se había acercado a ella en el bar. Nada tenía que ver con ella. Ella que había sentido algo por ese chico al que había conocido el día anterior y ahora se daba cuenta que todo había sido minuciosamente planeado por la policía.

- Sabemos que es muy peligroso. - Volvía a hablar Jose. - Y entenderemos perfectamente que no quieras participar, es tu decisión, por supuesto no te vamos a obligar. Pero piensa que así podrías sacar a José Manuel de este mundo en el que se ha metido casi sin querer y del que cada vez es más difícil salir. - Jose y Carlos se levantaron de la mesa. Carlos se acercó a pagar las consumiciones. - Sabemos que tienes mucha información que asimilar, también te surgirán un montón de preguntas. Toma, esta es mi tarjeta para que me llames en cualquier momento. - Laura cogió la tarjeta que Jose le ofrecía, en la que aparecía su nombre, Jose Olalla, y que indicaba que era Inspector de la Policía en Madrid. - De todas formas, en un par de días te llamaré para que nos cuentes cuál ha sido tu decisión y nos hagas todas las preguntas que te surjan cuando termines de analizar lo que te hemos propuesto. - Jose le acarició el brazo intentándole dar su apoyo.

Ya se estaba alejando, cuando Laura se levantó y le cogió del brazo haciendo que se girara para mirarlo a la cara. - ¿Por qué yo?

Jose la miró con una dulzura que aún no había visto en nadie, a parte de en su padre. -

Estás unida a José Manuel, de una manera que la gente de vuestro alrededor parece no entender, sois como hermanos, eso te llevará a ayudarlo y eso nos conviene a nosotros. Por otro lado, sabemos que te sabes defender, te hemos visto en tu último torneo de karate y hay que reconocer que eres buena. Es increíble, con lo delgada que estás, la fuerza que tienes. - Jose habló con un punto de admiración que ella reconoció, sin saber por qué, eso le hizo sentirse mejor. Agradeció su sinceridad.

Laura se dio cuenta que aún estaba agarrando a Jose por el brazo y lo soltó. Carlos y él salieron por la puerta, pero antes se giraron y se despidieron de Laura con un pequeño gesto con la cabeza, ella les miraba desconcertada. Se desplomó en su asiento y esta vez pidió un whisky con cola.

Octubre 2.015

Al ver que David y Laura no volvían a la mesa, Marta se acercó a buscarles y se los encontró en la barra con dos desconocidos.

- Chicos, ¿qué os pasa? Estamos todos esperándoos. - Marta no conocía al señor mayor que estaba con sus amigos, y cuando se giró para ver a la otra persona unida al grupo le salió una exclamación de sorpresa. Recordaba perfectamente a Jose y lo hundida que dejó a su amiga hacía tantos años.

- Marta, ¿recuerdas a Jose? Y éste es Carlos su compañero de trabajo. - Laura señaló a Carlos mientras los presentaba.

Carlos fue el primero en reaccionar y le tendió la mano para estrechársela. - Hola Marta, encantado. - Marta le estrechó la mano y se acercó a Jose.

- Hola Jose, parece que has regresado. - Jose no dijo nada después de ver la mirada tan fría que le dirigió Marta.

- Será mejor que volvamos a la mesa. Caballeros, encantado de conocerles. - David cogió a sus amigas por la cintura y se las llevó a ambas a la mesa. Al pasar Laura al lado de Jose le notó el aliento en su oreja cuando le susurró. - Tenemos que hablar.

Laura, estaba todavía anonadada con el reencuentro, pero aún así intentó que no se le notara y disfrutar del resto de la velada en compañía de sus amigos, bajo la atenta mirada de su amiga Marta, quien conocía algo de la historia con Jose, porque ella estuvo presente, aunque no conocía ni la mitad de todo lo que ocurrió realmente.

David se llevó a Laura a la habitación del fondo para que se volviera a poner su ropa. - Aunque estás muy guapa con este conjunto, creo que es momento de cambiarte. - Le dijo sonriendo.

Laura volvió a meterse detrás del biombo, y si antes no pudo abrocharse el conjunto, en esos momentos y con el nerviosismo del reencuentro con Jose, una historia ya pasada, pero aunque no lo quería reconocer una historia no olvidada, tuvo que salir para que David le desabrochara el vestido.

Justo en ese momento apareció por la puerta Jose.

- Perdona David, ¿me dejas un momento a solas con Laura? - David miró a su amiga, y ésta le hizo un pequeño gesto afirmativo, por lo que se dirigió a la salida.

- Si me necesitas, grita. Estaré al otro lado de la puerta. - Laura le sonrió y le lanzó un beso con la mano.

En cuanto David se hubo ido, se produjo un momento de silencio, muy tenso, el aire se podía cortar con tijeras.

- Jose, ¿me puedes desabrochar el traje? - Jose se acercó para comenzar la tarea que le había solicitado. En cuanto estuvo a su espalda desabrochándole los botones, notó ese olor a vainilla en su pelo que tantos recuerdos le traía.

En cuanto le hubo desabrochado el conjunto a Laura, ésta se metió detrás del biombo donde estaba su ropa doblada encima de un pequeño taburete. Ella supuso que se la habría dejado así de colocada David, porque estaba segura de no haberlo hecho ella misma.

- Laura, tenéis que iros de aquí. - Resultó una afirmación muy catastrofista, para nada lo que Laura esperaba que saliera de su boca, y eso que esperaba un montón de cosas diferentes. - No sé si Carlos te ha llegado a comentar que estamos aquí por trabajo. Nos han dado un soplo de algo que puede ocurrir en el restaurante.

- Me tomas el pelo, ¿verdad? ¿Eso es de lo que querías hablar conmigo? ¿Y que se supone que puede ocurrir? - A Laura se le estaba pasando toda la mezcla de emociones que había sentido en estos últimos cinco minutos para empezar a sentirse bastante cabreada.

- No te lo puedo decir. - Jose como siempre tan enigmático, pero Laura ya no era una cría a la que pudiera manejar a su antojo como antaño.

- Si hay algún problema, dímelo. Sino, déjame disfrutar esta velada con mis amigos, aunque creo que ya la has estropeado. - Laura salió de detrás del biombo con la ropa que había traído ya puesta.

- Perdona, supongo que tienes razón. - Estaba claro que si quería que Laura se fuera del local, tendría que contarle algo más, porque darle una simple orden no iba a servir de nada, parecía ser que no tenía ninguna intención de acatarla. - Hemos recibido un sople. Hoy ha venido a cenar a este restaurante un pez gordo, un magnate saudí con mucho dinero. Está de visita en España por negocios y lo han traído a cenar.

- O sea, ¿que estáis aquí protegiéndolo o algo así? - Laura estaba colocando el traje que le habían prestado en una percha mientras Jose hablaba.

- Algo así. Por lo que nos han dicho, tienen pensado secuestrarle. - A Laura se le cayó la percha que ya estaba dejando colgada en un saliente del biombo, porque no encontraba ningún otro sitio donde ponerla.

- ¿Me tomas el pelo, verdad? - Repitió incrédula. - Desde luego, nadie se aburre contigo. - Dijo irónicamente. - Esta bien, ahora cojo a mis amigos y nos vamos a otra parte.

Se dispuso a salir de la habitación, pero Jose le cogió la mano cuando pasaba y le susurró. - Lo siento, de verdad. - Le soltó la mano y Laura siguió andando hacia la puerta. No entendía muy bien a qué se había referido Jose con esa disculpa, a echarla a ella y a sus amigos del restaurante, o a todo lo que pasó años atrás.

Justo cuando estaba apunto de abrir la puerta oyó gritos al otro lado, por acto reflejo ambos se tiraron al suelo. Laura se dejó caer muy cerca de la puerta y Jose a su lado con el brazo por encima de ella intentando protegerla.

- Parece que ya es tarde para irnos. - Dijo Laura irónicamente, intentando esconder el miedo que realmente sentía. Jose sacó su vieja pistola, una glock 19 compacta de 9mm, que llevaba oculta debajo de la pernera del pantalón y se la pasó a Laura.

- Recuerdas cómo utilizarla, ¿verdad? - Laura asintió, aún iba de vez en cuando a hacer prácticas de tiro. Jose se sacó otra pistola, una USP 9mm de la espalda, que debía de tener enganchada en el pantalón. Ese modelo Laura no lo conocía, pero ella no era ni de lejos una entendida en la materia. - Tenemos que buscar otra salida. Si salimos por esta puerta nos verán seguro.

- Yo no he visto ninguna otra. - Dijo Laura que ya se estaba recomponiendo. Ambos sin hacer ruido se pusieron a mirar por toda la habitación buscando una salida. Justo detrás del biombo, en el que momentos antes Laura se estaba cambiando, había una cortina y detrás de ella encontraron una puerta. Intentaron abrirla pero estaba cerrada. No querían hacer ruido para que nadie se percatara de que estaban ahí, por lo que desecharon la idea de disparar a la cerradura o darle una buena patada. Laura llevaba varias orquillas en el pelo y le pasó una a Jose.

- Me parece que has visto muchas películas, ¿qué quieres que haga con esto? - Dijo Jose mirando intermitentemente a la fina orquilla que le había dejado Laura y a la cerradura de la puerta.

- Pues intentarlo por lo menos. - Laura se estaba poniendo nerviosa. Jose intentó abrir la puerta con la orquilla pero no lo consiguió, sólo logró partirla.

- Quizás haya una llave en algún sitio. - Dijo Jose mientras miraba encima de las mesas de ambos tocadores. En uno de ellos, había un joyero, y efectivamente, dentro había una llave. La sacó y se la enseñó a Laura mientras la movía triunfalmente. - Incrédula.

- Ahora tiene que abrir la puerta. - Jose la metió en la cerradura de la puerta y ésta se abrió. - Date prisa, pueden entrar en cualquier momento. - Le apremió Laura.

Salieron por la puerta y se toparon con una especie de almacén. Ahí debían de guardar

vajilla y otras cosas para el restaurante, también parecía haber grandes congeladores donde debía de haber comida. Tenía más o menos la misma longitud de la habitación de la que acababan de salir aunque era el doble de ancha.

Echaron un vistazo y a la izquierda encontraron una puerta que parecía que estaba cerrada. Se acercaron, pero cuando Jose giró el picaporte se dio cuenta que estaba abierta. Miró a Laura, puso un dedo delante de sus labios para que no hiciera ningún ruido. Jose se asomó y vio que era la cocina, donde en ese momento no había nadie.

La cocina era rectangular y habían salido por una de las paredes más largas. En el centro había varias mesas que hacían función de islas, todas ellas de aluminio o similar. En los laterales, pegadas a las paredes se veían diferentes muebles, enormes fogones, varios hornos en columna, y más muebles de aluminio que tenían pinta de ser muy pesados. Todos ellos estaban bastante sucios, con trozos de carne que debían de haber estado cortando en el momento en que les interrumpieron y restos de verduras cortadas que habrían estado aderezando para servir esa noche. Estaba claro que fueron interrumpidos realizando todavía platos para algún que otro comensal rezagado. Atravesaron la puerta y se ocultaron debajo de una de las mesas de aluminio que se encontraban en el centro de la habitación, manchada de verduras y alguna otra cosa que Laura no supo reconocer.

Jose cogió a Laura de la mano y le dio un pequeño apretón. - ¿Preparada? - Ella asintió - Pues vamos. - Se acercaron agachados y escondidos detrás de los muebles que conformaban la isla hacia una puerta que había al final de la habitación y que estaba abierta. Jose suponía que daba a la barra del local, aunque no podía estar seguro.

Aún no habían llegado, cuando oyeron voces fuera. Se escondieron debajo de una mesa que quedaba a su derecha, todavía en la isla. Parecía que estaban ubicando a toda la gente junta en el fondo del salón. Laura estaba muy nerviosa pensando en sus amigos y suplicando por que todos estuvieran bien.

- Tranquila Laura, seguro que a tus amigos no les ha pasado nada. - Jose le había leído el pensamiento. - Ya he avisado a la policía, en poco tiempo estarán aquí. - Eso la tranquilizó, pero en poco tiempo podían ocurrir un montón de cosas.

En ese momento oyeron pasos de alguien que se acercaba. Jose se puso los dedos en los labios para que Laura no hiciera ningún ruido ni ningún movimiento. Aunque Laura no tenía pensado hacer ningún ruido ni ningún movimiento.

Entró un hombre vestido por completo de negro, con pasamontañas y una metralleta en la mano. Tanto Jose como Laura no podían ser vistos donde se encontraban ocultos, pero ellos podían verlo por una rendija de la mesa.

El hombre se acercó hacia la isla donde estaban escondidos y mientras rodeaba la mesa, Jose salió sorprendiéndolo y sin darle tiempo de actuar. Lo desarmó en un instante y le dio un buen golpe en la cabeza con su pistola, dejándolo inconsciente.

Se agachó para coger a Laura de la mano y ambos se acercaron sin hacer ruido a la puerta. Ahí no se veía nada de lo que estaba ocurriendo en el salón. Como Jose había anticipado, estaban en el final de la barra, tendrían que entrar en ella si querían ver qué ocurría y cuántos eran. En cualquier momento se podían dar cuenta que uno de ellos había desaparecido.

La barra era estrecha y larga, unos tres metros. A la derecha había estantes bajos llenos de vasos y copas. En lo alto de la pared había baldas con botellas de alcohol, toda la pared estaba forrada de espejo. Eso era interesante, quizás pudieran ver algo de lo que estaba ocurriendo en el salón, aunque también tenían que tener en cuenta que los intrusos podrían verlos a ellos de la misma manera. En el lateral de la izquierda había neveras que tendrían hielo y bebidas. Jose no veía hueco donde poder esconderse si lo necesitaban.

Mientras Jose estaba sopesando la situación, se volvió hacia Laura y se dio cuenta que

ella no estaba detrás de él como pensaba. Había atado al agresor a uno de los pesados muebles de la cocina con unas bridas que a saber de dónde había sacado.

Laura se pegó a su espalda y le enseñó más bridas que tenía en la mano. - Estaban ahí encima.- Dijo Laura encogiéndose de hombros. Jose le sonrió, ya había olvidado lo valiente que era. Dada la situación en la que se encontraban cualquiera hubiera estado histérico, pero Laura no, siempre mantenía la cabeza clara y concentrada, como si fuera una persona entrenada para ello.

Empezaron a moverse por detrás de la barra agachados, ocultándose de lo que ocurría al otro lado, pero tuvieron que retroceder porque alguien se acercaba. Supusieron que uno de ellos iba a ver qué le pasaba a su compañero. Retrocedieron lo andado sin hacer ruido. Jose pensó que si seguían así, a lo mejor se podían deshacer de todos, uno a uno, pero en seguida se dio cuenta que no iba a ser así, eso sólo ocurría en las películas. Esta vez se acercaban dos, él no podría con ambos.

Laura se escondió detrás de la puerta de la cocina y él se puso al otro lado, por supuesto en cuanto se giraran lo verían, pero por lo menos tenían que entrar dentro de la cocina para darse cuenta de su presencia.

Entraron los dos hombres susurrando un nombre. - Doctor, ¿estás ahí? - Tenían acento árabe o eso le pareció a Jose.

Cuando ambos estaban dentro, Jose desarmó a uno de ellos, pero cuando el otro se disponía a dispararle, Laura le dio un fuerte golpe en la nuca con la pistola que le había dejado hacía unos minutos Jose. Él hizo lo mismo con el que acababa de desarmar. Los ataron a ambos a otro de los pesados muebles que había en la cocina con las bridas que había encontrado Laura.

- Tres menos, ¿cuántos crees que habrá? - Le dijo Laura a Jose en apenas un susurro. El levantó las cejas y negó con la cabeza porque no podía imaginarse cuántos podrían ser.

Aunque se puso a sopesar la pregunta que le acababa de hacer. Si querían secuestrar a un magnate saudí, éste seguro que venía con un mínimo de dos guardaespaldas, a lo sumo tres. Así que ellos podrían ser entre siete y nueve personas. Se le estaba ocurriendo sobre la marcha, aunque claro está, podía estar totalmente equivocado. Si eran nueve, ellos ya se habían encargado de tres. Esperaba que fueran menos.

Volvieron a salir a la zona de la barra y agachados fueron moviéndose hasta que se encontraron con el espejo de detrás de la barra, donde podían ver algo. La visibilidad era muy escasa, porque el espejo estaba en frente del principio del salón y todos estaban en el fondo. Desde el espejo comprobaron que había uno en la puerta y otro en medio del salón. Si salían a por ellos, el resto los verían, y si se quedaban allí, volverían para ver qué pasaba con sus compañeros, ya eran tres los desaparecidos y no irían con tanta tranquilidad, supondrían que algo estaba ocurriendo.

Mientras Jose pensaba, fue Laura la que actuó.

Laura se dio cuenta que tenían que hacer algo rápidamente o se percatarían de que había alguien más y aunque Jose había dado aviso a la policía, no sabía cuánto iban a tardar. Cogió una botella de cava de la barra y salió por un lateral.

- Mirad chicos lo que he encontrado.- Salió tambaleándose de la barra cual borracha y mostrando a todos la botella de cava con una risa tonta.

Laura comprobó que todos los clientes y trabajadores del local se encontraban bien, estaban todos sentados en el suelo al final del salón, justo en el sitio donde un rato antes ella había estado intentando bailar la danza del vientre.

Estaban siendo apuntados por cuatro encapuchados, Carlos tenía relativamente cerca a dos de ellos, que estaban situados a la izquierda, por lo que Jose podría ocuparse de los de la derecha que en su posición eran los mejor colocados. En ese momento Carlos la estaba mirando y asintiendo con la cabeza.

También vio a algunos de sus amigos. Clavó la mirada en Marta a la que se la veía

muy asustada. Y David la miraba muy preocupado y algo desorientado.

Los secuestradores, aunque habían sido sorprendidos, reaccionaron rápidamente. Los dos encapuchados más cercanos, el situado al lado de la puerta y el situado en el medio del salón, a quienes habían visto por el espejo, se plantaron en un instante a su lado y cada uno la cogió de un brazo. El resto aún la estaban observando, dejando un poco en el olvido a todos los rehenes que estaban sentados detrás de ellos con las manos en la cabeza.

En ese momento ella se giró y le gritó a Jose. - Cuatro más. Dos a la derecha.

Jose entendió perfectamente el mensaje. Sabía que se tenía que ocupar de los dos de la derecha y que Carlos haría lo propio con los otros dos, estuvieran donde estuviesen. Saltó por encima de la barra apuntando al fondo del salón, donde Carlos también se levantaba y le disparaba a uno. Jose a su vez disparó a otro.

Laura por su parte, se deshacía de los dos encapuchados que la tenían agarrada con una llave de karate, a uno le dio una buena patada en los testículos que hizo que cayera de rodillas al suelo soltándola, y al otro mientras que se giraba desconcertado con la situación le dio con la botella de cava en la cabeza, haciéndose ésta pedazos. Ambos cayeron al suelo. Uno estaba inconsciente y el otro dolorido, así que lo remató dándole con el arma en la cabeza, que se había guardado en la espalda, en la cinturilla del pantalón, de forma que también quedó inconsciente.

Carlos ya se estaba ocupando del segundo de su lateral, pero a Jose no le dio tiempo a actuar antes de que el que quedaba disparase con su pistola, no llevaba metralleta. Laura se abalanzó sobre Jose para que los disparos no le diesen, y llegó a tiempo. Jose desde el suelo pudo disparar al que quedaba.

Ya en pie, Jose vio que los cuatro que estaban rodeando a todo el grupo estaban heridos o muertos en el suelo, no podía saberlo seguro. Los dos que habían agarrado a Laura también estaban fuera de combate. Los clientes y trabajadores del restaurante, todos sentados en el suelo, gritaban y lloraban desconcertados, pero no parecía que ninguno estuviera herido.

Fue David el que se levantó y se acercó corriendo a Laura que seguía en el suelo. - Laura. - Gritaba. Entonces, Jose se dio la vuelta y vio lo que veía David. Laura estaba en el suelo sangrando, los disparos que iban dirigidos hacia él, le habían dado a ella.

Se agachó a su lado y comprobó que tenía los ojos abiertos y se taponaba una herida en el hombro izquierdo.

- ¿Estás bien? - Ella lo miró y le sonrió.

- Creo que sólo me han dado en el hombro. Me duele. - Jose palpó por el resto de su cuerpo comprobando que efectivamente sólo le hubieran dado en el hombro y no encontró ninguna otra herida.

David ya estaba en el otro lado de Laura, Marta llegó en ese momento y se arrodilló al lado de David.

- Tranquilos chicos, estoy bien. - Pero todos veían que estaba perdiendo mucha sangre. Carlos se acercó a ellos, ya estaba al teléfono solicitando una ambulancia.

La policía entró en ese momento y se puso a detener a los encapuchados, solicitar ambulancias y atender a los secuestrados, algunos estaban histéricos y otros en estado de shock. Carlos se puso a hablar con la policía detallando todo lo acontecido.

- Tranquila, todo va a salir bien. - Le decía Jose mientras apretaba la herida para controlar la hemorragia con la manga de la camisa que se acababa de arrancar.

Laura estaba empezando a marearse. - Estoy agotada, quiero dormir.

- Mírame Laura, háblame. - Le estaba diciendo Jose mientras intentaba comprobar si había orificio de salida.

- ¿Sabes de qué me estoy acordando? - Jose levantó la mirada para centrarse en los ojos de Laura - ¿Recuerdas la primera vez que tuve una pistola en las manos? Me daba miedo tener una herramienta capaz de herir o matar a alguien. ¡Qué ironía! -

Laura sonrió, lo mismo que Jose.

La ambulancia llegó y apartaron a Jose, a David y a Marta para poder atenderla. Le taponaron la herida y le inyectaron algo, Jose supuso que sería para calmar el dolor o para que no se le infectase. La colocaron en una camilla y se la llevaron a la ambulancia.

Jose iba a subir con ella en la ambulancia pero no se lo permitieron, Marta y David estaban justo detrás de él. Les dijeron que se la llevaban al Gregorio Marañón.

Carlos y Jose se fueron en el coche que tenían mal aparcado a la vuelta de la esquina. Y el resto se fue corriendo a por sus coches para llegar lo antes posible al hospital.

Estaban todos en la sala de espera de urgencias aguardando a que algún médico les informara del estado de Laura. Ya llevaban más de dos horas esperando y por lo que sabían, Laura todavía seguía en quirófano.

Jose ya llevaba cuatro cafés, los mismos que había consumido David. Marta agarraba la mano de Pablo con tanta fuerza que éste la tenía blanca. Cris no paraba de pasearse por la sala de un lado para otro mostrando su estado de nerviosismo. El resto estaba apartado, en un rincón de la sala, en silencio, probablemente pensando en todo lo sucedido en las últimas horas.

Nadie tenía muy claro lo que había ocurrido esa noche y aunque nadie lo decía en voz alta, todos estaban preguntándose quienes eran Jose y Carlos y de qué conocían a Laura. Aunque algunos habían visto a Jose en la época de la Facultad, no lo habían reconocido. Y esa Laura que había arriesgado su vida para salvarles a todos ellos con tanta sangre fría, haciéndose la borracha y dejando ko a dos secuestradores, y que luego se había lanzado para salvar a Jose, ¿de dónde había salido?

En ese momento entraron los padres de Laura que habían sido avisados por Marta. Marta y David se acercaron a ellos y les pusieron al tanto, aunque poco podían contar, porque estaban todos a la espera de que alguien les informara de algo.

Aún tuvo que pasar una hora más para que entrara un médico preguntando por los familiares de Laura Valero. Todos se levantaron en ese momento y se acercaron al doctor.

- Todo ha ido bien. Le hemos extraído el proyectil con una cirugía mínimamente invasiva. Hemos comprobado que no hay daños internos, aunque tendremos que realizarle alguna prueba más. No se han visto afectados los huesos de la clavícula. Seguramente no perderá movilidad. Aunque hemos tenido que transfundirle sangre porque había perdido mucha. Pero no se preocupen, se recuperará. - Todos respiraron aliviados.

- ¿Podemos pasar a verla? - Fue la madre de Laura la que habló.

- Ahora necesita descansar. Pero pueden pasar. - Todos se levantaron al oír esas palabras, pero el médico inmediatamente añadió. - Sólo sus padres.

Los padres de Laura desaparecieron siguiendo al médico. A Laura la habían ubicado en una habitación en la UCI del hospital para controlarla esa noche.

El resto decidieron irse a casa a descansar un poco, lo que habían vivido esa noche para ellos había sido realmente agotador, tanto psíquicamente como físicamente. Los únicos que se quedaron en la sala de espera fueron Jose, David, Marta y Pablo, esperando la oportunidad de poder pasar a verla.

Cuando Laura despertó se encontraba en una habitación en planta, ya la habían sacado de la UCI después de ver que estaba estable y respondiendo bien. Notaba su brazo inmovilizado y pegado al tórax.

En la blanca habitación había otra cama a parte de la suya, cada una tenía una mesilla,

y en frente de cada cama había un pequeño armario. La otra cama estaba vacía.

Jose se encontraba a su derecha, agarrándola de la mano, con la cabeza apoyada en su cama, totalmente dormido. En vez de la camisa que llevaba la noche anterior, llevaba una bata verde que Laura supuso le habrían dado en el hospital, se imaginó que la suya, además de faltarle una manga, estaría llena de su sangre. No había pasado por casa. Laura no sabía por qué, pero eso le alegró y no pudo evitar hacer una mueca que intentaba ser una dulce sonrisa.

David, estaba en otra silla a los pies de su cama, durmiendo en una posición en la que ella supuso se iba a levantar con el cuello hecho polvo. Aún llevaba la ropa del día anterior, muy arrugada y con alguna mancha que supuso sería de su sangre.

Marta y sus padres se encontraban hablando a susurros al otro lado de la habitación.

Fue la madre de Laura la primera que se dio cuenta que estaba despierta. Se acercó a ella y le puso la mano en la frente comprobando que no tuviera fiebre.

- Laura, ¿cómo te encuentras? - La miró con lágrimas en los ojos que mostraban su preocupación.

- Bien, mamá. Me duele el hombro y estoy algo mareada, pero por lo demás creo que bien. Tengo mucha sed. - En ese momento entraba Pablo con dos cafés, uno en cada mano. Y al percatarse de que había despertado, llamó a una enfermera.

David y Jose despertaron prácticamente al unísono. Jose la miró sonriendo, viendo que su cara ya tenía algo de color. David se acercó a la cama y respiró más tranquilo al verla también con mejor cara.

- Menudo susto nos has dado a todos.- Le sonrió David. Laura pensó que no tenía buena cara, aún demostraba lo preocupado que estaba y no tenía pinta de haber dormido mucho. Aunque se dio cuenta que todos tenían la misma cara de preocupación y de haber pasado la noche en el hospital.

- ¿Qué hora es? - Preguntó Laura.

- Las ocho de la tarde. - Le dijo su padre al que también se le veían los ojos llorosos.

- Llevas todo el día durmiendo. - Le dijo Jose con una sonrisa en el rostro y unos ojos que brillaban de la emoción o de acabarse de despertar.

La enfermera entró y les echó a todos de la habitación. - Dejadme un momento que tengo que comprobar que todo esté bien y darle algo para el dolor. - Todos salieron de la habitación.

Cuando salió la enfermera, todas las caras mostraban un interrogante. - Está bien, sólo necesita descansar. Voy a llamar al Doctor Echevarria.

Cinco minutos después, el Doctor entraba por la puerta con la enfermera. - Veamos que tal está nuestra enferma. - El doctor revisó los apuntes de la tablilla que Laura tenía a los pies de la cama y le indicó a la enfermera que le trajera algo de agua. -

Bueno, pues parece que todo está en orden. Ahora tienes que descansar, pero si todo va bien, en pocos días podrás volver a casa.

Febrero 1.999

Laura estaba en la cama el domingo por la mañana con los ojos abiertos y dando vueltas sin parar. Llevaba dos días sin pegar ojo, no podía dormir, dándole vueltas a la propuesta de los dos policías. No sabía qué hacer, por un lado podía ayudar a su amigo, sacarle del mundo en el que se había metido, pero por otro lado era muy peligroso, tenía que infiltrarse en un grupo que, por lo que decían Jose y Carlos, no eran monjitas de la caridad precisamente.

No sabía qué hacer. Pero si decía que sí, además estaba el aliciente de estar cerca de Jose. Cerró los ojos y movió la cabeza negativamente intentando sacarse esa idea de la mente. Cómo podía estar pensando en eso. Estaba claro, que Jose sólo había mostrado interés por ella porque la necesitaba para el caso en el que trabajaba. Era seis años mayor, seguramente la considerase una cría. Cómo podía hacerse ilusiones. Se levantó de la cama, no podía seguir ahí tumbada sin parar de dar vueltas y sin conseguir dormir. Eran poco más de las siete de la mañana, todos en su casa debían de seguir dormidos, no se oía ningún ruido.

Se puso unas mallas, una vieja camiseta de ACDC, un forro polar y se fue a la Fuente del Berro, un parque no muy lejos de su casa, a correr. Entró en el parque por la puerta de acceso que quedaba en frente del Pirulí, la torre de televisión española. Bajó por el primer camino que encontró, hasta situarse en el recorrido que había paralelo a la M-30. Era muy cómodo para empezar a correr puesto que era muy llano. Más adelante correría por otros caminos del parque, en cuanto hubiera calentado.

Aunque llevaba los cascos puestos, no estaba prestando atención a la música que sonaba en su cabeza. Seguía dándole vueltas al asunto de José Manuel. Le quería un montón, ¿pero tanto cómo para arriesgar su propia vida? Mientras se hacía esa pregunta, supo inmediatamente la respuesta. Por supuesto que sí. Era como un hermano para ella. Además, el trabajo peligroso correspondería a Jose y a los policías, ella iba a estar siempre protegida por ellos. Tampoco era una inválida, sabía defenderse. Aunque en la vida había utilizado un arma, ¿le darían una? Tenía que apuntárselo con el resto de preguntas que se le habían ocurrido para hacérselas a Jose, en cuanto quedaran para hablar de este tema.

Iba tan ensimismada pensando, que no se había dado cuenta que había un hombre a su izquierda que llevaba corriendo con ella un buen rato. Paró de repente, lo mismo hizo él y se le quedó mirando. Era Jose.

- Espero que si te apuntas a trabajar con nosotros, estés más atenta a lo que ocurre a tu alrededor, podía haberte matado y no te hubieras ni enterado. - Laura no sabía si la estaba regañando o le estaba tomando el pelo.

- Como bien sabes, en este momento tengo muchas cosas en la cabeza. - Replicó, su tono sonó más cabreado de lo que realmente pretendía. - Por cierto, ¿qué haces aquí?

- Laura volvió a ponerse a correr y Jose la siguió. Lo miró esperando una contestación y lo que vio fue a Jose encogerse de hombros. - ¿Me estáis siguiendo? - Ahora Laura estaba indignada, se sentía como un tigre en una jaula, atrapado y sin intimidad.

- Si. - Vio la cara de tristeza de Laura. - Lo siento. - Le salió del corazón. Jose no podía ni imaginarse todos los sentimientos encontrados con los que debía de estar lidiando ella en esos momentos. Hasta hace un par de días, era una buena estudiante que tenía una vida de lo más normal. Ahora se le estaba pidiendo que se metiera en un mundo duro y peligroso. ¿Estaría preparada para ello?, se la veía tan frágil. Aunque Jose sabía perfectamente que esa fragilidad era engañosa, la había visto luchar en su último torneo y lo único en lo que pudo pensar mientras veía el combate era que menos mal que no era su contrincante.

- Si vienes a preguntarme si os ayudaré, aún no lo he decidido. - En ese momento Jose deseó que dijera que no, aunque implicara no volver a verla. Estuvieron corriendo media hora más sin dirigirse la palabra. Laura paró y se puso enfrentada a él.

- Si se destapa todo esto, ¿José Manuel podría ir a la cárcel? - Era la pregunta que más miedo le daba hacer.

- Eso no depende de mí. - Notó su cara de decepción, tenía que decirle la verdad. - Si, Laura, es muy probable que vaya a la cárcel.

- Me lo imaginaba. - La tristeza de Laura era palpable, aún no había pasado nada y ya parecía derrotada. Se acercó a una zona de césped y se tumbó mirando al cielo y con los brazos debajo de la nuca. Jose se tumbó a su lado, en la misma posición.

- Pero es muy probable que acabe yendo a la cárcel, participes tú o no. Y aún más probable es que acaben matándolo. - Laura agradeció la sinceridad que le estaba demostrando Jose.

Estaba mirando el cielo, viendo diferentes nubes y se puso a recordar cuando jugaba con José Manuel, de pequeños, a inventarse formas en las nubes que veían, y sin darse cuenta lo estaba diciendo en alto. - Cuando José Manuel y yo éramos pequeños jugábamos a descubrir qué representaban las nubes. Siempre veíamos lo mismo, o eso decíamos, porque él a veces veía un elefante y yo no veía nada de eso y le decía que yo también lo veía. Era mi mejor amigo, mi protector. En el colegio siempre me metía en líos, era algo rebelde y contestona, y siempre salía en mi ayuda. - Laura sonreía con nostalgia, mientras los recuerdos aparecían en su cabeza.- No estoy acostumbrada a que sea a la inversa.

Jose se giró para mirarla a la cara. Ella seguía contemplando el cielo, lo miraba aunque sin verlo, sumergida en sus propios recuerdos. Por su mejilla pudo ver cómo le resbalaba una lágrima.

Laura se giró y lo miró a los ojos. Ella vio preocupación y tristeza en ellos, aunque no supo por qué. - Lo haré. - Jose se dio cuenta que eso mismo era lo que estaba deseando oír. Quería entender, conocer más a fondo a Laura, le parecía tan diferente a las demás mujeres a las que había conocido. Ninguna arriesgaría su vida por un amigo, o mejor dicho, por nadie.

Al salir de clase el lunes, Laura iba con Marta hacia el tablón de la asignatura de Compiladores, ya estaban publicadas las notas del parcial de febrero. Iban las dos como si fueran a un entierro. Aunque a Laura, en ese momento, la nota era lo que menos le preocupaba. Hacía unos días, en lo único que podía pensar era en las notas de los parciales, y ahora habían pasado a un segundo plano. Bueno, quizás a un plano que ya ni tenía posición en el orden de todo lo que le importaba en la vida. Ahora lo veía todo de otra forma.

Ni siquiera miró el tablón, fue Marta la que le indicó que ambas habían aprobado. Ni se enteró de la nota que había sacado, su cabeza estaba en otro sitio. Pero como veía a Marta tan contenta, no pudo menos que sonreír a su amiga.

Al salir de la Facultad, de camino al autobús, Marta no paraba de hablar sobre el examen de Compiladores, ahora no parecía tan complicado, si habías hecho la práctica era muy sencillo, decía, pero ella apenas la escuchaba.

Cuando llegaron al autobús, Laura vio a Jose en un Citroen Xsara gris plata, la estaba esperando. Se despidió de su amiga, a la que dejó muy sorprendida en la parada del bus, porque no le había contado nada de Jose, y a ella se lo contaba todo, así que algo se le tendría que ocurrir para justificarse. Justo en ese momento se dio cuenta que esto se iba a convertir en una mentira tras otra a sus amigos.

En cuanto entró en el coche dejó su bolso y la carpeta en el asiento de atrás. Se giró y

vio que Jose la estaba mirando con una dulce sonrisa, se acercó a ella y la besó. Laura no se lo esperaba pero no lo rechazó. Fue dulce y suave, tal y como ella se había imaginado desde que le había conocido.

- Recuerda que tenemos que fingir que somos pareja. - Si en algún momento ese beso había sido algo mágico, con esas palabras, esa magia se desvaneció. Claro, es verdad, Laura ya había olvidado que tenían que hacerse pasar por una pareja. - Ahora te llevo al centro de entrenamiento, donde te enseñaremos a disparar y a pelear.

A Laura ya le habían dicho el día anterior que tenía que aprender a disparar por si se presentaba alguna situación que lo requiriera, más valía prevenir, aunque esperaban que no tuviera que hacerlo, iba a estar respaldada en todo momento por Jose, él sería su protección.

También le iban a enseñar a defenderse. Aunque sabían perfectamente que era cinturón negro de karate, en las calles la gente peleaba de otra manera, y aunque su técnica le podía servir en algunos momentos, debía de aprender a defenderse como lo haría alguien de la calle.

Laura se sentía muy excitada, aunque sabía que era peligroso en lo que se estaba metiendo, a la vez era una gran aventura.

- Después del entrenamiento, hablaremos de cómo entrar en el círculo del Chino. - Volvió a la realidad, olvidó la gran aventura en la que estaba pensando y volvió a sentir miedo.

Jose la llevó a la comisaría donde trabajaba, en el Barrio de Salamanca, muy cerca de Manuel Becerra. Era una zona que Laura conocía de siempre, ya que su casa no estaba lejos. Dentro, varios policías saludaron a Jose, él les contestó de forma amigable, lo que sorprendió a Laura que siempre lo había visto bastante frío, excepto la noche que lo conoció.

Fueron a una sala donde únicamente había una mesa y dos sillas, encima de la mesa había dos pistolas negras, eran monas, pensó Laura. Nunca había cogido un arma en su vida, se sentía nerviosa, Jose le puso una en la mano.

- Es una glock 17. Hemos pensado que es fácil de manejar y precisa en el disparo. Creemos que para una principiante puede funcionar. - Laura estaba contemplando el arma, por un lado sentía mucha curiosidad, por otro le aterrorizaba tener un arma en sus manos, una herramienta que tan fácilmente podía matar a una persona.

- Es un arma fiable y durable. - Jose seguía con la explicación. A Laura le parecía que estaba hablando como si fuera un electrodoméstico cualquiera de la casa. Así que no pudo contenerse.

- ¿Cuánto tiempo de garantía tiene? - Jose la miró perplejo por la pregunta, pero en seguida se dio cuenta que estaba bromeando y no pudo evitar sonreír. Al mirarla pensó que debía de estar muy nerviosa, no se había dado cuenta porque Laura lo disimulaba perfectamente, pero seguramente, era la primera vez que cogía un arma, aún peor, la primera vez que veía un arma.

- No te preocupes, relájate. No la tengas miedo, eres tú la que le dices lo que ha de hacer, recuérdalo. - Le acarició un brazo intentando tranquilizarla. Ella lo miró y asintió. En ese momento, Jose sintió mucha ternura hacia ella, parecía un perro desvalido, pero ahí estaba de nuevo su mirada fría y fuerte para aprender a manejar un arma.

- Te voy a enseñar cómo desmontar la glock. - Cogió la otra pistola de la mesa y empezó con la explicación. Vio que Laura estaba muy atenta. - Primero extrae el cargador pulsando el botón de liberación que se encuentra justo detrás del gatillo, en la culata. - Jose extrajo el cargador y Laura hizo lo propio.

- Bien, ahora tira de la corredera hacia atrás para descargar toda la munición de la cámara. - Jose le indicó donde se encontraba la corredera. - Ahora revisa el interior y asegúrate que la cámara está vacía, lo mismo con la recámara. Laura, esto es muy importante, no has de continuar si el arma está cargada. Ahora aprieta el gatillo. - Laura

fue a apretar el gatillo apuntándole, él la cogió de las muñecas y le movió las manos, de forma que la pistola apuntara a la pared. - Siempre apunta a una dirección segura. - Le sonrió. - De esta forma, vuelves a colocar la corredera en su sitio. - Laura apuntó hacia la pared, disparó y el arma hizo un pequeño chasquido. La corredera volvió a su posición inicial. - Muy bien. Ahora presta atención a cómo hay que colocar la mano.

Jose dobló los dedos alrededor de la parte de atrás de la pistola, de forma que el pulgar quedaba sobre la parte trasera de la empuñadura y el resto de la mano alrededor de la parte superior de la corredera. - Al apretar la mano en esta posición, harás que la corredera se retire un poco hacia atrás. Usa ahora la otra mano para apretar las dos palanquitas que se encuentran en el centro de la pistola, una a cada lado. Ambas deben ser apretadas a la vez, de esta forma se suelta la corredera, la movemos hacia delante y tenemos la pistola dividida en dos.

A Laura le costó poner la mano en la posición correcta y desmontar el arma como le había indicado Jose. Él la miraba sin decir palabra, esperando a que terminase la tarea, pero sin agobiarla ni meterle prisa. Al final ella lo consiguió y dejó el arma igual de desmontada que la tenía Jose. Le salió una sonrisa de orgullo de si misma.

Jose la miró y le sonrió. - Para ser la primera vez no lo has hecho mal. Muy bien, ahora hay que retirar la guía con el resorte y después el cañón de la corredera, deslizándolo hacia adelante y hacia atrás.- Ya tenían desmontada la pistola. - Con esto es suficiente para poder limpiarla. Ahora vamos a montarla haciendo lo mismo pero a la inversa.

Laura estaba concentrada en la tarea. Repitió el montado y desmontado de la pistola varias veces, mientras Jose la observaba y la ayudaba cuando se quedaba bloqueada. Laura sentía que poco a poco iba cogiendo soltura, aunque algo le decía que lo hacía muy despacio.

- Ten presente que cuando manipules una pistola, siempre has de apuntar a una dirección segura. Ya sabes, las carga el diablo. - Jose le guiñó un ojo. A Laura le hizo gracia el comentario, si al final Jose iba a tener sentido del humor - Ahora vuelve a desmontarla, te voy a enseñar a realizar la limpieza y un mantenimiento básico de la pistola.

Laura volvió a desmontar la pistola, mientras Jose fue a buscar una pequeña caja que contenía bastoncillos de oídos, trapos, cepillos de dientes y algo más que no reconoció.

- Primero vamos a limpiar el armazón, con un trapo será suficiente. Es importante dejar limpio el mecanismo del gatillo y la cavidad del cargador. Si el armazón estuviera muy sucio, que no es el caso, podrías utilizar un cepillo de dientes. - Laura lo miraba impresionada por la soltura con la que se manejaba, aunque era inspector de policía, no podía esperarse otra cosa. - Ahora vamos a limpiar la corredera. Ésta sí puede estar más sucia, utilizaremos un cepillo de dientes y si se nos resiste, utilizaremos un bastoncillo para los oídos. Hay que dejar bien limpios los raíles, la ventana de expulsión, el extractor, el eyector y la boca de percutor.

Laura contemplaba todo lo que hacía Jose a la par que hacía lo mismo. A veces era un poco complicado seguirle, él lo hacía con mucha desenvoltura y a ella le costaba bastante más.

- Ahora toca limpiar el cañón. Para ello necesitamos esta herramienta que se llama grata. - Laura observó el instrumento, era alargado y una mitad estaba formado por unos pelos alrededor del eje en espiral, como una escobilla pequeña. - Pulverizamos un poco de aceite sobre la grata y la introducimos varias veces en el cañón. Siempre desde atrás. Así. - Laura continuaba imitando todos los movimientos de Jose. - Ahora toca la rampa de alimentación. Es importante que esté muy limpia para evitar que el arma se encasquille. Esta glock es una 9 mm por lo que no debería de ensuciarse mucho. Aquí utilizamos otro bastoncillo de oídos con una gota de aceite. Después se seca con otro bastoncillo seco. Y por último, limpiamos con un trapo el muelle recuperador y el cargador, utilizando bastoncillos para los recovecos.

- Tenía que haber tomado apuntes. Se me va a olvidar algo. - Laura parecía algo desesperada por recibir tanta información junta.

- No te preocupes, lo repasaremos tantas veces como sean necesarias. - Laura levantó la mirada del arma y vio que Jose lo decía totalmente en serio. Se sintió aliviada y reconfortada. -Tampoco es necesario que te aprendas los nombres de cada componente del arma. Como te veo un poco agobiada, creo que es mejor que lo dejemos por hoy. Mañana te enseñaré a lubricar la pistola. Llévatela a casa y práctica. Aunque por ahora me voy a quedar yo con el cargador.- Jose cogió el cargador de su pistola mientras sonreía. - Por supuesto, que nadie en tu casa te vea la pistola.

- No te preocupes, en mi casa nadie entra en mi habitación a parte de mí. Respetamos la intimidad. - Laura le guiñó un ojo. Jose se imaginó que le estaba echando en cara que la estuvieran siguiendo. - Por cierto, ¿no tendría que tener una licencia o algo así para poder tener un arma en mi poder?

- Algo así, pero no te preocupes, conocemos el arma, si asesinas a alguien sabremos cómo encontrarte. - Laura puso los ojos en blanco.

Ya en casa, anotó todo lo que le había enseñado Jose para que no se le olvidara nada, y se puso a hacerlo una y otra vez hasta que se sintió cómoda montando y desmontando la glock. Lo mismo con la limpieza, tenía el arma brillante, seguro que no existía una tan limpia como la suya. Se rió de sí misma por la ocurrencia, por no ponerse a llorar.

Al día siguiente, como le había prometido, Jose le enseñó cómo lubricar el arma en la misma sala de comisaría del día anterior.

- Las glock sólo necesitan unas pocas gotas de aceite para lubricar los puntos clave. Hay que lubricar el exterior del cañón, la parte interna superior de la corredera, los raíles, tanto el derecho como el izquierdo y el mecanismo del gatillo. - Jose cogió un trapo al que le echó un poco de aceite para lubricar las partes indicadas. Para los raíles cogió un bastoncillo al que echó una gota de aceite y lo extendió. - No hay que lubricar ni el cargador ni el percutor, de hecho lubricar el percutor puede dificultar su movimiento. - Jose estaba muy concentrado en su explicación y en el trabajo de lubricación que estaba haciendo con su arma, esperaba que Laura hubiera asimilado toda la información. - Ahora tú. - Quería ver cómo lo hacía y lo que vio le sorprendió mucho.

Laura cogió su pistola que estaba montada, la desmontó en un momento, haciendo todas las comprobaciones oportunas que le había enseñado Jose. Después pasó a limpiar la pistola de forma muy cuidadosa y correctamente. Lubricó el arma tal y como acababa de indicarle y la montó en un santiamén.

- ¿Y bien? - Laura estaba muy orgullosa, lo había hecho muy bien, o eso pensaba ella. Necesitaba que Jose se lo confirmara.

- Sorprendente, parece que manejas pistolas de toda la vida. - A Laura le dio un vuelco el corazón, lo había sorprendido, notó admiración en sus palabras. - Mañana empezaremos las clases de tiro. A ver si se te dan tan bien.

Noviembre 2.015

Laura estaba en casa tirada en el sillón viendo la tele. La estaba prestando muy poca atención puesto que estaban pasando un episodio de una serie que ya habían repetido hasta la saciedad. Desde luego, tantos canales y no había nada que ver, pensó.

Después de estar una semana ingresada en el hospital, le dieron el alta, tuvo que estar casi un mes con el brazo izquierdo completamente inmovilizado, y ahora por fin, se lo habían dejado parcialmente inmovilizado, podía hacer algunos movimientos y hasta coger cosas que pesaran muy poco.

Tal y como le había contado Jose, los asaltantes del restaurante eran una célula yihadista que planeaba secuestrar al magnate saudí para obtener una gran cantidad de dinero por él que les sirviera para armarse, seguramente luego planeaban matarle ante una cámara para sembrar el terror como en tantos otros casos, al resto probablemente los hubieran matado porque no les servían para nada. El grupo estaba compuesto por ocho adultos y un menor de edad, cuatro de los adultos eran españoles convertidos al Islam. El juez de la Audiencia Nacional envió a prisión a los ocho adultos detenidos e ingresó en un centro cerrado de reforma al menor, durante al menos seis meses, por considerarlo plenamente integrado en la célula.

En una de las casas de los terroristas, en la que se reunían todos según testigos protegidos, habían encontrado granadas del ejército español listas para ser usadas, escopetas, cartuchos de diferente calibre, porras de goma y eléctricas y otros accesorios. También encontraron varias hojas de papel con próximos objetivos, e incluso una de las hojas especificaba detalladamente cómo montar una bomba.

Cuando Laura se enteró de todo esto, se le heló la sangre, se había enfrentado a unos terroristas y había salido viva. Dejó que sus pensamientos pasaran a algo menos traumático. Estaba desesperada por trabajar. Tenía algunos pedidos pendientes y no había podido hacer nada. Además, las últimas adquisiciones también estaban a la espera de ser arregladas.

Llevaba prácticamente un mes en casa y lo único útil que había podido hacer era llamar a sus clientes, explicarles más o menos lo ocurrido, y decirles que sus muebles no iban a estar restaurados en fecha, que entendía perfectamente si decidían llevarlos a otro restaurador. Pero a ninguno pareció correrle prisa la restauración, y no les molestó en lo más mínimo el retraso. Quizás, tuvo algo que ver que Laura, por las molestias, les hiciera un descuento especial.

El médico le había dicho que por lo menos tendría que tener el brazo parcialmente inmovilizado otras tres semanas. Esperaba que después, la rehabilitación y la recuperación no fueran muy largas. Seguramente ya sería capaz de hacer alguna cosa en los muebles que tenía pendientes, aunque sólo fuera con la mano derecha, porque llevaba todo este tiempo sin que apenas entrara dinero. Su madre había estado con ella estas últimas semanas en la tienda ayudándole a vender el poco material que tenía disponible, ya tenía la tienda casi vacía, tenía que ponerse manos a la obra, poco a poco. No podía permitirse seguir descansando.

Como el brazo derecho estaba perfectamente y era diestra, el día anterior ya había probado a lijar y pintar únicamente con la mano derecha y no se le daba muy mal, iba más despacio, pero quizás pudiera arreglar alguno de los muebles que tenía en su casa. Las restauraciones de los muebles solicitados por los clientes, no quería hacerlas con una única mano, no quería arriesgarse a que quedaran mal. Este tipo de muebles solían tener algún tipo de valor sentimental y no quería estropearlos.

Se levantó del sillón, y se dirigió a la habitación de su casa que hacía las veces de taller. Era una habitación pequeña, pero era lo que tenían los pisos nuevos de Madrid,

eran caros y poco espaciosos. El suelo lo había modificado con losetas de corcho para que no se estropeará la tarima. A parte de un par de mesillas en un rincón y un escritorio, a la espera todos ellos de ser arreglados, había una mesa de trabajo pegada a la pared, y encima de ella, un mural donde estaban ubicadas muchas de las herramientas que utilizaba, el resto estaban guardadas en el pequeño armario empotrado que había en la habitación.

Decidió ponerse con el escritorio que había encontrado en un desembalaje el pasado agosto en Cantabria. Era un escritorio alfonsino al que había aplicado producto para matar la carcoma y ya había pasado de sobra el tiempo correspondiente para que hiciera efecto, todavía estaba envuelto en el plástico que había puesto tras aplicar el producto. Por lo demás, estaba en muy buenas condiciones. Su idea era rellenar los agujeros producidos por la carcoma, lijarlo, darle una capa de imprimación y pintarlo con alguna pintura acrílica, y para terminar, decapar, es decir, desgastarlo en algunos puntos para obtener ese toque vintage tan de moda. Mientras miraba el mueble decidió pintarlo en dos tonos para darle más profundidad, aunque esa idea seguro que iría cambiando según evolucionara su trabajo. Siempre se le iban ocurriendo cosas sobre la marcha, para ella los muebles iban tomando vida según avanzaba su trabajo, como ella solía decir, era como si le fueran diciendo lo que tenía que hacer con ellos, mucha gente debía de pensar que estaba loca, pero era lo que sentía.

Empezó a romper el plástico ayudada con unas tijeras, aún le dolía de vez en cuando el hombro izquierdo, le daban pinchazos, y no sabía si aguantaría mucho tiempo trabajando, pero lo iba a intentar.

Cogió una barra de cera y un mechero para calentarla, de forma que se pudiera extender fácilmente en los agujeros. Después de retirar el exceso con un trapo, se puso a trabajar con la lijadora, la enganchó a la aspiradora para que la mayor parte de serrín se quedara ahí dentro. Como la máquina lo hacía prácticamente todo y había seleccionado una lijadora que no pesaba mucho, pudo trabajar únicamente con la mano derecha sin problemas, aunque más despacio de lo habitual. Aún no había terminado, cuando hizo un descanso para ir a por un vaso de agua. En ese momento oyó que estaban llamando al timbre de forma insistente. Seguro que ya llevaban un rato, porque con el ruido de la máquina no había oído nada.

Cogió el telefonillo y preguntó quién era. La voz de Jose se oyó al otro lado, así que le abrió el acceso a la urbanización.

Mientras esperaba a que volviera a sonar el telefonillo para abrirle la puerta del portal, se acercó al lavabo del baño para lavarse las manos, que las tenía secas y con virutas de serrín. Aprovechó para mirarse al espejo. Llevaba el pelo recogido en una especie de moño/coleta medio deshecho y sujeto por una pinza, de forma que no le molestara al trabajar, además estaba un poco pálida. Mientras se contemplaba, sonó de nuevo el telefonillo, esta vez pulsó el botón sin preguntar.

Abrió la puerta de su casa y se quedó esperando a que Jose saliera del ascensor. Estos días habían mantenido el contacto, Jose había ido a visitarla al Hospital y cuando le dieron el alta la llamó en varias ocasiones. Pero hasta ahora, no habían tenido oportunidad de verse a solas. En el Hospital siempre habían estado presentes sus padres y alguna que otra visita. Y cuando había llamado siempre estaba su madre cerca, por lo que aún no habían tenido oportunidad de hablar. Quizás ahora era el momento. Pero, realmente, ¿había algo de qué hablar? Lo que pasó entre ellos fue hace muchos años, ya creía tenerlo olvidado y no estaba por la labor de recordarlo. Ocurrieron cosas bonitas en aquella época, pero sobre todo la recordaba como una época muy dolorosa.

Jose salió del ascensor muy sonriente, como siempre estaba muy guapo, con su pelo revuelto y esos ojos verdes. Llevaba en la mano una pequeña maceta en la que había una preciosa orquídea blanca con los bordes morados. - Espero siga siendo tu

preferida. - Laura movió la cabeza afirmativamente, le había sorprendido que aún lo recordara.

- La verdad es que es una pena, es una flor tan bonita. - Jose la miró sin entender. - Es que todas las plantas se me mueren.- Dijo Laura sonriendo.

- La próxima vez te traigo un manual de jardinería especializado en orquídeas. - Jose le guiñó un ojo.

Lo invitó a pasar y le ofreció algo para beber, pero como era media mañana y estaba de servicio sólo aceptó un vaso de agua. Se sentaron en el sillón de tres plazas que Laura tenía en el salón, situado justo en frente de la tele, que seguía encendida, seguían emitiendo la misma serie pero otro episodio. Se le había olvidado apagarla cuando se fue a su taller a trabajar, así que la apagó en ese momento.

- Te veo muy bien, ya parece que mueves algo el brazo. - Jose fue el que rompió el silencio.

Laura pasó a recitarle el parte médico que tantas veces había contado últimamente a todo el que preguntaba por su brazo. Cuando terminó, se volvió a hacer el silencio. - Jose, ¿qué haces realmente aquí?

Jose se quedó mirándola, no había cambiado, siempre directa al grano. Y la verdad es que él no supo qué decir, no tenía muy claro qué hacía ahí. Por un lado quería explicarse, pero no sabía ni por dónde empezar, también quería saber cómo se encontraba, pero lo que tenía claro era que después de haberse reencontrado, no tenía ninguna intención de volver a perderla.

- Quería contarte por qué me fui. - Laura puso los ojos en blanco.

- Jose, sé perfectamente por qué te fuiste. Quizás en aquel momento no lo entendí, pero con el tiempo lo vi todo más claramente. De todas formas, supongo que ya no tiene importancia, ¿no crees? - Jose no estaba seguro que no tuviera importancia, a Laura aún se le veía una pizca de resentimiento en la mirada, y aún recordaba lo fría que había sido Marta con él el día que se encontraron en el restaurante, pero no la contradijo.

- Me gustaría formar parte de tu vida, ahora que nos hemos vuelto a encontrar. - Laura no se esperaba que fuera tan claro. Lo que sentía hacia él en ese momento la hacía dudar, eran muchos sentimientos contradictorios a la vez, unos buenos, otros malos. Últimamente había pensado mucho en Jose, en su relación hacía más de quince años y en su reencuentro. A veces pensaba que sería bonito volver a conocerse, volver a ser amigos, y otras veces lo que quería era no haberse encontrado en el restaurante aquel día, que nunca hubieran coincidido. Pero como no era el caso, y como decía su madre, las cosas suceden por algo, lo más lógico era afrontarlas como había hecho toda su vida. Siempre había pensado que para no tener miedo a algo lo mejor era enfrentarse a ese algo, y siempre había obrado en consecuencia, siguiendo ese principio, así que ahora no iba a ser menos. Le daría a Jose una oportunidad y le escucharía. Al fin y al cabo, ella ya no era la universitaria joven e inexperta de antaño.

- Está bien. Cuéntame, ¿qué ha sido de tu vida estos quince años? - Laura habló como si estuviera cansada de oír excusas, pero se dio cuenta que no era justo, él nunca le había dado ninguna excusa por nada. Laura lo único que sabía es que se había ido, y por lo que a ella le había dicho, no sabía cuándo iba a volver. Pero aquí estaba de nuevo.

Jose pensó que eso era mejor que nada, parecía que podrían por lo menos mantener una conversación como dos adultos, era un paso hacia delante.

Le contó que pidió una excedencia y estuvo por Europa trabajando la mayor parte del tiempo como guardaespaldas de gente con mucho dinero, estaba muy bien pagado y lo habitual es que no fuera muy arriesgado. Esto le vino bien para mejorar su inglés y su francés.

Después de dos años volvió a España, pero había perdido su plaza en Madrid, y estuvo

destinado a diferentes pueblos y ciudades por la península.

- ¿Por qué volviste? - Laura lo interrumpió. - Perdona, me refiero a que si el trabajo estaba bien pagado y no era muy peligroso, por qué volver.

Jose sonrió nostálgicamente. - Volví porque me gustaba lo que hacía aquí, ser policía me encanta. Ya sabes, encerrar a los malos y salvar a los buenos. - Jose le guiñó un ojo y Laura le respondió con una sonrisa. "Y por ti", eso no lo dijo en alto, después de casi trece años desde que había vuelto hubiera sonado ridículo. - Ahora soy inspector jefe.

- Felicidades. - Laura se lo dijo de corazón, se alegraba por él, era algo a lo que siempre había querido llegar.

Después de varios destinos, siguió contándole, por fin había vuelto a Madrid. Hacía ya cinco años de ello, y debido a las vueltas que da la vida, Carlos y él volvían a trabajar juntos.

- ¿Llevas cinco años en Madrid? - Sonó dolida cuando dijo estas palabras, y eso que había intentado sonar lo más apática posible.

- Llevo todos estos años intentando venir a verte o llamarte. En cuanto llegué a Madrid te busqué y no tardé mucho en encontrarte. - Laura se sorprendió. - He estado justo delante de la puerta de esta urbanización en varias ocasiones. Cuando llegué intenté llamar a tu puerta muchas veces, incluso esperaba que salieras y me encontraras, hubiera sido más natural, más sencillo. Pero nunca me atreví a dar el paso. Lo reconozco. Me daba mucho miedo, prefería tenerte en mi mente como un bonito recuerdo. Y al final todo lo ha solucionado un encuentro en un restaurante, una casualidad o quizás el destino. Llámalo como quieras.

Laura se quedó boquiabierta con la confesión que le acababa de hacer Jose, no se lo esperaba. No sabía ni qué decir ni qué hacer.

- Supongo que tenías razón. - Laura se imaginó si hubiera aparecido llamando al timbre de su puerta qué hubiera hecho, y desde luego se veía dándole un portazo en las narices. - Mi primera reacción hubiera sido rechazo hacia ti o quizás no, míranos ahora, estamos hablando civilizadamente. Aunque, obviamente, que me hayas salvado la vida a mí y a mis amigos siempre ayuda. - Jose soltó una carcajada.

Laura estuvo pensando si hacerle o no la pregunta que llevaba un rato dándole vueltas a la cabeza, decidió que era el mejor momento, puesto que se estaba sincerando con ella, y eso no solía hacerlo.

- Jose, cuándo volviste a España dos años después, ¿por qué no... ? - Laura no supo cómo terminar la pregunta. Le daba miedo la respuesta. Pero desde que Jose le había dicho que a los dos años volvió de su aventura europea, no entendía por qué no había venido a verla.

- Lo hice. - Jose entendió perfectamente la pregunta y Laura se sorprendió con la respuesta. - Te busqué. Me enteré de donde trabajabas y fui a buscarte. Aún recuerdo aquel día. Estaba lloviendo, bueno, realmente diluviaba. Te esperaba en la calle, en frente de tu oficina, debajo de un soportal, estaba empapado. Entonces saliste, ibas con una gabardina negra y tu pelo suelto. Estabas muy guapa. Miraste al cielo sorprendida de la que estaba cayendo, supongo que como siempre irías sin paraguas. - Sonrió con sus recuerdos. - En ese momento empecé a cruzar la calle. Pero apareció alguien, un hombre, creo que era David, aunque claro, en ese momento no sabía quién era. Lo cogiste del brazo y te metiste debajo de su paraguas. Me acerqué a vosotros, incluso grité tu nombre, pero tú no oíste nada. Cuando di la vuelta a la esquina siguiéndolos, vi que estabais entrando en un coche. Me acerqué y cuando me dispuse a dar unos golpes en la ventanilla, comprobé que en el interior os estabais besando apasionadamente. - Jose entonces miró a la cara sorprendida de Laura. - Me di cuenta entonces que yo ya no era parte de tu vida. Me había ido y tú habías continuado. Y así tenía que ser. Quería que lo supieras, para que no pensaras que no significaste nada

para mí. Laura, fuiste una persona muy importante en mi vida. - En ese momento, ella se dio cuenta que tenía una lágrima que le rodaba por la mejilla.

Si se hubieran encontrado seguro que sus vidas hubieran sido diferentes, o quizás no, quién sabe. Pero de eso ya hacía mucho tiempo, demasiado.

- Bueno, tengo que irme. Ya sabes, estoy de servicio. - Ambos se levantaron del sillón y se dirigieron a la puerta. Cuando Jose estaba a punto de subirse al ascensor se dio la vuelta. - ¿Tienes que hacer algo esta noche? Te invito a cenar. Para que me pongas al día, porque me parece que aquí el único que ha hablado he sido yo. - Sonrió dulcemente, y Laura supo que tenía toda la razón, ella apenas le había contado nada.

- Me encantaría, pero esta noche no puedo. He quedado con David. - Jose asintió decepcionado.

- Quizás otro día. - Se cerraron las puertas del ascensor y Jose desapareció. Laura aún se quedó unos segundos mirando la puerta cerrada.

En su pequeño taller continuó con la tarea que había abandonado a mitad, el lijado del mueble. Mientras trabajaba no podía dejar de darle vueltas a todo lo que le había dicho Jose esa mañana. Cuando hubo terminado de lijar, limpió el escritorio con un paño y alcohol de quemar. Ya estaba listo para darle la imprimación. Cuando acabó ya eran casi las seis de la tarde y apenas había comido nada, tan absorta que había estado en sus pensamientos.

Se fue a la cocina y se preparó un sándwich de jamón y queso, se sentó delante del televisor mientras comía. No prestó ninguna atención a la tele, estaba en otro sitio, haciendo memoria de algunos de sus recuerdos. No pudo evitar sonreír con nostalgia recordándolos. Se acordó de las vacaciones en Túnez, de sus entrenamientos, cuando Jose le enseñó a disparar y se pegaba a su espalda para que apuntara de forma correcta, aquellos momentos en los que habían estado tan unidos y que se disolvieron en un abrir y cerrar de ojos. También se acordó de José Manuel, al que echaba tantísimo de menos. Entonces sobrevinieron otros recuerdos no tan bonitos, así que para quitárselos de la cabeza decidió ir a dar una vuelta, que la diera un poco el aire. Aún tenía tiempo antes de que viniera David a buscarla.

Estuvo paseando por un parque cercano a su casa, con el frío que hacía y siendo ya de noche, no se veía ni un alma. Algún que otro corredor poniéndose en forma o comprobando sus pulsaciones o estirando. Ella iba andando rápido con el viento dándole en la cara, esa sensación le hacía sentirse libre, sentirse bien y la despejaba. Cuando ya llevaba hora y media paseando decidió irse a casa a vestirse para cenar con David, tenía muchas ganas, hacía días que no lo veía.

David la llevó a cenar a un restaurante al que iban de vez en cuando, cerca de su casa. Él había pensado que como aún estaba convaleciente no era lo mejor llevarla muy lejos. Laura pensó que siempre estaba en todo.

Como iban a menudo a este restaurante, ya les conocían. De hecho pensaban que eran marido y mujer, ya que en varias ocasiones habían hecho algún comentario al respecto y como a ellos realmente les daba igual lo que pensarán, nunca les habían corregido.

- Si algún día venimos con otra persona, van a pensar fatal de nosotros. - Dijo Laura mientras se sentaban en la mesa que les habían dado.

- ¿Estás pensando venir con alguien? - Dijo David socarronamente. Ella lo miró a los ojos, y no pudo más que sonreírle de forma enigmática. - Bueno, me vas a contar tu historia con Jose. - Dijo haciéndose el desinteresado a la par que abría la carta y le echaba un vistazo. Laura se lo quedó mirando y pensó, ¿por qué no? Ha pasado

mucho tiempo y ya es hora que me desahogue con alguien, seguro que me sienta bien.

- Está bien, ¿por qué no? Pero antes vamos a pedir la cena.

En cuanto el camarero les hubo traído los platos que habían pedido, Laura se puso a contarle toda la historia, desde el principio hasta el final, sin saltarse nada, contando lo bueno y lo malo, todo, hasta el detalle más ínfimo que recordaba.

Cuando Laura terminó de hablar, habían pasado más de tres horas y ninguno había comido apenas. Laura por estar hablando y concentrada en recordar sus recuerdos y David porque la historia le había absorbido, no pudo dejar de escucharla ni un momento, nunca se hubiera podido imaginar algo parecido.

Estaban tan concentrados que ni se habían dado cuenta que todavía estaban en el restaurante, ni de la hora que era. A su alrededor vieron que ya no quedaba ni un alma, sólo estaban ellos. Seguramente los camareros estaban esperando a que se fueran para poder recoger e irse a sus casas.

David hizo un pequeño gesto a Manuel, el camarero, para que trajera la cuenta. Manuel llegó con la cuenta y se fijó en que ninguno de los dos había probado bocado de la cena.

- No habéis comido nada, ¿no os ha gustado? ¿Queréis otra cosa? - Laura levantó la mirada y se sintió mal, porque la comida siempre estaba muy buena, y le habían hecho un feo a Manuel.

- Manuel, lo siento, estaba muy bueno, pero no teníamos hambre. Lo siento de verás. - El camarero asintió agradecido. - Estoy agotada. - Dijo mirando a David.

- Laura, me has dejado de piedra, menuda historia. - Aún estaba intentando asimilar todo lo que le había contado su amiga. - Creo que me acabo de poner un poco celoso de Jose. - Como siempre cortando la tensión tonteando. - Siento cómo terminó todo. - Laura no sabía si se refería al final de la historia entre Jose y ella, o a la historia en general.

- Sí, una historia increíble. - Lo dijo muy bajo, para sí misma.

Febrero 1.999

Al día siguiente fueron al campo de tiro a disparar. Laura estaba aterrorizada, en la feria nunca había logrado dar a nada con las escopetas de los puestos. Tenía entendido que estaban trucadas, un poco dobladas y demás, pero no creía que aun así, fuera fácil dar a algo.

La sala donde iban a realizar las prácticas de tiro era enorme y rectangular, con mucha profundidad, al fondo había colgados varios pósters en los que estaban dibujadas dianas, rodeadas por una figura que simulaba un tronco humano. El suelo azul de la sala le recordó a Laura a un gimnasio, las paredes estaban formadas por planchas onduladas en blanco, igual que el techo. Había cinco líneas diferentes de tiro con mamparas de separación entre los tiradores. En cada mampara una pequeña mesita donde había unos cascos y unas gafas.

Jose le dio las gafas para protegerse los ojos de los gases calientes y de las partículas de plomo que salen despedidas del arma, según le dijo. También le dio los cascos para protegerse del ruido de los disparos. Él también se puso unas gafas y unos cascos.

- Primero vas a practicar cómo sostener la pistola, para ello no hace falta tenerla cargada. - Jose cogió el arma y le sacó las balas. - Mantenemos bloqueada la corredera. Como eres diestra, la mano izquierda te va a servir para estabilizar la pistola. - Jose cogió la pistola. Con la mano izquierda rodeó la empuñadura, y con la mano derecha agarró su mano y puso el dedo índice en el gatillo. - El pulgar tiene que estar alejado de la corredera cuando dispaes. - Jose le colocó las manos sobre la pistola tal y como acababa de mostrarle. Laura sintió una pequeña corriente eléctrica por todo el cuerpo, cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra para que se le pasara la sensación. Cuando Jose comprobó que tenía la pistola correctamente sujeta, siguió con las indicaciones. - Tienes que agarrar la pistola firme y fuertemente, como si estuvieras apretando la mano de alguien para comprobar tu fuerza. Si la pistola empieza a temblar, la tienes bien agarrada, entonces relaja tus manos un poco para que deje de temblar.

Laura estaba intentando seguir todas las indicaciones que le había dado Jose. - Alinea los pulgares, así conseguirás soporte y precisión. Recuerda alejarlos de la corredera y el martillo, sino cuando dispaes pueden quedar pillados.

La cogió de la mano y la llevó delante de una ventana donde al fondo se podía ver una diana. Laura miró cómo Jose cargaba el arma.

- Pues vamos a ver cómo lo haces. - Jose le pasó la pistola. Laura la cogió tal y como le acababa de enseñar y disparó, cerró los ojos, cuando los abrió no sabía ni donde había disparado, la diana no tenía ningún agujero. Jose estaba riéndose. - Más despacio fiero. Antes vamos a poner la postura correcta y apuntar. - A Laura se le subieron los colores, había disparado pero ni se había molestado en fijar un punto, un objetivo.

Jose le explicó la postura más adecuada para disparar. - Los pies deben estar separados y han de quedar a la altura de los hombros. Pon tu pie derecho un paso por detrás del izquierdo. Dobla las rodillas e inclínate un poco hacia delante. - Mientras que le decía esto, Jose le puso una mano en el estómago y otra en la espalda colocándola. Laura sintió un escalofrío y se sonrojó, por lo que bajó la mirada al suelo para que Jose no se diera cuenta. Como se pasara toda la vida así cada vez que la tocara lo iba a pasar fatal, tenía que centrarse. Contó hasta tres para retomar de nuevo el control. - El codo del brazo derecho completamente recto, el izquierdo algo flexionado. - Jose se echó hacia atrás para poder contemplarla mejor. - Perfecto, ya tienes la posición. - A Laura la posición le parecía muy antinatural, no estaba cómoda, suponía que era

porque estaba muy tensa, quizás más adelante lo haría con mayor naturalidad y sería más cómodo.

- Ahora alinea la mira frontal con la trasera. Te recomendaría mirar por el ojo derecho y cerrar el izquierdo. - Laura lo hizo. - Concentra tu mirada en la mira frontal. Cuando veas el objetivo, dispara. - Laura apuntó con la pistola tal y como le había dicho Jose. Cuando vio el centro de la diana en su punto de mira, disparó y volvió a cerrar los ojos. Apartó la vista para ver dónde había dado, y tampoco había tocado la diana. Dio una patada en el suelo demostrando así su frustración.

Jose le sonrió. - No te preocupes, lo conseguirás. Intenta no cerrar los ojos cuando dispares. Y el punto de mira ponlo un poco más abajo del punto al que quieres dar, es para equilibrar el ajuste de la pistola.

Laura asintió y volvió a intentarlo. Colocó la pistola en ambas manos, colocó brazos y piernas, apuntó y disparó. Esta vez no cerró los ojos y dio en un lateral de la diana. No era donde estaba apuntando pero por lo menos se había acercado, se puso a dar saltitos de la emoción sin poder evitarlo. Jose inmediatamente se puso detrás de ella y la rodeó con los brazos. - Cuidado, que llevas un arma cargada. - Laura se dio cuenta de su estupidez y se tranquilizó, pero no pudo dejar de notar el olor de Jose y su duro pecho pegado a su espalda. Se soltó para que su cuerpo se relajara. No podía evitar reaccionar tan incontrolablemente a Jose, tendría que averiguar un modo, porque no podía seguir así.

Se pasó toda la tarde disparando e intentando dar a la diana. Más o menos la mitad de los disparos dieron en el póster y el resto a saber a dónde fueron a parar. Pero ni una sola vez había dado en el punto que intentaba dar. Jose la tranquilizó, era lo más normal, necesitaba práctica y poco a poco lo conseguiría.

El resto de la semana Laura siguió practicando su puntería en el campo de tiro.

El sábado por la mañana como no podía dormir, fue a correr al parque durante una hora. Cuando llegó a casa, su familia aún no se había levantado, así que se animó a ir al campo de tiro y practicar ella sola. No sabía si la dejarían entrar, pero no perdía nada por intentarlo. Cogió el arma que tenía a buen recaudo en un cajón de la cómoda de su habitación y la guardó en el bolso. Se dio una ducha rápida y se puso lo primero que encontró en la habitación, unos vaqueros con un jersey de cuello vuelto, y por supuesto sus botas de tacón. Tenía claro que la mayoría de las veces que estuviera con José Manuel iba a llevar tacón, así que pensó que lo mejor sería practicar de esa forma para estar acostumbrada. Quizás era una estupidez, se encogió de hombros al pensarlo.

Salió de casa de sus padres, no sin antes dejarle una nota a su padre indicándole que se había llevado el coche. Sabía que esa mañana no iba a necesitarlo. Condujo directa al campo de tiro, pero como las otras veces la había llevado Jose, estaba un poco desorientada y se perdió en un par de ocasiones, pero preguntando, al final llegó.

Cuando entró en el edificio, el policía que estaba a la entrada la saludó como si la conociese de toda la vida. Es verdad que todos estos días había coincidido con él cada vez que iba con Jose a practicar, pero nunca habían hablado nada, aparte de los saludos de rigor al entrar y al salir. Así que esta vez quiso simpatizar con él y le preguntó si había mucha gente, él le indicó que a esas horas todavía no había nadie, que quizás a media mañana se empezara a ver movimiento. Laura entró pensando que iba a estar sola, cosa que prefería porque no quería que se rieran de ella, ni desconcentrarse si a la gente le daba por estar pendiente de su torpeza.

Ya delante de la diana, se colocó y se concentró para ver si lograba acertar. Estuvo disparando más de una hora y empezaba a atinar en la diana. Seguía sin dar en el punto exacto a donde apuntaba pero cada vez estaba más cerca. Por supuesto, no siempre daba en la diana, pero se notaba más suelta. La posición que al principio le

había parecido de lo más incómoda, ya no lo era tanto, tampoco cerraba los ojos al disparar y ya se había acostumbrado al retroceso del arma. Seguramente si seguía practicando conseguiría manejarse mucho mejor.

Estaba tan concentrada disparando que no notó que Jose llevaba un buen rato detrás de ella observándola. Se acercó justo en el momento en que se disponía a cambiar de cargador.

- Veo que estás mejorando. - Laura se sobresaltó al escucharle, pensaba que estaba sola y la sorprendió.

- Ya me gustaría a mí. Sigo sin dar muchas veces a la diana, y cuando lo hago es pura casualidad, porque no me acerco para nada al sitio al que apunto.

Laura se colocó para disparar, Jose se pegó a su espalda, pasó sus brazos alrededor de ella y colocó las manos encima de las de ella. Laura podía sentir su aliento en su nuca.

- Ahora vamos a apuntar. - Le susurró al oído. Laura dejó que le colocara el arma mientras que ella no dejaba de fijarse en la mira. De repente dispararon y la bala dio en el centro de la diana.

- Eres bueno. - No lo había dicho ni con sorpresa ni con admiración, simplemente lo dijo como una realidad.

- Es práctica. Ya verás como tú lo consigues. ¿Quieres intentarlo de nuevo? - Laura siguió intentándolo un rato más. No consiguió dar en el centro de la diana como él, pero ya hubo algunos disparos que se acercaron.

Cuando terminó de vaciar el cargador y se disponía a poner uno nuevo, Jose le cogió el arma. - Creo que ya es suficiente por hoy, como sigas a este ritmo vas a dejar sin balas al departamento entero. - Jose lo decía de broma, pero aún así Laura se sonrojó. - Anda, vamos, te invito a comer.

Laura dejó los cascos y las gafas encima de una mesa con el resto, guardó la pistola descargada en el bolso y siguió a Jose mientras salían. El policía que estaba en la puerta le preguntó que qué tal le había ido, y ella le contestó que mejor.

- Ya veo que has hecho amigos. - Le comentó Jose. ¿Quizás le había parecido algo celoso?, no estaba segura.

Al llegar al aparcamiento, Laura se acordó que había venido en el coche de su padre y se lo comentó a Jose.

- No te preocupes, luego volvemos a por él. - Subieron al coche, Laura se sintió con la suficiente confianza como para poner el CD que tenía en la radio, empezó a sonar la banda sonora de Mentas peligrosas.

- Se me había olvidado que te gustaba el cine. Bueno, la verdad es que no estaba segura de si era o no verdad.- Le dijo.

Jose la miró por el raballo del ojo. - Laura, no te he mentado en ningún momento sobre mí.

- Pensaba que todo lo que me dijiste el día que nos conocimos, era mentira, que me habías estudiado para conocer mis gustos y así fuera más fácil acercarte a mí. - Parte de razón tenía.

- Efectivamente, algo de eso hicimos. Pero te aseguro que todo lo que te dije era verdad. Tenemos más en común de lo que parece. - Laura se lo quedó mirando intentando averiguar qué era realmente lo que pasaba por su mente.

- ¿Dónde me llevas a comer?

- Sé que te gusta mucho la pasta. - Jose la miró y le sonrió. - Lo leí en tu informe. - Laura no pudo evitar poner los ojos en blanco. - El caso es que conozco un italiano muy cerca de aquí. La comida es muy buena y es muy íntimo. Seguro que nadie nos molesta.

- ¿Y quién piensas que nos va a molestar? No me digas que continúan siguiéndome. - Jose afirmó con la cabeza, mientras Laura resoplaba fuertemente y se giraba a mirar

por la ventanilla.

- Te están protegiendo. - Le dijo Jose, no quería pelear con ella en ese momento. Iban a tener un rato a solas sin trabajo y estaba deseando conocerla mejor.

- Pero ahora, no hay ningún peligro. Y en cuanto nos infiltremos, ¿qué crees que pasará si se dan cuenta que tengo una sombra que me sigue a todas partes? - El razonamiento de ella era de lo más lógico.

- Está bien, hablaré con Carlos y veré lo que puedo hacer.

- Gracias. - Laura se lo decía de corazón. Esperaba que Jose pudiera hacerle ese favor.

Esa noche Laura había quedado con sus amigos en el bar de siempre, Jose también iría. Quién no estaba segura de que fuera era José Manuel, no sabía nada de él desde el día que terminaron los exámenes, cuando Laura volvió a sacar el tema de sus amigos. Y de eso hacía ya más de una semana.

Tenía que hablar con él. Aunque lo había llamado en un par de ocasiones no le había contestado, ni devuelto las llamadas. Así que decidió acercarse a su casa directamente.

José Manuel vivía a un par de manzanas, así que no tardó mucho en llegar. Llamó al telefonillo y contestó su hermano pequeño, Javier, que le abrió la puerta.

Subió corriendo por las escaleras, cuando llegó al descansillo del tercero Javi ya le estaba abriendo la puerta. Javi siempre había sido un niño muy alegre, pero desde que murió su madre se había convertido en una sombra de lo que era. Estaba triste, siempre iba vestido de negro, apenas hablaba con la gente.

Se apartó para dejarla pasar y ella fue directamente a la habitación de José Manuel. Se conocía perfectamente la casa, había pasado tantos ratos allí jugando con toda la familia. Bueno, con José Manuel, Javi y sus padres, porque José Manuel tenía un hermano algo mayor que él que Laura no conocía apenas. Recordaba a otro niño en la casa cuando eran todos muy pequeños, pero no lo había vuelto a ver. Ni siquiera en el entierro de su madre. No sabía muy bien qué había sido de él. Sabía que toda la infancia se la pasó en psicólogos. Al contrario que sus hermanos lo poco que recordaba de él es que era un niño muy negativo y cruel. Recordaba haberlo visto matando una ardilla en El Retiro, rompiéndole el cuello, Laura tuvo mucho tiempo pesadillas. Los padres de José Manuel internaron a su hijo en un colegio de Barcelona, cerca de sus abuelos que vivían allí. Sabía que los padres iban cada dos fines de semana a ver a su hijo, pero José Manuel y Javi no iban demasiado.

Cuando se dirigía a la habitación de José Manuel, se encontró a su padre en el pasillo, y le dijo que a ver si a ella le hacía caso, que últimamente no había quien tratara con él, no hacía caso a nadie. Laura no supo ni qué decir, porque le entendía perfectamente.

Cuando entró en la habitación de José Manuel, lo vio dormitando en la cama. Su habitación estaba muy desordenada, toda la ropa tirada por el suelo, papeles por todos lados y algo de comida en la mesilla y en el escritorio. También olía muy fuerte, pero no supo a qué.

Se acercó a José Manuel y le dio en el hombro para que se despertara. Cuando lo hizo, Laura estaba sentada en una silla en frente de él, mirándolo y esperando que reaccionara.

José Manuel se estiró, la miró y le dijo bastante borde. - ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Qué quieres ahora? - Laura pensó que iba a ser difícil hablar con él si estaba ya a la defensiva. - Mira, en serio Laura, si vas a seguir hablando mal de mis amigos, es mejor que te vayas, hoy no estoy de humor para escuchar un sermón.

- Vengo a hacer las paces, te echo de menos. Anda, levántate y vamos a dar una vuelta para charlar. - Laura parecía sincera, pensó José Manuel.

Eran solo las siete de la tarde pero ya no había nada de luz, sólo la de las farolas encendidas. Dieron un paseo sin dirigirse la palabra. Entonces Laura lo cogió de la mano y lo llevó a un banco cercano para sentarse y hablar.

- Perdona. - José Manuel que tenía la cabeza apoyada en las manos mirando al suelo, levantó la cabeza y la miró, no se esperaba para nada una disculpa, la verdad es que esperaba otra de sus charlas sobre lo negativos que eran sus amigos en su vida. - Perdona, creo que no me he dado cuenta de lo importantes que son tus amigos para ti. Sé que no eres tonto y si estás con ellos no pueden ser mala gente. - José Manuel estaba asombrado por el cambio de opinión de su amiga, pensó que seguro sería un truco, aunque no sabía para qué. Pero si no era así, si le estaba diciendo la verdad, por fin podrían arreglarse las cosas entre ellos, la echaba mucho de menos.

Laura se sentía fatal, estaba mintiendo a su mejor amigo, pero por otro lado era por una buena causa, quería ayudarlo e iba a hacerlo fuera como fuera, aunque luego la odiase. Seguro que a futuro se daba cuenta de todo lo que había hecho por él y seguirían siendo amigos para siempre.

- ¿Vas esta noche al bar? - Le preguntó Laura.

- La verdad es que no tenía pensado ir. Pero creo que al final, sí me voy a animar.

- No ibas a ir por mí, ¿verdad? - José Manuel asintió. Entonces Laura lo cogió de la mano y le dio un pequeño apretón. - José Manuel, quiero que sepas, que pase lo que pase, siempre serás mi mejor amigo y siempre estaré ahí cuando me necesites. - José Manuel le sonrió, lo sabía perfectamente, aunque pelearan, siempre se reconciliaban. - Bueno, y ¿cuándo me los vas a presentar?

- Presentarte, ¿a quién? - José Manuel no entendía a quién se refería Laura.

- Pues a quién va a ser, tonto. - Le salió una sonrisa de lo más dulce. - A tus nuevos amigos.

- ¿A mis nuevos amigos?

- Claro, ahora son una parte muy importante de tu vida. Y si tú me dices que son buena gente, te creo. Pero, ¿no vas a presentarles a tu mejor amiga? Es lo normal, ¿no? - Laura no sabía si había sonado convincente o muy forzado.

José Manuel se quedó callado un instante, no sabía qué decir. Eran buenos chicos, pero los amigos de sus amigos daban mal rollo, no quería que Laura los conociera. Él aún no había hecho nada, pero sabía perfectamente que sus amigos de vez en cuando llevaban paquetes, probablemente de droga, para intentar meterse en la banda del Chino, y en algún momento seguro que le iban a pedir que hiciera lo mismo. A lo mejor Laura tenía razón, ¿qué hacía él con esa gente? Pero cuando estaba con ellos y se tomaba un tripi, de repente olvidaba a su madre y todo lo que le deprimía. Eran su refugio. Pero no podía defenderlos y no presentárselos a Laura, y tampoco quería presentárselos. Tenía un dilema que resolver, lo mejor era darle largas, ya se cansaría, o no, conociéndola, seguro que no dejaría de insistir.

- Ya veremos. - Dijo al fin.

- Bueno, ya hablaremos. Yo si quiero presentarte a alguien. - José Manuel se rió.

- No me digas que te has liado con el chico que conociste el otro día. - Laura se puso roja y asintió.- ¿No es algo mayor para ti?

- Es seis años mayor que yo, no hay tanta diferencia. Y es un sol, ya verás cuando le conozcas, tenemos muchas cosas en común. A los dos nos encanta el cine, sobre todo el clásico. - Laura estaba mezclando retazos de realidad con alguna mentira, tenía que resultar lo más creíble posible. - También práctica mucho deporte, como yo. Ya verás, seguro que te cae fenomenal.

- ¿Ya no voy a ser yo tu acompañante para ir al cine cuando pongan una reposición de alguna película de Cary Grant, Audrey Hepburn y demás? No me lo puedo creer. - José Manuel puso cara de pena mientras se reía.

- Capullo. - Le dijo Laura bromeando mientras le daba un suave puñetazo en el brazo.

Por mucho que se quejase a Laura, sabía que el cine clásico también le gustaba.

Diciembre 2.015

Laura estaba tomando un café con leche y una tostada de pan con aceite y tomate en el bar que había justo en frente de su pequeña tienda. Era su primer día de trabajo al cien por cien. Ya le habían quitado el cabestrillo, y aunque de vez en cuando le daba algún que otro pinchazo, ya podía hacer bastantes cosas con él. Llevaba un par de semanas yendo a rehabilitación, y empezaba a notarse, no podía levantar el brazo demasiado, pero el resto de movimientos habituales los tenía bastante controlados.

Mientras desayunaba estaba organizándose el día, tenía que revisar la contabilidad de su tienda para ver si era tan mala como empezaba a imaginarse, tenía que dar cera a las mesillas que ya había pintado en casa y se había traído para vender, y comenzar con la restauración de los tres pedidos que tenía pendientes. Iba a empezar por un escritorio Luis XVI que era precioso, un estilo que a ella le encantaba, con formas redondeadas y ligeras. Había leído en una biografía de María Antonieta que al ser un estilo tan femenino debería haber llevado su nombre, el de la reina, puesto que sus formas frágiles y graciosas no recordaban para nada a la figura oronda de Luis XVI. Siempre le había hecho gracia ese comentario de María Antonieta, y no le quitaba parte de razón.

Mientras estaba pensando en María Antonieta y riendo tontamente recordando un retrato de Luis XVI, alguien se sentó en frente de ella. Estaban en una pequeña mesita pegada al gran ventanal del bar desde donde se veía perfectamente su tienda. Ella levantó la cabeza para ver quién era y se encontró con la mirada preocupada de Jose. Habían quedado un par de veces desde la ocasión en la que Jose se había sincerado con ella. Por fin se habían puesto al día. Laura le contó que había seguido con su entrenamiento en karate, ya tenía el quinto dan, de vez en cuando se acercaba al campo de tiro para no olvidar la formación que él le había dado. También le contó cómo terminó la Universidad y encontró su primer empleo, le habló de David, de cómo se decidió a cambiar de vida, dejar la Informática y dedicarse a su hobby de restauración de muebles. Por su parte Jose le contó anécdotas de cuando estuvo trabajando de guardaespaldas por Europa y de los diferentes destinos en los que estuvo por España. De lo que no hablaron fue de sus relaciones sentimentales, ambos evitaron ese tema.

Era curioso que después de tanto tiempo, pudieran volver a conectar como antes, era una sensación agradable. Como cuando dos amigas se encuentran después de algún tiempo sin verse, pero se ponen a hablar y parece que el día anterior estuvieron juntas.

- ¿Qué te pasa? Parece que has visto a un fantasma. - Jose no dijo nada, le pasó el periódico y le señaló un pequeño artículo en el lateral de la hoja de la sección de sucesos.

“Jose María Pantoja, alias el Coyote, sale de la cárcel”, rezaba el titular.

“Jose María Pantoja ha salido este lunes a las 12 horas del centro penitenciario de Aranjuez, en Madrid, en libertad condicional. Ha cumplido 15 años de cárcel por un delito de tráfico de drogas, de los 20 años de condena que le había impuesto el juez.

‘Hemos observado buena conducta y creemos que está en disposición de adaptarse a una vida social en libertad, es decir, creemos que está preparado para su reinserción social.’ - Ha dicho la juez que ha autorizado la libertad condicional...”

El artículo seguía pero Laura no necesitaba leer más. Jose y ella habían participado activamente en su encarcelamiento. Se habían infiltrado en su círculo cercano y después habían testificado en el juicio.

En el artículo había dos fotos, una del juicio y otra actual saliendo de la cárcel. Se le veía algo desmejorado, más mayor y más delgado, pero su cara seguía teniendo una mirada que a Laura siempre le había atemorizado, sus ojos le decían que era capaz de

hacer cualquier cosa.

- ¿Crees que vendrá a por mí? ¿a por nosotros? - Jose no tenía ni idea. Había leído algunos de los informes carcelarios del Coyote, incluso alguno psicológico, y parecía que realmente quería reinsertarse, pero nunca se podía estar completamente seguro.

- He pedido que se le siga durante un tiempo para ver qué hace. - Laura se tranquilizó. Llevaba dos meses sin entrenar por su brazo, ahora no podía posponerlo mucho más tiempo, tenía que estar preparada, no sabía si el Coyote saldría de la cárcel con ganas de venganza. Seguía teniendo su vieja pistola y practicaba de vez en cuando, no era una gran tiradora, pero era capaz de acertar fácilmente en el blanco, más que suficiente pensó.

Jose le agarró la mano. - Laura, no te preocupes, no te pasará nada.- Lo dijo con sinceridad, pero siendo realistas, si el Coyote quería matarla, no sabía si alguien podría evitarlo, decidió que era mejor no pensarlo. - Bueno, y cambiando de tema, ¿qué tal hacen aquí el café? - Laura le sonrió.

- El mejor de la zona, Pruébalo. - Cogió su taza e hizo un brindis al aire.

Jose pidió un café y unas porras y se lo tomó con Laura. Estuvieron hablando de la recuperación del brazo de Laura, de los casos en los que estaba trabajando Jose en ese momento, básicamente todos los casos eran de robos, en una tienda de alimentación, en una joyería, en un piso en el centro de Madrid. - Supongo que como se acercan las navidades, los ladrones se están haciendo con material. Por estas fechas siempre hay aumento de robos. Ya sabes, aquellas personas que no tienen nada que regalar a sus familias, atracan a la gente y voilà, ya tienen regalo, una pulsera, un reloj, un colgante, cualquier cosa les es útil.

Laura le estaba escuchando hablar y se sintió muy cómoda. Le hacía gracia cuánto gesticulaba y cómo su sonrisa mostraba dos hoyuelos que le encantaban.

- Por cierto, ¿cómo sabías que estaba aquí? - Le dijo a Jose cuando éste terminó de relatarle sus casos.

- No lo sabía. Venía a buscarte al trabajo y te he visto por la ventana.

- ¿Quieres que te enseñe mi tienda? - Le dijo Laura con una pizca de orgullo.

Jose se terminó el café que le quedaba de un trago, pagó los dos desayunos y salió con ella de la cafetería. Laura cruzó la calle cogiendo a Jose del brazo, como venía un coche, se echó a correr y lo cogió instintivamente.

La tienda tenía una pequeña entrada en tono verde clarito de madera tratada, con un par de escaparates, uno en cada lateral de la puerta, donde ya vislumbrabas algunas piezas vintage. En uno de los escaparates había expuesta una mesa de madera con patas de hierro formando una equis. Laura le explicó que era la última moda, la mezcla de lo rústico y lo industrial. Encima de la mesa un antiguo teléfono negro de los sesenta con dial rotatorio y un ramillete de lavanda tumbado en el centro, detrás una celosía que hacía las veces de biombo donde había colgados varios marcos de estilos diferentes y con viejas fotos del Madrid de finales del siglo XIX, La Puerta del Sol con coches de caballos, el interior de la plaza de toros de Las Ventas con las cuadrillas dirigiéndose a la presidencia y La Cibeles rodeada de gente paseando y montando a caballo. En el otro escaparate sobre otra mesa baja hecha con madera y por patas cuatro poleas que parecían de un pozo, había un globo terráqueo antiguo de madera y un gramófono, detrás un visillo blanco colgaba de forma que no se viera la tienda, pero se intuiera lo que había. Encima de la puerta un cartel "La tienda de en frente".

A Jose le gustó lo que veía, de hecho se sorprendió pues no conocía esa faceta artística de Laura.

- Te rompiste la cabeza con el nombre.

- No te burles. - Laura le dio un golpe cariñoso en el brazo. - No se me ocurría nada y mientras estaba desayunando un día en el bar, pensé que sería un nombre familiar. - Laura sacaba las llaves del bolso y abría la puerta mientras le explicaba esto. - Quizás

también tuvo que ver en ello una película de Tom Hanks y Meg Ryan, ella tenía una tienda con un nombre similar.

Jose comprobó que la tienda era mucho más amplia de lo que parecía viéndola desde el exterior.

- Aquí es donde tengo los muebles preparados para vender. Los he dividido por zonas, al fondo los muebles de dormitorio y una pequeña zona de despacho donde atender a los clientes. En el lateral derecho hay muebles para el baño y algunas islas para cocinas, el resto del espacio está dedicado a muebles de comedor, despacho y salón. - Laura le enseñó algunos de los muebles que tenía en la tienda. Jose no entendía, pero le parecieron muy bonitos y originales. - Ahora tengo la tienda un poco vacía. - Laura siguió andando hasta el fondo de la exposición, en donde había una puerta que los llevó a una habitación mucho más pequeña que la tienda, pero lo suficientemente grande para tener varios muebles, mesa de trabajo y herramientas. Jose supuso que éste sería el taller donde Laura trabajaba. En el medio había dos mesillas gemelas en blanco.

- Me gusta tu tienda.- Le dijo mientras cotilleaba los muebles que tenía guardados en el almacén. Había un par de ellos que realmente estaban en muy malas condiciones, si Jose se hubiera encontrado con ellos, los hubiera tirado a la basura seguro.

- Esos aún tengo que restaurarlos, sus dueños están esperándolos, y ya no llego a Navidad. - Laura suspiró. Se sentía un poco agobiada con el retraso que llevaba.

- Hoy no tengo nada que hacer, tengo el día libre. Quizás te pueda ayudar en algo. No creo que sea capaz de hacer gran cosa, pero podría ayudarte con el peso y lo de lijar también creo que seré capaz.

Laura se quedó pensando un momento en la propuesta de Jose, lo primero que había pensado era en rechazar su ofrecimiento y agradecersele, había sido un encanto, pero miró a su alrededor y vio que se le amontonaba el trabajo, así que decidió aceptar.

Estuvieron ambos trabajando toda la mañana, Jose lijando los muebles que Laura le había indicado y Laura dando anticarcoma a uno de los muebles que tenía pendiente de restaurar. Había cogido el que más pesaba para aprovechar la ayuda de Jose, un precioso armario modernista con las puertas talladas con dibujos florales simétricos. Cuando terminó de pinchar en los agujeros dejados por la carcoma con el producto, Jose la ayudó a envolverlo en plástico. Cuando terminaron ya era la hora de comer.

- Te invito a comer. La verdad es que me has ayudado un montón. Hoy hemos avanzado bastante más de lo que tenía pensado. Así que, ¡qué menos! - Salieron de la tienda y Laura lo llevó a un pequeño restaurante griego a la vuelta de la esquina. - Recuerdo que te encantaba la moussaka, y aquí hacen una muy rica. - Le aseguró.

El camarero les situó en una mesa al lado de la ventana. El restaurante era muy pequeño y acogedor. La decoración recordaba a Santorini, la famosa isla griega, toda la pared en calada en blanco y con los marcos de puertas y ventanas en azul, también enmarcadas en las paredes había diferentes fotografías de la isla. Las mesas eran pequeñas con manteles a cuadros, y en todas ellas una pequeña vela que el camarero encendió en el momento en que los acomodó, además de un pequeño jarroncito con un par de margaritas naturales.

Ambos pidieron moussaka y una botella de vino tinto. No pararon de hablar en toda la comida. Hablaron de sus planes navideños, Laura iba a estar con la familia y en Nochevieja saldría a tomar algo con sus amigos, e iba a aprovechar las fiestas para ocuparse de los muebles que tenía pendientes. También estaba pensando en acercarse a Barcelona a ver si encontraba alguna cosilla para vender en su tienda. Jose le comentó que pasaría la Nochebuena con Carlos y su familia, puesto que sus padres habían muerto hacía muchos años y no tenía hermanos. Hablaron de las noticias del día, de la corrupción en la política, de la liga de fútbol, de multitud de temas que se les pusieron delante.

Esa tarde, ya en casa, Laura se puso a investigar qué había ocurrido con el Coyote desde que lo habían encerrado. Quería ver si encontraba algo que la liberase de la angustia que sentía sabiendo que acababa de salir de la cárcel. No sabía qué iba a encontrar, quizás que se había hecho religioso y que ahora solo pensaba en Dios como ocurría en muchas películas americanas. Por favor, qué tonterías estaba pensando, se dijo a sí misma.

Buscó en Google por “el Coyote”, pero no encontró nada, ya que el motor de búsquedas mostró sobre todo referencias al animal, incluso algún que otro video de ataques de coyotes a perros, una de las primeras entradas que le llamó la atención era una tienda que se dedicaba a venta de aparatos detectores de radares en carretera y algún que otro artículo de un sicario con el mismo alias en Sudamérica, pero no había nada sobre el Coyote que buscaba.

Así que esta vez puso su nombre, Jose María Pantoja. Ahora si aparecieron diferentes artículos de diferentes periódicos. Entró en alguno de ellos para ver qué decían.

“15 Junio, 2.002.

Agresión en el Centro Penitenciario de Aranjuez.

Jose María Pantoja, alias el Coyote, agrade a su compañero de celda, Sebastián Valcárcel, alias el Niño. Se desconoce el motivo de la agresión, pero se cree que ha sido debido a un empujón que podría haber recibido Jose María Pantoja en el comedor, cuando Sebastian Valcárcel tropezó y cayó encima de él tirando la comida de ambos al suelo... “

El artículo continuaba, parecía ser que Sebastian Valcárcel había sido llevado a la enfermería, pero al no tener todo lo necesario para operarle de urgencia fue trasladado al hospital. Madre mía, desde luego todavía no se había encontrado con Dios, pensó Laura.

Encontró otro artículo del Coyote con fecha de dos días después.

“17 Junio, 2.002.

Preso muere después de haber sido agredido por su compañero...”

En resumen y como indicaba el titular, Sebastian había muerto por la soberana paliza que le dio el Coyote.

Laura no encontraba nada de ningún juicio por este homicidio, le pareció muy raro. Después de estar varias horas buscando, decidió mirar en las ediciones impresas de la época a ver si se le había pasado algo.

Tras mirar en varios periódicos a lo largo de dos semanas, se encontró con un pequeño recuadro a pie de página en uno de ellos. Lo que leyó la dejó atónita.

Jose María Pantoja no había ido a juicio porque otro preso del mismo centro confesó haber sido el agresor de Sebastian Valcárcel, eximiendo de cualquier culpa al Coyote. El periódico se retractaba de las noticias anteriores en las que por error acusaba a Jose María Pantoja de los hechos. No podía creerse lo que leía.

Sacó copias de los dos artículos encontrados y de la retractación. También buscó el artículo que esa misma mañana le había enseñado Jose para tener toda la información junta.

Tenía que mostrarle a Jose todo lo que había encontrado, pero ya era tarde, así que se fue a dormir.

En la cama no podía dejar de darle vueltas al asunto. Cómo podían haber dejado libre al Coyote si era un asesino, tal y como había demostrado fuera y dentro de la cárcel. No tenía sentido. Estuvo dándole vueltas en la cama hasta que el sueño la ganó y se quedó dormida.

A la mañana siguiente Laura se fue temprano a la tienda y se puso a encerar las dos mesillas que tenía pendientes y que aún no había terminado, puesto que el día anterior prefirió hacer tareas más pesadas aprovechando que Jose estaba allí para echarle una mano.

Mientras trabajaba en las mesillas pudo desconectar de todo y centrarse en su trabajo, por eso le gustaba tanto, se olvidaba de sus preocupaciones y se relajaba. En poco más de media hora había terminado de aplicar la cera. Como no eran todavía las nueve, hora en la que abría la tienda al público decidió ir a desayunar al bar de enfrente, ya que en casa había tomado únicamente un café rápido antes de salir.

Cogió el portátil que tenía encima de la mesa de la tienda y ya en la cafetería, mientras desayunaba su habitual café con barrita con aceite y tomate, se puso a revisar los periódicos del día, para ver si encontraba algo referente al Coyote. Pero en los periódicos del día ya nadie hacía mención a su salida de la cárcel. Así que revisó alguno del día anterior y ninguno de ellos incluía más información que la que ya tenía el artículo que le enseñó Jose. Así que dejó el portátil a un lado de la mesa y llamó a Jose.

- Hola Laura, ¿qué tal estás? - Jose le cogió el teléfono al segundo tono.

- Bien gracias. Te llamaba para ver si podíamos vernos para comer, he descubierto algunas cosas sobre nuestro viejo amigo el Coyote.

- De acuerdo, me acerco a tu tienda sobre las dos. Yo también tengo cosas que contarte. Ahora te tengo que dejar. - Y colgó.

Laura se quedó mirando el teléfono, preguntándose qué habría averiguado él.

Ahora lo que necesitaba era relajarse un poco y desconectar de todos estos temas, así que se fue de vuelta al taller para seguir con sus tareas.

Esa mañana se dedicó a otro de los muebles que tenía pendientes de restauración y que su clienta estaba esperando. El escritorio Luis XVI que el día anterior tampoco había empezado porque se puso con el pesado armario.

El escritorio estaba en muy buenas condiciones, pero su clienta lo odiaba porque no le gustaba el color madera, tenía una casa muy minimalista y muy blanca. Cuando la dueña del mueble le enseñó el hueco donde quería ponerlo, Laura enseguida vio las posibilidades del mueble con un tono azul, pero muy claro, que hacía juego con los colores de un cuadro cercano a la zona donde se iba a ubicar el escritorio. Le comentó a la clienta que iba a darle un poco de color y pareció que confiaba completamente en ella, que veía los muebles que tenía en la tienda y que todos le gustaban, así que le dejaba libertad total.

Después de lijar el mueble y limpiarlo, se puso a pintarlo con el tono buscado, tuvo que mezclar la pintura azul con blanco para obtener el color que quería. Esa pintura no necesitaba imprimación, así que con suerte iba a tener el mueble terminado en el día, puesto que la pintura tenía un tiempo de repintado muy corto.

Y así pasó la mañana, entre transformar el bonito escritorio y atender a algunos de los clientes que entraron en su tienda. La mayoría de ellos sólo entraron a cotillear y a preguntar por algunas piezas por las que parecían interesados, uno de ellos compró un cabecero que había retapizado.

Estaba tan concentrada trabajando que no se dio cuenta cuándo entró Jose en el taller. Él estuvo observándola cómo trabajaba cuidadosamente en el mueble al que estaba dedicada, entonces Laura levantó la cabeza de sus quehaceres y le sonrió.

- Hola, no te había visto. - Acababa de terminar de pintar el escritorio. - Un segundo y nos vamos. - Laura fue a adecentarse un poco al baño, tenía algo de pintura en los brazos y cuando se miró en el espejo también vio que tenía algunas gotas en el pelo. Se lavó con un poco de agua y se quitó fácilmente la pintura.

Cuando salió, Jose estaba esperándola en la tienda, llevaba una carpeta en la mano y eso le recordó que además del bolso tenía que coger también la carpeta que había

traído con ella.

Fueron a comer donde el día anterior, y mientras esperaban que les trajeran la comida, Laura le enseñó los artículos que había encontrado la noche anterior mientras se los iba resumiendo. Jose revisaba los titulares y echaba un vistazo por encima a cada una de las noticias.

- Echaré un vistazo a ver si encuentro el informe policial de este ataque en la cárcel. La verdad es que parece que el Coyote debió de pagarle una buena cantidad al preso que se declaró culpable en su lugar.

- Eso mismo pienso yo.- Confirmó Laura.

Trajeron la comida y mientras comían cada uno una riquísima ensalada griega con queso feta y compartían un plato de hummus, Jose le contó lo que había descubierto él.

- Yo también estuve investigando un poco anoche. Encontré un informe de un ataque en la cárcel en el 2.005, en el cuál también estuvo involucrado nuestro amigo. Pero totalmente diferente a esto, es decir, él no fue el agresor, sino el agredido. - Laura que estaba en ese momento llevando el tenedor a su boca, se quedó parada expectante. - Le clavaron un objeto punzante, el arma no apareció, una herida en el estómago y otra en la pierna. Debido a la gravedad de las mismas estuvo ingresado bastante tiempo en el hospital y cuando se recuperó no era el mismo.

- No me digas que se encontró con Dios. - Dijo Laura irónicamente, tal y como había pensado el día anterior también irónicamente.

- Casi casi. - Cogió la carpeta y le pasó el informe médico del ataque en la cárcel y un artículo impreso con varios párrafos marcados. - Este artículo es de unos meses después de su vuelta a la cárcel tras su recuperación.

El informe médico indicaba en un recuadro al principio que el paciente padecía dos heridas punzantes realizadas por objeto puntiagudo en abdomen y pierna derecha, tal y como le acababa de decir Jose. Laura supuso que el resto sería información del tratamiento y demás y no le prestó atención.

Pasó al artículo, el cuál trataba de la rehabilitación de los presos españoles, y parece ser que había una breve entrevista a Jose María Pantoja. Leyó los párrafos marcados por Jose, todos ellos eran comentarios realizados por el Coyote al periodista.

“He tenido la oportunidad de reflexionar sobre la vida, conocer a las personas que me rodean aquí, a las que me esperan fuera y conocerme a mí mismo.”

“A veces recuerdo a la familia y las cosas que hice cuando estaba fuera y pienso que tengo que ser diferente cuando salga.”

“La lectura me permite mantener la mente ocupada.”

“Esa es mi esperanza, que se den cuenta que mi vida ha cambiado, que puedo pagar impuestos y ser un hombre diferente.”

A Laura estas afirmaciones le parecieron increíbles, ella había visto al Coyote sólo una vez, pero aún aparecía en sus pesadillas, no le pegaba para nada que esas afirmaciones hubieran salido de su boca. Recordaba sus fríos ojos azules, que cuando la miraron la hicieron temblar de miedo, la pequeña cicatriz en la cara, que le cortaba su ceja izquierda, medía por lo menos metro noventa y tenía los hombros muy anchos, era un armario de dos por dos.

Desde luego, esperaba que hubiera cambiado, tal y como decía ese artículo y como había afirmado la juez que le dio la libertad condicional. Si era así, ella suponía que la dejaría en paz, ya no tendría por qué preocuparse, no iría a por ella. O eso esperaba.

- Entonces estoy a salvo, ¿no? - Lo dijo sin mucha convicción.

- Actualmente tengo a una persona siguiéndolo para ver qué hace. Este es el informe desde que salió el lunes. - Le pasó a Laura una fina carpeta. Como con el resto de información había algunas cosas marcadas. Las leyó y vio que al salir de la cárcel una de sus hermanas fue a buscarlo, lo llevó a su casa y prácticamente había estado

recluido en casa de su hermana, excepto un rato que salió a hacer unas pocas compras al supermercado con su sobrino, un chico que aparentaba unos 17 años según el informe de Jose. - Lo tendré bajo vigilancia algunos días más a ver qué pasa. Pero si no hace nada tendré que quitársela, no tenemos suficientes recursos y no tendría nada que defendiera el mantener dicha vigilancia.

Ese viernes por la noche Laura iba a cenar a casa de Pablo y Marta que habían invitado a cenar a todas las chicas, por lo que también estarían Susana, Nuria, Raquel y Luis. Tenía muchas ganas de verlos y pasar un rato divertido, últimamente cada vez que se veían sólo hablaban de lo que le había dicho el médico, de sus dolores y de la rehabilitación.

Llegó a casa de Marta antes de la hora. Había salido de la tienda y en vez de pasar por casa, decidió ir directamente a casa de su amiga para ayudarla a preparar la cena. Sabía que Pablo no iba a estar porque al salir de la oficina estaba haciendo un Master, por lo que estaría en clase y llegaría justo para cenar.

Cuando Marta le abrió la puerta la vio muy sonriente. - A ti te pasa algo.

Marta no pudo esperar a que vinieran los demás y se lo dijo.- ¡Estoy embarazada! - Laura al oír la noticia se emocionó y abrazó a su amiga. Sabía que ya llevaban un par de años intentándolo, lo habían logrado una vez pero tuvieron la mala suerte de perderlo a las pocas semanas por una caída que sufrió Marta. Le dijo que ya estaba embarazada de trece semanas y esperaba que todo fuera bien.

Pasaron ambas a la cocina para preparar los aperitivos de la cena. Marta le sirvió a Laura una copa de vino tinto y ella se puso un vaso de agua. La puso al día de todo mientras cortaban embutido, todavía no sabía si era niño o niña, prefería niña, pero le daba igual siempre que viniera bien. Le enseñó una ecografía donde se veía al bebé claramente, su cabecita y su tronco, parecía que tenía las piernas estiradas y uno de los brazos lo tenía encima de la cabeza como diciéndoles que le dejaran en paz, que quería dormir, era tan bonito, Laura sintió una punzada de envidia. Cuando Marta ya no tuvo más que contarle, le hizo la pregunta que llevaba algún tiempo intentando hacer, pero que no había tenido oportunidad.

- Laura, exactamente qué ocurrió entre Jose y tú. Conozco perfectamente el después porque estuve ahí, a tu lado en todo momento. Pero nunca me llegaste a explicar lo que realmente ocurrió y sé que hubo más de lo que yo viví.- Marta seguía cortando lonchas de salchichón y Laura dejó de cortar los cuadraditos de queso.

Marta tenía razón, tenía que habérselo contado hacía mucho. Así que ambas se sentaron en la mesa de la cocina y Laura le relató todo lo ocurrido hacía más de quince años y que Marta desconocía. También le contó lo que habían descubierto en estos últimos días Jose y ella referente al Coyote.

Cuando terminó de hablar, Marta estaba boquiabierta, no se lo podía haber imaginado por más que lo hubiera intentado. Ahora entendía muchas cosas. No pudo evitarlo y abrazó a su amiga, por todo lo que pasó y por todo lo que se había tenido que guardar durante años. No podía imaginarse no poder hablar de todo esto con nadie. Tragarse todo sola y no poder desahogarse debió de ser muy duro. Odió a Jose por dejarla sola en aquel momento, tuviera o no excusas suficientes para irse.

Laura se terminó la copa de un trago. - Vamos a continuar que éstas están a punto de llegar. - Marta miró el reloj, eran ya las nueve, hora en la que habían quedado y todavía no habían terminado con los aperitivos. Menos mal que el acompañamiento del plato principal lo hacía el robot de cocina, que ya lo tenía hecho desde hacía un rato y ni se habían dado cuenta. Y como el plato principal eran solomillos, que se tenían que hacer en el momento de servirlos, por esa parte no tenían que preocuparse.

Las primeras en llegar fueron Susana y Nuria que se pusieron a colocar los aperitivos

que faltaban en platos, y a poner la mesa.

Cuando llegaron los demás, ya estaba todo listo para empezar a cenar. Pablo se había encontrado en el portal a Raquel y Luis, por lo que entraron todos juntos y se encontraron a las chicas tomando vino mientras les esperaban, excepto Marta que seguía con el agua, pero como era lo habitual en ella, a nadie le llamó la atención.

Como esperaba Laura, en la cena se pusieron al día de las últimas semanas. Fue una velada entretenida y muy divertida. También todas le preguntaron por Jose. Todas lo recordaban de la época de la Facultad. Ella les contó que había ido a visitarla al hospital y la había llamado preocupándose por su salud e incluso que habían quedado en varias ocasiones. Por supuesto, las bromas sobre Jose y David con ella no faltaron y todos rieron con los comentarios picantes.

En el postre, Marta le contó a todo el mundo que estaba embarazada. Todos se alegraron mucho por ellos, recibieron felicitaciones y le tocaron la barriga esperando notar ya algo. Brindaron todos con sidra, excepto Marta y empezaron a inventarse nombres que poder poner al bebé.

Junio 1.999

Laura se levantó muy temprano aunque era sábado, como estaba acostumbrada a madrugar, a las siete y media ya se había despertado. El día anterior había tenido el último final de la Facultad, ahora a esperar las notas. Tampoco ayudaba a conciliar el sueño los exámenes y el estado de nervios en el que se encontraba sumida últimamente.

Como a esas horas aún no hacía mucho calor, decidió vestirse con ropa cómoda y acercarse al parque a correr. Fue a La Fuente del Berro, su favorito.

Como siempre, comenzó a correr en paralelo a la M-30. Ya llevaba cuatro meses haciéndose pasar por pareja de Jose, él ya estaba totalmente integrado en su círculo, con José Manuel se llevaba bien, o por lo menos eso parecía, ella no podía saber si Jose estaba o no actuando. La verdad es que nunca sabía en qué estaba pensando, le ocultaba tantas cosas.

Esa tarde habían quedado con José Manuel, éste por fin les iba a presentar a sus nuevos amigos. Laura no sabía exactamente a quién iban a conocer, pero se imaginaba que seguramente conocerían al Chino. Se sentía muy inquieta. Nunca se había infiltrado en nada, de hecho, cuanto más lo pensaba más absurdo le parecía todo. Supuso que lo mejor era simplemente pensar que eran unos amigos de su mejor amigo y punto. No había más.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se dio cuenta que Jose estaba corriendo a su derecha. Cuando lo vio, un pequeño grito del susto le salió de la boca.

- Te voy a tener que poner un cencerro atado al cuello. Es que no sabes avisar. - Dijo malhumorada mientras seguía corriendo y aumentando un poco la velocidad.

- Perdona, quería saber cómo te encontrabas. Ya sabes, a partir de hoy no hay marcha atrás. - Laura pensaba que no había tenido posibilidad de dar marcha atrás en ningún momento, ni siquiera cuando aún no había aceptado. Tampoco quería dar marcha atrás, quería sacar a su amigo de ese mundo y esperaba hacerlo antes de que la cosa se pusiera fea.

- Estoy bien. - Mintió.

- Sólo quería decirte que te comportaras como lo harías en una situación normal. - Laura resopló, "situación normal". - Me refiero a que seas tú misma. Si te ofrecen droga, seguramente tu dirías que no, ¿verdad? - Laura lo confirmó con un leve movimiento de cabeza. - Bien, pues lo mismo. Si de repente José Manuel te nota diferente, y me consta que él te conoce perfectamente, verá algo raro en todo esto y quizás no nos vuelva a llevar a ver al Chino.

Laura lo entendía perfectamente, Jose tenía razón. Así que como ella ya había pensado, se iba a comportar como si fueran unos amigos de su mejor amigo y no supiera nada de lo que había detrás, el problema es que sabía demasiado.

Se puso en modo sprint hasta que paró porque ya no podía más. Se dobló apoyándose en las piernas y respiró profundamente. Jose estaba a su lado.

- ¿Estás bien? - Jose sabía que debía de estar muy alterada, pero no lo aparentaba. Sabía perfectamente ocultar sus sentimientos.

- Sí. Me voy a casa. ¿A qué hora vienes a buscarme?

- Estaré en tu casa a las seis. - Ella asintió, se dio la vuelta y se fue.

Eran las seis en punto cuando Jose llamó por el telefonillo. Laura cogió una pequeña mochila vaquera, que tenía un montón de años, en ella estaba cosida la lengua de los Rolling Stones, y por un motivo que nunca comprendió dicha lengua estaba al revés.

Nunca se había molestado en descoserla y ponerla del derecho.

Se había puesto cómoda, unos pantalones pesqueros blancos, una camiseta de tirantes y unas zapatillas de lona. Según le había dicho José Manuel, se solían reunir en una pequeña nave debajo de un bloque de pisos. Por lo visto, el padre de uno de los chicos era el dueño y se la había dejado para que tuviera su espacio.

Jose iba con unos vaqueros que le sentaban fenomenal y una camiseta blanca, al más puro estilo de James Dean. No supo por qué, pero le hizo gracia la comparación.

Entró en el coche y se fueron a buscar a José Manuel. Jose le cogió la mano y le dio un leve apretón. - ¿Preparada? - Laura asintió. - ¿Llevas la pistola? - Porras, la pistola, pensó, se había olvidado por completo de ella, seguía escondida en el fondo de un cajón.

- Se me ha olvidado por completo. Si quieres podemos volver. - Jose le sonrió.

- No te preocupes, no creo que hoy la necesitemos. Además es mejor que no nos descubran y si te vieran con una pistola no sé qué podrían llegar a pensar. - Laura se dijo a sí misma, compórtate como si fueras tú. Miró a Jose que aún sonreía y se dio cuenta que le estaba tomando el pelo.

- ¿Tú tampoco llevas? - Jose se levantó la pernera del pantalón y ahí estaba, una glock parecida a la que ella tenía, pero no estaba segura si eran el mismo modelo. Ahí escondida pasaba totalmente desapercibida.

Llegaron a casa de José Manuel quién ya los estaba esperando en el portal. Se subió a la parte de atrás del coche y se pusieron en marcha. Cuando llegaron al barrio de Vallecas los guió hasta llegar a una calle con pisos bastante antiguos, a los que les hacía buena falta un lavado de cara. Pararon donde les indicó, delante de una amplia entrada que desde fuera parecía la entrada a un garaje.

La nave tenía una persiana enrollable, del estilo a las que se usan para cerrar los comercios, totalmente levantada. Dentro había cuatro chicos viendo una película de acción. El local era amplio, debía de tener unos cuarenta metros cuadrados le calculó Laura. A la entrada había varios sillones viejos situados a la izquierda y una mesa baja delante de ellos. Justo en frente un viejo mueble de televisión que sostenía una tele que no parecía muy vieja y un reproductor de DVD. Al fondo, una mesa hecha con un gran tablón sostenido por tres caballetes, alrededor varias sillas de madera plegables. Y a la derecha de ésta había una pequeña barra, en la cuál había un grifo, que Laura supuso que sería de cerveza y un fregadero. Detrás, una mesa de cocina verde de formica y hierro, como la que había tenido ella misma en su casa cuando era pequeña, en la que había un montón de vasos todos desparejados. También había una vieja nevera.

- Os lo tenéis bien montado. - Le dijo Laura a José Manuel.

- ¡Qué te creñas! - José Manuel le sonreía. - Venid, os voy a presentar a éstos.

Sus amigos dejaron de ver la película en la que estaban tan concentrados mientras se tomaban sus cervezas y se levantaron para saludar a los recién llegados.

José Manuel presentó a Laura como su amiga de toda la vida. - ¡Cómo le toquéis un pelo, os vais a enterar! - Lo dijo medio en broma, medio en serio. Y a Jose lo presentó como el chico actual de Laura, como si cambiara de pareja como de vaqueros, pensó ella, pero no dijo nada. Aunque el comentario hizo que Jose resoplara y pusiera los ojos en blanco. Estaba claro que actuaba bien.

Sus amigos fueron presentados todos por el mote. Uno se llamaba Chiqui, Laura supuso que era por la altura, debía de medir metro sesenta, si llegaba, ella le sacaba más de media cabeza con su uno setenta y nueve. A otro se lo presentaron como Mini, sería también por la altura, pero desde luego de forma irónica, porque debía de estar entorno a los dos metros, era muy alto, al resto les dejaba como enanos. El Bola, un chico gordito con una cara redonda que a Laura le pareció que irradiaba simpatía. Y por último Donald, un chico pelirrojo que hasta que no se acercó a servirse otra

cerveza, Laura no entendió el mote, andaba con los pies hacia fuera, como un pato, no pudo evitar sonreír al verlo. También se fijó que a José Manuel lo llamaban por un mote "tristón", Laura sintió un poco de lástima al recordar el viejo anuncio de la tele del perrito que buscaba un amiguito.

Estuvieron hablando de tonterías un buen rato, de cómo se habían conocido, las últimas salidas que habían hecho juntos, pero nada que le indicase a Laura que eran una banda criminal, parecían chicos bastante majos y legales. Lo único que hicieron en todo el rato que estuvieron allí, fue encenderse unos cuantos porros, a los que Laura dio alguna calada. O actuaban tan bien como Jose o había alguna información que le faltaba, porque todo eso no casaba en absoluto con lo que le habían contado Carlos y Jose hacía unos meses.

Después de unas cuantas cervezas, cuando estaban a punto de irse a un local que les habían dicho que estaba muy bien, a tomarse una copa, apareció un grupo de cinco hombres. Por lo menos les sacaban a ellos diez años. Estos sí que daban miedo. Laura supuso que alguno sería el Chino.

Uno de ellos era hermano del Mini, su padre era el dueño de la nave por lo que todos la compartían, José Manuel le dijo que no coincidían muy a menudo. Les comentaron que se iban a acercar a tomar algo a "La Misión" por si se animaban a ir con ellos y decidieron unirse al grupo. Laura se sorprendió. Ambos grupos no pegaban, no parecían tener mucho en común.

Jose le dijo que el que tenía el tatuaje de la cabeza de cobra en el hombro era el Chino. Laura lo miró, aunque no era muy alto, su presencia imponía bastante. Pensó, que le pegaría más como mote el Cobra o la Serpiente, porque de chino no tenía nada.

Ya en el bar, Laura habló mucho con los amigos de José Manuel, todos eran chicos muy majos, incluso alguno de ellos se la insinuó. Mientras, Jose parecía que se estaba integrando con el otro grupo, estuvo hablando bastante rato con el hermano del Mini, que según recordaba se llamaba Edu, si tenía mote, no se lo habían dicho.

José Manuel la cogió del brazo y se la llevó a la barra.

- ¿Te apetece tomar algo? - Laura le pidió un whisky con cola. Mientras José Manuel pedía, ella observaba a Jose que en ese momento hablaba con Edu y con otro más, no podía recordar su nombre. Cuando José Manuel le puso la copa en la mano, siguió la mirada de Laura. - Si yo saliera con una chica cómo tú, no la dejaría sola en un bar toda la noche. - Laura se giró y le sonrió. Si tú supieras, pensó.

- Es complicado. - Dijo sin embargo.

- Si tú lo dices. - Él se encogió de hombros.

Después de dejar a José Manuel en casa, ambos se quedaron callados en el coche. Jose como siempre no decía gran cosa y ella estaba muy dolida y bastante cabreada con él.

- Tenemos que hablar. - Dijo finalmente Laura. Jose asintió, suponía por qué estaba cabreada. La llevó a su casa, pensó que sería un sitio tranquilo para mantener una conversación.

Nada más entrar en el piso había una pequeña cocina con barra americana que daba a un amplio salón, donde había una pequeña mesa redonda con dos sillas, a continuación, un sofá de tres plazas que parecía muy cómodo, en frente de éste, un mueble donde había una gran televisión, además de un montón de estanterías repletas de libros, cosa que a Laura le sorprendió, no se imaginaba a Jose un aficionado a la lectura, aunque no supo de donde había sacado esa conclusión, porque lo tenía por una persona bastante culta. Todo estaba muy ordenado y muy limpio, cosa que también le sorprendió, no porque fuera la casa de Jose sino porque era la casa de un hombre soltero y siempre se las había imaginado desordenadas.

- Una chica viene a limpiarme un par de veces por semana.- Dijo Jose rompiendo el silencio y suponiendo lo que estaba pensando.

Cuando Laura se giró vio que Jose estaba preparando dos whiskys con cola en la cocina. Se acercó a él y se sentó en frente, en la barra americana. Jose le pasó una de las copas.

- Me has mentido. - Laura dio un sorbo a su copa. Estaba intentando mantener la compostura porque no quería montar ninguna escena. - José Manuel no es ni de lejos lo que me habíais dicho. Apenas conoce al Chino, así que aún menos es su mano derecha. - Aunque estaba intentando decirlo de forma relajada, se dio cuenta que su tono de voz se iba elevando.

- Teníamos que acercarnos al Chino y no sabíamos cómo hacerlo. José Manuel era el nuevo, nadie sospecharía que trajese gente nueva. Y tú, eras un camino seguro. - Lo dijo como si se hubiera repetido esa explicación un montón de veces, quizás para decírsela a ella o quizás para convencerse a sí mismo.

- Si decía que sí, claro. Y para que dijera que sí, os inventasteis toda una historia que yo me creí como una idiota. - Le dio un buen trago a su copa.

Jose dio la vuelta a la encimera para ponerse a su lado. Laura siguió mirando al frente, él la cogió de la barbilla y le giró la cabeza para que lo mirara a los ojos. - Tienes razón. Lo siento, pero estábamos desesperados. Si lo dejas ahora, lo entenderé. - Sus ojos le decían que estaba siendo sincero, aunque qué sabía ella.

- Vosotros desesperados, y por eso podéis hacer conmigo lo que os plazca. - Lo miró a la cara y vio lástima reflejada en sus ojos, eso fue lo que más cabreó a Laura, una de las cosas que menos soportaba era que sintieran lástima de ella. Se levantó del taburete y le empezó a golpear en el pecho. - Eres un cabrón, yo confiaba en ti.

Jose permitió que le golpeará, sabía que se estaba desahogando, ni siquiera le daba fuerte, él sabía la fuerza que ella podía alcanzar, lo había comprobado de primera mano en el gimnasio mientras entrenaban.

Cuando dejó de golpearle se puso a llorar, Jose la abrazó. Se sentía mal, porque ella tenía toda la razón del mundo para cabrearse. Había hecho todo lo que estaba en su mano para ayudarles, cuando no estaba en la Facultad o estudiando, estaba con él entrenando y ahora había conseguido acercarse al Chino gracias a ella. Y él se lo pagaba no diciéndole la verdad.

Laura respiró profundamente tres veces y se apartó de Jose, odiaba que la vieran llorar, había sido un desliz que no volvería a ocurrir. Se secó las lágrimas, cogió la mochila que había dejado en el suelo al lado del taburete y se dirigió hacia la puerta.

Se disponía a salir, cuando Jose la cogió de un brazo, no quería que se fuera. Laura se giró, se miraron a los ojos y de repente Jose hizo algo que Laura no se esperaba, la atrajo hacia sí y la besó, no fue un beso dulce sino apremiante, tampoco fue un beso como los que le daba delante del resto de gente. La empujó contra la pared, y le puso las dos manos encima de su cabeza, la tenía atrapada, pero a Laura no le importó, lo besó con la misma urgencia con la que lo estaba haciendo él. Todos los sentimientos que se habían guardado ambos durante estos meses salieron en forma de deseo animal.

Jose le quitó la camiseta, ella hizo lo mismo con la de él, siguieron besándose con fuerza, ella agarrándole del pelo, el aprisionándola contra la pared como si pensara que si se apartaba ella saldría corriendo. La levantó del suelo y ella le rodeó con las piernas. Del impulso Jose se tambaleó hacia atrás y se golpearon con la encimera, acabaron en el suelo. Prácticamente se arrancaron el uno al otro la ropa, siguieron besándose, apenas se permitían respirar, hasta que Laura sintió cómo Jose la penetraba, él la miró a los ojos y la besó, pero esta vez con dulzura, volvió a penetrarla pero suavemente, aunque Laura no se lo permitió, lo agarró de las caderas y le obligó a moverse dentro de ella rápidamente, aún sentía mucha furia en su interior y quería

desahogarse. Llegaron juntos al orgasmo, ella gritó, él cayó sobre ella sin resuello. Estuvieron así unos instantes, él encima de ella, todavía dentro de ella y ella rodeándole con los brazos.

Se quedaron dormidos sobre el suelo de madera, desnudos, aún sudorosos, ella apoyada en el brazo de él y él abrazándola de forma protectora.

Laura despertó un par de horas después, sintió frío, Jose respiraba detrás de ella, apaciblemente. Cuando abrió los ojos recordó todo lo que había ocurrido entre ellos, al recordarlo se excitó, así que se quitó de la cabeza esos pensamientos. Se levantó con cuidado de no despertarlo y se vistió, toda la ropa estaba desparramada por el suelo. Mientras se ponía los pantalones vio un condón usado en un cenicero, encima de la mesa, se sonrojó al volver a recordar. Había una pequeña manta encima del sillón, suave, de esas que se compran para los viajes, la cogió y se la echó por encima a Jose, no sin antes contemplarlo unos segundos mientras dormía. Era tan guapo, y dormido parecía tan indefenso. Se agachó para darle un beso en los labios y se fue sin hacer ruido.

Diciembre 2.015

Era martes después de comer cuando Laura recogió una furgoneta que había alquilado por Internet en una oficina del centro. Se dirigía a Barcelona al Mercado de los Encants a ver si encontraba algún mueble interesante que vender en su tienda.

Ese par de días que iba a faltar, su madre se iba a ocupar de la tienda. A su madre le encantaba, por un lado se sentía útil, no se pasaba el día entero en casa y por otro lado, se podía relacionar con gente variada y diferente. Aunque su madre no entendía mucho de muebles, Laura siempre tenía una carpeta encima de la mesa con el catálogo de todos los existentes en la tienda y las características de los mismos, tales como su estilo o el material en que estaba realizado, así su madre sólo tenía que buscarlo y leerle los datos al cliente.

El principal atractivo de este mercado situado en Barcelona, es que los lunes, miércoles y viernes entre las siete y las nueve de la mañana se subastan públicamente lotes de muebles y algunos otros objetos, nunca sabes lo que te puedes encontrar. Es el único mercado en Europa que tiene esta modalidad de venta. Se puede regatear por la venta de estos lotes y se pueden obtener productos a muy buen precio, posteriormente, los compradores los venden en el mercado. Los lotes que se suelen vender se obtienen de pisos que han de ser vaciados o tiendas que han tenido que cerrar.

La idea de Laura no era comprar ningún lote, porque la mayoría de los objetos no le resultarían útiles, pero si que había piezas importantes en algunos lotes, y eso es lo que a ella le interesaba.

Había reservado una habitación en un pequeño hotel muy cerca de La Sagrada Familia, que no quedaba tampoco lejos del Mercado. Cuando llegó fue directamente a la plaza de garaje que también había reservado para dejar la furgoneta. Cogió su pequeña maleta y subió a recepción.

Cuando salió del ascensor se encontró en frente de una recepción minimalista y moderna en colores naranja y blanco, totalmente incoherente con la edad del edificio. Se acercó al mostrador de la recepción donde había una chica joven atendiendo una llamada al teléfono. Parecía que al otro lado había alguien que había hecho una reserva para el fin de semana pero la recepcionista le decía que la reserva no le aparecía en el ordenador. A Laura le pareció que este incidente le iba a llevar a la chica algún tiempo subsanarlo, así que cogió su pequeña maleta y se dirigió al restaurante del hotel.

El restaurante estaba decorado por completo en blanco y negro, intentando dar un toque de elegancia al conjunto, pero no lo lograba y eso que había piezas muy bonitas. En seguida le atendieron y le indicaron lo poco que quedaba para cenar, puesto que la cocina había cerrado. Así que pidió un sándwich y una copa de vino tinto. Estaba agotada del viaje, le había llevado casi siete horas. Poco después de salir de Madrid se había topado con un accidente de tráfico, y eso hizo que estuviera retenida más de una hora, sin contar que la furgoneta no le permitía ir a mucha velocidad. El caso es que había llegado después de las once a Barcelona, agotada. Y al día siguiente le esperaba un duro día.

Después de pagar la cena, puesto que como aún no sabía el número de habitación en el que se alojaba, no pudo pedir que le cargaran la cuenta a la habitación, se dirigió de nuevo a la recepción, donde estaba la misma joven que cuando llegó. Esta vez, estaba leyendo unos papeles y metiendo datos en el ordenador, así que en cuanto la vio, levantó la cabeza y con una gran sonrisa la atendió.

Le dieron una buena habitación, aunque había pagado la más sencilla. Como su reserva eran dos noches entre semana, y no había mucha afluencia de clientes, tenían

el hotel medio vacío, por lo que le dieron una habitación de mayor categoría que la que había pagado, Laura estaba encantada.

Subió a su habitación que estaba en la cuarta planta, era amplia, con una cama tamaño king, encima del escritorio había una tele de pantalla plana, el minibar estaba lleno de bebidas y snacks. Después de abrir su maleta y sacar el neceser, se dirigió al baño a darse una ducha antes de irse a dormir. Si la habitación era amplia, el baño era enorme, tenía bañera con hidromasaje y ducha aparte. Como lo único que en ese momento quería hacer, era dormir, decidió que se daría una ducha, pero que al día siguiente intentaría probar el hidromasaje. Bendita falta de clientes, sonrió Laura al asimilar la suerte que había tenido.

Puso la tele a volumen muy bajo y se metió en la cama. Media hora después la tele ya estaba apagada y ella dormida en un profundo sueño.

Despertó de repente a las seis de la mañana, había tenido una pesadilla. Últimamente volvía a tener la pesadilla de siempre y que ya llevaba varios años sin padecer. Un incendio, veía a la muerte a su lado, con su capa y capucha negra, la guadaña y unos ojos huecos cuál calavera que la observaban mientras ella se asfixiaba por el humo, entonces, despertaba empapada en sudor y gritando.

Se levantó y en el baño se echó agua a la cara para refrescarse y aclarar sus ideas. Recordó que había metido unas zapatillas de correr por si acaso. Así que con las mallas y la camiseta con las que había dormido, se fue a correr. No sin antes ponerse el forro polar con el que había llegado el día anterior.

Se acercó corriendo hacia la Sagrada Familia, aunque aún estaba sin terminar, el edificio que comenzara Gaudí era espectacular, después de rodearlo admirando su belleza mientras corría, continuó por la calle de la Marina, giró en la Avenida Meridiana y llegó al Parque de la Ciudadela, en el que estuvo dando vueltas media hora hasta que decidió volver al hotel.

En el hotel se dio una ducha rápida, se puso unos vaqueros, un jersey, un zapato plano muy cómodo y el forro. Los días en los que iba a los mercados eran días agotadores, había que recorrerlos muy bien, fijarse en los objetos, regatear y que nadie se adelantara. A primera hora, recién expuesta la mercancía siempre era más cara, si te esperabas a última hora podías obtener el mismo objeto a mejor precio, pero te arriesgabas a quedarte sin él. Así que había que estar ojo avizor, ser rápida y buena en el regateo. Cosa que a Laura no se le daba mal después de tantos viajes a sitios donde el regateo en las compras era el pan de cada día.

Cuando llegó al mercado estaban colocando los lotes recién adquiridos en los diferentes puestos. Miró hacia arriba y vio los impresionantes espejos que cubren el mercado, reflejando todo lo que ocurre en él y protegiéndolo de las inclemencias del tiempo. Como estas cubiertas están tan altas, no le quitan al mercado ese encanto de encontrarse al aire libre.

Laura empezó a andar de puesto en puesto, revisando lo que éstos ofrecían. Había muebles de todo tipo, desde muebles ochenteros hasta muebles del Ikea. El primer mueble que le llamó la atención fue un musiquero, en su interior una balda con un agujero redondo donde se colocaba el plato giradiscos, y debajo un espacio que servía para guardar los viejos discos de vinilo. Estaba perfectamente conservado. Si se cambiaba la balda del agujero podía servir para guardar cualquier tipo de cosas, quizás como un minibar. Después de preguntar el precio y regatear un poco, acabó comprándolo ya que le veía muchas posibilidades y se lo habían dejado a muy buen precio.

Estuvo un par de horas dando vueltas sin encontrar nada que le llamara la atención, hasta que se topó con un antiguo baúl, muy sencillo pero que le dio una idea fantástica, convertirlo en una chimenea. Lo había visto en Internet fabricado por una compañía francesa y le había encantado la idea. Y justo detrás del baúl vio un mueble que

pasaba desapercibido, un pequeño banco de forja con unas formas muy bonitas, pintado y retapizado podía ser una pieza única. Se llevó ambos.

Como ya era prácticamente la hora de comer se acercó a un conocido restaurante de comida rápida que quedaba cerca del mercado, en el que se tomó una ensalada y un refresco, sin perder mucho tiempo, para volver a su tarea en el mercado.

Iba de vuelta al mercado, cuando le sonó el móvil. La pantalla mostraba el nombre de Jose con una foto suya en la que estaba muy sonriente y guiñándole un ojo, se la había tomado el día que guardó su número en la memoria.

- Hola Laura, ¿dónde estás? Te he estado llamando y al no coger el teléfono me tenías un poco preocupado. - Laura se dio cuenta que tenía varias llamadas perdidas suyas que no había oído estando en el mercado.

- Perdona, no lo he oído. Estoy en Barcelona, ¿recuerdas que te lo comenté? Por cierto, ¿te acuerdas de Javi, el hermano de José Manuel? - Por supuesto que se acordaba de él, le vino a su cabeza la imagen de un chico triste en un cementerio, manteniendo el tipo mientras todo el mundo le daba el pésame. - Pues se vino con su padre a vivir aquí a casa de sus abuelos. He pensado en acercarme esta tarde a saludar. Cuando salga de aquí.

Si a Jose le pareció extraño que después de tanto tiempo Laura se acercara a saludar, no lo mencionó. Y Laura se lo agradeció porque era una decisión que había tomado el día anterior mientras conducía de camino a Barcelona, una idea que se le cruzó por la cabeza de forma repentina y que le pareció una gran idea. Suponía que Javi ya no viviría con sus abuelos, seguramente estaba casado y había creado una bonita familia, pero por lo menos le darían su nueva dirección, o eso esperaba. Tenía la dirección de sus abuelos grabada en la memoria, como algunos de esos teléfonos que te aprendes de pequeña y que aunque ya no los utilizas sigues recordando.

Se despidieron y quedaron en comer el viernes. Jose se acercaría a buscarla a la tienda.

Esa tarde Laura no estaba muy centrada en los muebles, pero todavía tenía que encontrar alguna pieza más. Y justo cuando estaban casi cerrando encontró un escritorio y un cabecero, ambos fantásticos en el mismo puesto, así que los compró. Y en el puesto de al lado se encontró con una puerta de madera maciza que debía de haber sido de alguna masía, que también compró, le dijeron que era de finales del siglo XIX.

Estas últimas piezas le habían salido muy bien de precio por haberlas comprado a última hora. Estaba encantada con el día, al final había resultado ser muy productivo.

Después de recoger sus nuevas adquisiciones con la furgoneta alquilada, se fue dando un paseo a la dirección que tenía guardada en la memoria, la casa de los abuelos de José Manuel. Por lo que le indicaba el navegador del móvil era muy cerca de la Plaza de Cataluña.

Cuando llegó, por el telefonillo escuchó la voz de una señora mayor que le abrió la puerta en cuanto mencionó que era amiga de José Manuel, su nieto, Laura suponía que sería la abuela.

En la puerta se encontró con una señora muy mayor, con el pelo blanco y corto arreglado con una permanente. Iba vestida con un chándal de franela que tenía pinta de ser muy calentito, y eso que en la casa hacía mucho calor. Seguro que era un viejo edificio que aún mantenía la calefacción central, y seguramente estuviera puesta todo el día, aunque no estaba segura que en Barcelona hubiera ese tipo de calefacciones.

Laura volvió a presentarse y la señora Carmen, que así dijo que se llamaba, la dejó entrar aún cuando en la cara se le notaba muy sorprendida. Su marido, Joaquín, ya estaba en la cama, pues por lo visto no había pasado una buena tarde, le dijo.

El salón era muy grande, tenía una zona de comedor y un salón donde se sentaron. Los sillones eran de un estampado floral muy pasado de moda, como el mueble en el

que estaba empotrada una vieja televisión de tubo que tenía puesta pero sin sonido. En la esquina de la habitación un enorme árbol navideño de plástico decorado con muchas bolas y guirnaldas, en un aparador situado en el comedor un completo Belén. A Laura le hubiera gustado acercarse a contemplarlo, pues disfrutaba del detalle de las figuras. Eso le recordó que ella no lo había puesto en casa, a ver si sacaba un rato.

Laura no sabía por dónde empezar después de tantos años sin saber de la familia de José Manuel. Le contó a la abuela que por un viaje de trabajo había venido a Barcelona y se había acordado que aquí se habían mudado Javi y su padre después de abandonar Madrid, y como habían perdido el contacto, le gustaría verlos, saber de ellos, cómo se encontraban y esas cosas.

A la abuela Carmen se le saltaron un par de lágrimas que dejaron sorprendida a Laura. - Parece que no sabes lo ocurrido, ¿verdad? - Ella no sabía a qué se refería. Así que la abuela Carmen le relató todo lo que había sucedido.

Poco después de que Javi y su padre se fueran a vivir con ellos, su yerno tuvo un accidente laboral, trabajaba en la construcción y se cayó de un andamio. Un caso muy sonado según contó la abuela puesto que se debatió mucho en los periódicos el tema de la seguridad laboral. Estuvo varios meses en el hospital en coma, hasta que al final murió, no pudieron hacer nada por él y tuvieron que tomar la decisión de desconectarlo de las máquinas que lo mantenían con vida. Los médicos inmediatamente les hablaron de la donación de órganos, aún no se habían despedido de él y ya estaban firmando papeles para que todos los órganos con posibilidades de ser donados, fueran donados. La muerte de su padre afectó mucho a Javi y también a Juan José, su hermano mayor, quién llevaba ya varios años viviendo con ellos. Ellos querían llorar su marcha, pero los periodistas no dejaban de molestarlos, querían saber si pensaban si su padre trabajaba en buenas condiciones de seguridad. Angelitos míos, y ellos qué iban a saber. Incluso aparecieron por la puerta diferentes abogados para demandar a la constructora. Fue una época muy difícil para todos, decía la abuela Carmen.

Javi empezó la Universidad, pero no iba a clase, suspendía todo. Estaba descentrado y siempre enfadado, se convirtió en un rebelde. Con lo que era cuando era pequeño, tan dulce y simpático, hablando con cualquiera, y de repente, no hablaba con nadie, y si lo hacía era para decir algún improperio. Algunos días los pasaba enteros en su cuarto, sin salir ni hablar con nadie, yo le llevaba a la habitación algo para comer, pero la mayoría de las veces ni lo tocaba.

Nosotros no sabíamos qué hacer, mi Joaquín propuso intentarlo con un psicólogo, así que lo llevamos a uno que nos recomendó una vecina, ella también había tenido problemas con su hijo, la edad decía, y el psicólogo lo había ayudado. Pero en nuestro caso, en vez de ayudarlo lo que hizo fue encolerizarle más, con nosotros siempre estaba a la defensiva, daba igual lo que dijeras, todo le sentaba mal. Estábamos desesperados.

Y entonces llegó el día de su cumpleaños, diecinueve cumplía, todavía lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Le hice para comer macarrones con salchichas, le encantaban, era su plato preferido, o por lo menos de pequeño siempre decía lo que le gustaban los macarrones que le hacía su abuela. Le habíamos comprado de regalo el teléfono móvil que quería, nos volvimos locos buscándolo, estaba agotado en todas las tiendas. Pero cuando lo llamamos para que saliera de su cuarto a comer, no nos contestó. Así que me acerqué a su habitación a buscarle, y allí estaba como un angelito, dormido en su cama. Pero me di cuenta que el bote de pastillas de la mesilla estaba volcado y vacío, y no había ninguna pastilla en el suelo. Se las había dado el doctor como calmante, y él se las había tomado todas. Cuando me di cuenta, me acerqué para zarandarlo e intentar despertarlo, le abrí la boca y lo puse boca abajo en un fallido intento de que vomitara, entonces lloré y grité al mismo tiempo. Cuando me oyeron vinieron corriendo Joaquín y Juanjo, los dos en la puerta, mirándonos. Juanjo

bloqueado con ojos de sorpresa y dolor contemplando el cadáver de su hermano. Mi Joaquín salió corriendo hacia el salón a llamar a urgencias, pero llegaron tarde. Ya estaba muerto.

Lo único que dejó fue una nota en la que decía que no quería seguir adelante, que lo había intentado, Dios sabía que lo había intentado, había puesto en la nota, pero que era tan doloroso seguir viviendo que prefería morir. Y eso hizo.

Mi pobre Juanjo, dónde estará. Una semana después del entierro, mi nieto hizo la maleta y sin despedirse se fue. Otra nota nos dejó el muchacho. Se iba para no volver y nos agradecía infinitamente todo lo que habíamos hecho por él. Todavía nos llega de vez en cuando una postal suya, de algún sitio del mundo, diciéndonos que se encuentra bien y poco más. Por lo menos, sabemos que vive y sigue adelante, con lo que tuvo que pasar el pobre.

Cuando la abuela Carmen terminó de relatar la historia, Laura notó que las lágrimas le rodaban por la mejilla. No se podía creer lo que le había ocurrido a la familia que durante mucho tiempo fue como una segunda familia para ella. Se levantó, le dio un beso en la mejilla a la abuela, que estaba tan inmersa en sus recuerdos que ni se percató de la ausencia de esa desconocida que había llamado a su puerta y le había hecho revivir unos hechos tan dolorosos.

Laura salió del portal y se puso a correr, sin saber cómo llegó, se encontró en la habitación del hotel con los ojos rojos y lágrimas secas en la cara. Le sonó el móvil, miró sin ver la pantalla, hubiera jurado que era David el que la llamaba, pero en ese momento no le importaba. Apagó el móvil, se quitó el calzado y se metió en la cama, ni si quiera tuvo fuerzas para quitarse la ropa. Se acurrucó, se abrazó y lloró. Con lo unida que había estado a todos ellos, cómo se podía haber enterado de esto más de diez años después. Por qué no estuvo con Javi, a su lado, quizás lo hubiera podido ayudar, o no, ya nunca lo sabría. Recordó a José Manuel y a Javi cuando jugaban al escondite y ellos que eran los mayores le hacían trampas, o le dejaban que los buscara cuando ellos ya se habían ido, dejándolo solo. Recordó empujando a Javi, prácticamente un bebé, en un columpio del parque o cuando le enseñaba matemáticas y le daba capones para que prestase atención y se concentrara en ecuaciones y quebrados. Estuvo llorando y recordando, hasta que se quedó dormida.

Junio 1.999

El domingo Laura se levantó a las nueve de la mañana, sus padres estaban desayunando en la cocina. Se preparó un tazón de cereales mientras su madre le hacía un zumo de naranja. Se sentó con ellos a desayunar y estuvieron hablando de las vacaciones de verano, ellos se iban a ir al pueblo a mitad de semana, pero ella no sabía qué iba a hacer, no sabía si iba a subir al pueblo algún día o no. Lo que sí tenía claro es que se iba a Túnez quince días con sus amigos de la Facultad. Habían reservado los vuelos hacía unos meses, habían estudiado la ruta que iban a realizar y tenían previstos algunos sitios donde dormir, aunque no habían reservado más que las dos primeras noches, por si sufrían algún retraso en su recorrido. Esa semana tenía que quedar con Marta para comprar algunas cosas que iban a necesitar. Para Laura era su primer viaje fuera de España, estaba muy ilusionada de empezar la aventura, pero sobretodo estaba deseosa de desconectar un poco de todo. Eso le recordó que no se lo había dicho ni a Jose ni a Carlos, esperaba que no fuera ningún problema, aunque qué problema iba a haber si realmente les estaba haciendo un favor.

Se le ocurrió ir a la piscina a refrescarse un rato. Si iba a primera hora, seguro que no habría mucha gente y podría nadar un poco. Llevaba sin pisar una piscina desde el verano anterior, en invierno le daba mucha pereza.

Así que llegó de las primeras y se fue a la piscina olímpica del recinto, que realmente medía de largo veinticinco metros. Después de darse una ducha se metió en el agua y se puso a nadar. Cuando hubo contado sesenta largos decidió que era suficiente, le costó unos treinta y cinco minutos hacerlos, cómo se notaba que llevaba tiempo sin nadar.

Como se estaba tan a gusto, aún no hacía un calor insoportable y no había mucha gente, se echó en el césped a tomar el sol. No pudo parar de darle vueltas a lo que había ocurrido la noche anterior. Cada vez que veía a Jose sentía algo en el estómago que no sabía definir, pero por otro lado cómo iba a pensar en él de esa forma después de haberle mentido durante todo este tiempo. Decidió que había sido un error, no volvería a ocurrir.

Se sobresaltó cuando notó un suave golpe en el brazo, se giró y vio que era un niño pequeño, debía de tener dos o tres años, y le estaba mostrando el flotador que llevaba puesto.

- Mira, voy a nadar. - Le decía mientras señalaba su flotador con personajes de la película de "El Rey León". Aunque ella la había visto, no lograba recordar el nombre de ninguno.

- Muy bonito. Ese es el rey León. - El niño asentía y le señalaba un león dibujado en el flotador.

- Deja de molestar a la chica. - Oyó una voz a su espalda, supuso que era su madre. - Vamos al agua. Perdona. - Laura movió la cabeza indicando que no le molestaba.

- Es muy simpático. ¿Cómo se llama?

- Jose. - Cómo no, pensó ella.

- ¿Cuántos años tienes? - Miraba al niño que le mostraba con la mano dos deditos.

- Dos, ¿verdad? - Decía la madre. - Anda, vámonos al agua que tienes mucho cuento. -

Sonrió a Laura y siguió andando junto al niño dirección a la piscina. Laura se quedó mirando cómo llegaban a una piscina que no cubría mucho, se metían ambos y la madre intentaba que el niño chapoteara sin miedo. Lo sacaba del agua y lo metía, de

vez en cuando lo sumergía sin avisar, pero al niño no parecía importarle que su madre le metiera la cabeza debajo del agua. Confianza, pensaba Laura, eso es confianza.

Ese domingo había quedado a comer con Carlos y Jose para hablar de lo ocurrido el día anterior, en principio iban a hablar del primer contacto con el Chino, pero quizás ahora la conversación derivase por otros derroteros.

Fue directamente al restaurante desde la piscina. Se duchó en los vestuarios y cogió un autobús que la dejó muy cerca. Llegaba tarde, pero no le preocupaba en absoluto, que esperaran, era lo mínimo que podían hacer.

Cuando entró, los vio en un lateral del local, así que se acercó a ellos.

- Hola. - Se sentó a la mesa. Ni se molestó en pedir disculpas. Carlos la miró con cara triste.

- Lo siento, Laura. Siento haberte mentido así, pero no había otra forma. - Como Jose el día anterior, parecía sincero en sus disculpas. Pero cómo iba ella a volver a confiar en ellos después de eso, y si su vida podía llegar a depender de Jose, ¿cómo se iba a sentir segura si no confiaba en él?

- Y qué queréis que os diga. ¿Cómo voy a confiar en vosotros ahora? ¿Cómo voy a poner mi vida en vuestras manos si no confío en vosotros? - Ninguno de los dos dijo nada. Laura llamó al camarero y pidió una ensalada y un refresco para comer. Los dos hombres pidieron lo mismo que ella.

- Tienes toda la razón. Pero déjanos demostrarte que no te vamos a mentir de nuevo. - Fue Carlos el que habló. - Te contaremos todo lo que ocurre. Y si tienes alguna duda preguntanos, a partir de ahora no vamos a tener ningún secreto contigo. - Laura no sabía si eso era suficiente para volver a confiar en ellos, pero le pareció un buen comienzo, así que asintió.

- Ayer pude hablar con Edu y Quique, Edu el hermano del Mini y Quique otro de los amigos del Chino. - Jose empezó a detallar todo lo ocurrido la noche anterior. - Obviamente no hablaron de nada interesante, y yo tampoco dije nada que les hiciera sospechar, simplemente empecé a tratar con ellos para que quizás, en un futuro, confiaran en mí. - Jose la miraba a ella mientras lo contaba. - Tenemos que seguir quedando con José Manuel para volver a la nave donde se reúnen y así poder acercarnos a ellos.

- Déjame que te ayude. - Jose no entendía a qué se refería Laura, así que ella continuó explicándose. - Ayer a todos les sorprendió que básicamente me ignoraras toda la noche para hablar con Edu y Quique. De hecho, por ese motivo alguno se me insinuó y hasta uno me llegó a decir que eras un capullo por no hacerme caso. - Jose no se había dado cuenta, eso fue un error de principiante, ponía en peligro su coartada. Jose vio que Carlos opinaba lo mismo ya que le puso cara de pocos amigos. - La próxima vez quizás pueda estar contigo cuando hables con ellos, y quizás pueda tontear un poco con ellos, eso seguro te ayuda. - A Jose eso último no le hizo gracia.

- No quiero ponerte más en peligro de lo que ya estás.

- No digas tonterías, ahora mismo no estoy en peligro, soy la amiga de un conocido lejano del Chino. - Puso énfasis en la palabra lejano.- Ninguno ha reparado en mí. Además, para eso me habéis estado entrenando todos estos meses, ¿no? Puedo ayudar y lo sabes. Los tíos suelen sentirse atraídos por mí. - Jose sabía que cuando Laura había dicho eso, no era porque se creyera guapa, simplemente era realista, ella parecía no entender por qué los hombres se sentían atraídos por ella. Y tenía razón, seguro que era más fácil acercarse a ellos con sus encantos.

- Me parece peligroso, pero teniendo en cuenta que Jose estará a tu lado, no me parece mala opción. - Jose no podía entender cómo Carlos aceptaba su propuesta, estaba claro que era un buen plan, pero ella era una civil, no tenía el entrenamiento

necesario. Es verdad que sabía defenderse, pero era peligroso.

Estuvieron discutiendo toda la comida sobre lo mismo, estaban dentro de un bucle. Y aun teniendo Jose la última palabra puesto que estaba por encima jerárquicamente de Carlos, aunque nadie lo diría porque se trataban como iguales, acabaron convenciéndole, por lo que decidieron que Laura se involucrara un poco más.

Cuando terminaron de comer, Carlos pagó la cuenta y se despidió, tenía prisa, iba a llevar a sus chicos al cine y ya llegaba tarde.

Laura y Jose se quedaron solos. - Tenemos que hablar de lo que pasó anoche. - Jose rompió el silencio. - ¿Por qué te fuiste sin despedirte? - Ya lo había hecho otra vez, eso era lo que menos se esperaba que le dijera, siempre la sorprendía.

- No entiendo qué quieres decir.

- Ayer nos acostamos Laura, quizás fue un error, pero lo hicimos. Yo puedo perder mi placa por ello. - Así que era eso lo que le preocupaba, perder su placa.

- No te preocupes, no se lo diré a nadie. Tu placa está a salvo. - Cogió la mochila que traía de la piscina, se levantó y se fue sin ni siquiera decir adiós.

Jose salió detrás de ella. - Perdona, no quería decir eso.

- ¿Y qué querías decir exactamente? - Laura se giró y se quedaron enfrentados, cara a cara.

- Laura, ¿es que no lo entiendes? Con lo que pasó anoche he traicionado algunos de mis principios.

- No te preocupes, no volverás a traicionar nada.- Le interrumpió Laura.- Lo de anoche sólo fue sexo, un desahogo. No significó nada. Está claro.

- Déjame terminar. - La cogió de la barbilla para que lo mirara a los ojos. - Pero no cambiaría nada de lo que pasó. Excepto por el hecho de que cuando me desperté no estabas a mi lado. - Le dijo Jose burlonamente. Laura lo miraba sorprendida. Él la agarró de la cintura y la acercó para besarla.

Ese verano fue uno de los veranos más felices de la vida de Laura. Se había enamorado irremediamente de Jose. Su relación se la estaban intentando ocultar a Carlos y éste se hacía el tonto y les seguía el rollo. Aunque Jose se sentía a veces incómodo por la situación, puesto que estaban involucrados en un caso y su relación tenía que ser laboral, no romántica, podía ponerles en peligro. Pero había pasado, él había intentado no sentir nada por ella y esa lucha interna le estaba poniendo de los nervios, lo cual le afectaba laboralmente. Ahora que estaban juntos, él trabajaba mejor, o eso se decía a sí mismo. Esperaba que el caso fuera bien y que ella no estuviera en ningún momento en peligro, en ese caso, ¿actuaría únicamente para su protección?, era una pregunta que se hacía constantemente y sabía la respuesta, pero tenía que ser objetivo. Sólo esperaba no tener que enfrentarse a esa disyuntiva.

Por su parte, Laura pensaba que si haces que dos personas que se atraen se hagan pasar por pareja, pues obviamente no hay que ser un lumbreras para adivinar cómo va a terminar la cosa. Y a ella todo le parecía perfecto, ella era libre, Jose también y no veía el menor problema para tener una relación.

El caso también iba viento en popa y a toda vela. Poco a poco Jose se iba ganando la confianza del Chino y sus amigos, sabía perfectamente cómo ganarse a ese tipo de gente, está claro que hacerte el duro y no ser muy amable, con ellos funciona y por si fuera poco la simpatía/coqueteo de Laura también ayudaba, aunque Jose a veces se ponía un poco celoso, pero quedaba perfecto en el papel que estaban interpretando ambos. Por supuesto, aún no habían entrado a hablar de venta de drogas, contrabando, ni nada, pero estaban seguros que en cualquier momento les entrarían al trapo. Laura no fumaba porros ni se metía tripi, Jose le había enseñado a emular el estado de tomarse un tripi y había hecho parecer que alguna vez se tomaba alguno.

Después, entre que el resto no se enteraba de nada porque iban colocados, ella lo único que hacía era reír tontamente e imaginar visiones en 3D como si estuviera en un cine imaginario, a partir de ahí, todo era actuar.

Jose se apuntó con ella y sus amigos al viaje a Túnez. Pidió esas fechas de vacaciones y no le pusieron ningún problema, porque justo era cuando se iba Laura y no podrían avanzar mucho en el caso, José Manuel también iba a Túnez, pensaron que lo mejor era que los tres se fueran de vacaciones en la misma fecha. Claro que en comisaría nadie se imaginaba que se iban juntos. Excepto Carlos, que un día le dijo a Jose que tuviera cuidado en donde se estaba metiendo. Jose se imaginó que se refería a Laura porque a Carlos no se le escapaba una.

El viaje a Túnez lo disfrutaron ambos por igual. Jose se llevaba muy bien con los amigos de la Facultad de Laura, de su grupo habitual sólo iban Pablo, José Manuel y Marta, el resto era gente que él no conocía, pero al final del viaje todos eran amigos.

Recorrieron el país siempre juntos, atados a una botella de agua fría porque el calor era asfixiante. Descubrieron museos con espectaculares mosaicos romanos, objetos artesanales, todo muestras de la cultura árabe y tunecina. Visitaron ruinas, algunas impresionantes pero en general no muy bien conservadas, en el Jem pudieron visitar el mayor anfiteatro romano de África y el cuarto del mundo.

Pasearon por todos los zocos con los que se encontraron, al principio disfrutaron del regateo, pero al final del viaje estaban saturados de tanto regateo, les dolía la cabeza sólo de comenzar con alguna compra pendiente, empezaban a echar de menos las tiendas españolas donde los precios están marcados y no hay posibilidad de rebaja por mucho que llores al vendedor.

Disfrutaron de los riquísimos té que les ofrecían en todas partes, con piñones, hierbabuena, daba igual, porque todos tenían un sabor especial. Fumaron en pipas de agua, en cada sitio con un tabaco de diferente sabor, fresa, manzana, mezclaban el tabaco con la fruta seca dándole ese aroma.

Conocieron diferentes mezquitas en las que te tenían que cubrir desde la cabeza hasta los pies. Callejearon por lugares donde se habían rodado películas tales como “En busca del arca perdida” y la “Guerra de las Galaxias”.

Fueron invitados a una boda por celebrarse en el mismo hotel donde se alojaban. Ellas llevaban vestidos llenos de lentejuelas y brillos, imposibles de llevar con ese calor, ellos con sus mejores galas. Las bodas duraban días y días, celebración tras celebración.

Atravesaron el desierto en 4x4, uno de ellos incluso se quedó atascado en medio de una duna y se tuvieron que unir para empujarlo y sacarlo de allí.

La gente caía como moscas, casi todos se iban turnando con diarreas y pequeños desvanecimientos por el calor, pero ellos eran ajenos a todo eso.

Disfrutaron de los espejismos de los que tanto habían oído hablar, se enteraron que debido a las altas temperaturas que se alcanzan en verano, alrededor de cincuenta grados centígrados, el agua se evapora y hace que se vea la Fata Morgana, que es un efecto óptico, lo que se conoce vulgarmente con el nombre de espejismo, objetos que se vislumbran en el horizonte con apariencia alargada y elevada.

Durmieron en medio del desierto en tiendas beduinas. Montaron en dromedario. En ese paseo ocurrió la anécdota del viaje, Marta le dijo al encargado de llevar su dromedario que iban muy despacio, entre gestos y el francés que aún recordaba del colegio, así que el guía decidió que tenía razón y le dio un buen cachete en el culo al dromedario, con lo que Marta salió disparada a lomos del animal, la pobre se agarraba donde podía, pero al final acabó cayendo sobre la arena de una duna resbalándose por el culo del animal. Todos se asustaron en ese momento, pero ya en la cena, no podían dejar de reír al recordar la escena.

Se alojaron en casas que se encontraban bajo tierra, similares a cuevas, creadas para poder sobrellevar el calor de la zona, puesto que las habitaciones mantenían una buena temperatura.

Cuanto más se internaban en el país, más cerrada descubrían que era su cultura, de la gente occidentalizada de la capital, a las mujeres tapadas desde la cabeza a los pies con sus burkas y los hombres vestidos con sus chilabas.

Los preciosos tatuajes con henna que llevaban las tunecinas quitaban el hipo, así que Laura se hizo uno simulando un brazalete en el brazo que le duró algo más de una semana, no era ni la mitad de espectacular que los que llevaban ellas.

Visitaron sus talleres, les enseñaron cómo se hacían alfombras, cuál era la diferencia entre las que tenían calidad y las que no, les mostraron el trabajo que realizaban con las pieles y cómo las teñían hasta obtener los fantásticos tonos que vendían, vieron cómo hacían sus obras de cerámica, vasijas y platos por doquier.

Incluso después de tanto trasiego lograron descansar y disfrutar de un día de playa, en el que no hicieron nada, se tiraron a la bartola, disfrutaron del agua, e incluso una medusa decidió picar a Laura, a quien un niño local le dijo que se pusiera una rodaja de tomate para que dejara de escozer. Ella no pudo conseguir tomate, así que nunca supo si el remedio funcionaba o no, tuvo que aguantar estoicamente el escozor echándose crema de vez en cuando.

Pero como todo lo bueno se acaba, el viaje se terminó y tuvieron que volver a Madrid para centrarse en cómo dar un paso hacia delante en su investigación.

Enero 2.016

Laura estaba desayunando en el bar de en frente de su tienda, como hacía casi todos los días, leyendo el periódico. Como era sábado y el día anterior había sido festivo, Año Nuevo, inicialmente había pensado en no abrir la tienda y tomarse el día libre, pero después se le ocurrió que el día de Reyes estaba al caer, y que quizás la gente regalara muebles, no lo tenía muy claro porque eran sus primeros Reyes con la tienda y tampoco había notado ningún aumento significativo en las ventas en lo que llevaba de Navidad.

En el periódico una foto le llamó la atención. En ella aparecía una familia, y una de las caras, la del padre, le resultaba familiar pero no lograba ubicarla.

“Sábado, 2 Enero 2.016.

La explosión ocurrida en Rascafría ha sido un brutal asesinato” - Decía el titular. Y debajo dos fotos, una foto de la familia asesinada y otra de una casa ennegrecida rodeada por agentes de la Guardia Civil y de la policía de criminalística.

“Lo que ayer se pensaba que había sido un terrible accidente en una casa rural en Rascafría (Madrid) fue realmente un brutal asesinato. El fuego se desencadenó alrededor de las cinco de la mañana de la pasada Nochevieja después de una explosión. Hasta el lugar de los hechos se personaron los bomberos y agentes de la Guardia Civil entre otros. En el interior de la vivienda encontraron cuatro cuerpos sin vida, ya nada se podía hacer por ellos.

Los cuerpos hallados fueron encontrados entre los escombros de la casa. Los primeros indicios apuntaron a una explosión de una bombona de gas butano instalada en la cocina de la casa. Fuentes próximas a la investigación explicaron que se habían encontrado garrafas de gasolina, y por este motivo, ahora barajaban la posibilidad de que alguien provocara el fuego desde el interior.

La investigación continúa abierta. Lo que inicialmente apuntaba a un accidente, ahora apunta a un brutal asesinato. La explosión provocó el derrumbe de parte del interior de la vivienda, aunque la estructura aún se mantiene en pie. “

Laura pagó su desayuno y se dirigió a su tienda. Mientras cruzaba la calle le vino la imagen de un chico regordete con cara simpática que siempre estaba bromeando. No se lo podía creer, la familia asesinada era la familia del Bola. Entró en la tienda y se sentó en su escritorio, detrás del ordenador, mientras éste se encendía ella buscaba en el artículo que estaba leyendo alguna información que le indicase la identidad de los fallecidos, pero no encontró ningún dato.

Se puso a buscar por Internet algún artículo de lo ocurrido el día anterior.

“Viernes, 1 Enero 2.016.

Cuatro fallecidos tras una explosión de gas.

Esta Nochevieja se ha registrado una explosión en una casa rural en Rascafría. Han fallecido cuatro personas, dos de ellas, menores de edad, según han informado fuentes de la Guardia Civil.

Entre los escombros se han hallado los cuerpos de un hombre de 40 años, su mujer de 38 y sus hijos mellizos de 10.

El suceso ha ocurrido sobre las cinco de la mañana por una explosión cuyas causas están por determinar. Los primeros indicios apuntan a una explosión de una bombona de butano. La explosión ha producido un incendio que ha afectado al interior de la casa. Los bomberos ya lo han extinguido.

Hasta el lugar se han trasladado efectivos sanitarios, el cuerpo de Bomberos, la Guardia Civil y la Policía Local.

El Ayuntamiento de Rascafría ha lamentado, en un comunicado, el trágico accidente en unas fechas tan señaladas.

Todo apunta a que la familia se había reunido en la casa para celebrar la Nochevieja. Los dueños de la casa han confirmado que habían reservado hasta después de Reyes.”

El resto de la mañana desconectó por completo de todo el asunto, ya que estuvo tratando con clientes. Primero llegó una señora que quería regalarle a su hija por Reyes una cómoda, no sabía qué estilo le podía gustar, confiaba por completo en Laura para que la orientara. Por lo menos la señora llevaba algunas fotos en el móvil de la habitación en la que su hija iba a poner el mueble y se le ocurrió una que iba a quedar perfectamente. Cruzó la tienda seguida por la mujer y le enseñó una preciosa cómoda provenzal que había pintado en gris y luego había aplicado la técnica de decapado y la encimera en color roble envejecido, era una preciosidad y a ella le encantó, dijo que a su hija también le iba a gustar, que era justamente lo que estaba buscando. Así que dejó el pedido realizado de forma que se la llevaran directamente a casa de su hija.

Unos minutos después de terminar de realizar el pedido de la cómoda, entró una pareja que estaba decorando el dormitorio de su hija de doce años y querían algún mueble que fuera rosa chicle y muy de princesa, que era lo que le gustaba a su hija. Laura se acordó de un cabecero que tenía pendiente de terminar, se lo enseñó a los clientes. Sólo tenía puesta la espuma la cuál estaba llena de agujeros, había pensado en realizar un cabecero de capitoné. A ellos les pareció una gran idea, por lo que les enseñó el muestrario de telas para que seleccionaran la que más les gustara. Eligieron un fucsia muy bonito, que quedaría muy elegante, pensó Laura.

Y con tanto trajín transcurrió la mañana.

Justo cuando estaba echando el cierre a la tienda le sonó el móvil, era David.

- Hola cariño, ¿qué tal estás? - David se había ido esa mañana muy temprano a los Alpes para pasar su habitual semana practicando ski.

- ¿Ya has llegado? ¿Qué tal el vuelo? - Laura estaba entrando en el coche. - Espera un momento que pongo el manos libres. - Arrancó y automáticamente se conectó por bluetooth al móvil. - Perdona, cuéntame qué tal todo, venga dame un poco de envidia. - Laura había ido alguna vez con él a esquiar por estas fechas, pero ahora con la tienda no se podía permitir unas vacaciones de ese tipo.

- Estoy en una cabaña de madera preciosa, con una alfombra de oso delante de la chimenea encendida y tomándome un vino tinto. - Laura oía el ruido que había y supuso que estaba en el bar del hotel.

- No me tomes el pelo.

- Vale, es verdad, estoy con éstos tomándome una cerveza en el bar del hotel, pero la habitación es como te he contado, aunque no hay ni alfombra de oso, ni chimenea y la cama no parece muy cómoda. - Laura no pudo evitar echarse a reír.

- Tampoco hace falta que me mientas para que me sienta mejor. - David soltó una carcajada. - Por cierto, en Nochevieja te fuiste muy pronto. - Habían estado juntos en una fiesta privada para celebrar el nuevo año, pero David se había ido a eso de las tres de la mañana, una hora muy temprana para él.

- La verdad es que estaba saturado de la misma gente de siempre. Y aguanté tanto porque estabas tú. ¿Crees que estoy enfermo? Quizás esté madurando. - Dijo con tono sarcástico.

- Mira que lo dudo. - Laura se acordó de la noticia de esa mañana en el periódico.- Por

cierto, en Nochevieja hubo una explosión en una casa rural al norte de Madrid, en la que murieron cuatro personas, una pareja con sus dos hijos. - Laura hizo una pausa.

- ¿Y? - David al otro lado no entendía por qué le contaba tan fatídica noticia.

- Pues que conocía al padre.

- Oh, Laura, ¡cuánto lo siento! - Parecía sincero.

- No, no te preocupes, hace mucho que no lo veo. ¿Recuerdas la historia que te conté de lo ocurrido hace quince años? Pues era el Bola, el fallecido era el Bola. - David se dio cuenta que había dicho explosión, no en un accidente.

- ¿Y crees que no fue un accidente? - Empezaba a estar intrigado.

- No sé, eso es lo que dice ahora la policía. Lo he leído esta mañana en el periódico.

David, no sabía qué decirle, la notaba algo nerviosa. - ¿Estás bien?

- O sí, no te preocupes, seguro que son cosas mías. Bueno, te dejo que estoy llegando a casa, voy a entrar en el garaje y ya sabes que me quedo sin cobertura. Un beso y disfruta. - Justo en ese momento la comunicación se cortó.

En cuanto Laura llegó a casa, sacó de su bolso una carpetita con los dos artículos que había impreso esa mañana sobre la muerte del Bola y los guardó con el resto de artículos que había estado recopilando.

Al abrir la carpeta, se quedó mirando la foto del chico que aparecía en el primer artículo.

“Se suicida un joven, el día que cumplía 19 años, en Barcelona.

Murió por una intoxicación con antidepresivos.

Dejó una breve nota”

Debajo del titular y la breve introducción una foto de Javi, Laura pensó que debía de habérsela hecho poco antes de morir, con mirada triste forzaba una media sonrisa.

En el artículo un par de frases subrayadas:

“Fuentes del Cuerpo Médico Forense dijeron que la muerte se pudo desencadenar por la ingesta única de alrededor de 10 pastillas”

“El medicamento ingerido contiene una droga (la amitriptilina) contraindicada para personas con convulsiones como las que padecía Javier Zamora debido a una disritmia cerebral congénita’ - dijo el Doctor Velasco, quién le practicó la autopsia.”

Esa noche Jose iba a venir a buscarla para ir a cenar, así que se empezó a arreglar con tiempo. Después de darse un baño relajante con sales de baño, mucha espuma, una copa de vino y música clásica suave de fondo, comenzó a vestirse. No sabía qué ponerse, así que optó por lo que siempre le sacaba de problemas, vaqueros y una blusa mona.

Se miró en el espejo, no tenía buena cara. Últimamente había estado muy estresada con todas las noticias que se iba encontrando. Pero nada que una buena capa de maquillaje no pudiera disimular.

Cuando llamaron a la puerta, ya estaba lista. Jose había llegado hasta su puerta, supuso que el conserje ya le debía de conocer y le había abierto, además su portal tenía la cerradura rota, llevaba así una semana y todavía no la habían arreglado, tomó nota mental para recordárselo al de mantenimiento.

Al abrir la puerta, se encontró a Jose con una cazadora negra de cuero que le sentaba muy bien y le hizo recordar aquella vieja película de los ochenta “Rebeldes” en la que salían un montón de estrellas de Hollywood en ciernes, que actualmente eran todos mundialmente conocidos. Pero lo que la sorprendió es que venía cargado con dos bolsas de la compra, por las que asomaban una barra de pan y algunas hojas de verduras.

- ¡Sorpresa! Hoy cocino yo. - Estaba muy sonriente y Laura boquiabierta lo dejó pasar.

- No sabía que supieras cocinar.

- Una de las muchas cosas que no sabes de mí. - Le guiñó un ojo. Entró en la cocina y empezó a sacar las cosas de las bolsas. Una botella de vino espumoso, pasta, queso, setas, algunas verduras y algunas cosas más, que fue dejando encima de la mesa o en la nevera según correspondiera. Se quitó la chaqueta y la dejó en una de las sillas que Laura tenía en su cocina, donde desayunaba cuando lo hacía en casa. - Cuando estuve trabajando en París de guardaespaldas, el cocinero y yo nos llevábamos muy bien, él era bastante mayor que yo y me cogió mucho cariño, me decía que le recordaba a su hijo, que se había trasladado a Toulouse con la familia, y se veían con menos frecuencia de lo que le hubiera gustado. El caso, es que pasaba mucho tiempo con él en la cocina. - Mientras Jose relataba su historia, ponía a hervir la pasta, limpiaba y cortaba las verduras con pericia. - ¿Las sartenes? - Laura le pasó una de las más grandes que tenía y él echó aceite y las verduras. - Al principio, yo sólo lo miraba, pero un día me dijo que le ayudara y ahí empezó todo, me enseñó a hacer algunos platos, y a mi me gustó, me relajaba esto de cocinar, me evadía de los problemas del día a día. Así que aunque dejé de trabajar allí, yo continué con mi aprendizaje, libros de recetas, la tele, yo mismo inventándome platos. Ya sabes, un poco de todo.

- Autodidacta. - Laura le entendía bastante bien, porque básicamente es como ella había aprendido a trabajar con los muebles, aunque había ido a algún curso, casi todo lo había aprendido con la práctica, prueba y error.

Cuando Jose terminó de cocinar, Laura ya tenía preparada la mesa con un mantel que hacía años que no ponía y con la vajilla que utilizaba para ocasiones especiales como la cena de Nochebuena con la familia. El vino espumoso estaba frío y abierto en la mesa, en una cubitera para que no se calentara y había puesto un par de velas que había encontrado, que siempre había guardado para alguna ocasión, pero nunca había encontrado una, así que le pareció que ésta podía ser tan buena como cualquier otra.

Era la primera vez que un hombre le había hecho la cena en toda su vida, era triste, pero era la realidad, pensó.

- Guau Laura, no querrás seducirme. - Dijo Jose bromeando cuando pasó al salón con dos platos de pasta y vio la mesa decorada.

- Nunca se sabe. - Bromeó también ella.

Jose volvió a la cocina a por los entrantes que había preparado.

- Son costrinis con queso feta, tomates cherry y albahaca. - Laura cogió uno, estaba muy rico.

Ella saboreó la pasta de su plato, estaba exquisita, había un montón de sabores, setas, queso, diferentes verduras y algún otro que no pudo reconocer. Jose la miraba expectante.

- Están buenísimos. Creo que nunca he probado una pasta tan rica. - Jose suspiró relajado.

- Es la receta secreta de Jean Luc, el cocinero del que te hablaba antes.

Continuaron cenando y la botella del vino espumoso se acabó en seguida, así que Laura fue a por otra, pero esta vez de vino tinto, ya que no tenía espumoso. Estuvieron toda la cena hablando y riendo, contándose todo lo que les había pasado estos últimos días, relajados y muy a gusto.

Jose le contó que la cena de Nochebuena la había pasado en casa de Carlos, habían estado sus hijos, Fran había venido desde San Francisco con su familia. Estaban todos muy felices porque llevaban tiempo sin verse. En Nochevieja se había quedado en casa viendo la televisión hasta que se quedó dormido, en algún canal habían estado pasando viejas películas y por lo menos recordaba haber visto dos. Laura no se había dado cuenta de invitarle en Nochevieja, no sabía por qué pero pensó que tendría planes. Ella le relató su Nochebuena, como siempre en familia, muy relajada en su casa, y la Nochevieja, en una fiesta en un bar que habían alquilado, de forma que los que había en la fiesta prácticamente se conocían todos.

Cuando terminaron de comer se habían bebido más de la mitad de la segunda botella de vino, Laura estaba bastante contenta pero no borracha, siempre había tenido bastante aguante con el alcohol, sus amigos siempre hacían bromas sobre ello. Jose fue a por el postre, dos tartas cuajadas de queso individuales, le había visto hacerlas en un santiamén, hervir, mezclar y a la nevera. Cuando la probó le supo a gloria.

Al terminar la cena, Laura se acordó de todo lo que le tenía que contar, aún no había tenido oportunidad de decirle lo que ocurrió en Barcelona, aunque habían hablado por teléfono ella había preferido contárselo en persona y aunque se habían visto al día siguiente de ella volver, no se encontraba en condiciones de detallarle lo ocurrido sin echarse a llorar. Desde entonces no se habían vuelto a ver, las fiestas navideñas implicaban muchas cenas familiares y con amigos a los que apenas veías el resto del año, pero que en estas fechas a todos les daba por querer reunirse, una tradición más. Así que se levantó y fue a por la carpeta donde guardaba toda la información.

- Supongo que ya se ha terminado la diversión. Ahora a trabajar, ¿no? - Jose le cogió la carpeta y estuvo revisando los artículos mientras ella le ponía al día.

Le contó lo que había leído esa mañana sobre la explosión en Rascafría, que fuese un asesinato le preocupaba, pero según decía el periódico era pronto para confirmar nada, era mejor esperar a ver el resultado de las investigaciones, por ahora, la información parecía cambiar de un día para otro. También le contó lo que averiguó en Barcelona. Jose la miraba a los ojos y la cogía de la mano, de vez en cuando, se la apretaba suavemente, en señal de apoyo. Jose se quedó sin saber qué decir cuando supo lo que le había pasado al pobre Javi. Él apenas lo llegó a conocer, pero era tan joven y por lo que le había contado Laura un gran chico, una pena por todo lo que pasó y cómo acabó.

- Bueno, y ahora que te he contado todas mis penas, para olvidar te voy a poner una copa y una buena película para reírnos un rato. - Laura se levantó y puso dos rones con cola, dejó la botella de ron, coca colas y el hielo encima de la mesa. Y puso un viejo DVD de la película "La fiera de mi niña" con Cary Grant y Katherine Hepburn. En la escena en que los protagonistas buscaban al leopardo y el leopardo se paseaba a sus anchas por la casa, no pudieron parar de reír.

Cuando terminó la película, Laura fue a recoger la cocina, aunque Jose quiso ayudarla, ella le dijo que ni hablar, que él había hecho la cena por lo que a ella le tocaba recoger. Introdujo en el lavavajillas todos los platos, vasos y todo lo que había utilizado Jose para cocinar, limpió la cocina y cuando entró en el salón vio que Jose se había quedado dormido en el sofá. Lo miró dulcemente, estaba tan guapo dormido. Cogió una manta que tenía en el brazo del sofá y que utilizaba muy a menudo cuando veía la tele en invierno, se la echó por encima. Ella se fue a la cama a dormir.

Octubre 1.999

Llevaban varios meses yendo directamente a La Misión, el bar al que solía ir el Chino con sus amigos. Ya no solían quedar con José Manuel para ir a la nave, iban directamente al bar, y a veces se encontraban con José Manuel y el resto, otras al Chino y compañía y a veces a todos. Jose se llevaba muy bien con Edu y Quique, los amigos del Chino, pero realmente ellos no parecía que estuvieran involucrados en nada, quizás, como los más jóvenes, de vez en cuando trasladaban paquetes, pero no daban el perfil de gente que conociera qué se llevaba el Chino entre manos con el Coyote.

Tenía que acercarse al Chino, pero siempre estaba protegido por sus dos sombras, como habían empezado a llamarles Laura y él, porque el Dardo y el Bulldog, no le dejaban ni un momento a solas. Y aunque hablaban con Jose de vez en cuando, no sentía que fuera a llegar a ninguna parte, tenía que pensar en otra cosa.

Era domingo por la mañana y estaban los dos en la cama de Jose disfrutando de no hacer nada y hablando sobre este tema cuando Laura le dio una idea.

- El otro día estuve leyendo un artículo en Internet de cómo se infiltraban los polis en redes de narcotráfico en Colombia. Bueno, hablaban de infiltración y de penetración. - Laura se giró en la cama, se apoyó en un brazo, mirando a Jose que estaba tumbado atento a lo que ella decía. - Decían que la infiltración es acercarse a una estructura ilegal hasta el punto de hacerse pasar por parte de ella o llegar a ser un contacto que actúe de forma delictiva, un trabajo muy duro y que puede durar más de un año. Sin embargo, la penetración es contactar con uno de los integrantes de la banda y convertirlo en un soplón, primero se busca a un elemento de la banda que sea débil, manipulable o que esté descontento por algo, se contacta con él y se le ofrece dinero o beneficios penales. Estos soplones suelen ser unos don nadie en la estructura. - Jose no sabía muy bien a donde quería llegar, pero la dejó continuar, la conocía lo suficiente como para saber que llegaría a una conclusión lógica, primero la exposición y luego la conclusión. - El caso, es que habían detenido a la banda porque el policía se había convertido en otra persona, vivía en los barrios bajos, iba disfrazado y se convirtió en un habitual comprando droga a esa gente. De vez en cuando la policía paraba a algunos de los delincuentes que identificaba su compañero caracterizado, simplemente para pedir documentación, como si de mera rutina se tratara, de esa forma identificaron a todos los involucrados. Su tapadera duró meses pero nadie le prestaba atención, cuando compraba droga hablaban y él escuchaba, sacaba cosas de aquí y allá. Hasta que se enteró cuando el jefe iba a aparecer, a ese era realmente al que buscaban. Estuvo sin moverse de la casa, durmiendo en una esquina de la calle más de veinticuatro horas, de forma que lo vio llegar y pudieron identificarlo. De esta forma, lograron identificar a toda la red de distribución, lo que facilitó desmantelar la banda. Cayeron todos los jefazos.

- ¿Tienes alguna idea? - Laura negó con la cabeza.

- Te he contado esto, pensando que a lo mejor se nos ocurría algo. Obviamente no quiero que te disfraces de un vagabundo durante meses y te acerques a la banda para comprar droga regularmente. Pero quizás haya que acercarse de otra forma. Ya nos conocen, ahora tienen que saber que somos malos. - Laura levantó las manos entrecomiendo la palabra malos.

Se volvió a tumbar en la cama, puso la cabeza encima del pecho de Jose, éste la rodeó

con sus brazos.

- Sabes, creo que me has dado un par de ideas.- Laura levantó la cabeza y lo miró. - Lo de los soplonos ya lo había pensado, incluso tengo a las personas perfectas para ese papel, Edu y Quique. Creo que con asustarles un poco nos darán información, pero no es suficiente, porque pienso que tampoco saben mucho, aunque seguro nos ayudan a identificar a un montón de gente involucrada, tal y como ocurría en la historia que acabas de contar. El Chino sólo trata con sus dos sombras, Quique y Edu son dos pringados que le hacen algunos recados.

- Ya es algo para empezar. - Jose asintió.

- Pero como bien dices, tengo que actuar. Tienen que verme como alguien de su calaña y relacionándome como hago ahora no llego a ningún sitio. Se me ocurre algo, pero tengo que darle forma.

- Pues habrá que celebrar las nuevas ideas. - Dijo Laura provocativamente mientras se colocaba encima de él y lo besaba. Jose olvidó de lo que estaban hablando y se centró en Laura, en su cuerpo, sus labios y en hacerle las cosas que tanto la hacían disfrutar.

Estaban en La Misión tomando algo con José Manuel, apoyados en la barra del bar, Laura tomando su habitual whisky con cola, lo mismo que José Manuel, y Jose con un botellín de agua.

- ¿Es que nunca bebes? - José Manuel siempre veía a Jose con un botellín de agua.

- No cuando conduzco. - Fue categórico en la contestación.

- Si bebes no conduzcas. - Dijo José Manuel irónicamente mientras se encogía de hombros. Empezó a hablar con Laura sobre el comienzo de las clases. Laura ese año comenzaba sexto, el último año de Facultad y él se había cogido asignaturas de sexto, pero también algunas de cuarto y de quinto que aún tenía pendientes.

Jose no estaba prestando mucha atención a la conversación, tenía los ojos puestos en el Chino, el Bulldog y el Dardo, que parecían ocultar algo en un rincón del bar mientras hablaban con Edu y Quique. Pocos minutos después, ambos se dirigían a la puerta del bar y él los interceptó. Se puso a hablar con ellos, y en ese momento se dio cuenta que llevaban una mochila que antes no tenían, además le dio la impresión que querían deshacerse de él, le estaban dando largas, por lo que Jose no insistió mucho, tenían prisa, así que les dejó ir. Pensó que era el momento adecuado que llevaban esperando algunos días, seguramente iban a realizar una entrega, esperaba que en la mochila llevaran droga que les hubiera pasado el Chino.

Si no se equivocaba y todo salía como habían planeado, esa noche conseguirían dos soplonos.

Salió del bar detrás de ellos, pero ni se dieron cuenta. Tampoco vieron al señor que había en la esquina leyendo el periódico, y que después de un leve movimiento de cabeza de Jose en la puerta del bar comenzó a seguirles. Ni a la pareja que parecía besarse en un portal justo en frente del bar, que se unió al grupo a una distancia prudencial.

Cuando Jose vio que todo estaba en marcha entró de nuevo al bar y se acercó a Laura, le susurró al oído, la música estaba muy alta, así que aunque la hubiera hablado con tono alto, nadie le hubiera oído. - Ya está. Veamos si funciona.

Carlos iba detrás de Edu y Quique, parecían nerviosos, pero intentaban disimularlo bromeando y hablando mientras caminaban. Si alguien se hubiera fijado en ellos no hubieran visto nada raro, simplemente dos amigos paseando y divirtiéndose, pero les delataba el tabaco, se encendían un cigarro, se lo fumaban y no se habían deshecho de la colilla, ya estaban encendiéndose otro, algo les tenía preocupados. Seguramente

Jose tenía razón y llevaban droga en la mochila, eso esperaba, pensó Carlos. Habían estado dando vueltas por el barrio de Vallecas, supuestamente para despistar o quizás para fijarse si alguien les estaba siguiendo, pero aún así no se percataron que eran seguidos por un hombre solitario y despistado con un periódico en la mano, y por una pareja que no paraba de hacerse carantoñas.

Llegaron al metro Puente de Vallecas donde todos fueron entrando sin llamar la atención. No era tarde, por lo que había bastante gente en el andén, lo que hizo que Carlos y la pareja de policías que seguían a Edu y Quique pasaran desapercibidos. Carlos se montó en el mismo vagón que ellos, pero en el otro extremo, había gente para ocultarse, aunque no la suficiente para perderlos de vista. La pareja se subió en el vagón de al lado atentos a todos ellos.

Llegaron a Sol donde se bajaron todos. Había mucha gente. Les costó salir del vagón por los empujones de la gente que intentaba entrar sin dejar salir a los que se bajaban. Cuando lograron salir, anduvieron un poco para llegar a la plaza existente en el interior del metro, bajo tierra, donde se dividen los caminos para diferentes líneas y se accede a las salidas al exterior. Subieron a la parte de arriba y salieron por la salida que les quedaba más cerca, la salida a Preciados. Carlos iba prácticamente pegado a ellos, pero con el barullo de gente que había, no llamaba la atención. La pareja iba unos pasos por detrás.

Se dirigieron a la calle Montera, llena de gente que iba deprisa atravesándola, otra gente que se dedicaba a mirar escaparates y apoyadas en portales y paredes de las casas, estaban las prostitutas esperando clientes, algunas ya acompañadas y negociando.

Carlos tenía en su punto de mira a Edu y a Quique, aunque no dejaba de mirar a su alrededor por si encontraba algo que pudiera llamarle la atención o le indicara que había sido descubierto. En cualquier caso, no vio nada fuera de lo normal. En ese momento vio que Quique y Edu desaparecían en un portal pegado a uno de los sex-shops de la calle.

Carlos sujetó la puerta en el momento justo, a punto estuvo de cerrarse, poniendo el pie entre el marco y la puerta. Oyó a Edu y a Quique en la escalera y subió detrás de ellos sin hacer ruido, cosa que no era fácil porque al ser un portal antiguo, las escaleras eran de madera y los tablones al pisarlos cedían haciendo un ruido muy característico, pero Quique y Edu iban hablando y seguían sin darse cuenta que estaban siendo vigilados. Carlos pensó que Jose tenía razón, eran unos inútiles.

La pareja se quedó fuera del edificio, pegados al portal, no permitiendo que la puerta se cerrara mientras solicitaban refuerzos. No tenían idea de cuánta gente se podían encontrar en el piso al que se dirigían. Disimulaban perfectamente, en vez de hablar por teléfono parecían dos enamorados que se despedían en el portal.

Al llegar al tercer piso llamaron al timbre, inmediatamente la puerta se abrió y pasaron al interior. Carlos desde la escalera, no logró ver quién les había abierto ni el interior del piso, podía haber treinta personas como una, no había visto ni oído nada que pudiera darle una pista. Se quedó esperando en el pasillo a que vinieran los refuerzos.

Unos minutos después entraban en el portal un grupo de agentes del grupo especial de operaciones. Sin hacer apenas ruido llegaron a donde se encontraba Carlos esperándolos. Éste le indicó en silencio al jefe de la unidad, el piso en el que habían entrado Edu y Quique un rato antes, él asintió y puso en marcha a sus hombres.

Llamaron a la puerta identificándose, y entonces el silencio que existía hasta ese momento se desvaneció para convertirse en un montón de gritos, gente que corría de un lado para otro dentro del piso. Al final los geos derribaron la puerta y en unos minutos tenían controlada la situación y requisado un montón de material que habían encontrado dentro.

Después de dejar a Laura en su casa, Jose se acercó a comisaría para ponerse al día de lo ocurrido. Lo único que sabía es que los tenían, gracias a un breve mensaje que Carlos le había enviado a su móvil. Jose había intentado contactar con él pero no le cogía el teléfono, supuso que estaría interrogando a alguno de los detenidos.

Cuando llegó a comisaría, Carlos estaba en su mesa rellenando informes.

- ¿Qué ha pasado? ¿No estás con ellos negociando? - Preguntó Jose sorprendido al ver a su compañero con el papeleo.

- Estaba esperándote para interrogarlos. Hemos llegado hace una media hora, les estoy dando tiempo para que se pongan nerviosos y se asusten un poco. - Jose sonrió, Carlos se levantó de la mesa y se dirigieron hacia la sala de interrogatorios. - Tenías razón, llevaban un par de kilos de cocaína dispuestos a venderla. En el piso hemos encontrado varios millones de pesetas, que suponemos era el pago por la mercancía. Los geos se han llevado a todos los detenidos, menos a Quique y a Edu que los hemos traído a comisaría con nosotros.

Ya habían llegado a la sala de interrogatorios y estaban observando a ambos a través del cristal. Ambas salas se encontraban enfrentadas y ellos estaban en medio, Quique estaba a su derecha y Edu a su izquierda. Como habían hablado, no podían ver a Jose, él tenía que seguir sin ser descubierto.

Entraron dos policías a ambas salas, uno a cada una de ellas. Era la pareja que les había seguido junto a Carlos. Ella se iba a encargar de Edu.

- Bueno, bueno, bueno. - Decía mientras Edu la observaba sentarse en frente de él y dejar una carpeta encima de la mesa. Jose conocía esa cara, intentaba aparentar que no estaba asustado, pero se daba cuenta que la había cagado y que podían caerle un montón de años de cárcel. - Lo que tenemos aquí. - Se cruzó de piernas lentamente sin dejar de mirar a Edu. Jose sonreía, ella estaba consiguiendo derrumbarle sin apenas haber abierto la boca, esa indiferencia, esos silencios. Jose miró hacia el otro cristal y vio que Quique estaba en una situación parecida, el policía era más agresivo que su compañera, pero Quique tenía miedo. Volvió a observar a la policía y a Edu, su método para interrogar le tenía enganchado, era buena interrogadora. - Así que trabajas como mecánico en un taller. - Hizo otra pausa. - También veo que tienes un pequeño historial de detenciones con la policía. - Ella contemplaba el informe sin mirarlo a los ojos. - Nada grave, alguna detención por conducir ebrio, varias multas, algún robo sin importancia, y sin embargo ahora te pillamos con dos kilos de cocaína. - Ella levantó la cabeza del expediente y lo miró a los ojos, negando con la cabeza. - Eso está muy mal. - Le trataba como si estuviera regañando a un niño pequeño y Edu se comportaba como si estuviera recibiendo una buena reprimenda. - Sabrás que por llevar encima una cantidad tan grande de droga, que presumiblemente estabas vendiendo por la cantidad de dinero incautada junto con la droga, puedes pasar muchos años en la cárcel. - Edu se encogía en la silla. Jose supuso que estaría pensando que su vida se había ido a la mierda por esta estupidez, que él apenas sabía nada, pero era él quien iba a pagar. La policía vio que no tenía mucho más que hacer, estaba asustado y estaba en el punto de llegar a un trato, no necesitaba apretarle más las clavijas, no quería ir a la cárcel. Se puso rígida en la silla, descruzó las piernas, cruzó los brazos encima de la mesa y lo miró a los ojos. - Edu, sabemos que eres un don nadie y que hoy has metido la pata, pero te voy a proponer algo. - Edu levantó la cabeza y la miró esperanzado. - Sabemos que esta entrega la has hecho para tu amigo el Chino. Sabemos que el Chino trabaja para alguien llamado el Coyote. Necesitamos que seas nuestros oídos y nuestros ojos en compañía del Chino, que nos lo cuentes todo. Necesitamos nombres, lugares, cualquier cosa, cualquier detalle, aunque no te parezca importante. - Edu resopló.

- Quiere que me convierta en su soplón.
- Si quieres llamarlo así.
- ¿Hay otra forma de llamarlo? - Hizo una pausa. - Si me descubren, soy hombre muerto.
- Entonces carga tú con todo. Tú mismo. - La policía se encogió de hombros haciendo una pausa, de forma que Edu pudiera pensar. - Sólo tienes que elegir, ayúdanos a meter entre rejas al Chino y a su jefe, te estoy ofreciendo inmunidad. Cuanto antes los cojamos, antes serás libre. - Edu sopesaba lo que le proponía la policía, parecía ser su única salida, pero convertirse en soplón le daba miedo, podía acabar muy mal.
- Y ahora, si me dejáis salir, ¿qué le voy a decir al Chino? ¿Y Quique?
- Si Quique es tan listo como tú, habrá aceptado el trato. Os vamos a devolver la droga que llevabais. Sólo tenéis que decirle al Chino que al llegar visteis algo raro. Estuvisteis esperando escondidos en la escalera un rato hasta que visteis entrar a los geos. Esperasteis y cuando visteis que tiraban la puerta a la que os dirigíais salisteis de allí por patas.
- ¿Y qué pasa con los otros? Ellos sabes que estuvimos allí. - Edu seguía muy intranquilo, por más que lo analizaba, pensaba que el Chino les iba a pillar.
- Del resto nos ocupamos nosotros. ¿Trato hecho? - Se hizo un silencio en la habitación que duró largos segundos, hasta que Edu asintió.
Jose se dio la vuelta y comprobó que Quique también estaba aceptando el trato. El plan había salido como querían. Se despidió de Carlos, salió de la habitación en la que estaban escuchando y se fue a casa.
Sabía que podía salir todo muy mal y ellos podían acabar muertos si les descubrían, intentaría encargarse de todo para que eso no llegara a ocurrir. Tenía que encerrarlos pronto. Llevaba nueve meses relacionándose con ellos pero el caso no avanzaba, con Edu y Quique seguro que cogerían a más gente relacionada con el narcotráfico, tal y como había sucedido hoy, que habían cogido a algunos camellos del centro. Pero no sería suficiente para atrapar al Coyote, ellos estaban demasiado abajo en el escalafón para llevarlos hasta él. Tenían que pensar en otra cosa.

Enero 2.016

La noche de Reyes Laura dio una pequeña fiesta en su casa, donde invitó a sus amigos a una cena buffet, ya que al ser muchos no tenía suficiente espacio y sillas para organizarlos a todos alrededor de la mesa, por lo que poner comida en la mesa y que cada uno se sirviera lo que le apeteciera, era la única solución viable que se le ocurrió. Jose llegó a primera hora de la tarde para ayudarla a preparar los diferentes platos. Él se había ofrecido y ella después de conocer sus prodigiosas manos en la cocina no pudo negarse, seguro que así además de que sus amigos disfrutaran de la compañía, disfrutarían de una riquísima cena.

Laura ya tenía todo preparado en el salón, en una esquina junto al amplio ventanal que daba a una avenida, estaba el árbol de Navidad, con hueco suficiente para que los invitados dejaran sus regalos, puesto que iban a hacer el amigo invisible. Bajo el árbol ya estaba el regalo de Jose, el de ella estaba un poco apartado, puesto que era muy grande para dejarlo debajo del árbol. El mueble del salón estaba ocupado por su enorme Belén, las piezas las había ido comprando en estos últimos años en el mercadillo navideño de la Plaza Mayor, los puestos de todo a cien y los grandes almacenes. Sus figuras de trece centímetros y medio eran difíciles de encontrar y cuando veía alguna que le gustaba no perdía la ocasión. Tenía el misterio que estaba ubicado en un precioso pajar de madera con hierbas pegadas por doquier, también tenía un mercadillo con diferentes puestos, de cerámica, verduras y más, tenía varias casas de diferentes alturas con puertas del tamaño de sus figuras, alguna incluso tenía un pequeño toldo decorativo, el río que cruzaba por un lateral con su puente por donde tenían que pasar los Reyes que estaban al otro lado, había patos en el agua simulada y fuera, piedras de río que le había traído su madre, un pozo, pastores con ovejas, figuras acarreado aves y verduras, un leñador cortando madera, y por supuesto no faltaba escondido detrás del pozo, el famoso caganet, una figura de un pastor defecando, cuya tradición había comenzado en Cataluña y se había extendido por el resto de España.

En la mesa ya estaba el bonito mantel con varios Papá Noel bordados que se había traído de Rusia unos años atrás cuando estuvo de vacaciones. Había vasos de plástico con forma de copa, daban el pego perfectamente y había menos posibilidad de rotura. Platos de plástico con bonitos dibujos para la ocasión, algunos tenían pintado un misterio, otros árboles de Navidad, otros velas, todos muy navideños. Y por supuesto las servilletas en colores plata y oro.

Entre los dos prepararon diferentes ensaladas, canapés, cortaron embutidos, y Jose sacó su toque culinario y preparó varias bandejas de sushi, según él muy sencillo, pero cuando Laura intentó hacer makis como él le estaba enseñando, fue incapaz de envolver el arroz y el pescado en el alga nori. Jose no paraba de reír.

- Mira, es así. - Puso sus manos sobre las de ella y le enseñó a hacer el enrollado con la esterilla de bambú. - La esterilla de bambú se llama makisu, y lo cierras humedeciendo un poco el alga para que se quede pegado. - Laura volvió a intentar el siguiente y le salió, no le quedó tan perfecto como a Jose pero seguro que la diferencia sólo la notaría ella.

Laura también había preparado esa mañana cuatro quiches de hojaldre para la ocasión, dos de salmón y otras dos de carne picada. Muy sencillas de hacer, había sacado la receta hacía años de Internet y a sus amigos les encantaban sus quiches,

sobre todo la de salmón con queso emmental.

Jose había traído el postre, había hecho dos roscones de Reyes en su casa, perfectos para la ocasión, sólo faltaba ponerles el relleno. Para ello, prepararon nata montada para uno y chocolate para otro.

En ese momento llamaron al timbre, aún quedaba una hora para las nueve de la noche, hora en la que había quedado con sus amigos, pero supuso que serían Marta y Pablo que vendrían a ayudarla.

Y efectivamente, al abrir la puerta allí estaban ambos. Marta guapísima con un vestido ajustado con brillos en plata marcando su ya incipiente barriguita.

Entraron a la cocina donde dejaron una caja de vino tinto que habían traído. Allí, sorprendidos, vieron a Jose cómo terminaba de preparar los roscones. Laura les dijo lo bien que se le daba a Jose la cocina, y les dejó hablando de cómo aprendió cuando estuvo en París, mientras, ella fue a vestirse.

Tenía preparado un vestido largo para la ocasión. Era a dos colores, la mitad era negro y la otra mitad champagne, en la cintura un fajín en color champagne con bordes negros que integraba ambos colores a la perfección. Escote de V muy pronunciado y falda con una capa de tul con algo de vuelo en ambos colores. Se hizo un semirecogido a un lado y se puso unos zapatos negros de tacón.

Cuando llegó al salón vio que la comida ya estaba puesta, aunque en la cocina quedaban más platos puesto que no cabía todo en la mesa. Puso la tele en un canal que emitían buenos videos musicales como sonido de ambiente. Se dio cuenta que ya había una botella de vino tinto abierta, iba a ponerse una copa, pero pensó que quizás sus amigos ya le habían puesto una. Y efectivamente, cuando entró en la cocina, Pablo le puso en la mano una copa de vino tinto.

- Estás deslumbrante. - Le dijo Jose, y por la cara que puso estaba siendo del todo sincero. Notó cómo se ruborizaba, por favor, a esas alturas y poniéndose como un tomate, qué le pasaba, pensó Laura.

- Gracias. - Le dijo a Jose tímidamente. - Marta, por cierto, tienes mosto en la nevera por si lo prefieres al agua. - Marta tenía en la mano una copa de agua, así que haciendo caso a su amiga, abrió la nevera y sacó una botella de mosto de la que se sirvió después de beberse el poco agua que le quedaba en la copa, de un trago.

Pasaron todos al salón y estuvieron hablando entretenidamente mientras llegaban los invitados. Jose estaba contemplando el Belén y cogiendo de vez en cuando alguna figura que le llamaba la atención para después dejarla de nuevo en la misma posición en que la había encontrado.

Todos fueron llegando poco a poco, todos quejándose de lo difícil que era aparcar donde vivía Laura, pero todos contentos de haber llegado para disfrutar de la fiesta.

Cris estuvo contándole a ella, a Marcos y Pedro, las últimas novedades laborales. Le habían dado hacía unos meses un proyecto de gran envergadura y le estaba estresando demasiado. Laura ya le había dicho que se tomara unas vacaciones o se relajara, todavía le quedaban la mitad de las vacaciones del año anterior y las necesitaba. Mientras escuchaba la opinión de Marcos y Pedro al respecto, Jose la cogió de la cintura y se la llevó a un rincón, pero fueron interrumpidos porque alguien llamó al timbre.

Laura se dirigió a la puerta y al abrirla se llevó una bonita sorpresa.

- David, creía que no podrías venir. - Estaba tan guapo como siempre con su abrigo negro que le sentaba perfectamente. En cada mano una botella de cava.

- Cómo iba a perderme tu fiesta. - Dijo mientras pasaba y dejaba las botellas en el poco espacio que quedaba libre en la nevera de Laura. - Ya estaba aburrido de esquiar, no es lo mismo cuando no estás tú. - David la cogió y le dio un rápido beso en los labios. - ¡¡¡Felices Reyes!!!

La noche fue muy divertida, a la gente le gustaba la comida, las botellas de vino se

acababan una detrás de otra, Laura empezó a preocuparse cuando abrió la última botella. Así que decidió pasar al postre y empezar a sacar botellas de cava para brindar.

Después de probar el riquísimo roscón, por el que Jose fue felicitado por todo el mundo cuando descubrieron que lo había cocinado él, pasaron a darse los regalos del amigo invisible. Para romper el hielo comenzó Laura que le había tocado Marta cuando hicieron el sorteo.

Cuando ésta abrió su regalo se emocionó, Laura le había comprado una antigua cuna balancín el domingo anterior en una tienda del rastro, y esa semana la había restaurado del color favorito de Marta, el verde. Había quedado muy bonita.

- Oh, Laura, es preciosa. Me has dejado sin palabras. - Se la veía realmente emocionada.

El amigo invisible de Laura fue Jose. Cuando abrió su regalo vio que era un libro de jardinería titulado "Cuidado de las orquídeas: Lo que debes saber". Laura no pudo más que echarse a reír, había cumplido su promesa. Al abrir el libro vio pegado en la pasta con celo una pequeña bolsita de papel, que abrió y se encontró con unos pendientes preciosos de plata vieja con alguna piedrita de color del ámbar, eran preciosos. Agradecida por ambos regalos le dio dos besos.

Y así poco a poco se fueron repartiendo todos los regalos, excepto David que no había participado en el sorteo porque inicialmente iba a estar esquiando. De todas formas Laura le había comprado algo, así que lo cogió de la mano y se lo llevó a su dormitorio donde tenía guardado en un cajón de la cómoda su regalo.

- ¡Felices Reyes! - le dijo, mientras le entregaba el pequeño paquetito. Cuando David lo abrió se quedó impactado, era un precioso reloj de bolsillo con una cadena para poder colgarlo. Laura sabía que le encantaban ese tipo de relojes. - Lo encontré en el Mercado de los Encants cuando estuve en Barcelona y en seguida me acordé de ti. - David impulsivamente la cogió de la cintura y la besó. Laura se sorprendió, pero no lo apartó.

Estaba en la cocina batiendo un par de huevos para la tortilla a la francesa que se iba a preparar para cenar, ya había pasado una semana desde la noche de Reyes, y seguía recordando el beso de David, no había pasado nada más, pero tenía que reconocer que la había dejado desconcertada y algo confundida. En ese momento sonó el móvil, era Jose.

- ¿Estás viendo la tele?- Fue una pregunta retórica pues no le dejó contestar. - Pon el telediario de la uno.

Laura se acercó al salón, encendió la televisión y puso la primera donde estaban hablando de una explosión en un piso de Madrid.

- ¿Lo estás viendo? - seguía con el móvil pegado a la oreja y se temía lo peor.

- ¿Quién es? ¿Lo conocemos?

- Es Enrique Martín, el amigo de Edu.- Laura se acordaba de él, todos le llamaban Quique, un amigo del Chino.

- ¿Ha sido un accidente? - Laura temía la respuesta.

- Aún no se sabe, están investigándolo. Pero, esto ya no es casualidad, parece que alguien se está cargando a nuestros viejos amigos. - Laura tembló, si era así también irían a por ellos. - ¿Estás bien? Me acerco a verte. - Laura sabía que él lo hacía de corazón, debía de estar preocupado por ella, pero rechazó agradecida la invitación.

A la mañana siguiente Laura compró uno de los periódicos en los que aparecía en portada la explosión en casa de Quique, y se fue directa a la tienda, no tenía ni pizca

de hambre, por lo que no paró a desayunar en el bar de enfrente.

Ya en la tienda, sentada en su escritorio se puso a leer el artículo sobre los hechos.

“Martes, 12 Enero 2.016

Un muerto tras una explosión en un edificio de Madrid.

Ayer, sobre las 9 de la mañana, una explosión de gas en un edificio del madrileño barrio de Vallecas provocaba la muerte a una persona.

Se produjo una explosión que dio paso al incendio que ha calcinado el piso donde vivía Enrique Martín, la víctima. Los bomberos llegaron al lugar de los hechos rápidamente, por lo que el fuego no se propagó al resto de pisos del edificio.

Queda pendiente esclarecer la causa de lo ocurrido, pero la hipótesis inicial es que una cañería de gas sea el origen.

Fuentes policiales han informado que se ha encontrado una tubería de gas rota cerca de lo que podría ser el foco de la explosión, por lo que sospechan que la explosión podría ser premeditada. Aunque indican, que todavía es aventurado asegurar que ésta sea la causa.

Enrique Martín vivía solo, recientemente divorciado, acababa de alquilar este piso situado cerca de la vivienda de sus padres... “

El artículo continuaba con la vida actual de Quique y cómo se encontraba la familia.

Todavía estaba leyendo el artículo, cuando entraron en la tienda los padres que le estaban montando el dormitorio rosa chicle a su hija. Ella había estado trabajando la semana anterior en el cabecero para que llegara a tiempo para Reyes. Estaban tan encantados con él que habían pensado en comprar también un tocador.

Laura había visto la habitación de la niña y aunque había algunos objetos rosas, la habitación no era cargante, estaba decorada con mucho gusto. Se le ocurrió que tenía un tocador lacado en blanco con un espejo incorporado y una silla a juego que podía tapizar con una tela rosa. Al ver el tocador, les pareció perfecto y se lo encargaron.

Mientras hacían el pedido, le dijeron lo entusiasmada que estaba su hija con el cabecero, y ahora, la cómoda era preciosa, seguro que también le gustaría. También le comentaron que en Reyes, sus invitados habían visto el cabecero y les había parecido una maravilla, por lo que les dieron la dirección de la pequeña tienda de Laura. Ellos la habían encontrado un día por casualidad paseando por la zona, ya que ni siquiera vivían en el barrio de Salamanca, donde Laura tenía ubicada la tienda, por lo visto los padres de ella vivían muy cerca. Ellos eran de La Moraleja, una urbanización a las afueras de Madrid de gente pudiente.

La mujer seguía diciéndole a Laura que cuando vieran el tocador iban a enamorarse de él, que ya vería cómo recibía pedidos de la zona, porque pensaba enseñárselo a todas sus amigas.

Laura esperaba que así fuera, en La Moraleja la mayoría de la gente tenía casas enormes que siempre necesitaban nuevos muebles, ya bien fuera porque todavía tenían espacio o bien porque se habían cansado de la decoración actual y querían redecorarla. Esperaba que tuvieran razón y viniera mucha gente, sería genial para el negocio tener una clientela tan variada y selecta a la vez.

Había empezado muy bien el año, tenía muchos pedidos pero nunca se sabía, tener nuevos clientes, siempre sería beneficioso. Empezaba a ir a casa de clientes que le mostraban el hueco donde querían poner el mueble, de forma que les aconsejaba qué mueble podía ir bien ahí según las necesidades del cliente, veía el mejor acabado del mismo y qué era lo que más pegaba con el resto de la decoración de la habitación. Ya tenía varios pedidos en el taller en los que estaba trabajando, estaba siendo un mes duro, pero ella estaba encantada, así no pensaba mucho en el tema de las explosiones, que por otro lado empezaba a ser preocupante.

Jose apareció a la hora de comer por la tienda, dando una sorpresa a Laura. Como ya empezaba a ser habitual fueron a comer al restaurante griego cercano a la tienda.

- He leído el artículo, la hipótesis que barajan es que ha sido provocado. - Jose asintió. Había llamado a la policía que llevaba el caso y se lo habían confirmado, había algunas pruebas que indicaban exactamente eso, aunque no habían sido notificadas a la prensa. Jose se lo contó todo a Laura, su vida podía estar en peligro y era mejor mantenerla informada de todo que mantenerla en la ignorancia. Él lo sabía muy bien, al igual que sabía que era capaz de defenderse sola, pero eso no quitaba que estuviera preocupado por ella.

- ¿Crees que ha podido ser el Coyote?

- No lo sé. - Jose era lo que había pensado inicialmente, pero no podía estar seguro. - La semana que tuvo a un policía siguiéndolo no hizo nada raro, se pasaba las horas muertas rezando en una iglesia, y el resto del tiempo buscando trabajo. Ahora trabaja en una conocida cadena de comida rápida de hamburguesas. No sé si ha sido él. Desde luego, tampoco creo que sea casualidad que haya salido de la cárcel y haya empezado a morir gente. Además, en explosiones, todos quemados por el fuego. - Laura asintió, la forma de morir significaba algo, ella lo sabía muy bien. - De todas formas, les he hablado a los polis que llevan el caso del Coyote, para que tengan en cuenta esa vía de investigación. Agradecidos por la información me dijeron que me mantendrían informado.

Jose cambió de tema, porque veía a Laura muy preocupada, cosa por otro lado era de lo más normal, pero quería que se tranquilizara, por lo que le preguntó por Marta y su embarazo. Eso sirvió para que Laura desconectara de todos esos sucesos un rato, se puso a contarle lo bien que estaba su amiga, que ya estaba de diecisiete semanas, aunque aún no sabían si era niño o niña, los nombres que tenían decididos eran Héctor si era niño y Lucía si era niña, aunque ella pensaba que seguro que con el tiempo que quedaba hasta dar a luz, cambiarían de opinión unas cuantas veces más.

Octubre 1.999

Ese sábado Laura participaba en una competición de karate. Jose había ido a recogerla a su casa a primera hora, con bastante antelación. Ella estaba nerviosa y quería estar con tiempo de sobra por si hubiera algún percance.

Jose la miraba en el coche por el rabillo del ojo, le hacía gracia verla tan nerviosa, iba mordiéndose las uñas mientras miraba por la ventanilla, de vez en cuando la notaba respirar profundamente para tranquilizarse. Se había dado cuenta que para calmarse respiraba profundamente y contaba, lo hacía de forma habitual y la verdad es que le funcionaba, se solía tranquilizar de forma inmediata. Él no podía evitar sonreír ante ese hábito.

Le cogió la mano que tenía en la boca y la puso entre ambos. - Tranquila. Mordiéndote las uñas no vas a conseguir nada. Ya verás como quedas en buena posición.

- Claro, eso lo dices porque no participas. Este año el nivel es muy alto. - El tono de Laura fue demasiado elevado y agudo, estaba histérica.

- No entiendo cómo delante del Chino y sus amigos actúas de una forma de lo más natural y por unos combates, que seguramente ganes, estás como un flan. - Jose intentó quitarle hierro al asunto.

- Qué seguramente gane. - Laura río irónicamente. - Seguro que me dan una paliza. Son muy buenos. Yo he tenido mucha suerte siempre. - Jose pensó que sería mejor cambiar de tema a ver si se tranquilizaba. Lo fuerte que se la veía a veces y lo frágil que podía llegar a ser en otras ocasiones, pensó.

- Explicame cómo funciona el combate, no quiero estar mirando sin enterarme de nada.

- Sabía que Laura se tranquilizaba en cuanto se ponía a explicar algo, le cambiaba el chip a modo profesora y actuaba como si estuviera hablándole a un niño.

- Existen dos modalidades de competición, de combate, kumite y de técnica, kata. La primera se realiza mediante categoría de pesos. Yo participo en ésta. - Laura ya tenía una voz más relajada, parecía que se estaba tranquilizando un poco. - Para participar en esta modalidad, en este torneo, es necesario acreditar que como mínimo se es cinturón negro primer dan. Justo lo que soy yo. Por eso la gente contra la que lucharé, es probable que tenga mayor nivel que yo. - Jose le dio un leve apretón en la mano para insuflarle fuerza, ella le sonrió más relajada. - La duración de un combate en categoría femenina es de dos minutos, excepto en combates para conseguir medalla que son tres minutos, es decir la final y la lucha por el bronce. El sistema de competición será por eliminatoria directa con repesca. - Jose levantó las cejas extrañado.

- ¿Qué significa eso?

- Se procede con un cuadro normal. Es decir, somos dieciséis, luego hay ocho combates, ocho pierden quedando eliminados, pero con posibilidad de repesca. Luego cuatro combates, y lo mismo, cuatro pierden. A la final llegan dos. Y los que han sido eliminados por estos dos finalistas, luchan entre sí para obtener la tercera posición. Primero lucha el que quedó eliminado en la primera ronda contra el eliminado en segunda ronda, el que gana lucha contra el de tercera ronda y así sucesivamente hasta que sólo queda uno. - Explicó Laura.

- No tenía ni idea.

- Se utiliza en competiciones de todo tipo, no sólo en karate. - Continuó. - Ayer hicieron

el sorteo, no recuerdo el nombre de mi contrincante, no la conocía. También realizaron el pesaje para comprobar a qué categoría pertenecíamos y presentamos las acreditaciones. No conozco a nadie de mi grupo, así que no sé cómo serán. Eso me pone más nerviosa, ese desconocimiento. - Jose asintió, era de lo más lógico. No conocer al contrario te puede llegar a bloquear. - Durante la mañana se realizarán las eliminatorias de kumite y kata, tanto en la categoría masculina como en la femenina. Y mañana por la mañana serán las finales y la entrega de medallas. - Cuando Laura terminó de hablar se dio cuenta que ya habían llegado al Polideportivo donde se celebraba la competición. Jose aparcó en el parking que había en el interior del recinto. Gracias a sus preguntas se le había pasado su momento neurótico y se encontraba mucho mejor. Se giró, le dio un dulce beso en los labios y lo miró a los ojos. - Gracias.

- De nada. - Jose le sonrió y le acarició la mejilla. Ahora estaba por fin tranquila. - ¿Vamos? - Ella asintió y salieron del coche.

Se dirigieron hacia la nave principal en la que se iba a realizar la competición. En la puerta estaban esperándoles José Manuel y Marta, nadie preguntó por Pablo, porque todos sabían que Marta y él habían discutido por una tontería, pero hasta que no se le pasara el enfado, su nombre estaba vetado.

- ¿Van a venir tus padres? - Le preguntó Marta.

- No, no están. Se han ido este fin de semana al pueblo. - Marta puso cara interrogativa, desde que ella iba a ver a Laura combatir, no recordaba que sus padres se hubieran perdido una competición, siempre estaban ahí para apoyarla. Laura vio la cara de sorpresa de su amiga por lo que le explicó lo sucedido. - Un vecino les llamó ayer porque con las lluvias de estos últimos días, se nos ha inundado la planta de debajo de la casa. - Todos la miraron preocupados. - No importa, son las viejas cuadras, no pasa nada, pero de todos modos, han tenido que ir a ver. Como mucho, tendremos la leña empapada.

- Pero mañana estarán aquí para verte en la final, ¿no? - Laura le puso los ojos en blanco a su amiga.

- Primero tengo que ganar todos los combates hoy. - Resopló. - De todas formas, no creo que vengan tampoco, el pueblo está a más de cuatro horas en coche y mis padres no están ya para meterse palizas de ida y vuelta. Aprovecharán y se quedarán unos días abriendo la casa, limpiando y arreglando cosillas pendientes. Es lo que tiene tener una casa en el pueblo, trabajo, trabajo y más trabajo. - Laura miró el reloj y vio que se acercaba la hora. - Chicos, os veo luego.

- Suerte. - Le dijeron todos a la vez.

Se dirigió hacia el vestuario y ellos se fueron directos a las gradas para pillar un buen sitio. En la sala había cuatro tatamis diferentes, lo que implicaba cuatro competiciones a la vez. Jose supuso que serían dos para la categoría de combate, femenina y masculina y otros dos para la categoría de técnica, femenina y masculina. Preguntaron a un chico que se paseaba vestido con su karategui, dónde iban a ser los combates femeninos en categoría de kumite, y él les indicó que en el último tatami, así que fueron hacia allí y se sentaron en segunda fila, la primera ya estaba llena.

- ¿Cómo está? - Preguntó Marta. Aunque sabía perfectamente la contestación, pero como estaban los tres tan callados, le pareció una pregunta como cualquier otra para romper el hielo.

- Ya me imagino, nerviosa, se cree la más torpe, etc, etc. Vamos, como siempre. - Jose miró a José Manuel y asintió, estaba claro que la conocía perfectamente, seguro que la había acompañado a muchos torneos. - Y luego vencerá también, como siempre. Es buena. - Miró a Jose directamente y le sonrió. - Este año te ha tocado a ti aguantarle su parte histérica. - Jose rió.

- Al final he acabado tranquilizándola pidiendo que me hablara de las reglas del torneo.

- José Manuel asintió, nunca se le había ocurrido preguntarle cosas del torneo para que

se tranquilizara, siempre la había dejado explayarse en sus quejas. - Nunca la he visto competir. - Mintió Jose. Nunca había estado presente en un combate, pero había visto vídeos en su expediente, y no podía opinar de forma diferente a José Manuel. Era muy buena.

Laura estaba saliendo del vestuario, ya con el karategui puesto, llevando las protecciones en la mano y concentrada para participar en el primer combate, cuando oyó que la llamaban por la espalda. Se dio la vuelta y reconoció a Adrián, coincidían en muchas competiciones, aunque desde que eran pequeños no luchaban como contrincantes, las competiciones habían dejado de ser mixtas al ir creciendo. El año anterior habían estado saliendo un par de meses, pero no habían llegado a nada, se comportaba como una persona celosa y agobiante, por lo que Laura decidió dejarlo, una pena, porque era un chico muy divertido e inteligente, era de la misma altura que ella y estaba demasiado delgado, no era guapo, pero a Laura le parecía atractivo.

- Hola Adrián, ¿tu también combates? - La pregunta era retórica puesto que también vestía su karategui y como ella, se dirigía al tatami.

- Este año la cosa está complicada. No conozco a casi nadie, y me han dicho que hay un tal Tomás García que es muy bueno. - Laura asintió, sabía lo que le pasaba a él por la cabeza, porque era lo mismo que pensaba ella. El no conocer a ningún contrincante le sacaba de quicio. En ese momento se acercó una chica que se abrazó a Adrián, Laura supuso que era su pareja, quién también iba con su karategui. - Laura te presento a mi novia, Sofía.

- Hola, ¿tú eres Laura Valero? - Laura asintió. - Si no me equivoco soy tu contrincante en el primer combate. - Laura la miró, mediría un par de centímetros menos que ella, pero era más fuerte, a su lado Laura parecía una tirilla. No entendía cómo era posible que estuvieran en el mismo grupo de peso.

- Bueno, pues te veo allí. Hasta luego. - Laura les dejó atrás, y se adelantó hacia el tatami.

Cuando llegó, aún quedaban dos combates hasta que llegara su turno, así que se sentó en un lateral para verlos.

El primero estaba a punto de terminar, las chicas que estaban luchando eran físicamente parecidas a Laura aunque algo más bajas, una rubia muy rápida, y la otra morena, que a su lado, parecía torpe y lenta. Laura estaba sorprendida con la velocidad de la rubia, esperaba no tener que competir contra ella, no tenía claro que la pudiera ganar. La rubia atacaba rápidamente con puños y patadas, lo que hacía que la morena se defendiera y fuera andando hacia atrás saliéndose del tatami, por este motivo se oyó decir al árbitro "YAME" para indicarlás que pararan, ya que una de ellas se había salido del área. Se volvieron a colocar en el centro y empezaron de nuevo. Poco después se oyó el gong que indicaba que quedaban diez segundos de combate. En ese momento, la rubia le dio una patada a su contrincante en la cara, Laura supo que eso implicaba tres puntos, un Ippon, ya que había conseguido hacer una patada Jodan, la morena ni la había visto venir. El combate terminó y dieron la victoria a la rubia.

Laura levantó la cabeza y buscó a Jose con la mirada. Allí estaba, en segunda fila observándola, solo con su mirada y su sonrisa se sintió más tranquila y segura. José Manuel y Marta estaban a su lado, ambos animándola y con el pulgar levantado. No podía entender cómo siempre se ponía tan nerviosa, odiaba estos momentos, se sentía fatal, pero en cuanto entraba en el tatami y el combate comenzaba, todo cambiaba, se relajaba, lo único que existía era ella y su contraria. La miraba fijamente a los ojos, de forma que muchas veces podía prever con antelación el movimiento que iba a realizar, muy pocas veces se equivocaba, y eso le daba ventaja. Siempre había pensado que éste era su gran secreto para ganar los combates, pero requería mucha concentración. Esta vez, iba a pelear con alguien mucho más grande que ella, la novia de Adrián.

Seguía sin entrarle en la cabeza cómo podían estar en la misma categoría de peso, debía ser toda grasa y poco músculo, sino, no tenía sentido. Esperaba que Adrián no le hubiera hablado de su relación para que no le influyera en el combate, pero si lo había hecho podía ser una ventaja para Laura porque no estaría concentrada, aunque por otro lado, era mucho más difícil prever sus movimientos. Bueno, ya vería, era mejor no pensarlo, se dijo. En ese momento se terminaba el siguiente combate.

Llegó su turno, subió al tatami y se situó en el punto donde le correspondía, lo mismo hizo la novia de Adrián, no podía recordar su nombre, qué desastre, pensó. Se situaron una frente a la otra, después de los saludos de rigor, el árbitro dio la señal para comenzar. Sofía le dio una patada a Laura en el abdomen que le hizo salirse del tatami. Como había supuesto iba a ser un combate personal, y ya había conseguido dos puntos, pero no le preocupó, Laura estaba totalmente concentrada. Se volvieron a situar en sus posiciones y volvieron a comenzar, esta vez las dos se observaban, mientras iban girando en el tatami con pequeños saltos, Laura se acercó, Sofía fue a darle un golpe de puño, pero ella lo esquivó, se agachó y le hizo un barrido de forma que Sofía cayó, Laura aprovechó para marcarla, ya estaba, había conseguido tres puntos. Laura notó que a Sofía le había sentado muy mal ese Ippon, pero también notó que no estaba concentrada, se sentía ofendida, pensó que eso le haría ganar el combate. Empezó a hacer movimientos de puño rápido mientras Sofía se defendía e intentaba no salirse del tatami, al final Laura levantó la pierna y le dio una patada lateral. El combate continuó pero Sofía no estaba centrada, cada vez estaba más enfadada y más herida en su orgullo, lo que hacía que sus golpes cada vez fueran menos certeros, situación que Laura aprovechaba. El árbitro indicó el final del combate que terminó con victoria de Laura. La mirada de Sofía fue dura, si las miradas mataran, pensó Laura.

Salió del tatami contenta de su actuación y miró al lugar donde se encontraban sus amigos que la estaban aplaudiendo, Jose también. Ella se sintió satisfecha y orgullosa consigo misma. Pero tenía que relajarse, seguir humilde, aún quedaban muchos combates y no podía estar a estas alturas pagada de sí misma, podía pasar cualquier cosa.

El resto de combates los ganó sin problemas, estaba muy concentrada y le estaba yendo muy bien. Llegó a la final junto con la rubia a la que había visto pelear en el primer combate. Eso le preocupó un poco, era muy rápida, así que ella tendría que serlo aún más. Pero el combate sería al día siguiente, lo cuál la fastidió porque en ese momento estaba a tope y al día siguiente llegaría de nuevo muy nerviosa.

En ese momento se acercó su sensei para felicitarla, lo había hecho muy bien, según le dijo. La dejó en seguida puesto que tenía que acercarse a otro combate. Tenía a su gente desperdigada en diferentes competiciones.

Se acercó a donde estaban sus amigos, todos la felicitaron muy orgullosos de los combates que había realizado.

- Has estado muy bien. - Le dijo Jose. - Tendremos que celebrarlo.

- Bueno, aún no he ganado. A ver qué pasa mañana en la final.

- Ya salió Laura la pesimista. - Dijo José Manuel.

- No soy pesimista, soy realista. He visto a la chica que va a luchar conmigo en varios combates y es muy buena. Muy rápida. - Jose también se había fijado en la rubia con la que Laura tenía que luchar al día siguiente, y era muy buena, pero pensaba que Laura era más rápida y así se lo dijo.

- Laura, tú es que no te ves, pero eres más rápida que ella. Ya verás como la ganas. A veces demuestras tan poca confianza en ti misma que me sorprendes. - Le dio un beso en la mejilla. - Anda, vámonos. Te esperamos fuera mientras te cambias. - Miró a José Manuel y a Marta y ambos asintieron.

Laura se dio una ducha rápida y se vistió lo más deprisa que pudo para no hacer

esperar mucho a sus amigos. Estaba pensando en lo que le había dicho Jose, que no tenía confianza en sí misma, y pensaba que era cierto, por lo menos hasta que entraba al tatami y empezaba a luchar. No creía que pudiera cambiar eso. No se había fijado en el resto de chicas del vestuario, estaba a lo suyo, cuando notó que le daban suavemente en el hombro, se dio la vuelta y vio que era la novia de Adrián.

- Buenos combates. - Laura se sorprendió al recibir la felicitación.

- Gracias. Siento haberte eliminado. - Sofía le sonrió.

- No lo sientes, eras o tú o yo, y fuiste tú. - Sofía tenía razón. - Suerte mañana.

- Lo mismo digo, aún puedes optar al bronce. - Sofía asintió y se dio la vuelta en dirección a la ducha. Laura se encogió de hombros, cogió su bolsa y salió.

Todos estaban en la puerta de salida esperándola. Ella iba muy contenta, hasta ahora no se había sentido feliz de haber ganado los combates. Estaba más relajada, hasta hacía unos momentos, mantenía la concentración y la tensión de una competición y estaba agarrotada, ahora después de la ducha se sentía mucho mejor.

Jose ofreció a Marta y a José Manuel llevarlos a su casa, pero los dos declinaron la invitación. Ninguno de ellos se iba a casa. Marta había quedado con Pablo para hablar y José Manuel no dejó muy claro cuáles eran sus planes.

Así que se fueron a casa de Jose, donde pidieron comida china, después se relajaron viendo una comedia en la televisión. Pasaron la tarde entretenidos, sin hablar del combate del día siguiente para que Laura no se pusiera nerviosa. Jose la llevó a casa pronto para que descansara para la final.

Como el día anterior, Jose pasó a buscarla muy temprano. Esta vez fueron en el coche en silencio. Ella pensando en el combate, muy nerviosa y él agarrándola de una mano para tranquilizarla, pero sin saber qué decirle para que se sintiera mejor.

Cuando llegaron, Laura se dirigió al vestuario y Jose fue directamente a sentarse. No había nadie en primera fila, así que se sentó ahí y reservó dos sitios, a Marta y a José Manuel, que se suponía que iban a venir. En ese momento vio a Pablo y Marta que entraban en la zona de gradas y levantó el brazo a modo de saludo para que lo vieran. Mientras llegaban, cogió otro sitio para José Manuel.

Cuando se estaban saludando y comentando los nervios de Laura y su mérito por haber llegado a la final, apareció José Manuel que se unió al grupo.

Laura salió del vestuario sin encontrarse con nadie. Se dirigió al tatami, miró alrededor y vio a su sensei que asentía dándole ánimos, también vio a sus amigos en primera fila sonriéndole y animándola. Laura se sentía muy arropada, la gente que la quería estaba ahí apoyándola. También se acordó de sus padres, que sabía que hubieran estado ahí con ella si no hubiera ocurrido el incidente en la casa del pueblo. Tenía que ganar, por ellos, se dijo.

Llegó su contrincante, se la veía muy relajada. A los pocos minutos entraron en el tatami, cada una en su posición. El árbitro dio la señal para que comenzara el combate.

La rubia atacó rápidamente, pero Laura logró predecir todos sus golpes y esquivarlos. Su ataque era bueno pero muy básico, no la sorprendía, parecía que se hubiera leído un manual y estuviera haciendo punto por punto lo que en él se decía. Laura la atacó también con golpes de puño, pero rápidamente le dio una patada en la cadera e inmediatamente otra en el pecho, lo cuál dejó sorprendida a la chica que no se esperaba dos patadas seguidas. - Esto no viene en los manuales, ¿verdad? - le dijo Laura, aunque dentro de su cabeza. Estas patadas hicieron retroceder a la chica rubia hasta salirse del tatami, por lo que oyeron decir al árbitro "YAME".

Volvió a comenzar y otra vez movimientos predecibles, golpes de puño y alguna patada que Laura pudo parar sin problemas. Volvió al ataque, esta vez con diferentes golpes de puño que hicieron que la rubia volviera a salirse del tatami. Ésta se dio

cuenta que tenía que cambiar de táctica y esta vez sorprendió a Laura con algunos golpes que no se esperaba, ahora fue Laura la que se salió del tatami. Comenzaron de nuevo la pelea y Laura oyó el gong, era ahora o nunca, levantó la pierna y le dio una patada en el cuello tan rápidamente que la rubia no la vio venir. El combate terminó. Laura estaba nerviosa, sabía que la rubia había dado buenos golpes, por lo que no sabía quién tendría más puntuación en el combate. Se quedó mirando a los jueces a la espera del resultado. Había ganado ella. Respiró relajada y se sintió muy feliz. Saludó a su adversaria.

- Buen combate.

- Lo mismo digo. Espero volver a verte, me gustaría una revancha. - La rubia se lo dijo sin acritud, con un tono de respeto del que Laura se sintió muy orgullosa, asintió.

- Me gustaría. - Se dio la vuelta y Laura se quedó mirando cómo se iba.

Se acercó a sus amigos que la abrazaron y la felicitaron. Jose la cogió y la besó. - Un combate fantástico. Lo has hecho muy bien.

Se sentó con ellos a ver el resto de finales y a esperar a la entrega de medallas.

Mientras veían algunos combates Laura le iba explicando a Jose cómo se realizaban las puntuaciones y el significado de lo que hacían los jueces con las banderas que tenían en las manos.

Terminaron los combates y se empezaron a repartir las medallas. Cuando le llegó su turno, Laura comprobó que al final el bronce se lo había llevado Sofía, por lo que la felicitó en silencio con una sonrisa, a la cuál Sofía contestó con un leve movimiento de cabeza. Estaba claro que la ganó porque se sentía molesta con ella, para Sofía fue personal, no estuvo concentrada mientras luchaban. Laura pensó que le gustaría enfrentarse a ella en otra oportunidad, cuando estuviera concentrada y no pensando en ella y su novio.

A Laura le pusieron la medalla de oro en el cuello y en ese momento oyó como la aplaudían en la sala, también pudo escuchar a sus amigos ovacionarla a voz en grito, lo que le hizo ponerse colorada.

Cuando terminó de recibir las felicitaciones de compañeros y jueces, se acercó a sus amigos para enseñarles la medalla. Todos empezaron a toquetearla y José Manuel la cogió y empezó a morderla diciendo que quería comprobar si era oro de verdad. Todos le rieron la gracia.

Laura se fue corriendo al vestuario a cambiarse de ropa y darse una ducha, porque esta vez si se iban todos a celebrar que había ganado. Iban a ir a una pizzería del barrio, que según ellos, hacía las mejores pizzas de todo Madrid. Además de ser el lugar en el que siempre se juntaban después de las competiciones de Laura.

Febrero 2.016

Laura se levantó temprano, apenas había podido dormir dándole vueltas a los dos asesinatos, el Bola y Quique. No creía que fuera casualidad, estaba claro que alguien los estaba asesinando, y la elección del asesino era quemarles vivos, una muerte cruel que había visto de cerca.

Tenía miedo, en cualquier momento le podía tocar a ella. Así que la noche anterior se decidió, tenía que investigar por su cuenta. Jose le contaba cómo iban las investigaciones, pero los avances eran mínimos, por no decir nulos.

No sabía por donde empezar, así que lo que se le ocurrió fue empezar por lo que ella consideraba el detonante del comienzo de los asesinatos, la salida del Coyote de la cárcel.

Sabía donde vivía porque cuando Jose le mostró el informe del policía que lo seguía, se quedó con la dirección. Conocía la calle porque era muy cerca de donde se reunían todos cuando eran jóvenes. La misma calle, distinto número.

Se puso mallas negras, jersey negro, chaqueta negra y zapatillas negras, esperaba pasar desapercibida. Se recogió su melena oscura en una coleta y se puso una gorra. Aunque hacía mucho frío en la calle, el día estaba especialmente soleado, cosa que la beneficiaba, porque así se podría poner las gafas de sol sin que a nadie le pareciera extraño, eligió las más grandes, las que más cara le ocultaban. Cogió el coche y se dirigió a Vallecas.

Aparcó a unas manzanas de donde vivía el Coyote, se puso la riñonera, en la que llevaba el móvil y poco más.

Eran las nueve de la mañana cuando se sentó en un portal frente a la casa de la hermana del Coyote. Desde su posición vería perfectamente a cualquiera que saliera o entrara a la casa, y ella entre los coches aparcados no sería vista.

No había mucho movimiento, el domingo todo el mundo estaba durmiendo a esas horas. A eso de las diez salió el Coyote. Llevaba unos vaqueros y una cazadora, sus fríos ojos azules de siempre y la cicatriz que tanto le imponía. Se levantó y comenzó a seguirlo en la distancia. Pasaron por delante de un puesto de periódicos, el Coyote compró la edición dominical y siguió su camino. Laura al pasar se fijó en los titulares de los periódicos. No vio nada referente a accidentes o asesinatos con explosiones, así que siguió hacia delante sin detenerse.

Después de cinco minutos callejando por el barrio, llegaron al destino al que el Coyote se dirigía. Entró por la gran puerta de la iglesia, debía de ser la misa de las diez, porque había algunos ancianos entrando y también vio a un grupo de gente joven.

Ella pasó y se quitó las gafas de sol y la gorra para no llamar la atención, pero se sentó en el último banco. Desde allí buscó al Coyote entre la gente y lo localizó en la fila central, en el segundo banco.

La misa duró prácticamente una hora en la que él estuvo concentrado a lo que decía el cura, asintiendo de vez en cuando conforme con el sermón. Se arrodilló y rezó, se puso en pie y cantó, dio a sus vecinos de asiento la paz y sonrió a la gente como un buen cristiano.

Al salir de la iglesia, un niño corriendo lo empujó, la abuela se disculpó, perdónelo, ya sabe como son los niños, no me hago con él, le dijo, y él le sonrió y le quitó importancia al asunto.

¿Habría cambiado realmente como pensaba la juez?, se preguntó Laura. Pero ella no

lo creía, estaría actuando, porque por lógica si sales de la cárcel y al poco tiempo empieza a morir gente que testificó contra ti en el juicio y que por ellos te has pasado quince años encerrado, obviamente, el primer sospechoso eres tú. Tiene que comportarse, pero tiene un buen motivo.

Al final a Jose le habían asignado el caso puesto que era una de las personas que más conocimiento tenía sobre todo lo que había ocurrido en el pasado, y todo apuntaba a que lo que estaba ocurriendo ahora estaba relacionado. Lo llevaba su equipo y estaba informado de los avances, aunque iban muy despacio. Jose la mantenía informada con las novedades, por ello sabía que seguían sin tener ninguna idea de quién podía ser el culpable, no tenían sospechoso a parte del Coyote, pero no tenían ninguna prueba para incriminarlo. Según el Coyote había estado las dos noches en casa de su hermana. La primera celebrando la Nochevieja con la familia hasta muy tarde, la familia lo corroboraba, a las cinco de la mañana momento de la explosión estaba con ellos. Y en las horas precedentes y en el momento de la explosión en casa de Quique, también estaba en casa de su hermana, durmiendo. Su hermana y su sobrino también corroboraban esto.

Ella pensaba que era su familia, qué otra cosa podían hacer. No podía pensar que él no fuera el culpable, porque si fuera inocente, entonces quién podría ser el culpable.

Después de salir de la iglesia, deshicieron el camino andado para volver a la casa de su hermana. Sólo hizo una breve parada en una pastelería donde compró unos pasteles y una barra de pan.

Estuvo todo el día sentada en su puesto sin que pasara nada, ni siquiera comió. Cuando dieron las once de la noche decidió volver a casa, había perdido el día y no había descubierto gran cosa, ninguna pista que le demostrara que él había asesinado a sus viejos amigos.

Cuando llegó a casa, Jose estaba sentado en el descansillo esperándola.

- ¿Dónde te has metido? Llevo todo el día llamándote. - Laura comprobó el teléfono y tenía diez llamadas perdidas de Jose a diferentes horas.

- Perdona, tenía el móvil en silencio y no me he dado cuenta. - Abrió la puerta y sin decirle nada, Jose entró detrás.

- ¿Se puede saber dónde has estado todo el día con esa ropa? ¿Robando? - A Jose no le pasó desapercibido el atuendo de Laura, la verdad es que parecía que iba a entrar a robar una joyería.

- De acuerdo, he estado vigilando al Coyote.- Dijo Laura agotada y abatida porque su día no había sido nada fructífero.

Jose no dijo nada, no se puso a gritar como ella esperaba, cosa que le agradeció. - ¿Has comido algo? - Como Jose se imaginaba, ella negó con la cabeza. Abrió el frigorífico y como de costumbre estaba vacío, sólo había refrescos. Abrió un cajón en el que sabía que Laura guardaba las propagandas de los sitios que servían comida de la zona y llamó a un chino. Mientras, ella se fue a cambiar.

Se puso un chándal para estar por casa y salió al salón donde Jose estaba sentado esperándola. Él había dejado su chaqueta colocada encima de una silla del comedor y en la mano tenía una taza de té que le estaba ofreciendo. Laura la cogió agradecida, cualquier cosa caliente le sentaría bien. Se sentó a su lado, mirándolo a los ojos. - Gracias.

Se la veía tan agotada y aterrorizada, pensó Jose. Sabía que ella pensaba que podía ser la siguiente, o incluso él, y sabía que el modo de defenderse de Laura no era esperando a que la encontraran, tenía que hacer algo, era una luchadora nata. Siempre le había impresionado eso de ella, su instinto de supervivencia.

- Bueno, cuéntame, ¿has encontrado algo? - Volvió a negar con la cabeza.

- Se ha pasado el día encerrado en casa de su hermana. Sólo ha salido esta mañana a misa, ha comprado el periódico, pasteles y una barra de pan. Nada más. La puerta del

garaje está justo al lado del portal y tampoco ha salido en ningún coche, he estado atenta.

Jose le acarició el brazo intentando insuflarla ánimo o tranquilidad, cualquiera de las dos cosas le vendría bien.

- Mi equipo no cree que haya sido él. - Laura lo miró atónita.

- ¿Cómo? ¿Piensan que es inocente? La gente que está muriendo es la gente que testificó en su contra, la misma gente que le ha hecho pasar quince años en la cárcel. ¿Por qué piensan que no es él? - Jose entendía la desesperación de Laura, él sentía lo mismo.

- Porque tiene coartada.

- ¿Coartada? Estaba con su familia. Pueden estar mintiendo.

- Quizás. - En ese momento llamaron al telefonillo. - Debe ser la cena. Quédate ahí, ya me encargo yo.

Laura seguía dándole vueltas a todo, si no era el Coyote, ¿quién podía ser? Jose a su lado la cogió de la mano. - La cena está preparada.

Miró a la mesa del comedor y ya estaban los platos puestos y la comida servida, había estado tan ensimismada que ni se había dado cuenta. - ¿Qué quieres de beber? ¿Vino? - Laura asintió.

- Espera, deja que vaya yo. Siéntate que vuelvo en un momento. - Laura salió al tendedero donde tenía un botellero con algunas botellas de vino. Eligió un Rioja que a Jose le encantaba y a ella también. Abrió la botella en la cocina mientras seguía pensando en el caso.

Cuando salió, Jose la observaba.- Buena elección. - Dijo cogiéndole la botella de las manos. Ella se sentó a su lado mientras él servía vino en ambas copas.

- Si no es el Coyote, ¿quién crees que puede ser? - Jose se había hecho esa misma pregunta miles de veces desde que había leído el informe que reflejaba su coartada para ambos asesinatos, aún no lo habían descartado como sospechoso, porque aunque tenía coartada el motivo era muy evidente para dejarlo pasar, quizás demasiado evidente.

- No lo sé, Laura. Llevo analizándolo todos estos días y no se me ocurre nadie. Es como si el Coyote hubiera sido el detonante de los asesinatos, pero es demasiado evidente que sea él. Me refiero, a que su motivo es claro. Si de verdad los quiere matar, ¿lo hace justo al salir de la cárcel para que piensen en él? ¿Y con explosiones, quemándolos? Esto ya me parece el colmo de la autoinculpación. Y si no recuerdo mal, el Coyote era muy listo, ¿verdad? - Laura asintió, seguía por completo el razonamiento de Jose y pensaba que tenía razón. Entonces quién podría ser.

- Si, tienes razón, era listo. Por eso os costó tanto cogerlo. Tu razonamiento es muy lógico, me duele no haberlo visto yo. - Reconoció.

- Laura, estás aterrorizada y reaccionas como un animal enjaulado. Tienes que relajarte y pensar con calma. Sé que eres capaz, me lo has demostrado en muchas ocasiones. - Jose tenía razón, estaba actuando por instinto y no de forma lógica. Si ellos eran víctimas en potencia y seguía actuando así, seguro acabaría como el resto, quemada. Se quitó inmediatamente la imagen de la cabeza. Tenía que ser más lista que el asesino.

- Tienes razón. Tengo que relajarme y pensar. Actuar con inteligencia.

- Pero hoy no. - Jose le llenó de nuevo la copa. - Hoy nos vamos a emborrachar y olvidar lo que está ocurriendo.

Laura no comió mucho, tenía el estomago cerrado, pero si bebió vino. Cuando terminaron de cenar y metieron los platos en el lavavajillas, Jose le dio un beso en la mejilla despidiéndose. Cuando se disponía a abrir la puerta, Laura se giró.

- Por favor, quédate esta noche. Necesito que me abracen. - Jose la miró y la vio tan desvalida que no pudo negarse, aunque tampoco lo hubiera hecho.

Laura se despertó y vio que estaba dormida en el pecho de Jose mientras él la abrazaba. Entonces, recordó la noche anterior. Lo miró y sonrió, era un cielo, se había quedado abrazándola toda la noche como le pidió.

Se levantó con cuidado para no despertarlo y fue a preparar el desayuno. Eran las seis de la mañana, por lo que lo dejaría dormir un rato más. Mientras ponía café para hacer en la cafetera y preparaba unas tostadas, oyó que Jose se acercaba a la cocina. La miró con ojos dormidos y el pelo revuelto.

- Buenos días, pensaba llevarte el desayuno a la cama. Es lo menos que puedo hacer por haberte quedado a dormir. - Jose le sonrió, estaba tan guapa por la mañana.

- Pues me vuelvo a la cama. - Dijo bromeando. Se acercó al plato donde ya había un par de tostadas, vio al lado tomate para untar en un pequeño recipiente y se echó en la tostada.- Estoy muerto de hambre. Por cierto, ¿de dónde has sacado los tomates? Anoche no tenías nada en la nevera. - Laura no pudo evitar reírse, mientras le mostraba un frasco en el que se leía tomate con aceite para untar. Jose puso los ojos en blanco. - Cómo no.

Esa mañana estuvo muy ocupada en la tienda, por lo que no pudo pensar en otra cosa que no fueran sus clientes y sus muebles. Como le habían pronosticado, en los últimos días empezaron a llegarle pedidos de gente que vivía en La Moraleja y que habían visto tanto la cómoda como el cabecero que había vendido. Llevaban días viniendo a ver la tienda, incluso alguno había repetido y le había comprado más de una cosa. Muchos tenían muy claro lo que querían, por lo que viendo lo que tenía en la tienda se lo llevaban directamente o lo dejaban encargado. Pero otros le pedían que se acercara a su casa para que echara un vistazo a la habitación y los asesorara.

Jose la llamó al mediodía para ver qué tal se encontraba. Estuvieron hablando de cosas varias, pero esta vez no mencionaron el caso. Ya habían exprimido el tema la noche anterior y habían llegado a la conclusión de que no tenían nada, así que era absurdo volver a lo mismo.

También la llamó David para interesarse por ella, sabía lo nerviosa que estaba últimamente, y para invitarla a cenar esa noche. Aunque a Laura no le apetecía quedar a cenar porque estaba agotada y lo que quería era dormir, no tuvo que ponerle ninguna excusa puesto que tampoco podía. Tenía que ir a La Moraleja a ver a una clienta al salir de la tienda y por su experiencia con ella, porque ya era el tercer pedido que le hacía, llegaría muy tarde a casa, porque esa clienta en particular era muy indecisa, se tirarían toda la tarde decidiendo el mueble y el color. Cuando colgaron, pensó que David se había quedado decepcionado, lo llamaría esa semana para cenar con él otro día.

Laura salió pronto de la tienda, no habían dado aún las cinco, para ir a La Moraleja. Como el día había sido muy productivo no se iba arrepentida por cerrar tan pronto. Lo que llevaba de año se le estaba dando muy bien, de hecho, empezaba a no dar abasto. Si la cosa continuaba así, tendría que pensar muy seriamente en contratar a alguien que le ayudara con los muebles.

Acababa de entrar en el coche cuando llamó su clienta.

- ¿Laura? - Se oyó una voz aguda al otro lado.

- Hola, señora Martínez. Iba justamente ahora a su casa.

- Oh, cariño, ¡cuántas veces te he dicho que me tutees! Llámame Lorena. Pues para eso te llamaba, no voy a poder atenderte. ¿Podrías venir mañana? - La verdad es que ese cambio de planes a Laura le venía fenomenal, respiró aliviada, porque estaba agotada y lo único que quería era meterse en la cama y dormir.

- Claro, Lorena. Ningún problema. Nos vemos mañana a la misma hora. - Laura no volvió a la tienda, se fue directamente a casa.

De camino puso el manos libres en el coche y llamó a Marta, recordaba que esa mañana iban al ginecólogo, quería saber qué tal había ido todo.

- Hola, guapa. Bueno, cuenta, ¿hay novedades?

- Laura, siiiii. - A Marta se le notaba muy feliz. - Ya nos han dicho qué es. Adivina.

Laura tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de acertar, se arriesgó. - ¿Niña?

- Siiii. - Gritó su amiga ilusionada. Pablo debía estar cerca de su mujer porque le oyó decir. "Una pequeña Marta" - Pablo está tan feliz como yo.

- ¡¡¡Cuánto me alegro!!! - Laura estaba encantada - ¿Y el resto?

- Me han dado los resultados de la amniocentesis y todo perfecto. - A Marta su ginecólogo le había recomendado hacerse la prueba por la edad y porque el análisis que se había hecho le había dado alta posibilidad de que el bebé viniera con Síndrome de Down. Laura se relajó con la noticia, sabía que su amiga llevaba algunas semanas nerviosa esperando los resultados. De hecho, no lo sabían más que Pablo y ella.

- Genial. Bueno, tenemos que quedar a tomar un café y me cuentas todo. Quiero ver la última ecografía que te hayan hecho. Seguro que ha crecido un montón. - Marta le puso al día del tamaño del bebé y otros datos que le habían dado. Quedaron para verse a lo largo de la semana. Siguieron hablando de temas triviales hasta que se cortó la comunicación porque Laura entraba en el garaje de su casa.

Le fue muy fácil entrar. Era de día pero nadie se había percatado de su presencia. Entró por el garaje. Como era habitual, el coche que entró no se quedó esperando a que se cerrara la puerta, así que cuando se coló detrás de él nadie lo vio.

Para acceder desde el garaje a la zona de pisos había que tener una llave especial que no tenía, así que subió a las zonas comunes por la escalera. Abrió un poco la puerta de acceso, no había nadie. Era pronto y hacía frío. Los niños aún estarían en el colegio, por lo que no había ninguno jugando en el parque infantil. Los padres estarían trabajando o a sus quehaceres en casa. El caso, es que estaba despejado, tampoco se veía al conserje que solía salir de su garita para dar de vez en cuando alguna vuelta por la urbanización. De todas formas, se puso un gorro de lana que llevaba en el bolsillo para que nadie pudiera identificarlo, con el frío que hacía a nadie le llamaría la atención, pero no se encontró con nadie.

La cerradura del portal estaba rota, por lo que entró sin problemas. Subió por las escaleras. Cuando llegó a la puerta a la que se dirigía se quedó mirando la cerradura. No sería difícil abrirla, sacó la ganzúa y se puso manos a la obra. En unos segundos estaba dentro.

Dio una vuelta por la casa, sabía que era pronto y que ella no llegaría hasta más tarde. A esa hora estaba trabajando en la tienda. La vio en algunas fotos repartidas por la casa, con sus amigos, con su familia, en todas estaba riendo, muy feliz. Eso lo enfureció, ella no se merecía esa felicidad.

Miró en sus cajones, olió sus perfumes, pasó a su taller y vio los muebles en los que estaba trabajando, pasó la mano por uno de ellos, siguió paseando por la casa, revisando sus cosas, entrando en su intimidad. Si ella lo hubiera sabido se hubiera enfadado o se hubiera asustado. No lo sabía, le daba igual.

Laura llegó a su casa poco después de las cinco. Mientras iba en el ascensor se apuntó mentalmente que tenía que acercarse al supermercado al día siguiente, puesto que no tenía comida en casa, menos mal que había sobras de la cena del día anterior, porque llegaba con hambre.

En la puerta de su casa estuvo un rato buscando las llaves en el descansillo. Siempre las dejaba en un bolsillo interior del bolso para tener acceso rápido, pero esta vez se

debían de haber caído al interior, y no las encontraba. Oía su tintineo, pero no las localizaba. Al final las encontró. Por fin, se dijo.

Cuando abrió la puerta, lo primero que le llamó la atención era que aún era de día y en la casa había luz, como solía llegar más tarde, siempre era de noche. Se dirigió a la cocina para prepararse algo de comer y fue cuando lo notó.

La casa olía a gas. Ya estaba en la cocina, por lo que abrió la puerta del tendedero y la ventana para ventilar la casa, se acercó al salón y abrió el gran ventanal. Llamó al teléfono de urgencias que tenía anotado en la caldera para estos casos y luego llamó a Jose.

Cuando Jose llegó ya estaban revisando la caldera en busca de la fuga. En cuanto la vio se acercó a ella y la abrazó, ella se apoyó en su pecho y respiró más tranquila.

- Dicen que alguien la ha manipulado. - Levantó la cabeza y lo miró a los ojos, sin apartarse de su abrazo. Su voz era tranquila, nada parecido a la noche anterior cuando estaba asustada y nerviosa, y hoy que la habían intentado asesinar estaba serena. Jose no dejaba de sorprenderse por lo incoherente que era a veces. - Han encontrado una cañería del gas rota y un tubo enganchado que hacía que el gas fuera directamente a la casa. Dicen que he tenido suerte de llegar de día, porque si hubiera encendido una luz al entrar, seguramente hubiera explotado. También al llegar pronto a casa todavía no se había acumulado mucho gas, pero una hora más tarde y boom. Y eso que con mi plan de hoy hubiera llegado varias horas más tarde. - Laura había estado pensando mucho en lo que había ocurrido mientras llegaban el técnico y Jose. Como se temían, habían intentado asesinarla. Tendría que prestar más atención a todo y para eso necesitaba estar tranquila, ser lógica y coherente, no la persona asustadiza en la que se estaba convirtiendo. Tenía que pensar quién podía querer matarla a ella y al resto, porque de lo que no tenía ninguna duda es que el Bola y Quique habían sido asesinados y todas las muertes estaban relacionadas.

- Le estamos reemplazando la tubería rota. En cuanto terminemos podrá utilizar la caldera sin ningún problema. - Le dijo el técnico cuando Jose por fin se decidió a soltar a Laura y acercarse a ver el destrozo causado.

- Muchas gracias. - Contestó Laura que estaba apoyándose en Jose.

- Hoy te vienes a mi casa. - Laura no replicó, lo que menos le apetecía era pasar la noche en su casa. Habían entrado para matarla, al asesino le había resultado tan fácil.- ¿Sabes dónde están las grabaciones? - Jose había visto varias cámaras en diferentes puntos de la comunidad. Laura puso cara de no saber a qué grabaciones se refería, por lo que él se explicó. - Las de la urbanización. Quizás haya algo interesante.

- Supongo que el conserje lo sabrá.

Fueron a la garita del conserje donde éste les comunicó que las únicas cámaras que funcionaban eran las de las entradas principales, las de los accesos a los garajes eran falsas, simplemente estaban puestas para asustar a los intrusos. Laura no tenía ni idea, eso le pasaba por no ir nunca a las reuniones de vecinos.

Mientras hablaban con el conserje llegó Carlos con algunos policías. En cuanto vio a Laura, se acercó a ella y la abrazó, ella se dejó abrazar.

- Mi niña, ¿estás bien? - Le dijo Carlos sin haberla soltado aún.

Laura tenía su cabeza apoyada en el pecho de Carlos y asintió en silencio.

- Se viene conmigo a casa. Si necesitáis hablar con ella, allí es donde estará. - Carlos asintió y Jose le contó lo que le acababa de decir el conserje.

- Iros a casa. Yo me encargo. - Jose asintió y rodeó a Laura por los hombros.

- Te llamo luego para que nos pongas al tanto de todo. - Carlos hizo un leve movimiento de cabeza. Laura agradeció en silencio que incluyera un "nos" en la frase.

Jose tenía el coche a la entrada del recinto, abrió la puerta del copiloto para que Laura entrara. Ella en silencio se sentó y se abrochó el cinturón. Iba con la ropa del día y como llevaba el bolso cruzado ni se lo había quitado. Así que todo lo necesario lo

llevaba con ella, pensó.

Fueron a casa de Jose en silencio, Laura mirando por la ventanilla las luces de Madrid y Jose atento a la carretera, cada uno a lo suyo, pero ambos pensando en lo mismo.

Jose vivía en un ático en Manuel Becerra. Laura se sorprendió gratamente por la zona, por el amplio ático y por la elegante decoración.

- ¡Menuda casa! - Dijo sin poder disimular su fascinación.

- La verdad es que no me salió muy cara. Cuando yo la compré se caían las paredes a pedazos, estaba en muy malas condiciones y nadie la quería, pero yo vi todo su potencial. Es un dúplex enorme, con una gran terraza y estoy prácticamente en el centro de Madrid. - Laura observaba todo a su alrededor, estaban en una habitación enorme, en la primera planta de las dos que tenía. Unas escaleras en el medio de la gran habitación habían sido aprovechadas para separar las diferentes zonas. A la derecha, una enorme cocina, con electrodomésticos de última generación, y Laura ahora sabía que todos ellos los utilizaría Jose para preparar sus fantásticas comidas. A la izquierda, un salón con un enorme sofá modular, en frente una pantalla plana de por lo menos cincuenta pulgadas. Al fondo y detrás de la escalera había un precioso comedor. La decoración era moderna y minimalista, a Laura le encantó. - Terminé hace muy poco con ella. Las obras las he ido haciendo yo poco a poco, para las cosas que requerían a un profesional contrataba a alguien, pero para las que no, lo hacía yo. Te puedes imaginar, con el trabajo casi no me quedaba tiempo, pero me gustaba hacerlo, me desconectaba del trabajo, supongo que a ti te ocurre lo mismo cuando trabajas en tus muebles. - Laura asintió. - Y la decoración, me ha ayudado María, la mujer de Carlos. Tiene muy buen gusto y sabe donde comprar gangas. - Jose le guiñó un ojo, aunque Laura sabía que esos muebles no eran precisamente baratos. Se dirigieron a la cocina. - Vamos a tomar algo y luego te enseño la casa.

- ¿Tienes whisky? - Jose ya lo estaba sacando, supuso que le apetecería una copa, algo más fuerte que el vino. - Solo y con hielo. Gracias.

Jose puso dos copas. Laura se bebió la suya de un trago y se la llenó de nuevo. Mientras, Jose sacó algo de embutido de la nevera y se puso a cortar un poco de queso, Laura cogió una barra de salchichón y cortó algunas rodajas.

- Sabes, he estado pensando mucho. Y creo que tienes razón. No puede ser el Coyote, es muy obvio. - Laura cogió una rodaja de salchichón que acababa de cortar y se la metió en la boca. Cortó otra y se la puso a Jose en la boca. Un gesto muy familiar y muy íntimo, pero a la vez muy natural entre ellos. - Y como no tengo ni idea quién puede ser, ni por qué ha empezado a matar justo ahora, creo que lo mejor es empezar por el principio. Investigar a todos los implicados.

Octubre 1.999

Jose llegó temprano a la comisaría ese viernes. Tenía mucho papeleo pendiente y quería leer los informes que habían recibido por parte de Edu y Quique. Después de dejar el abrigo, se fue a la máquina para servirse un café, necesitaba cafeína si quería despejarse un poco para ponerse a trabajar. Dio el primer sorbo y estuvo a punto de tirarlo a la basura, tal y como pensaba todas y cada una de las mañanas al probar ese horrible café, pero como no había otro, al final acababa bebiéndoselo, y lo que era peor, se tomaba unos cuantos más a lo largo del día.

Se sentó en su mesa y abrió la carpeta que había encima. En ella estaban detallados los soplos recibidos por parte de Quique y Edu. Era poca cosa, había algunos envíos de pequeñas cantidades a casas privadas, supuestamente para consumo propio. También había pequeñas ventas a camellos de diferentes barrios de Madrid. Este tipo de soplos les estaban viniendo muy bien, puesto que estaban identificando a muchos camellos que desconocían, aunque otros eran ya viejos conocidos de la policía. Quizás al final de la operación podrían hacer limpieza en las calles.

Por ahora estos soplos les estaban reportando mucha información de la forma de trabajar de la banda, además de poder conocer a muchos de los involucrados.

Había otra carpeta mucho más gruesa encima de la mesa con fotos de todos los camellos localizados, con su nombre e información sobre sus fechorías. De algunos tenían bastante detalle, de otros tenían menos información. También había fotos de compradores, sobre todo de los habituales, con información adjunta de su dirección y algunos otros datos personales. La mayoría no se había metido en líos en su vida, lo único que hacían era consumir sin molestar a nadie. Sus compañeros estaban haciendo un buen trabajo de investigación.

Por ahora sólo estaban de observadores, no podían detener todas las operaciones que les informaban Quique y Edu, porque habrían hecho sospechar al Chino, o quizás al Coyote, que algo estaba ocurriendo, y hubieran puesto mucho más cuidado en todos sus movimientos. Eso sin contar, que quizás hubieran pillado a los soplones, y a saber qué serían capaces de hacerles.

Además, Quique y Edu no eran duros, estaban bastante asustados, si hubiera cualquier indicio de que ellos eran los soplones, Jose estaba seguro que hubieran suplicado el perdón y hubieran contado hasta el último detalle de lo que estaba ocurriendo, además, ellos hubieran perdido una buena fuente de información. Ni siquiera había pensado en ningún momento que ellos tuvieran tanta información en su poder, no tenía claro si estaban más metidos en la banda de lo que había pensado en un principio, o eran tan insignificantes que oían más de lo que debían porque nadie les prestaba atención. Jose optaba más por esta última explicación, pero no podía estar seguro. A veces la gente le sorprendía, y no solía ser para bien.

Tenían que seguir esperando a ver si se enteraban de algo más gordo. O quizás tenía que empezar a actuar de otra forma a ver si lograba asomarse a la organización. Tenía un plan, pero necesitaba algo que en esos momentos sabía que el Departamento tenía en el almacén, donde estaba todo lo requisado, sólo necesitaba que le aprobaran su idea, y ahí estaba él, a la espera de esa aprobación.

Laura salía de clase con Marta, iban hacia la parada del autobús hablando de la

práctica que tenían que hacer, todo el ciclo de vida de un proyecto informático. Era una práctica que se hacía a lo largo del curso, por entregas, contaban con cuatro compañeros más. Estaban organizándose para quedar con el resto y tener algo pensado. Ambas estaban tan concentradas en cómo repartirse las tareas y cómo organizarse, que no vieron el Xsara gris plata que las pitaba en el camino hacia el bus. Fue Marta la que se dio cuenta que las estaban pitando a ellas.

- Laura, mira, Jose ha venido a buscarte.- Giró la cabeza y lo vio en el coche saludándolas a ambas. Estaba tan centrada en todo el trabajo pendiente de clase que se le había olvidado por completo que hoy tenía la primera clase con Jose. Después de la competición del fin de semana, le había pedido que le enseñara algo de karate, y ella por supuesto, no pudo decirle que no. Era su turno de ser profesora. Seguramente sería divertido. La verdad, es que si lo pensaba bien, tenía ganas de comenzar, estaba ilusionada con esa nueva actividad.

- Es verdad, se me había olvidado que habíamos quedado. - Laura se dio en la frente con la mano enfatizando su despiste.- ¿Quieres que te acerquemos a casa?

- No, gracias, no hace falta, ya cojo el bus.- Como siempre, Marta no quería ser una molestia. Laura resopló y cogió a su amiga de la mano arrastrándola al coche de Jose.

- No digas tonterías. - Laura se sentó en el asiento del copiloto y dio un beso a Jose, mientras que Marta se sentaba detrás de ellos. - Hola, ¿llevamos a Marta a casa? - Más que una pregunta, era una afirmación. A Jose le hizo gracia que preguntara, pues obviamente ya le había dicho a su amiga que la llevaban. A él no le molestaba ni lo más mínimo, Marta le caía muy bien, era muy agradable, además era la sensata del dúo, sabía que era una buena compañía para Laura, la estabilizaba en su carácter tan poco prudente.

- Por supuesto, no hay problema. - Miró a Marta por el retrovisor y le guiñó un ojo. Notó que ella se relajaba, supuso que se sentía algo incómoda por la molestia.

Fueron a casa de Marta y de camino ellas siguieron hablando de la práctica, de cómo enfocarla para comenzar y demás. Jose las iba escuchando en el coche, se sorprendía por lo en serio que se tomaban sus estudios y las ideas que iban surgiendo mientras hablaban. Le encantaba ver cómo Laura organizaba las diferentes tareas, de forma tan inteligente, y siguiendo la lógica. A él le dejaba sorprendido el ver que en clase seguía sacando buenas notas, teniendo en cuenta todo el tiempo que dedicaba a su trabajo con la policía.

Después de dejar a Marta, fueron al gimnasio del Departamento donde ya habían entrenado anteriormente, cuando Laura estuvo practicando algunas llaves de defensa personal.

Cuando Laura salió de su vestuario, vio que Jose ya estaba calentando corriendo por el borde del gimnasio. Ella se puso a su altura y estuvieron corriendo sin hablarse durante diez minutos. Después continuaron con el calentamiento haciendo algunas flexiones y abdominales y siguieron con unos estiramientos durante otros diez minutos.

- El karate es paz mental. - comenzó Laura. - Es un arte que involucra tanto a la mente como al cuerpo. Hay que trabajarlos simultáneamente para dominar este deporte. - Laura respiró profundamente varias veces y Jose hizo lo mismo para relajarse y concentrarse. - Comencemos por las diferentes posiciones básicas.

Laura le enseñó algunas posiciones, mientras él, en frente de ella, la imitaba. Si alguna posición no la hacía correctamente, en seguida Laura lo corregía. - El pie derecho apuntando hacia delante y el pie izquierdo detrás en un ángulo de 45 grados. Muy bien. Así estuvieron un rato hasta que Laura vio que Jose se colocaba perfectamente en las diferentes posiciones. - Ahora veamos tu equilibrio. - Laura le sonrió maliciosamente, pensaba que esta parte iba a ser divertida, Jose supo en seguida lo que pasaba por su cabeza y se concentró lo máximo posible para no hacer el ridículo. - El equilibrio te permite efectividad y fuerza en tus movimientos. - Continuó ella. - El equilibrio no puede

desaparecer cuando pasas de una posición básica a lanzar una patada, perderías eficiencia y fuerza. - Laura levantó la pierna lentamente y Jose vio cómo mantenía el equilibrio, aún con la lentitud del movimiento. Él intentó hacer lo mismo, pero le falló la pierna de apoyo. Laura sonrió. - Espera, esto es un poco más complicado, era para que vieres a qué me refería. Concéntrate en tu centro de gravedad, al separar los pies reduces este centro de gravedad. El equilibrio es importante, pero tienes que ser capaz de cambiar el punto de equilibrio rápidamente. Si estás en la misma posición mucho tiempo, tu contrincante puede atacarte fácilmente. Hay que encontrar un término medio. Cuanta más velocidad, más potencia. Si usas todo tu cuerpo, tendrás más potencia de ataque y más velocidad.

Laura comenzó a dar patadas para explicar a lo que se refería. Él intentó hacerlo pero no era tan rápido. Laura se puso detrás y lo agarró de la cintura. - Gírala al levantar la pierna. Usa todo el cuerpo.- Jose siguió practicando y comprendió perfectamente lo que Laura quería decirle, pero le costaba mantener el equilibrio.

- Utiliza los brazos. - Vio que los movimientos de Laura al dar patadas los equilibraba con los brazos, por lo que también lo hizo. Era parecido a la defensa personal, pero exigía más concentración, todo el cuerpo tenía que actuar a la vez.

Laura lo cogió por detrás de la cintura y le dio un beso en el cuello. - Mucho mejor, ¿has visto? No es difícil. - Él la agarró y la tiró al suelo, se puso encima de ella y la besó. Cuando se apartó la miró a los ojos.

- Quizás es que tengo una buena profesora. - Ambos rieron. Jose se levantó y tendió la mano para ayudarle a levantarse, pero ella hizo un rápido barrido con los pies, de forma que hizo que Jose perdiera el equilibrio y cayera al suelo. Esta vez fue ella la que se puso encima. Lo besó. - Está claro que tienes una buena profesora. Y quizás yo tengo un buen alumno. - Le guiñó un ojo y esta vez si se levantaron los dos.

Laura siguió con la clase, enseñándole diferentes puñetazos, directo, gancho, palma de hierro, y algunos más que eran básicos y muy prácticos. También le enseñó cómo bloquear esos golpes. Estuvieron practicando la defensa y el ataque. - Tus dos primeros nudillos son los más fuertes, si los alineas con los huesos del antebrazo, podrás aumentar tu fuerza. - Le explicaba Laura, sorprendiendo a Jose con el conocimiento de esos detalles. A ella le encantaba ver su cara cuando hacía esos comentarios que él no se esperaba.

Continuaron con patadas, le enseñó cómo ejecutar correctamente una patada frontal rápida, una lateral rápida, lateral hacia adelante, hacia atrás y la circular. - En las patadas rápidas, tu torso se mantiene en posición vertical. En la patada hacia adelante tu torso se alinea un poco con la pierna que patea. - Le decía Laura mientras Jose intentaba hacer los mismos movimientos que ella sin perder el equilibrio. - Recoge los dedos de los pies para que no se lastimen en la lucha.

- ¿Cómo bloqueo las patadas?

- Es mejor que las intentes evitar. Bloquear patadas con las manos implica que dejas sin protección la cabeza, dejándola vulnerable a los ataques.- Jose pensó que esa explicación era muy lógica, la cabeza es más importante que el resto del cuerpo. - Si de todas formas, por un acto reflejo, intentas bloquear una patada con la mano, cierra el puño con fuerza. De forma contraria, la patada podría llegar a fracturarte la mano. - Él asintió y continuó dando patadas al aire.

Laura cogió a Jose y se lo llevó a un maniquí que había en una esquina del gimnasio para que practicara los golpes que estaba dando al aire con el maniquí. La primera patada que le dio casi le hizo caerse de culo, Laura no pudo evitar soltar una carcajada. Cuando Jose la miró con cara de pocos amigos, se disculpó sin borrar la sonrisa de su cara.

- Bueno, creo que es mejor que lo dejemos por hoy ¿no te parece? - Ya llevaban más de dos horas dando puñetazos y patadas, y aunque Jose estaba disfrutando, ya

empezaba a notarse cansado, seguro que al día siguiente tendría agujetas. - Otro día practicaremos las caídas, aunque creo que este tema ya lo dominas. No es muy diferente a lo que haces cuando combates en tus entrenamientos. - Asintió y cogió a Laura de la mano. La acercó y la besó.

- Muchas gracias. - Ella le sonrió.

- Aún no hemos terminado, esto es sólo el principio. - Le guiñó un ojo mientras le daba un pellizco en una de sus nalgas, Jose sorprendido le dio un pequeño cachete. Entre risas se fueron cada uno a su vestuario para darse una ducha rápida.

Laura estaba dejando que le cayera el agua en la cara mientras sonreía al recordar la clase, Jose había estado muy concentrado y se había esforzado mucho. Le había hecho mucha gracia sus gestos de desesperación cuando un movimiento no lo pillaba en seguida. Se sentía bien, por fin, enseñándole ella algo a él, hasta ahora siempre había sido al contrario.

Salió de la ducha muy relajada, se vistió con la ropa que llevaba de clase y salió del vestuario. Él ya estaba esperándola fuera hablando con algún compañero. Se quedó observándolo, estaba muy guapo con el pelo oscuro mojado y revuelto, le resaltaba sus bonitos ojos verdes y cuando sonreía le salían hoyuelos en las mejillas. Estuvo un rato contemplándolo sin que se diera cuenta. Cuando se percató de su presencia, se despidió de su compañero y se acercó a ella.

- ¿Nos vamos? - Le preguntó mientras la cogía de la cintura y la acercaba hacia sí. - Me ha encantado la clase, pero creo que ya no tengo edad para estar tanto tiempo entrenando. - Le dijo al oído.

- No digas tonterías. Has sabido mantenerte a la altura. - Se burló ella.

- Vamos, te invito a cenar.

- Genial, estoy muerta de hambre. Pero hoy me toca pagar a mí. - Laura había comido un sándwich en la Facultad y nada más en todo el día. Se había olvidado del hambre hasta que Jose se lo había mencionado.

Fueron a un bar de tapas muy cerca de dónde vivía Jose. Se sentaron en un rincón, donde el ruido del local no se oía tanto, de forma que pudieran hablar más tranquilamente.

- ¿Te puedes quedar hoy a pasar la noche en mi casa? - Laura se sentía como una colegiala cuando Jose le hacía ese tipo de preguntas, pero era lo que tenía vivir con sus padres.

- Sí. No hay problema. Mis padres siguen en el pueblo, han decidido quedarse unas semanas. Dicen que ha dejado de llover y que está haciendo muy bueno. Así que prefieren el relax del campo al caos de la ciudad. - Se pusieron a ojear la carta.

- Los crujientes de berenjena con miel y las croquetas están muy buenas. - Laura revisó las tapas que le había dicho Jose.

- Tienen muy buena pinta. ¿Qué croquetas, las de pollo, de queso, de bacalao...? - Laura veía muchos platos y todos le llamaban la atención, no sabía por cuál decidirse, así que le pareció perfecto la sugerencia de Jose.

- Cualquiera, ¿te apetecen las de queso? - Ella asintió, todo le gustaba, a la hora de comer no tenía problemas, no era nada remilgada. - Ok, pues las croquetas de queso y las berenjenas. ¿Te apetece vino para beber?

- Perfecto. - En ese momento se acercó el camarero para ver si les podía tomar nota y Jose le pidió las raciones que habían decidido y dos copas de vino tinto de Ribera del Duero. - ¿Tenéis novedades con los soplos de Quique y de Edu? - Jose negó con la cabeza.

- ¿Qué tal si no hablamos de trabajo y nos comportamos como una pareja normal?

- De acuerdo, pero asume que no somos una pareja normal. En nuestra primera cita me enseñaste a limpiar una pistola, en la segunda a disparar y en la de hoy te he enseñado karate. ¿Qué pareja hace esas cosas en sus citas? - Ambos rieron.

- Que conste, que cuando te enseñé a utilizar un arma, no estábamos disfrutando de una primera cita. Nuestras citas no han sido tan malas, ¿no crees? - Jose se quedó pensativo intentando recordar alguna cita en la que no hubieran ido a La Misión o hubieran estado entrenando.

- Es verdad, tienes toda la razón. Salimos a tomar algo de vez en cuando, a un bonito pub donde por cierto, se reúnen los mejores camellos del barrio.- Mirándolo por ese lado, su trayectoria resultaba un poco patética.

- De acuerdo, mañana tengo el día libre. ¿Qué quieres hacer? Proponme un plan normal. - Dijo remarcando la última palabra. Laura se quedó pensativa.

- ¿Teatro? ¿Vamos a ver una obra? - A Laura le encantaba el teatro, aunque tenía pocas oportunidades de ir. Había ido alguna vez con sus padres y no se perdía ninguna obra del grupo de teatro de la Facultad. - ¿Cine? Seguro que en estos últimos meses han estrenado alguna película interesante.

- De acuerdo. Luego miramos lo que hay en cartelera y decidimos. Tengo la Guía del Ocio en casa. - El camarero llegó con las copas de vino. Laura estaba nerviosa, menuda tontería pensó, pero iba a tener una primera cita con Jose, de las de verdad. Siempre habían quedado por asuntos referentes al caso, excepto cuando se fueron juntos de vacaciones a Túnez, pero de eso ya hacía mucho.

Cenaron y Laura le estuvo contando algunas anécdotas de la Facultad. También le habló de la práctica que estaba tratando con Marta cuando fue a buscarlas esa tarde.

- La práctica no es muy complicada, pero es muy larga, hay que trabajar mucho tiempo en ella. Y la asignatura, habiendo hecho la práctica tampoco es difícil de aprobar, o por lo menos es lo que dice la gente. Ya veremos. - Laura seguía hablando pero Jose ya no le prestaba atención. No podía dejar de mirarla, la energía que depositaba en todo lo que hacía, las ganas que tenía de sacar todo adelante. Era admirable.

Marzo 2.016

Ya había pasado más de un mes desde que intentaran asesinar a Laura y no había vuelto a haber ningún otro intento ni ninguna otra muerte.

Laura había pasado un par de noches en casa de Jose, pero decidió que tenía que volver a su casa, cuanto más tardara, más le iba a costar volver, y como siempre había hecho, tenía que superar su miedo enfrentándose a él.

De todas formas, compró una puerta más sólida, la última novedad en puertas blindadas. No le hacía sentirse mucho más segura, pero esperaba que a quien fuera, le resultara más complicado acceder a su piso. Con ayuda de Jose compró una cámara por Internet, que puso en el sitio que mejor se podía ver a un intruso, en una esquina en el mueble de la entrada, donde se veía perfectamente la entrada y la puerta del tendedero que daba directamente a la caldera, puesto que la cámara se podía mover horizontalmente y verticalmente. La conexión a Internet era por wifi, de forma que desde el móvil podía conectarse y ver su casa. Tenía visión nocturna gracias a los LEDs de infrarrojos incorporados y detector de movimientos, por lo que se la podía configurar para que sólo grabara cuando notara algún movimiento, que la cámara detectaba si había un cambio masivo de píxeles en la imagen. La grabación se hacía en tarjetas SD que eran muy fáciles de conseguir y Laura tenía varias de gran capacidad gracias a su cámara fotográfica. Después de aprender a manejarla le pareció muy útil, y le había salido por menos de cien euros en Internet. Estaba encantada.

Laura le había pedido a Jose que no le contara a nadie el intento de asesinato. No quería preocupar a sus padres, Marta no estaba en condiciones de atender sus problemas, ahora tenía que pensar en su bebé, y a David tampoco, ninguno podía hacer nada por ella. Y ya se imaginaba a todos llamándola constantemente preocupados, algo similar a lo que estaba haciendo Jose últimamente.

Había seguido trabajando como si no hubiera pasado nada, pero a la par quedaba con Jose casi todas las noches para investigar.

Habían comenzado por toda la gente que participó en el caso del Coyote, querían saber qué había sido de ellos en estos quince años. Aunque Jose tenía gente para que le hiciera ese trabajo, pensaba que quizás ellos podían obtener más información, al fin y al cabo también eran posibles víctimas.

Cuando Laura salía de la tienda por las tardes, Jose estaba ya esperándola en el bar de en frente. De allí solían ir a visitar a las personas que tenían anotadas. Habían hecho una lista con aquellos que estuvieron involucrados en el caso y sus allegados, les preguntaban sobre su actual vida y si habían visto algo raro últimamente. El asesino sabía de sus vidas y dónde vivían e incluso dónde se iban de vacaciones, como en el caso del Bola. Eso implicaba que no podía estar muy lejos de las víctimas, tenía que haberlas estudiado con anterioridad, quizás alguien lo hubiera visto.

Todos les ayudaban cuanto podían, como ellos, eran posibles víctimas y estaban asustados. Cuanto antes lo cogieran, antes podrían respirar tranquilos.

Había emotivos encuentros, pero casi todos, inicialmente eran fríos con ellos, al fin y al cabo todos se sintieron traicionados. Aunque con el paso de los años, el rencor existente estaba desapareciendo. Algunos hasta se ponían nostálgicos recordando alguna anécdota del pasado.

Esas semanas fueron muy duras para Laura, muchos recuerdos.

Jose la dejaba en su casa, siempre la acompañaba hasta su piso. La mayoría de las veces pasaba a tomar algo. Esos ratos intentaban no hablar del caso, se contaban lo que habían hecho en el día para desconectar un poco de tanto estrés y tanto recuerdo. Llegaban a los fines de semana agotados, y seguían investigando, en casa del uno o del otro, ambos con su portátil, investigaban por Internet, con tanta red social podían sacar mucha información.

Así volvieron a saber de todos ellos. Hablaron con el Mini que llevaba casado casi ocho años, trabajando en una empresa en el Departamento de Fraude, y tenía un bebé. Les habló de su hermano Edu, que también se había casado, hacía diez años y tenía dos hijos, había puesto un taller en el barrio, en el que trabajaba Quique. No habían perdido el contacto. Quique se había divorciado hacía menos de un año y lo estaba pasando muy mal, según le contó el Mini, su mujer era una bruja que no le dejaba ver a su hijo de ocho años. Pero ya no importaba, le dijo, porque se había ido. Su hermano Edu seguía trabajando en el taller, pero la muerte de Quique le había afectado mucho.

También supieron de Donald, estaba trabajando en un Departamento Jurídico en una gran compañía. Era al que mejor le iban las cosas, por lo visto estaba forrado y se había olvidado de todos ellos, habían perdido el contacto. Sabían que se había casado porque la boda fue un evento anunciado en las revistas. Su mujer era rica, era la hija de un empresario importante. Toda esa información pudieron sacarla posteriormente de Internet, como les habían dicho, había revistas del corazón que habían publicado su boda y algunos detalles más. Aún no tenían hijos.

Chiqui daba clases en la Complutense de Madrid, en una asignatura de Psicología. Se había casado también, pero no había funcionado y se había divorciado, por lo visto, su mujer le fue infiel en varias ocasiones.

Respecto al Chino y sus dos sombras, el Dardo y el Bulldog, los dos que siempre estaban pegados a él, seguían como antes. Entraban y salían de la cárcel muy a menudo, por acoso, robos de coches, robos en tiendas con arma de fuego, maltrato a sus parejas, la lista de delitos de todos ellos era interminable. Ninguno estaba actualmente en la cárcel, tampoco lo estaban cuando se produjeron las explosiones. Quizás, podían tener algo que ver. Aunque seguían sin entender por qué justo ahora, podían haberles matado hacía tiempo. ¿Serían los tres los culpables? Motivo tampoco les faltaba, después del Coyote, ellos tres habían sido los más afectados cuando todos testificaron en el juicio, estuvieron varios años en la cárcel.

Era otra vía a investigar en la que el equipo de Jose ya estaba trabajando. Carlos le había informado sobre los interrogatorios que les habían realizado a los tres para obtener información de dónde se encontraban en el momento de los dos asesinatos y cuando se produjo el intento de asesinato de Laura. Todos tenían coartadas, aunque tampoco eran muy buenas, puesto que sus coartadas eran ellos mismos. Durante los asesinatos habían estado en casa de uno en Nochevieja, de juerga, y según dijeron, habían estado ellos tres solos, y en casa del otro, otra vez de juerga, también ellos solos. Durante el intento de asesinato, en el cine donde nadie los había visto ni les recordaba. Seguramente mentían, bien porque eran culpables o bien porque estaban cometiendo cualquier otro delito.

El caso es que llevaban varias semanas investigando a todo el mundo, pero se encontraban en el mismo sitio que al principio, seguían sin sospechoso.

Laura necesitaba desconectar un poco de la investigación, sentía que se encontraban en un bucle del que no salían. Quizás un par de días de descanso les haría ver todo desde otra perspectiva.

Así que el viernes mientras trabajaban, como siempre en el caso, se le ocurrió una idea que le propuso de inmediato a Jose.

- Creo que estamos saturados y no avanzamos. Tal vez sería interesante desconectar este fin de semana. - Jose la miró, pensaba lo mismo desde hacía días, pero no se había atrevido a decírselo, se la veía tan obcecada. - Podemos ir el fin de semana a Denia, en Alicante.

- ¿Denia? - Preguntó extrañado.

- Tengo pendientes algunos encargos y se me ocurre que quizás allí encuentre algo interesante, en la Feria de Antigüedades de Jesús Pobre. Se celebra todos los primeros domingos de cada mes. Por lo que este domingo toca. Y además, podemos aprovechar para dar una vuelta por la zona, o descansar tirados en la arena, aunque no nos podamos bañar con este frío. Resumen, un poco de desconexión.

- ¿Llamas desconexión a un fin de semana de trabajo? - a Jose le hizo gracia el tipo de desconexión que quería Laura, pero por otro lado le parecía interesante conocer su mundillo, en el que se movía ella y que tanto le gustaba.

- Bueno, seguro que se nos ocurren otras cosas que hacer. - Ella le guiñó un ojo bromeando.

- No me lo digas dos veces. - Estaban sentados en el sofá, en casa de Jose, rodeados de papeles y no pudo resistirse a tirarla hacia atrás y darle con un cojín en la cabeza, empezando una guerra de cojines. Ese rato lo disfrutaron como dos críos y les liberó un poco de la tensión acumulada. - Sí, creo que nos vendrá bien, o acabaremos volviéndonos locos. - Estaba mirando cómo había quedado el salón de su casa, todos los cojines estaban desparramados por el suelo, lo mismo que todos los papeles que habían estado revisando momentos antes.

Entraron en Internet y Laura reservó la furgoneta en el mismo sitio de siempre, mientras Jose se ocupó de reservar el hotel.

- ¿Una o dos habitaciones?

- Dos, por supuesto. - Se lo dijo con un retintín que él no supo comprender.

- Tenía que intentarlo. - Jose puso los ojos en blanco y Laura rió. - He reservado en un hotel en Denia al lado de la playa, tiene unas bonitas vistas.

Al día siguiente salieron temprano, fueron turnándose al conducir durante el camino. El rato que Laura no condujo se dedicó a mirar por la ventana y a dormir, estaba muy cansada. Se sentía muy cómoda en el coche con Jose, sin hablar, sin tener que forzar una conversación. A él se lo veía contento, su cara no demostraba la preocupación de las últimas semanas, parecía relajado. En eso estaba pensando cuando le sonó el móvil, era David.

- Hombre, ¡cuánto tiempo! ¿Qué tal tu viaje? - David había tenido que irse unas semanas a Nueva York por temas de trabajo.

- Llegué hace un par de días que me he tomado para descansar y que se me pasara el jet lag. - Mientras le decía esto, estaba bostezando.

- Pues parece que aún no te has adaptado al horario. - Le dijo riéndose.

- Supongo que tienes razón. - Continúo bromeando él. - Bueno, ¿cómo te viene si te saco hoy a cenar?

- Me encantaría David, pero hoy no puedo, estoy de camino a Alicante. Mañana hay una feria de antigüedades a la que estoy yendo para ver si encuentro algo. - Laura no supo por qué, pero no le dijo que iba acompañada por Jose.

- Bueno, pues cuando vuelvas llámame y quedamos.

- Por supuesto. Un beso. - Se despidió Laura.

- Otro para ti. - Le dijo David mientras colgaban.

- ¿Paramos a tomar algo? Estoy empezando a tener hambre. - Jose se había dado cuenta que no le había dicho a David que estaba con ella, pero no tenía claro si eso significaba algo.

- Me parece bien, así aprovecho para ir al lavabo. - Pararon en la siguiente zona de servicio que encontraron. Ya no quedaba mucho, en menos de dos horas habrían

llegado al destino.

Cuando Laura salió del baño, Jose ya le había pedido una Coca Cola Light y él se estaba tomando otra con un pincho de tortilla. - No sabía si querrías comer algo. - Laura miró su pincho de tortilla y le entró hambre.

- Me has dado envidia, quiero otro pincho. - Cuando les sirvieron el pincho, Jose ya se había terminado el suyo y miraba el de Laura con ojitos tiernos. - Anda, te doy un poco, ¿lo compartimos? - Jose no dijo nada, cogió su tenedor y empezó a picar del pincho de Laura mientras ella se reía del hambre voraz que tenía.

Cuando llegaron, ya tenían las habitaciones preparadas. La habitación de Laura era muy espaciosa, tenía una cama de matrimonio con colcha de patchwork y cojines a juego, había una butaca en la esquina que tenía pinta de ser muy cómoda, un escritorio con su silla y al lado una mesa baja con un pequeño televisor, que desde la cama se veía perfectamente. El baño no era muy grande pero estaba muy limpio. Su ventana daba a la playa, y como le había dicho Jose tenía unas bonitas vistas. La habitación de Jose era la contigua a la suya y por lo que vio eran iguales, cambiaba el color, la de ella en tonos verdes y la de él en tonos azules. El hotelito era muy romántico pensó Laura, muy bonito para venir en pareja.

Quedaron en la recepción en media hora para poder darse una ducha rápida. Laura vació la pequeña maleta que llevaba dejando el neceser en el baño y la poca ropa en el armario de la habitación. Jose por su parte después de afeitarse, bajó antes de tiempo a la recepción, se sentó en una butaca y cogió el periódico que había encima de una pequeña mesa mientras esperaba a Laura. Cuando bajó, se fueron a dar una vuelta por los alrededores.

Se recorrieron el Paseo Marítimo, Laura se quitó las zapatillas, se remangó los pantalones y se metió en la playa, Jose detrás de ella, hizo lo mismo. Llegaron al agua y pasearon mojándose los pies.

- Esto es vida. - Dijo Laura soñadora. De repente Jose le salpicó con el pie y se pusieron a correr infantilmente. Acabaron los dos tirados en la arena riendo.

- Nos hacía falta algo así. - Laura lo miró extrañada. - Me refiero a las risas. Hacía mucho que no te veía tan relajada y risueña, vamos, como solías ser.

- Supongo que tienes razón, pero... - Jose le puso los dedos en la boca para que no continuara hablando, sabía perfectamente que iba a hablar de los últimos meses, y habían venido a desconectar. Se levantó de la arena y le ofreció la mano para que también ella se levantara. Siguieron paseando los dos cogidos de la mano.

La hora de comer se acercaba y estuvieron mirando los restaurantes de la zona sin decantarse por ninguno. Se sentaron en una terraza a tomar un vermú mientras veían a la gente pasar y el mar de fondo. Laura se puso a investigar con su móvil un blog que había encontrado, en él recomendaban un restaurante que hacía una paella muy rica cerca de donde estaban. Se lo comentó a Jose a ver qué opinaba.

- Entonces, ¿paella? - Laura asintió, le encantaba la paella. - Pues vamos allá.

Acabaron en el restaurante que les había recomendado un desconocido por Internet comiendo paella y bebiendo sangría. La paella estaba buenísima, la habían pedido de marisco y las gambas, mejillones y calamares que llevaba eran frescos, estaban riquísimos, y para acompañar, una sangría que estaba muy dulce, tal y como le gustaba a Laura, la pena es que al estar tan buena, se bebía como si fuera agua y sin darte cuenta se te había subido a la cabeza. Aún no habían terminado la paella, pero ya se habían tomado una jarra de sangría.

- ¿Pedimos otra? - Le dijo Jose.

- ¿Quieres emborracharme? - Dijo Laura sonriente.

- Ya me gustaría, pero sé que eso contigo es hartito difícil, seguro que acabo yo antes dando tumbos por ahí que tú. - A Laura le salió una carcajada del alma.

- Prometo no dejarte por ahí dando tumbos. Te llevaría a la habitación del hotel como

haría cualquier buena samaritana. - Bromeó ella.

- Umm, entonces habrá que pedir otra. - Dijo Jose tentador.

Así que pidieron otra, aunque no llegaron a terminarla. Después de la rica paella y la sangría, se tomaron un café para despejarse y continuaron con la visita.

Llegaron al Ayuntamiento y empezaron a subir escaleras hasta llegar al Castillo de Denia que pasaron a visitar. Cuando terminaron con la visita, siguieron con la subida hasta llegar a la Explanada del Gobernador donde se encuentra el Museo Arqueológico, al que también accedieron.

Laura no paraba de hacer fotos con el móvil, al Castillo, a la Torre Roja, a la Torre del Consell, a las vistas de Denia desde las alturas, con Jose, sin nadie, autofotos, a veces le pedía a Jose que le hiciera alguna y en un par de ocasiones a algún turista despistado como ellos con el que se encontraban, para poder salir los dos juntos. Fue una tarde divertida.

Acabaron cenando cerca de la playa, en un pequeño restaurante que también les recomendaron en Internet, el mejor pescado de la zona, decían. Cuando entraron, el local les sorprendió, era muy pequeño, cinco o seis mesas, no había más. Ni una lámpara encendida, todo el local estaba alumbrado con velas, era como una pequeña cueva, en los recovecos de las paredes había velas, en las mesas más velas, manteles blancos bordados y un pequeño jarrón con una flor natural. Les acomodaron en la mesa más apartada, la más íntima, ellos se dejaron llevar. Se sentaron y leyeron la carta, la recomendación en Internet era el pescado, Jose pidió lubina, Laura atún, para beber una botella de vino blanco, el que les recomendó el camarero.

- Un sitio muy bonito. - Dijo Laura para romper el silencio que a ambos les había llegado a la vez, quizás por un recuerdo que ambos compartían de hacía tiempo. Jose asintió, nada más pudo decir.

- Bueno, ¿y mañana qué es lo que buscas en la feria? - Cambió de tema.

- Pues la verdad, es que nunca busco nada en concreto, suelo abrir la mente y dejarme llevar. Necesito un escritorio o un secreter para un pedido de un cliente. Sé que quiere algo clásico, bonito y masculino, un secreter sería ideal, sino un escritorio de estilo alfonsino también estaría bien, es un estilo masculino. A ver qué nos encontramos. - Laura se encogió de hombros.

El camarero apareció con el vino que le fue a dar a probar a Jose pero éste con un leve gesto le indicó que lo catara Laura, ella probó el vino y dijo que estaba bueno.

Le dio un golpecito cariñoso en el brazo. - Podía haber estado picado y no tengo claro si me hubiera dado cuenta. Al vino blanco no le pilló yo bien el gusto.

- Podíamos haber pedido tinto. - Le sonrió Jose.

- Si, pero con pescado siempre recomiendan el blanco, por algo será. - Laura puso los ojos en blanco.

- Yo creo que hay que tomar lo que te guste. Y por supuesto te hubieras dado cuenta de que el vino estaba o no picado, te hubiera sabido avinagrado y eso lo saboreas en seguida, con lo poco que te gusta el vinagre. - Le guiñó un ojo. En ambas afirmaciones tenía toda la razón.

Llegaron los platos y tal y como habían leído en Internet el pescado estaba exquisito.

- Recuérdame luego que ponga un comentario por Internet de lo fantástico que es este sitio. Decoración diez, comida diez y por ahora la atención es muy agradable. - Como Laura se guiaba mucho a dónde ir por los comentarios que encontraba en Internet, ella también solía valorar los sitios a los que iba para que otras personas pudieran leer su opinión.

Salieron del restaurante contentos, mitad por el vino, mitad porque el día estaba resultando muy entretenido, habían desconectado de todo y lo estaban pasando mucho mejor de lo que ninguno podía haber imaginado.

De camino al hotel pasaron por un pub abierto a la playa, la gente estaba sentada en la

terraza, donde había varias estufas de exterior. También había pequeños grupos en la barra. Se sentaron en una mesa un poco apartada en la terraza, dispuestos a tomarse un cóctel. Laura ni se molestó en leer la carta.

- Buenas noches. - Les dijo el camarero del local. - ¿Qué van a tomar?

- Me puedes recomendar un cóctel con ron pero que no sea muy dulce, y que no sea mojito o similar. - Laura lo dijo con una sonrisa de lo más encantadora y seductora, pensó Jose.

- Te voy a hacer uno especial para ti, a ver si te gusta. Si no te gusta me lo dices y te buscamos otro cóctel, sin compromiso. - El camarero le guiñó un ojo, y ella asintió contenta. Jose pidió un mojito.

Al poco rato apareció con el mojito de Jose y una copa alargada de color frambuesa, con un par de guindas rojas pinchadas en un palillo y una sombrilla. - Ya me dirás si te gusta. - El camarero se fue y ellos dos brindaron. Laura probó su cóctel y le encantó, aunque estaba bastante dulce, pero le dio igual, estaba muy rico.

- ¿Qué tal está?

- Muy rico, toma, Pruébalo. - Le puso la pajita prácticamente en la boca, por lo que él ni se molestó en rechazarlo. Lo probó. - Está muy dulce, pero me gusta.

- Creo que es por la granadina. - Ella asintió.

- Recuerdas cuando nos inventábamos las conversaciones de la gente. - Jose se acordaba perfectamente, era un juego de tan absurdo muy divertido. Laura movió la cabeza señalando a una pareja que había al otro lado de la terraza, parecían muy acaramelados. - Oh, cariño te quiero tanto, ¿qué hacemos aquí? - Laura puso voz infantil de niña tonta. La pareja se estaba besando. - ¿Por qué no nos vamos a la habitación? Estamos dando el espectáculo.

- Qué dices, y el morbo de estar aquí comiéndonos mientras la gente mira. - Jose le siguió el juego poniendo voz grave. - Esos dos no nos quitan ojo. - Se refería a ellos mismos. Justo en ese momento la pareja se levantó dirigiéndose a la playa. - Vamos a hacerlo a la playa, donde nos vean bien. - Se estuvieron riendo un rato. Jose la cogió de la mano y se levantaron. - ¿Damos una vuelta o nos vamos a dormir?

- Vamos a dormir. - Dijo Laura agarrándose a su cintura y apoyándose en él. - Estoy agotada y algo borracha.

Llegaron al hotel, cogieron las llaves de sus respectivas habitaciones y subieron cogidos de la mano.

- Ha sido un maravilloso día. - Le dijo Jose a Laura delante de su puerta. Fue a darle un beso de buenas noches, pero en ese momento ella giró la cabeza y se besaron, primero fue un beso inocente, pero entre ambos saltó una chispa, un montón de recuerdos empezaron a fluir, sensaciones que ya conocían. Acabaron besándose apasionadamente, sin poder contener lo que los dos estaban deseando desde que se habían vuelto a encontrar en aquel restaurante árabe y que por uno u otro motivo habían estado reprimiendo todo este tiempo.

- ¿Quieres pasar? - Le invitó Laura.

- ¿Estás segura? - Dijo con voz ronca.

- No.- No era esa la respuesta que esperaba Jose, se miraban a los ojos, estaban aún abrazados, él la miraba desde lo alto, ella levantaba la cabeza para verle los ojos. - No quiero romperme de nuevo. - A Jose le dolió, aún ella lo llevaba dentro. Sabía que no se refería sólo a él, sino a todo, pero sufrió al oírla, sintió su fragilidad.

- No lo harás, eres fuerte. Y esta vez estaré a tu lado, no pienso irme a ningún sitio.

Entraron a la habitación de ella, sus cuerpos volvieron a encontrarse, como antaño encajaban a la perfección, parecía que no había pasado el tiempo, se reconocían, recordaban lo que a cada uno le gustaba. Practicaron nuevas cosas aprendidas con la experiencia. Disfrutaron de un sexo a ratos dulce y tierno y a ratos animal y salvaje. Rieron, bromearon y hablaron. Durmieron abrazados, él protector, ella protegida.

Ambos guardaron esa noche para el recuerdo, no la olvidarían.

Llegaron de los primeros a la Feria, sonrientes, felices, agarrados de la mano. Laura iba de puesto en puesto mirando a ver si encontraba lo que buscaba o algo que le llamara la atención. Jose observaba su impaciencia cuando no encontraba nada o su alegría cuando descubría algún objeto que le gustaba o le llamaba la atención. Era como ir con un niño pequeño a una tienda de golosinas.

Encontró un tocador isabelino que le pareció una monada, ya había sido pintado en varias ocasiones con anterioridad y tenía el labrado de los cajones bastante perdido entre capa y capa de pintura, pero aún así lo compró, a muy buen precio. Es lo que tenía este mercadillo, que se podían encontrar muebles mucho más baratos que en tienda, le explicó.

- ¿Qué diferencia hay entre antigüedades y almoneda? - Iban agarrados de la mano, Jose estaba embelesado viendo a Laura de un puesto a otro, disfrutando de lo que veía, diciéndole de qué estilo era cada mueble, si era o no una antigüedad, estaba disfrutando por el hecho de lo mucho que ella disfrutaba en ese momento, pero no le quedaban los conceptos muy claros.

Laura se extrañó de la pregunta, no pensaba que estuviera prestando ninguna atención, ni que le interesara. - Pues, las antigüedades son muebles de más de cien años con un estilo definido, pero almoneda se refiere a muebles de menos de cien años, eso sí, por encima de los cuarenta o cincuenta. Todos ellos de buena calidad, ya que en esa época se usaban materiales nobles y excelentes procedimientos artesanales. - Jose la escuchaba muy concentrado, intentaba asimilar toda la información que ella le contaba. Laura no paraba de hablar, le encantaba poder hablar con alguien de su gran pasión y que además ese alguien mostrara un poco de interés. Llegaron a un puesto donde Laura vio un secreter. - Mira Jose, lo que estaba buscando. - Sacó del bolso un metro, ya le había comentado en otra ocasión que siempre llevaba uno, nunca sabía cuando lo iba a necesitar, le había dicho, y se puso a tomar las medidas del mueble. - Es perfecto, las medidas son las que buscaba y la madera es tan bonita, a éste no lo voy a pintar, lo limpiaré y enceraré, dejaré que se vea esta preciosa madera de nogal. El secreter es de estilo Chippendale, las patas curvas cuya base parece una garra es una característica de este estilo de muebles, y el tallado en la parte superior de la pata le da elegancia al conjunto. - Laura le explicaba estos detalles mientras se los señalaba en el mueble que tenían delante. - Todos estos cajoncitos son una monada. - Decía mientras los abría y cerraba para ver que corrieran bien. Preguntó el precio y regateó un rato. Al final cerró el trato y Jose supuso que había sido una buena compra porque ella estaba encantada.

Cogió a Jose de la mano y siguieron mirando puestos - Thomas Chippendale fue un ebanista inglés en el siglo XVIII que creó un estilo de muebles de lujo. - Continúo explicándole.

Se acercó a un puesto donde había detalles decorativos, viejos teléfonos, jarrones sin color, lámparas sin brillo, pero Laura lo que estaba mirando eran unas latas viejas de cereales con publicidad, debían de ser de los cincuenta. - ¿Te gustan? - Jose asintió, la verdad es que ni le iban ni le venían. - Te voy a regalar un par de ellas. - Jose fue a decirle que no hacía falta, a ver para qué iba a querer él esas latas medio oxidadas. Laura lo vio con esa cara de desconcertado y se echó a reír. - Jose, sólo son para decorar, seguro que le encontramos alguna utilidad, pero es que tu casa siendo lo bonita que es, le falta un poco de color y calor. - Le dio un beso en los labios y compró las cajas. Jose boquiabierto no pudo decir más.

Siguieron dando vueltas, pero ya sólo compraron un espejo con un marco muy rococó que necesitaba cambiar el espejo sí o sí, tenía pinta de estar oxidado, si es que un

espejo podía oxidarse, pensaba Jose.

Cargaron los muebles en la furgoneta y se fueron a comer a un restaurante en el paseo marítimo para despedirse de la playa. Esta vez pidieron una mariscada para dos a la plancha. No pidieron vino pues tenían que conducir a casa, ya se les terminaba el fin de semana. Apenas hablaron en la comida, cada uno estaba concentrado en sus pensamientos.

- Y ahora de vuelta a la realidad. - Laura rompió el silencio con un deje nostálgico. - Me encantaría que este fin de semana no se terminara, ha sido lo mejor desde hace mucho tiempo. - Jose pensaba lo mismo pero no dijo nada. La cogió del cuello, la acercó y la besó.

En el camino de vuelta a casa, fueron escuchando la música de la radio o cuando no había buena cobertura Laura conectaba su USB a la furgoneta para escuchar su vieja música, casi toda de los ochenta.

- Sabes, cualquiera diría que has estado encerrada en un tarro de cristal todo este tiempo, sin oír más música que la de hace casi treinta años. - Jose tenía razón, Laura no prestaba mucha atención a la música actual, le encantaba la que oía cuando era joven y básicamente era la que llevaban en el coche.

Laura iba mirando por la ventanilla, el campo, los árboles, los sembrados, todo pasaba muy deprisa a su alrededor. Cuando se quiso dar cuenta ya estaban en su taller descargando los muebles que habían comprado.

- Te llevo a casa y yo me encargo de devolver la furgoneta. - Habían quedado con la empresa de alquiler en dejar la furgoneta en el parking y las llaves echarlas al buzón correspondiente en el interior del garaje, ya que al ser domingo por la tarde no abrían la oficina.

- Muchas gracias, Jose. - Laura estaba agradecida. Estaba agotada.

Cuando llegaron a casa de Laura, Jose dejó aparcada la furgoneta en la entrada del edificio de forma que no entorpeciera el paso. La cogió de la mano y subieron ambos sin hablar en el ascensor. En la puerta de Laura, ella se dio la vuelta y lo miró a los ojos.

- ¿Y ahora qué? - Preguntó él. Laura llevaba todo el viaje temiendo esa pregunta y sin saber qué contestar.

- Nada. - Laura se fijó que no había sorpresa en los ojos de Jose, pero si notó dolor, lo que a ella le entristeció, se le hizo un nudo en la garganta. - Ha sido el mejor fin de semana de mi vida, o por lo menos de los últimos años. Pero aún no estoy preparada, necesito tiempo.

- Laura, ¿recuerdas la noche del restaurante? - Cómo se le iba a olvidar. - Sabes que me salvaste la vida, ¿verdad?

- Jose, esa bala que me dio a mí en el hombro, te podía haber dado igualmente en el hombro a ti, yo sólo me comporté como una imbécil saltando sobre ti y llevándome la herida. - Laura quería quitar hierro al asunto, se sentía incómoda cuando le mencionaban heroicidades, ella no se sentía como una heroína, ni mucho menos. Jose la cogió de la barbilla e hizo que alzara la mirada.

- Laura, sabes que eso no es cierto. Si no me hubieras empujado, yo estaría muerto. Me salvaste la vida. - Hizo una breve pausa. - Eso me recuerda lo mucho que mereces la pena. Entiendo que necesites tiempo para aclararte. Entiendo que tenga que esperar por ti. Esperaré todo el tiempo que necesites, no me pienso ir a ninguna parte. - Apoyó dulcemente sus labios en los de ella y la besó con suavidad. Se giró hacia el ascensor, entró y se dio media vuelta, de forma que se quedaron mirando mientras las puertas se cerraban.

Octubre 1.999

Laura se estaba vistiendo para su cita con Jose, por fin iban a quedar como dos personas normales. No iban a quedar para tratar de acercarse a una banda que traficaba con drogas, tampoco iban a quedar para aprender a utilizar armas, tampoco para aprender a pelear, iba a ser una cita como las del resto de los mortales, o al menos eso era lo que ella esperaba.

Cuando Marta le contaba sus salidas con Pablo, sentía envidia, iban al cine, a dar una vuelta por el Retiro, de tapas por el centro, sin ninguna otra motivación que verse y hablar. Jose y ella no habían quedado de esa forma nunca, ésta iba a ser su primera vez y estaba como un flan. Se sentía tonta por estar en ese estado, llevaban meses juntos, se habían ido de vacaciones juntos, se habían acostado, era totalmente ilógico ponerse nerviosa, razonaba ella, pero aún así, estaba alterada.

Para comenzar, no tenía ni idea de qué ropa ponerse. Miró su cama y vio que tenía prácticamente todo el armario encima de ella, ya se había probado de todo y no se había decidido. Estaba cansada de ir siempre con vaqueros, Jose sólo la había visto con vaqueros, sonrió al recordar que eso no era del todo cierto, y desechó esos pensamientos de su cabeza. Se había probado un par de vestidos, pero eran demasiado elegantes para ir al cine, tal y como pensaban hacer. Habían estado mirando la cartelera de teatros y no habían visto ninguna obra que les llamase la atención, así que al final se decantaron por el cine. El problema es que Laura no se decidía tampoco por la película, estaba entre varias, y mantuvo un monólogo en el que explicaba los pros y contras de cada una, hablando de los actores que participaban en la película, que si uno le encantaba como trabajaba, que si otro sólo hacía bodrios aunque tuviera siempre a la crítica de su parte, después empezó a tener en cuenta la sinopsis de la película, que si estaba muy visto, que menudo rollo, ésta parece interesante pero trabaja ese actor al que odio, le tocó el turno de los directores, a éste no lo conozco, éste me encanta pero no sé si la película merecerá la pena, y así estuvo hablando sola mientras Jose intentaba seguirla en sus razonamientos, así que al final Jose le puso la revista en la mano y le dijo que eligiera lo que quisiera, que él se rendía, ya elegiría la próxima vez.

Al final se puso una mini falda, no demasiado corta, puesto que tampoco iba a ligar a la disco, pero bastante por encima de la rodilla, una camiseta ajustada y unas botas altas. Se miró al espejo y decidió que estaba guapa. Dejó su melena suelta, se maquilló un poco y justo cuando estaba terminando de meter la cartera en el bolso sonó el telefonillo. Jose ya estaba abajo esperándola. Cogió el abrigo, la bufanda y bajó.

Laura entró en el Xsara de Jose, lo fue a saludar, pero él la cogió y la besó, un beso largo y suave que dejó a Laura fuera de juego. Él se apartó y la miró sonriente, le encantaba ver el efecto que ejercía sobre ella, a él le pasaba lo mismo cuando estaba con ella, pero lo disimulaba bastante mejor. - ¿Has elegido la película? - Laura se centró en las películas que había visto en cartelera.

- Creo que al final me quedo con "The Haunting (la guarida)". Tiene buena pinta. Es de miedo. Por lo visto un equipo entra a investigar en una casa las causas del miedo y empiezan a ocurrir cosas. - Laura esperaba que le gustaran las películas de terror, a ella le encantaban, a parte de que le gustaban los clásicos, poco más sabía de sus gustos cinematográficos.

- De acuerdo, ¿a la Gran Vía, entonces? - Laura asintió. Estaban pasando la película

en uno de los múltiples cines que existían en la Gran Vía. Era un poco rollo el tema de aparcar en el centro, pero luego estaba todo muy a mano.

Llegaron al cine y se pusieron en la cola para comprar la entrada. Agarrados de la mano, Laura se sentía como el resto de parejas que había a su alrededor, era una sensación rara pero muy agradable. Cuando pidieron las entradas, Jose fue a pagar pero Laura se le adelantó.

- Hoy invito yo. - Le dijo sonriente.

- Creía que en las citas pagaba el hombre. - Ella puso los ojos en blanco.

- Supongo que en el siglo pasado. Estamos en los noventa. A punto de entrar en el siglo XXI, ya sabes, la mujer es independiente. Ahora se lleva pagar a medias. - Ahora fue Jose el que puso los ojos en blanco.

- Así que eres de esas feministas. Vamos a medias, pero ábreme la puerta para pasar.

- Rió irónicamente, y ella le dio un golpe cariñoso en el brazo.

- No digas tonterías. - Le sacó la lengua infantilmente.

Pasaron al cine y Jose compró unas palomitas y un par de refrescos. Se acomodaron en los asientos que les habían dado, en un sitio centrado como habían pedido. La película empezó y se pusieron a comer palomitas mientras la veían. En una escena de la película, Laura dio un bote debido a un susto, dándole, sin querer, un puñetazo a Jose en la pierna con una mano y con la otra, al hombre que tenía al otro lado. Laura le pidió perdón al hombre poniéndose como un tomate, él no pudo dejar de sonreír por lo absurdo de la situación. Jose no prestaba atención a la película, había desconectado a la media hora, cuando decidió que no era de su gusto, por lo que observaba a Laura cómo disfrutaba del cine, saltaba en los sustos, se reía con las ironías y las bromas, se emocionaba en alguna escena triste, era impresionante como se metía dentro de la película. Ella al darse cuenta de que estaba siendo observada, lo miró y le sonrió, pero Jose notó que se ponía nerviosa y se sentía incómoda, lo que le hizo aún más gracia. De todas formas, dejó de observarla para ver el final de la película, que le pareció aún peor que el comienzo.

- ¿Te ha gustado? - Estaban saliendo por la puerta, muy despacio puesto que había multitud de gente. Jose llevaba agarrada a Laura por la cintura para no perderse entre el barullo.

- La verdad es que no. - Dijo Laura meditando la respuesta. - Excepto un par de sustos, ha sido un poco rollo. - Jose se sorprendió, porque parecía que la vivía. - ¿Y a ti?

- Nada, he visto el principio y como no me convencía, he desconectado.

- Sí, me he dado cuenta. - Ella le dio un beso en la mejilla. - ¿Y ahora qué hacemos?

- No sé, ¿qué hacen las parejas normales después de ir al cine? - Preguntó Jose con tono socarrón. Laura no sabía ni qué contestar, ya no recordaba su última cita. - Porque a mí se me ocurre algo. - El tono de Jose no dejaba lugar a dudas de lo que le apetecía en ese momento, pero Laura prefirió obviarle.

- Podemos ir a cenar algo, tengo hambre.

- Conozco un restaurante aquí cerca, en una callecita que sale de Montera. La comida está muy buena y está muy bien de precio. Hacen un arroz espectacular. ¿Qué opinas?

- Había salido varias veces por la zona y ese restaurante en particular le encantaba, aunque hacía tiempo que no iba, esperaba que no hubiera cambiado.

- Me parece perfecto. - Sonrió y lo cogió del brazo para que la guiara.

Cuando llegaron al restaurante les dijeron que tenían que esperar diez minutos, así que se quedaron en la barra tomando una copa de vino mientras tanto.

- ¿Puedo hacerte una pregunta personal? - Laura no conocía nada de su vida, y él tenía un informe de lo más completo de la suya.

- ¿Vas a hacerme el tercer grado? - Jose arqueó las cejas con expresión interrogante.

- Llámalo así. - Sonrió ella. - Pero es que no sé nada de ti.

- Pues yo creo que me conoces perfectamente. - Se sorprendía muchas veces por lo

intuitiva que era ella, más de una vez le había leído el pensamiento. - ¿Y qué quieres saber de mí? - Preguntó intrigado.

- La verdad es que todo. Pero poco a poco. - En ese momento el camarero los llamó para indicarles que ya tenían una mesa disponible. Lo siguieron y se acomodaron en una pequeña mesa con un bonito mantel bordado y una gran rosa de plástico en un pequeño jarrón en el centro, al lado de una pequeña vela que estaba encendida. Laura se quitó el abrigo dejándolo en el respaldo de la silla, y Jose ya sentado se quedó contemplando su cuerpo y sus gráciles movimientos que tanto lo excitaban.

- Estás muy guapa. - Laura se ruborizó. - ¿Te has dado cuenta que siempre que te digo un piropo te ruborizas?

- Supongo que no estoy acostumbrada. - Laura no entendía por qué todo lo referente a Jose le afectaba tanto, supuso que sería enamoramiento, o simplemente estupidez, no lo había decidido aún.

- Eso lo dudo. - Casi todos los chicos que había visto hablar con Laura se habían insinuado, ella les daba largas con una dulzura inexplicable, sabía cómo tratarlos sin herirlos. Era raro, la mayoría de las chicas guapas que él había conocido, trataban a los chicos que no encontraban interesantes con algo similar al desprecio o la indiferencia. - ¿Puedo elegir por tí? - Laura se sorprendió, nunca habían elegido por ella, pero pensó que sería bonito dejarse llevar por una vez, así que asintió. - Como entrante hacen unos mejillones a la sidra que están espectaculares. De segundo, el arroz a la cazuela está buenísimo, y ponen cantidad, podemos pedir un plato y compartir, ¿te parece? - Laura rió.

- ¿No ibas a elegir tú?

- Sí, pero no quiero que te dejes nada en el plato, así que prefiero asegurarme. Además, ya me has dejado claro que eres una feminista insufrible. - Él le guiñó un ojo. Llegó el camarero y Jose pidió la comida acompañada de una botella de vino tinto, un Rioja.

- Bueno, por dónde íbamos. - Continuó Laura, no quería despistarse de su conversación inicial. - ¿Por qué te hiciste policía?

- Así que aquí empieza el interrogatorio, ¿no? - Jose le sonrió. - A ver, qué te cuento, para proteger a la gente y el rollo de siempre o prefieres una historia triste.

- La verdad.- Le animó Laura.

Apareció el camarero con el vino, les rellenó las copas y se marchó en silencio. Un momento después llegó otro camarero con los mejillones y el arroz que colocó en el centro de la mesa. Les dijo que ahora les traía unos platos y unos segundos después apareció con un par de platos que dejó encima de la mesa.

- De acuerdo, la verdad. - José se quedó pensando un momento cómo comenzar su historia. Hacía mucho que no hablaba de ello. - Vivía con mis padres en Madrid, en la calle del Pez, bastante cerca de aquí, por cierto. Un día mi madre vino a buscarme al colegio, como todos los días, aunque ese día tenía entrenamiento de fútbol después de las clases y salía más tarde de lo normal. Estábamos en febrero y hacía un frío que pelaba, recuerdo ir agarrado de la mano de mi madre tiritando de frío y deseando llegar al calor de nuestra casa. Entonces, un extraño apareció en la esquina, se dirigía hacia nosotros haciendo eses, yo supuse que estaba borracho, y seguí mirando al suelo intentando protegerme del viento que venía de cara. Al pasar por nuestro lado, tiró del bolso de mi madre que llevaba colgado al hombro y agarrado con una mano. - Jose estaba absorto en su historia, mirando al infinito, pero en ese momento miró a Laura. - Sabes, mi madre siempre llevaba el bolso muy sujeto, decía que sino, cualquier ratero podría llevárselo sin ella darse cuenta. - Sonrió irónicamente. Otra vez dirigió su mirada a un punto fijo en el infinito y prosiguió con su historia. - Cuando el extraño le tiró del bolso, ella como acto reflejo intento agarrarlo más fuerte para que no se lo llevara, pero el borracho sacó una navaja del bolsillo de su abrigo y sin decir nada ni hacer nada se

la clavó a mi madre en el corazón, agarró el bolso y salió corriendo. Yo me quedé ahí, mirando cómo corría y viendo cómo mi madre caía al suelo muerta. Nunca lo cogieron, yo no pude ayudar, no lo había visto, iba mirando al suelo para protegerme del viento, sólo recordaba unos zapatos negros, un pantalón negro y un abrigo negro, nada más. Durante mucho tiempo lo llamé el hombre de negro, aparecía en la mayoría de mis pesadillas. - Jose hizo una pausa, había contado más veces esa historia, pero a nadie le había hablado de las pesadillas con el hombre de negro, sin embargo contándoselo a ella, le había salido, sin más. Laura lo miraba a los ojos sin saber qué decir, no se esperaba una historia de esas características. - Decidí que cuando fuera mayor intentaría proteger a los niños de tipos así, que no tuvieran que pasar por lo que pasé yo.

- ¿Cuántos años tenías?

- Ocho.

- Lo siento. - Laura lo cogió de la mano y se la apretó en señal de apoyo, con la otra mano le acarició la mejilla y le dio un dulce beso. No tenía nada que decir, y quiso demostrarle que ella estaba ahí. Jose no quería que nadie sintiera pena por él, y menos ella. Era una historia de su pasado, que no olvidaría, pero ya estaba asumida.

- ¿Alguna pregunta más?

- Creo que por hoy es suficiente. - Dijo Laura sonriente, viendo que Jose ya estaba de nuevo con ella y no en aquella fatídica noche.

Empezaron a comer, pero la comida se les había quedado fría, los mejillones estaban buenos aun así, pero el arroz ya estaba bastante pasado por lo que apenas lo probaron.

Como apenas habían comido, pidieron de postre una tarta de queso y otra de chocolate, en la carta ambas estaban recomendadas por el chef. Las compartieron mientras Laura le tomaba el pelo con la clase de karate que había recibido el día anterior, riéndose de algunas de sus posturas y su equilibrio. Lo contaba con tanta gracia, que Jose no pudo evitar reírse con ella de él mismo.

- Bueno, ¿y ahora a dónde? ¿qué es lo que hacen las parejas normales? - Acababan de salir del restaurante. Jose seguía expectante a ver que quería hacer Laura en su cita normal.

A Laura no le apetecía ir a tomar nada, lo que le apetecía era ir a casa, quizás tomar algo y meterse en la cama con Jose. - ¿Vamos a tu casa? - Jose sonrió.

- ¿Ya te has cansado de una cita normal? - Fingió sorprenderse de forma exagerada. - Antes voy a llevarte a un sitio. - La cogió de la mano y se dirigieron al parking donde habían dejado el coche.

Iban los dos callados. Laura pensando en la historia que Jose le había contado esa noche, pensaba que tenía que haber sido muy duro criarse sin una madre, pero más aún ver cómo la mataban cuando era tan pequeño. Sintió lástima por ese niño, pero miró a Jose y se dio cuenta que se había convertido en un buen hombre. Estaba segura que nunca olvidaría lo que ocurrió, pero eso lo había convertido en la persona que era ahora.

Hubo una corriente de aire frío y Laura sintió un escalofrío, por lo que agarró a Jose del brazo y se pegó a él para sentir su calor. Jose notó el temblor de su cuerpo, así que la rodeó con un brazo, frotándole la espalda para que entrara en calor.

Llegaron al coche y Jose en seguida encendió la calefacción, la puso lo más alta posible para que ella dejara de tiritar. Laura se acomodó en el asiento y comenzó a mirar por la ventanilla, colocó su mano encima de la pierna de Jose, y éste puso la suya encima de la de ella.

- ¿Dónde vamos? - Preguntó, ya que no tenía ni idea dónde podía estar llevándola.

- Aquí cerca. Es un sitio al que me gusta ir por la noche. Tiene un encanto especial. Seguro que has estado mil veces, pero nunca hemos estado juntos. - Laura lo miró

sorprendida. Jose solía ser muy dulce cuando no estaba actuando de policía duro, pero nunca hubiera pensado que tuviera una pizca de romanticismo en su interior, y esto le demostraba cuán equivocada estaba. - ¿Cómo vas de tacones? Lo digo porque es difícil aparcar in-situ.

- Llevo tacón, pero puedo andar un rato. ¿No vamos a hacer un trekking, verdad? - Jose rió ante su broma y negó con la cabeza. - Entonces, creo que aguantaré.

Dejó el coche a un par de calles, salieron y se pusieron a andar. Laura estaba totalmente desubicada, así que se dejó llevar por él. Al girar en una esquina vio una preciosa postal de Madrid por la noche, entendió entonces a lo que Jose se refería. Estaban en el Templo de Debod y por la noche con la iluminación era espectacular.

- Sabes, nunca he estado aquí por la noche. Es precioso. - La cogió de la mano y se la llevó a una esquina, donde se podían sentar a contemplar la imagen, a disfrutar del momento.

Jose se sentó en la piedra, estaba helada, así que cogió a Laura y la sentó encima de él, la rodeó con los brazos, puso su cabeza encima de su hombro y le dijo al oído. - ¿Disfrutas de tu cita normal?

- Me encanta. Vamos a tener que repetirlo. - Se quedaron mirando la noche oscura y el templo iluminado, sin decirse nada.

Después de un rato, Jose se levantó arrastrando a Laura con él. - ¿Nos vamos a casa? - Laura asintió.

Fueron dando un paseo hasta el coche, había muchas parejas por la zona, muchas de ellas estaban tumbadas en la hierba besándose apasionadamente, vorazmente. Laura pensó que algunas deberían irse a un hotel, estaban dando un buen espectáculo. Aunque recordó que hasta no hace mucho tiempo ella hacía lo mismo, los chicos con los que había estado saliendo vivían, como ella, con sus padres, eran estudiantes, por lo que no tenían ni dinero ni casa propia, era su primera relación con alguien que llevaba mucho tiempo siendo independiente, viviendo solo en un piso.

- Un penique por tus pensamientos. - Dijo Jose.

- ¿Tan poco valen? - Laura le guiñó un ojo. - Pensaba en que soy feliz y que te quiero.- Era la primera vez que se lo decía, le salió natural, sin darse cuenta, de hecho, hasta que no se lo oyó decir a sí misma, no se dio cuenta que dicha afirmación había salido de su boca. Jose paró en seco, se giró hacia ella, le cogió la cara con sus manos heladas y la besó, con dulzura, despacio, hasta que empezó a sentir una necesidad de ella, que hizo que continuara besándola ardientemente. Paró de repente, tenía que frenarse si no quería desnudarla allí mismo.

Laura se quedó sorprendida de su momento de pasión repentino. Él no la había contestado, no le había dicho que también la quería, pero aceptó que ese beso se lo decía todo.

Continuaron andando hacia el coche con paso apremiante.

Estaban en la cama, desnudos, abrazados, Laura con la cabeza apoyada en el pecho de Jose jugando con su vello, éste tumbado de espaldas, mirando al techo mientras le acariciaba la espalda. Relajados después de una noche de pasión resultante de una velada llena de confidencias. De fondo, se oía el sonido lejano proveniente del tráfico de la calle, Laura pudo percibir el sonido de una ambulancia y de algún coche de policía, poco después escuchó al camión de la basura, debía de ser muy tarde, o muy temprano si lo veías desde el lado de los basureros, pensó. Miró el reloj despertador que Jose tenía encima de la mesilla y vio que eran las seis y media de la mañana, no habían dormido nada, y lo peor de todo, es que en ese momento no tenía nada de sueño, tenía los ojos como platos. Tampoco quería dormir, quería disfrutar de ese instante, tan íntimo, tan familiar, estaba tan a gusto que no quería dejarlo pasar sin

guardárselo para sí. Quizás, en otra ocasión, tuviera que recurrir a él para sentirse mejor, así que ahora era el momento de disfrutarlo.

- Sabes, estoy agotado, pero no tengo ni pizca de sueño. Se está tan a gusto, así, contigo. - Laura sonrió por su compenetración.

- Justo, estaba pensando lo mismo. - Miró hacia arriba, se apoyó en el codo y le dio un beso en los labios. Volvió a acomodarse como estaba.

- Es curioso, no recuerdo nada parecido. Lo normal en mis relaciones, es que yo fuera a casa de ellas, echábamos un polvo y en cuanto terminaba me largaba. No recuerdo estar así con ninguna mujer con las que he mantenido alguna relación.

- Suena triste.

Aunque sus relaciones no habían sido muy duraderas, con todas sus parejas había durado varios meses, era raro no haberse quedado con ninguna en la cama para despertar juntos. Por eso, prefería ir a casa de ellas, así tenía la facilidad de lagarse cuando quería, si venían a su casa le costaba echarlas y cuando lo hacía, se iban ofendidas. Sin embargo, con Laura, no quería levantarse de la cama, disfrutaba viéndola dormir, y le encantaba despertar y descubrir que ella estaba a su lado. - Supongo que tienes razón.

Volvieron a quedarse en silencio, cada uno centrado en sus propios pensamientos. Laura no dejaba de darle vueltas a la historia que le había contado en la cena, cómo había perdido a su madre, sentía el sufrimiento del niño de ocho años que por este motivo se había convertido en policia, en el hombre que era en ese momento.

- Tu madre estaría orgullosa si pudiera ver al hombre en el que te has convertido. - Jose se sorprendió con el comentario, aún así, le pareció muy tierno. Ella seguía jugando con su vello, él se incorporó un poco en la cama, lo suficiente para darle un cariñoso beso en la cabeza.

Marzo 2.016

Laura estuvo muy ocupada entre su trabajo y el entrenamiento toda la semana. Ya había terminado la rehabilitación del hombro, prácticamente subía el brazo tanto como el otro. Así que esa semana fue a entrenar y también se acercó al club de tiro a practicar. Se mantuvo toda la semana atareada para no pensar ni en los asesinatos ni en su relación con Jose, si es que había alguna relación. Aunque sabía que no podría estar mucho tiempo desconectada de todo.

Salía el viernes de la tienda para ir a comer cuando sonó el teléfono.

- Hola Laura, ¿cómo estás? - La voz del otro lado sonaba sin resentimiento, por lo que se relajó.

- Hola Jose. Estoy bien gracias. Iba a comer algo. ¿Y tú? - Intentaba ser natural, pero estaba nerviosa.

- He estado investigando al Chino y a sus dos amigos, tengo bastante información sobre ellos, ¿puedes quedar esta noche y te cuento? - Laura esa semana no había investigado nada. Le había dicho que quería que la mantuviera informada, por lo que no podía rechazar el encontrarse con él, aunque en ese momento era lo que menos le apetecía, se sentía fatal, se había dedicado a ratos a insultarse a sí misma por su comportamiento, lo más bonito que se había llamado era zorra.

- De acuerdo. Voy a ir a entrenar, saldré a las diez. A partir de ahí cuando quieras.

- Ok, te paso a buscar. - Jose colgó.

Laura pasó al bar de en frente y pidió un sándwich y una lata de refresco para llevar. Tenía que ponerse en marcha, Jose había seguido trabajando en el caso y ella se había dedicado a tener la mente ocupada en otras cosas, así que no había hecho nada.

Se sentó en la mesa de la tienda, delante de su ordenador y se puso a buscar información por Internet del Chino, el Dardo y el Bulldog. No encontró gran cosa. Cuando buscó por el Chino encontró mucha información sobre los chinos de China, una revista peruana, un cartel de la droga mexicano, pero nada del que ella quería. Cuando buscó sobre el Dardo todo lo que apareció era sobre juegos de dardos y cuando buscó por el Bulldog, la información que apareció se refería a perros, cómo cuidarlos, cachorros, pero tampoco nada del Bulldog que ella buscaba. Y así pasó dos horas hasta que tuvo que abrir la tienda y dejar de buscar.

Pensaba salir temprano, ya tenía todo recogido, puesto el abrigo y el bolso en la mano, cuando sonó el fijo que tenía encima de la mesa. Era Don Mateo, el cliente al que le habían llevado el día anterior el secreter, para decirle lo que le había gustado. Estaba encantado, era justo lo que él quería, un mueble con personalidad y precioso, le agradeció también que no lo hubiera pintado, que solo hubiera tratado la madera. El hombre fue encantador y quedó en pasarse por la tienda la semana siguiente porque tenía que amueblar más rincones de su casa y confiaba plenamente en ella.

Cuando colgó, Laura se sentía muy satisfecha consigo misma, no hay mejor motivación para seguir trabajando que la gente valore tu trabajo y se sienta tan identificada con las piezas que ella les busca y les restaura. Es genial, saber que aciertas con sus gustos y necesidades.

Llegó al entrenamiento y se olvidó de todo, tenía que estar concentrada en la clase. Esa tarde su sensei le metió mucha caña, sabía que no estaba en su mejor momento después de haber estado cinco meses sin haber entrenado, y sabía que tenía que

coger otra vez el ritmo, así que su sensei estuvo machacándola toda la clase, pero salió encantada, le gustaba cuando daba todo de ella misma.

En el vestuario femenino había un baño turco, así que como iba con tiempo, decidió relajarse un rato dentro. Pasó envuelta en la toalla y con las chanclas, no había nadie. Puso la toalla en el asiento y se tiró encima a disfrutar del calor y la humedad. Cerró los ojos y se concentró en no pensar en nada, cosa que le resultó completamente imposible. Pero por lo menos, logró no pensar en Jose. Estuvo ordenando su cabeza para poner en orden todo el trabajo que tenía que hacer la semana siguiente y si podría adelantar algo en su casa, así que se organizó el fin de semana para avanzar un poco. Cuando abrió los ojos vio que el reloj había avanzado casi quince minutos, así que se levantó y se mareó un poco, el calor y la tensión baja no eran buenas compañeras.

Se dio una ducha más larga de lo normal, le sentaba bien el agua caliente cayéndole por encima. Cuando terminó quedaban diez minutos para las diez, así que salió dispuesta a esperar a Jose, pero al salir vio su coche aparcado justo en frente de la puerta. Él estaba dentro esperándola, ojeando unos papeles dentro de una carpeta, supuso que sería trabajo o la información que había obtenido del Chino y compañía.

Laura abrió la puerta del copiloto y se subió, mientras Jose echaba al asiento de atrás los papeles que tenía en la mano y los que habían estado reposando en el asiento del copiloto.

Fue a saludarla dándole dos besos, pero las cabezas se liaron y acabaron besándose en los labios. Se miraron y los dos se echaron a reír, estuvieron así un rato.

- Nos comportamos como críos de instituto. - Dijo Laura todavía riéndose. Jose asintió también riéndose.

- Anda, vámonos. ¿Dónde quieres ir? - Laura no había pensado nada, aunque justo en ese momento le sonaron las tripas. - Parece que tienes hambre. ¿Quieres que vayamos a mi casa? - Laura se puso tensa, Jose se dio cuenta al ver por el rabillo del ojo el leve movimiento de su cuerpo. Después de sacar el coche del lugar donde lo tenía aparcado., levantó la mano derecha. - Prometo ser bueno. - Laura le sonrió y se relajó.

- ¿Qué me vas a hacer para cenar? - Preguntó Laura con voz de niña buena.

- Que mal acostumbrada te tengo, me parece que no tengo gran cosa, había pensado que podíamos pedir unas pizzas.

Cuando llegaron a casa de Jose, éste llamó para pedir la comida. Mientras, ella se quitaba el abrigo y lo dejaba en un perchero de pie muy moderno que tenía a la entrada de la casa. Dejó el bolso encima del sillón, en un lateral donde no molestara y se sentó, se quitó los zapatos y se cruzó de piernas encima del sofá.

- Espero que no te moleste que me haya puesto cómoda. - Jose la miró, se estaba poniendo una pinza en el pelo de mala manera para poder trabajar mejor y que el pelo no la molestara.

- Claro que no. La pizza ya está en camino. Si quieres algo, sírvete, hay cervezas y refrescos en la nevera, y alguna botella de vino en el botellero, en la esquina de la cocina. - Jose se dirigió a las escaleras - Ahora bajo, voy a quitarme esta ropa. - Él iba con traje y corbata, muy guapo, pensó Laura.

Se acercó a la nevera a por una cerveza, eran tercios, pero no sabía donde guardaba el abridor, por lo que en vez de ponerse a rebuscar volvió al sillón. Al salir de la cocina, vio en una esquina las dos latas que le había regalado el fin de semana y sonrió para sí. Mientras Jose bajaba, puso la tele, pero no había nada interesante, así que la apagó.

Jose se acercó al sofá y le pasó una gruesa carpeta rellena de papeles.

- Como ves entre los tres tienen más antecedentes que años Matusalén. - Jose se acercó a la cocina donde cogió otra cerveza para él, el abridor y se acercó a abrirle la botella a Laura. - Toma. - Le pasó su cerveza. - Te hago un pequeño resumen. Todos

estos años han seguido en contacto, siguen siendo buenos amigos, la mayoría de delitos que han cometido los han realizado juntos. Se han pasado algunas temporadas en la cárcel. Sobre todo se han dedicado a robar en chalés, solían entrar cuando no había nadie. También hay algunos robos en tienda, maltratos a sus mujeres, pero nada que me haga pensar que ahora se estén cargando a nadie de los que allí estuvimos.

- Entonces ¿no los consideras sospechosos? - Preguntó Laura, se le acababan las personas que podían tener un motivo.

- No dejan de ser sospechosos, pero no creo que ellos sean los culpables. No tiene ningún sentido.

- Supongo que tienes razón, algo se nos está escapando. - Jose estaba de acuerdo con Laura, algo se les escapaba pero no sabía qué podía ser.

Llegaron las pizzas y dejaron de lado los informes para ponerse a cenar. Se abrieron otra cerveza cada uno y cenaron tranquilamente. Laura le estuvo contando su búsqueda de información y lo poco que había conseguido esa mañana mientras comía. Estuvieron muy relajados, haciéndose bromas, contando lo que habían hecho esa semana, los entrenamientos de ella, los entrenamientos de él, el trabajo de ella, los casos de él. Cuando terminaron se pusieron a ver una película que estaban pasando en la televisión y que a Laura le encantaba, "Los intocables de Elliot Ness".

- Me encanta esta escena. - Le dijo a Jose mientras se veía a Elliot Ness, interpretado por Kevin Costner, y sus ayudantes en la frontera con Canadá montando a caballo y con una espectacular banda sonora de fondo. La película continuaba y no pudo evitar llorar cuando se cargaron al contable, ni cuando mataron a Sean Connery. Intentó disimular para que Jose no la viera, odiaba ser tan sentimental en las películas, por lo menos cuando había alguien delante. Pero Jose sonriendo le pasó un paquete de pañuelos de papel quitando toda la gracia a su vano intento de esconderse de su mirada.

Cuando la película terminó se tomaron una copa y siguieron hablando, tampoco del caso, sino de todo un poco. Anécdotas de los últimos años, como les había ido por un lado a Carlos y a su familia, y por otro lado a Pablo y a Marta. Pero sobre todo hablaron del cambio de trabajo de Laura. Jose sentía curiosidad por su cambio de vida, de una vida en la oficina con un sueldo fijo, a abrir una tienda de muebles. Después del domingo Jose sabía lo que disfrutaba con ello, pero había pasado de la seguridad del trabajo fijo a la incertidumbre convirtiéndose en autónoma. Y tal como estaban las cosas en España, ya que no era el momento más boyante para el país económicamente hablando, no llegaba a comprender su cambio, justo en ese momento. Y conociendo a Laura, sabía que ella disfrutaba teniendo un entorno seguro y relajado.

- La verdad que cuando miro atrás, no tengo ni idea de cómo me atreví. No sólo era el agotamiento del trabajo aburrido y repetitivo de todos los días. Siempre los mismos proyectos, la misma gente, el mismo estrés, era agotador, ¿sabes? Y lo peor no era eso, sino, el que me costara tanto levantarme para ir a la oficina. Me parecía muy triste que sólo viviera para que llegara el viernes por la tarde y salir de la oficina para disfrutar de un fin de semana que se pasaba tan rápido que no me daba ni cuenta. Y vuelta a empezar. Entonces me pregunté si quería que mi vida fuera así, y me contesté con un no en mayúsculas. NO, NO y NO. Así que decidí hacer lo que más me gustaba, restaurar muebles y decorar. Ahora me levanto con ganas de afrontar el día. Si me toca trabajar, estoy encantada, a ver qué mueble me voy a encontrar hoy, qué le haré, qué me dirá que le haga, porque aunque creas que estoy loca, ellos me dicen lo que quieren que les haga, lo que realmente necesitan. Y si me levanto el fin de semana, igual, me levanto con ganas de hacer cosas, de ver a mis amigos. Ahora disfruto todos los días, no sólo los fines de semana. No sé si me entiendes.

Jose la entendía perfectamente, todo el mundo vive esos momentos de hastío, una y

otra vez, la suerte es que para Jose esos momentos eran pasajeros porque le encantaba su trabajo, investigar, recopilar pruebas, preguntar a la gente y coger al malo, le fascinaba toda esa labor, todos esos pasos a seguir. Aunque a veces, cuando las cosas no iban bien, moría alguien, no cogían al culpable, se frustraba y se quemaba. Pero seguía adelante, siempre esperando que mereciera la pena cuando lograba meter a un asesino entre rejas. Y así se lo dijo a Laura.

Jose se levantó del sillón y llevó las copas al lavavajillas. - Vamos, te llevo a casa que te veo agotada. - Cuando volvió al sofá, vio que Laura estaba dormida, la cogió en brazos, no entendía con todo lo que comía cómo podía pesar tan poco, y la subió a su cama. Le quitó los zapatos, los vaqueros y la camisa que llevaba y le puso una de sus camisetas y aunque hubo un par de veces que pensó que ella se había despertado, se dio cuenta que no, que seguía dormida. La tapó con el edredón, le dio un beso de buenas noches en la frente y dejó que durmiera.

Sentado en el sofá, Jose volvió a repasar por enésima vez los informes que habían dejado apartados para ver si encontraba algo, una mínima pista que involucrase al Chino y sus dos compañeros en las explosiones, pero por más que buscó no encontró nada. Se quedó dormido en el sillón con los papeles esparcidos a su alrededor.

Por la mañana Laura despertó en una cama que no era la suya, las sábanas olían a Jose, aspiró su olor unos segundos antes de abrir los ojos. Era la habitación de Jose, Laura la recordaba del primer día que estuvo allí cuando le enseñó la casa haciéndole una pequeña visita guiada. Vio que su ropa estaba doblada en una silla en la esquina de la habitación, ella llevaba puesta una camiseta que le llegaba hasta la mitad del muslo, supuso que sería de él. Se levantó y se asomó a la escalera, vio que Jose estaba dormido en el sillón, con todos los documentos esparcidos por el suelo. Lo dejó durmiendo y se fue a dar una ducha. El baño era muy amplio, tenía una ducha enorme con una torre con chorros de hidromasaje, los probó todos mientras se duchaba, se colocó de forma que los chorros le dieran en la espalda y estuvo disfrutando el momento un buen rato. Salió de la ducha y se miró en el espejo, tenía buena cara, esa noche había descansado, no había tenido pesadillas y se había sentido segura. En su casa, desde el incidente, por mucha puerta blindada y mucha cámara, no se sentía segura. De hecho, ahora que lo pensaba, se daba cuenta el poco tiempo que pasaba últimamente en casa, intentaba estar en cualquier otro sitio, lo hacía inconscientemente pero sus acciones estaban ahí. Tenían que coger al cabrón que estaba asesinando a sus antiguos amigos.

Se vistió en la habitación de Jose y bajó. Éste ya estaba levantado, había puesto un par de tostadas en el tostador, y estaba delante del televisor viendo las noticias.

- Mira, ven, no te lo vas a creer. - La voz de Jose sonaba preocupada. En la pantalla, un piso ardiendo, según ponía en los subtítulos era un piso en el barrio de Vallecas de Madrid.

Laura cayó abatida sobre el sofá mientras esperaba expectante que el presentador dijera el nombre de la víctima. Se le pasaron por la cabeza todos sus amigos, a algunos los habían visto estas últimas semanas mientras investigaban. No quería saber cuál era, no podía suceder de nuevo.

De repente aparecieron tres fotos en la pantalla, fotos de las fichas policiales, eran el Chino, el Bulldog y el Dardo. Los únicos sospechosos que les quedaban, y los acababan de asesinar. Otra explosión de gas. Otro piso en Vallecas. Esta vez había heridos, varios vecinos por inhalación de humo.

Laura se recostó en Jose y apoyó su cabeza sobre su hombro, él la rodeo con su brazo, en ese momento saltaron las tostadas del tostador.

Octubre 1.999

El lunes por la mañana Jose estaba en comisaría yendo a la máquina de café a por el primero de la mañana, cuando se encontró con Carlos saliendo de la sala de descanso con dos cafés en la mano.

- A ti te estaba buscando. Toma. - Carlos le ofreció uno de los cafés que llevaba en la mano y Jose lo cogió agradecido. - El jefe nos espera.

- ¿Qué humor trae hoy? - Era tan variable como el tiempo. De repente recibía una llamada de felicitación por algún caso resuelto y se convertía en un pedazo de pan, se pasaba el día felicitando a todo el mundo por cualquier cosa. Si por el contrario la llamada era para presionarle por algún caso o para cantarle las cuarenta, los gritos que recibían todos en el departamento los oían hasta en Japón. Y por desgracia, la segunda circunstancia era la que se daba con más frecuencia.

- ¿Tú qué crees? - Carlos se encogió de hombros. No lo había visto, sólo había recibido una llamada solicitando verlos a ambos lo antes posible en su despacho, no le había dado ni tiempo a contestar cuando al otro lado ya habían colgado. Él no podía saber el estado en el que se lo iban a encontrar, pero por su experiencia, el ser llamado a su despacho, nunca era para nada bueno.

Continuaron el camino con cara de pocos amigos y sin decir palabra, ambos esperando lo peor. Sentada en su sitio, al lado de la puerta del despacho, estaba Carmen, tan recta como una escoba tecleaba bruscamente algo en el ordenador. Ese día ella parecía estar de muy mal humor, ni siquiera se dignó en mirarlos y saludarles como era su costumbre, así que no le preguntaron por el estado de su jefe. No era buen presagio que ella estuviera así, normalmente era una persona risueña y agradable. A sus más de sesenta años, debía estar a punto de jubilarse, pero teniendo un hijo alcohólico y en paro en casa, y un marido que se pasaba las horas muertas mirando la televisión sin prestar atención a lo que pasaba o dejaba de pasar a su alrededor, para ella era un descanso venir a trabajar a diario. De hecho, Jose no llegaba a comprender cómo una persona llevando auestas una vida tan dura, podía ser tan dulce, tampoco entendía por qué no los mandaba a ambos a la porra y se iba de casa, era ella la que mantenía a los dos vagos que tenía metidos en casa.

Llamaron a la puerta temiéndose una bronca por lo despacio que avanzaban en el caso del Chino. Escucharon una voz profunda que les indicaba que pasaran.

Jose fue el primero en entrar. Su jefe estaba hablando por el teléfono mientras les hacía señas con la mano para que pasaran y se sentaran en las dos sillas que tenía situadas justo en frente de su mesa. En las mismas que habían recibido tantas broncas por algún caso que no iba como su jefe esperaba o como el jefe de su jefe esperaba, la cadena hacia arriba a veces parecía infinita.

Se sentaron ambos esperando a que terminara de hablar. Su despacho era muy amplio, su mesa llena de papeles esparcidos por todas partes apenas dejaba ver el teclado del ordenador, y la enorme pantalla a un lado que ocupaba un cuarto de la mesa en ese momento estaba apagada. Detrás había una ventana que daba a un edificio demasiado pegado a la comisaría, casi parecía que no había calle de separación, el muro parecía un tabique en la propia ventana, esto era algo que siempre había agobiado a Jose. Alrededor, la estancia estaba llena de archivadores, Jose sabía que le gustaba tener todos los casos guardados en papel y archivados por orden

alfabético y con una organización de colores que sólo entendían Carmen y él.

En cuanto colgó el teléfono se centró en sus hombres, primero miró a Carlos y luego a Jose, sonrió, era el inspector más joven de la comisaría, había venido con muy buenas referencias y no le estaba fallando. Había resuelto un porcentaje muy alto de casos, era muy meticulado y ahora le había venido con esa idea. Una buena idea, pero que necesitaba mucho seguimiento y a muchos departamentos implicados que él no controlaba. Eso no le gustaba, que nada dependiera de él directamente, tener que estar dando explicaciones y elaborando informes.

Jose se relajó al verlo sonreír, quizás eran buenas noticias, confiaba que fuera lo que llevaba tanto tiempo esperando, la aprobación de su idea.

- No me voy a ir por las ramas. Nos han dado luz verde al plan propuesto por Jose.- Jose respiró aliviado, si todo salía bien, podrían cogerlos a todos. Sólo necesitaba jugar bien sus cartas y llevaba mucho tiempo estudiándolo todo, esperaba que no se le escapara nada, aunque por supuesto tenía muy claro que siempre surgían contratiempos, de todas formas esperaba estar preparado para afrontarlos sin que nada importante escapara a su control. - Lo único es que tenemos que mantener informado en todo momento y al detalle a la Fiscalía. Eso implica informes diarios con los avances del caso. Necesitan el detalle de la gestión que se va a realizar con el dinero que hay requisado, etc, etc.

- ¿Con cuánto dinero contamos? - Jose ya se había imaginado que todo esto iba a llevar mucho papeleo, iba a haber muchos departamentos externos a la comisaría involucrados, ya contaba con ello. Pero le preocupaba la disponibilidad de dinero. Su plan necesitaba dinero.

- Hay diez millones requisados de la última operación. Nos dejan utilizar todo, siempre y cuando les informemos detalladamente de su uso. También esperan recuperarlo con creces. - Carlos y Jose asintieron y se relajaron, con ese dinero tendrían suficiente para que picaran el anzuelo. - Si no tienen más preguntas... - Dejó inconclusa la frase, y ellos entendieron perfectamente que esa reunión se daba por finalizada.

Salieron contentos del despacho. Carmen seguía aporreando el teclado mirando a la pantalla, tenía los ojos nublados por las lágrimas.

- Preciosa, ¿te pasa algo? - Le preguntó Carlos zalamero. Ella nunca estaba así de triste, incluso con todos los problemas que tenía en casa. Carmen levantó la mirada y explotó.

- Me he ido. Les he dejado en casa a los dos. Ya no aguantaba más. Me he ido a casa de mi hermana y estoy buscando un apartamento en alquiler. No lo soportaba. - Ambos cogieron a Carmen, cada uno de un brazo y se la llevaron a la zona de descanso donde Jose sacó de la máquina un chocolate caliente. Carmen lloraba a moco tendido, y ellos no sabían muy bien qué hacer. Carlos le daba palmaditas en la espalda como si de un perro se tratara y Jose le ofrecía el chocolate que tenía en la mano torpemente, de hecho casi se lo vuelca encima a la pobre mujer que lloraba desconsolada.

- Era algo que tenía que ocurrir tarde o temprano. Has hecho bien. No podían aprovecharse ambos de ti el resto de sus días, o de los tuyos. - Carlos le hablaba tiernamente.

- Ahora no hacen más que llamarme, los dos. - Carmen se giró y miró directamente a Carlos. - Cuarenta años que llevo casada, cuarenta, se dice pronto. Y llevo treinta y nueve sin recibir en el trabajo una llamada de mi marido y ahora, desde que me he ido, me llama tres veces al día, suplicando que vuelva. Y mi hijo, igual. - Estuvieron callados unos minutos, cada uno viendo los problemas de Carmen desde su punto de vista. Jose y Carlos sentían pena por la pobre mujer, pero en el fondo se alegraban que hubiera tomado esa decisión, se merecía vivir su vida y disfrutar los años que la quedaran sin el lastre que había tenido encima en los últimos tiempos. Por su parte Carmen, estaba muy asustada y había momentos en que pensaba que su decisión

había sido una mala idea y que debería volver a su casa, menos mal, que esos momentos eran escasos, seguía mirando de frente a su vida y pensaba seguir adelante con su decisión, para bien o para mal ya la había tomado y seguiría hasta el final con ella, aceptando las consecuencias tal y como vinieran, ya le tocaba cuidarse a sí misma.

Cuando vieron a Carmen más relajada, respiraron los dos aliviados.

- Recuerdas Carmen mi primer día aquí. Lo despistado que iba por los pasillos sin encontrar nada, ni a nadie. Tú te reías, y me llevabas a donde quería ir. Así te conocí. Siempre riendo, siempre contenta, siempre feliz. - Los dos estaban sumergidos en aquellos tiempos, llenos de nostalgia. - Espero volver a verte así en breve. - Carlos le dio un beso en la mejilla y ella le sonrió agradecida.

Jose se sentía fuera de lugar, en medio de un momento íntimo que sólo les pertenecía a ellos, en unos recuerdos de hacía más de veinte años. Él sabía que siempre habían tenido una buena relación, eran buenos amigos. Carlos y su mujer invitaban a cenar a Carmen de vez en cuando, aunque cada vez menos, ella siempre se inventaba alguna excusa para no asistir y ellos no insistían. Así que, decidió volver a su mesa a estudiar de nuevo su plan y estar preparado para cualquier eventualidad.

Eran casi las tres de la tarde cuando Carlos levantó la cabeza de su mesa y le dijo a Jose.

- ¿Nos vamos a comer? - Jose levantó la cabeza de los documentos que estaba revisando, estaba analizando de nuevo toda la información obtenida por los soplos de Quique y Edu. Miró el reloj y vio lo tarde que era, se le había pasado el tiempo volando. Dejó los papeles encima de la mesa, cogió su abrigo y se dispuso a salir detrás de Carlos.

Salieron de comisaría y se fueron directos al restaurante de la esquina, un bar de barrio que daba menús diarios, muy bien de precio, tratándose de la zona en la que se encontraban, y que además ofrecía comida casera.

Saludaron al entrar a los camareros que se encontraban muy atareados sirviendo cafés y platos de comida a diestro y siniestro. Vieron una mesa libre al fondo y se dirigieron a ella. Al momento apareció uno de los camareros de siempre con el menú del día, indicándoles que la trucha se había acabado pero que podían pedir merluza en su lugar. Revisaron la carta sin hablar, decidieron qué comer y pidieron al camarero que apareció en seguida para tomar nota, les llevaba una botella grande de agua que era lo que siempre pedían para beber.

- Tengo entendido que el otro día estuvisteis entrenando Laura y tú. - Jose lo miró sorprendido, estaba claro que la comisaría era como un pequeño pueblo, todo el mundo se enteraba de todo lo que ocurría. Sonrió al pensar en la comparación. - ¿Karate?

- Efectivamente. Me está enseñando.

- ¿???? - Carlos estaba intrigado, sabía que ella competía, pero le extrañaba que Jose estuviera aprendiendo. Por lo que había visto en los entrenamientos, él era muy bueno luchando cuerpo a cuerpo.

- El otro día estuve en una competición, viéndola. Me dejó impresionado. Su concentración, cómo anticipa los movimientos del contrario, siempre va un paso por delante. Es magnífica. - Carlos le dio una servilleta a su amigo.

- Anda, límpiate la baba. - Jose lo miró resignado, e hizo caso omiso al comentario. El camarero llegó con las sopas castellanas que ambos habían pedido de primero.

- Me estuvo enseñando algunos golpes y patadas, y la verdad es que me dio algunos consejos interesantes. Pienso seguir entrenando con ella, me encantaría manejarla en el karate. No necesito llegar a ser cinturón negro, claro está, pero nunca está de más

aprender algo nuevo. - Lo miró irónicamente. - Deberías aplicarte el cuento. Seguro que no le importa tener dos alumnos. - Carlos se atragantó con la sopa.

- No digas tonterías, no tengo edad.

- En eso te equivocas, hay gente muy mayor que práctica esta disciplina. - Lo dijo con sorna, puesto que Carlos no había cumplido ni cincuenta años. Ambos se quedaron en silencio, Carlos pensando en la propuesta de su compañero. El camarero apareció para llevarse los platos vacíos y les trajo el segundo, ambos se habían decantado por la merluza.

- Bueno, y ¿cuándo vas a echar el anzuelo? - Jose se puso pensativo, tenía claro cuándo iba a hacerlo, pero no sabía si contárselo a Laura o no. No sabía cuál era la mejor manera de protegerla, sabiendo o no sabiendo. Se supone que es mejor que no lo sepa, pero si no lo sabe y ocurre algo, no se lo va a esperar y no va a estar preparada. Él tenía claro que ella iba por delante en los combates porque tenía toda la información. En ese momento se dio cuenta que la duda se había disipado, se acababa de responder.

- Este sábado iremos al bar de siempre a tomar algo. Si está también el Chino, creo que será el momento de hablar con Edu y Quique. Quisiera tenerlos a todos juntos. - Carlos asintió, estaba de acuerdo.

Laura y Jose estaban tomando algo en La Misión con José Manuel, el Bola y el Mini. Estaban bromeando y hablando de las últimas salidas de los chicos, sus conquistas y anécdotas. En ese momento estaban contando la historia de una guapa morenaza, muy alta y con tipazo, a quién había entrado Donald, y que resultó ser un travesti, todos reían. José Manuel contaba que de espaldas ninguno de ellos se había dado cuenta, estaba muy buena. Fue Donald el primero que se decidió a conocerla y cuando ella se giró tenía un bigote enorme, Donald no sabía ni dónde meterse, al final se dio la vuelta mascullando una disculpa porque se había equivocado de persona.

Jose no estaba prestando atención, estaba centrado en la gente que estaba entrando en el pub, esperando a que llegaran. Empezaba a asumir que hoy no sería el día, a esas horas ya solían estar en el local y si aún no habían llegado, no contaba con que aparecieran.

- Disimulas fatal. Se te ve en otra parte. Si no quieres llamar la atención, deberías de prestar un poco de atención. No te preocupes que llegarán. Me ha dicho el Mini que su hermano, Edu, le había comentado que se verían aquí, que iban a llegar más tarde porque tenían algo que solucionar. - Jose la miró interrogante. - No sé el qué, pero presumo que ellos mismos te lo contarán en esos informes fantásticos que lees y relees a diario, y que por cierto, no tienen ni idea que te llegan a ti. - Laura tenía razón, tenía que relajarse, así que entró en la conversación bromeando con ellos y riéndose de las historias que contaban.

A la media hora entraron por la puerta Edu y Quique que se acercaron al grupo a saludar. Edu estuvo bromeando con su hermano. Jose no vio entrar al Chino y a sus amigos, así que pensó que tendría que empezar con el plan en otra ocasión. Se estaba acercando a Laura para decirle de irse a casa, cuando la puerta del local se abrió. El primero en pasar fue el Bulldog, seguido por el Dardo y el Chino.

Los tres se dirigieron al fondo del local, a su sitio habitual, sin saludar a nadie. Se sentaron en la esquina, en unos sillones con una pequeña mesa y se pusieron a hablar con unos tercios que les llevó el camarero nada más sentarse. Se encendieron unos cigarros Ducados y continuaron con su conversación. Jose los observaba, disimulando jugar con el pelo de Laura. Nada le hacía sospechar que se dedicaran al mundo de la droga, ni si quiera les había visto encenderse un porro. A veces dudaba que estuvieran en el buen camino, pero tenían demasiada información que apuntaba a

ellos, y detrás de ellos al Coyote. De todas formas, si estaban o no equivocados, lo sabrían en breve.

Jose se mantuvo en su grupo haciendo que prestaba atención a lo que contaban Edu y Quique al resto, aunque realmente no les escuchaba, pero si veía que el resto reían, él hacía lo mismo.

Edu y Quique se fueron a la barra a pedir algo, y se llevaron con ellos a Jose. Tenían una relación bastante buena, les caía bien Jose, pensaban que era un tipo legal, y encima tenía una novia que quitaba el hipo.

Jose se sentía con la suficiente confianza para que la pregunta que pensaba hacerles no les hiciera sospechar. Sobre todo ahora, que después de que la policía los detuviera estarían más atentos.

- Tengo una pregunta que haceros. No sé si podréis ayudarme, pero no se me ocurre a quién preguntar, no es un tema que conozca. - Jose estaba serio, pero aun así quiso aparentar desconocimiento total en este tema. - Tengo unos amigos, bueno, mejor dicho conocidos, pero que vienen de gente en la que confío. El caso es que tienen bastante pasta, ya sabéis se pasan la vida entre Ibiza y Marbella, de fiesta en fiesta. Ahora han venido a Madrid una temporada y van a organizar una gran fiesta en la que estarán invitados un montón de pijos. El caso es que quieren coca, y me han preguntado a mí. Se me ha ocurrido que quizás conozcáis a alguien, no sé. Si no tenéis ni idea pues nada, ya veré que hago.- Ambos se miraron sin saber muy bien qué decir. Al final habló Edu.

- Bueno, quizás podamos ayudarte. Déjanos unos días. - Jose se relajó, habían picado el anzuelo, supuso que en cuanto salieran por la puerta se lo irían a preguntar al Chino. O al menos eso esperaba.

- Ok, muchas gracias. Pero vamos, que si no sabéis de nadie no os preocupéis. - Jose siguió haciéndose el despistado.

- No te preocupes, nos encargamos, pero si no encontramos nada pues nada. ¿De cuánta cantidad estás hablando? - Jose sonrió, la pasta es la pasta, pensó.

- Para empezar quieren un kilo. No sé cuánto se gastan esos niños ricos en droga, pero estoy seguro que mucha pasta. Y también estoy seguro que si les gusta, repetirán. - Ambos asintieron.

- Déjanos investigar y te decimos algo. - Jose movió levemente la cabeza. Ambos se fueron hacia el sitio del Chino, parecía que no iban a esperar mucho para contárselo.

Se acercó a Laura, la agarró por la cintura y le dio un beso en el cuello. Ella supuso que esa explosión cariñosa significaba que todo había ido bien. - ¿Nos vamos? - Dijo con voz ronca a su oído, Laura lo miró y vio ese brillo en los ojos que empezaba a resultarle tan familiar. Así que se despidieron de los chicos y se fueron a casa de Jose.

Marzo 2.016

Ese sábado celebraban el cumpleaños de Cris e iba a dar una pequeña cena en su casa, irían sus amigos del curro más cercanos.

David había quedado con Laura en ir a recogerla, puesto que eran los dos únicos que vivían en Madrid, el resto vivía a las afueras de la ciudad, en diferentes municipios de la capital.

Laura estaba envolviendo el regalo que le habían comprado entre todos. Había encargado por Internet un bonito reloj con correa de cuero blanca y esfera redonda con un elegante dibujo de un perro en nácar. A Cris le encantaban los perros, esperaba que el reloj también le gustara, sobre todo porque lo había elegido ella y como no le gustara, no sabía que iban a decir los demás.

Acababa de terminar de envolver el regalo cuando David llamó al telefonillo del portal, le abrió y dejó la puerta de su casa entornada para que pasara mientras ella se ponía el abrigo y cogía el bolso. Llevaba sin verlo casi un mes, desde antes que se fuera de viaje a Nueva York.

- Laura. - Gritó desde la entrada.

- Pasa, estoy cogiendo el bolso. - Le dijo desde la habitación. Él la esperó en el salón. En seguida apareció con el abrigo puesto preparada para salir.

- Te he echado de menos. - Le dijo David mientras se acercaba y le daba dos besos. - Toma, te he traído una cosita de Nueva York.

- No tenías que haberte molestado. - Le dijo educadamente, pero ambos sabían que a Laura le encantaban las sorpresas, así que sin esperar ni un segundo se abalanzó a romper el papel de regalo. Eran unos vaqueros de la marca Levi's, el modelo que ella solía utilizar y su talla. Sabía que en Nueva York tenían un precio muy inferior al precio con el que se vendían en España. Cuando ella estuvo allí de vacaciones trajo vaqueros para todo el mundo. Se acercó y le dio un abrazo agradecida. Él la abrazó y la mantuvo entre sus brazos unos segundos.

- Qué ganas tenía de volver. Estaba hasta las narices de tanta comida basura, no tienen más variedad, o comida basura o ensaladas, si quieres comer rápido es la única opción. - Ahí estaba el David de siempre, quejándose cuando viajaba al extranjero. - Mira en el bolsillo.

Laura sacó de uno de los bolsillos de los vaqueros un pequeño envoltorio, lo abrió y se encontró con un llavero plano de plata, cuyo borde tenía forma de una manzana, representando la gran manzana, supuso, y en cuyo interior estaba parte de la skyline de Nueva York, y en el medio la Estatua de la Libertad. Dentro de ser un souvenir, era muy bonito y elegante. Abrió el bolso y enganchó en su llavero la manzana. - Me encanta. - Le dijo sonriendo.

- Bueno, ¿nos vamos? - Cogió a Laura de la mano y se la llevó al descansillo. Mientras ella cerraba la puerta, él llamó al ascensor. - He visto que has cambiado la puerta de la casa, ¿ha pasado algo?

Ella no se lo había contado a nadie, sólo lo sabían Carlos y Jose y quería que siguiera así, no quería tener a sus amigos preocupados, quería seguir como si nada y sobre todo olvidar el tema cuando estuviera con ellos.

- No, la otra estaba ya un poco descolgada, encontré una oferta y la cambié. - Mintió, se sentía fatal, pero era en lo único que le pensaba mentir.

En el coche le contó lo que habían encontrado en la investigación durante los días que

había estado fuera. Le contó el reencuentro con alguno de sus viejos amigos, la investigación que habían realizado sobre ellos y la explosión que habían visto en el telediario esa misma mañana. David la escuchaba atento.

- ¿Por qué no te vienes a mi casa hasta que todo esto se pase? - Sabía que David se iba a preocupar y a comportar de forma protectora con ella, por eso ni se le pasó por la cabeza contarle que habían intentado asesinarla, y que por causas del destino no había llegado a ocurrir.

- Gracias David, pero no creo que me pase nada, a mí por qué iban a querer hacerme daño. - Laura intentó quitarle hierro al asunto, pero David tenía cara de no haberse quedado muy convencido. Ella se quedó pensando justo en eso, a ella por qué iban a querer hacerla daño y quién, y ¿al resto? Por más que le daba vueltas no conseguía obtener una respuesta.

- Hemos llegado.

Salieron del coche y mientras se acercaban a la casa de Cris, David le dijo. - Recuerda lo que te he dicho. Si cambias de opinión mi casa tiene las puertas abiertas para que te quedes todo el tiempo que quieras. - Laura le cogió la mano y le dio un suave apretón agradecida.

En casa de Cris ya estaban Marcos y Pedro que estaban muy atareados llevando platos con comida a la mesa.

- ¿Dónde está la cumpleañera? - Preguntó David en tono cantarín. En ese momento Cris salió de la cocina toda sonriente.

- ¡¡¡¡¡Felicidades!!!! - Le gritaron ambos a la vez. Mientras que una la besaba, el otro le daba unos buenos tirones de orejas, y luego invirtieron los papeles.

La casa de Cris era muy grande, era un chalé independiente, en la planta baja estaba el gran salón comedor, la cocina, un baño completo y una habitación que ella utilizaba de despacho, donde acababan de dejar los abrigos.

Pasaron todos al comedor donde ya había unos aperitivos en la mesa. Marcos y Pedro ya estaban sentados en el sofá esperando al resto, mientras picaban algo de la comida que acababan de traer de la cocina. Llamaron a la puerta y Cris abrió a su hermano.

- Pues ya estamos todos. - Todos saludaron al hermano de Cris, al que ya conocían de otras celebraciones. - ¿Qué queréis beber? - Laura se pidió un vino tinto como siempre y se fue con Cris a la cocina para ayudarle a servir las bebidas para todos.

- ¿Qué tal el curro? ¿Más relajada? - Cris suspiró profundamente mientras sacaba cervezas de la nevera.

- Es imposible relajarse en el curro. Nada funciona, no cumplimos fechas... - Se quedó a mitad de frase, pero estaba claro que Cris estaba tan estresada como siempre.

- ¿Por qué no nos vamos un fin de semana por ahí? Seguro que te vendría bien desconectar. Y a mí también. - Cris se giró y miró a su amiga con curiosidad.

- ¿Y a ti qué te pasa?

- Me he acostado con Jose. - Aún no se lo había dicho a nadie, ni a Marta, pero pensó que como Cris no conocía la historia, podría verlo con otra perspectiva.

- ¡Qué guay! - Dijo sonriente. - Está muy bueno. - Soltaron ambas una buena carcajada, la confirmación de lo evidente. - ¿Y qué pasa con David? - A Laura le confundió la pregunta, ellos siempre habían sido muy buenos amigos, y lo que pasó entre ellos fue hace mucho, claro, sin contar el beso de Reyes.

- ¿Cómo que qué pasa con David? Somos buenos amigos, como sabes. - David entró por la puerta.

- Chicas, nos tenéis a todos sedientos. Me han enviado a buscaros. - Dijo bromeando.

- Anda, coge un par de cervezas y vamos. - Laura se puso en marcha hacia el salón y ambos la siguieron.

Ya sentados, David les estuvo contando su viaje a Nueva York. Comentó un poco qué tal le había ido laboralmente. Había ido a conocer una aplicación que tenían los socios

neoyorquinos de la empresa en la que trabajaban todos, y que probablemente se acabaría instalando en España. David y su equipo estaban preparando un informe con el análisis de los pros y los contras de la utilización de dicha herramienta, para posteriormente obtener las conclusiones y las necesidades de la misma en España.

- Mójate. - Le dijo Marcos.

- La aplicación en sí está muy bien, es muy completa, pero creo que no cubriría nuestras necesidades. Trabajamos de forma muy diferente y hay funcionalidades que no las utilizaríamos para nada y otras muy importantes que no están cubiertas.

- ¿A eso lo llamas mojarse? - Insistió Marcos. Todos se rieron.

- De acuerdo, allá va, mi opinión es... - Hizo una pausa intentando dar una pizca de emoción. - No, no nos interesa, no nos es útil. Ahora tenemos que convencer a los de arriba que sí la quieren, por lo que al final habrá que instalarla. Está todo perdido de antemano, pero aún así dejaré clara mi opinión en mi informe.

- Bueno y en Nueva York ¿qué tal?, ¿has hecho algo de turismo? - Le preguntó Cris.

- Por supuesto. Visité el Metropolitan y el Moma, unos museos impresionantes. Un domingo me acerqué a una misa gospel, el espectáculo es digno de ver, todos cantando, gritando a Dios y aplaudiendo a la par, eso sí no me quedé a la misa entera, es muy larga. También fui a un outlet que me recomendaron y la verdad es que he traído la maleta cargada de ropa de marca a muy buen precio.

- ¡¡¡ Pijo !!! - Bromeó Pedro.

- Fui a la Estatua de la Libertad. Subí a lo alto del Rockefeller Center, a Top of the Rock, donde hay unas vistas impresionantes de la ciudad y de Central Park. Atravesé el puente de Brooklyn en varias ocasiones, la vez que más me gustó fue cuando lo crucé a última hora del día para ver la puesta de sol, así la skyline es maravillosa. Y una de las cosas que más me gustó fue ver a los Knicks en el Madison Square Garden. Nos invitaron al partido y fue increíble, partido apenas vimos, pero todo lo que hay montado alrededor es bestial, las cheerleaders, los gritos de la gente, las pantallas, es todo un espectáculo.

- ¿Hicisteis alguna visita fuera de New York?- Preguntó Cris, ella siempre había tenido muchas ganas de ir a conocer esa ciudad, era uno de sus viajes pendientes.

- Sí, hicimos un par de escapadas. Una a las cataratas del Niágara, que básicamente es un parque de atracciones alrededor de las cataratas, la verdad es que hacen que pierda ese encanto natural, esa belleza, para convertirlo en un lugar de lo más artificial transformado por el hombre, fue una decepción. Y otro fin de semana nos acercamos a Washington.

- ¿No hay nada que no te gustara? - Cuando Cris hizo esa pregunta, Laura ya sabía todo lo que iba a soltar David, pues pensaba que como en casa en ninguna parte. Así que decidió aprovechar para ir al baño. Cuando regresó David todavía seguía numerando las cosas que no le habían gustado.

- La comida malísima, sólo comen hamburguesas y ensaladas, con lo rica que está nuestra dieta mediterránea. Y allí si quieres aprender inglés lo llevas claro, todo el mundo es hispano, así que vayas donde vayas siempre hay gente hablando en español. Y tanto taxi, no tienen coches, allí todo el mundo va en metro o en taxi. La quinta avenida está llena de gente, es imposible moverse y encima han cerrado la Fao Schwarz, un clásico de Nueva York, ahí se encontraba expuesto el piano que sale en la película de Tom Hanks, Big. Una pena. - David hizo una pausa que aprovechó Cris.

- Bueno, ¿qué tal si cenamos? - Cris se levantó llevándolos a todos a la mesa. Laura la acompañó a la cocina para llevar algunas cosas que no estaban aún puestas.

Cenando comentaron de irse de casa rural un fin de semana cercano y todos estuvieron de acuerdo, aunque Laura sabía que nunca se irían, siempre comentaban de salir de Madrid e ir a una casa rural, siempre les apetecía a todos, pero luego ninguno podía y acababan por irse Cris y ella a cualquier ciudad a hacer turismo y

desconectar, tanto fuera como dentro de España. David se animaba a veces, pero como tampoco le gustaba mucho viajar, solían ir solas.

- ¿Habéis oído lo de las explosiones? - Marcos sacó el tema. Laura lo miró boquiabierta. David a su lado, le cogió la mano por debajo de la mesa para reconfortarla. - Hoy en el telediario han hablado de una nueva explosión. Si no me equivoco ya van tres. Una en Nochevieja en la que murió una familia, otra en un piso de Vallecas en la que murió un hombre, y esta mañana han dicho que se ha producido otra también en Vallecas donde han muerto tres personas. La policía no dice nada, pero yo creo que están relacionadas, nunca había visto tantas explosiones de gas que no fueran accidente. Seguro que es el mismo loco.

- Sí, yo también lo he oído. - Corroboró Pedro. - Y estoy de acuerdo contigo, pero no entiendo por qué la policía no dice nada. No sé si tendrán ya a algún sospechoso, alguna relación tienen que tener las víctimas. Las dos últimas explosiones en Vallecas, quizás se conocían. Aunque estos últimos, los tres que han encontrado hoy, creo que eran rateros de poca monta. Los primeros fueron una familia de lo más normal celebrando la Nochevieja en una casa rural, lo que no recuerdo es cuántos niños murieron.

- Dos. - Dijo Laura con los ojos brillantes, conteniendo las lágrimas. - Mellizos de diez años. - Miró a Cris. - ¿Me invitas a un cigarro? - Laura no se había enganchado al tabaco en su vida, pero de vez en cuando se fumaba uno, cuando estaba alterada, como era el caso, o cuando estaba de copas con los amigos, que también era el caso. Esperaba que no le hubieran notado el nerviosismo y simplemente pensarán que le apetecía un cigarro. El único que sabía la verdad era David.

En el jardín de Cris, sentadas en una mesa en el porche al que daba el salón, con el abrigo puesto, las dos amigas miraban al cielo y respiraban el silencio de la noche. A Laura en seguida se le olvidó la conversación de hacía un par de minutos, puesto que Cris, aprovechando que estaban solas, le pidió detalles de lo que había ocurrido con Jose y ella se puso a relatarle su fin de semana en Denia.

En el postre, le dieron el reloj que le habían comprado de regalo a Cris, le encantó, en seguida se lo puso. Después, se pusieron una copa y acabaron jugando a un juego de mesa hasta las tantas de la mañana, hora en que la fiesta empezó a decaer y decidieron irse a casa.

- Muchas gracias por todo, Cris. - Le dijeron.

- Gracias a vosotros por haber venido. - Se despidieron.

Ya en el coche, Laura iba relajada mirando por la ventanilla e intentando mantener los ojos abiertos, entre el vino, las copas y el cansancio acumulado, iba medio dormida.

- ¿Vienes a mi casa? - A Laura inicialmente le sorprendió la pregunta, pero luego pensó que se lo decía por preocupación.

- Gracias, David. En serio, estoy muy agradecida, pero prefiero ir a la mía. - David se encogió de hombros y se dirigió a casa de ella.

- Te invitaría a tomar algo, pero estoy deshecha, muchas gracias por traerme. - Le dio dos besos. Antes de entrar en la urbanización, en la puerta, se dio la vuelta y se despidió con la mano de David.

Si Laura hubiese sabido cuán cerca estaba. En las sombras la observaba, al acecho. En ese momento veía cómo decía adiós con la mano, a continuación se giraba y desaparecía dentro de su edificio. - Despídete, Laura, despídete. - Le dijo. No podía arriesgarse a asesinarla en su casa, era muy arriesgado. Había fallado una vez, no podía repetirlo. Ella había tenido mucha suerte, pero no volvería a ocurrir. Tenía que pensar dónde y cómo hacerlo. Pero se prometió que no tardaría mucho.

Ella había llegado sonriente, como siempre esa estúpida sonrisa en su boca, que poco

quedaba para que le desapareciera, pero iba a reservarla para el final. Había empezado a disfrutar el miedo que ella sentía, aunque intentaba ocultarlo, estaba nerviosa. Quería verla asustada como un animal herido en una trampa, que sabía que le quedaba poco de vida, pero aún así luchaba hasta el último momento, hasta el final, y cuanto más luchaba menos le quedaba de vida puesto que la trampa más daño le hacía, y al final la muerte le sobrevinía lentamente, dolorosamente. Eso mismo quería para ella, que sintiera todo ese dolor.

Pero antes sabría por qué, el por qué de todo, quería ver su expresión cuando lo entendiera, cuando comprendiera por qué ella, por qué el resto. Seguro que suplicaba o quizás pedía perdón, pero ya era tarde, nada de lo que dijese iba a hacerle cambiar de idea. En el cementerio ya había una tumba para ella y para el resto. Esa era su tarea, su cometido. Él lo quería así, así le había pedido que lo hiciera, y así lo iba a hacer, por él.

Todos sus pasos calculados hasta en el mínimo detalle, concisos. Sólo había fallado con ella, pero fue una suerte, era lo que tenía que ser, ella tenía que ser la última, cuando falló se dio cuenta. Todo estaba escrito y casi lo estropea, ella aún no tenía que morir, lo haría pronto, pero aún no. Su sufrimiento iba a ser su diversión, su miedo, su placer. Pensaba disfrutar cada momento como si de una película se tratase, una película en la que era protagonista.

En ese momento sintió cómo la adrenalina le fluía por el cuerpo, sentía el subidón. Miró a su ventana, acababa de entrar en el salón, la luz recién encendida se intuía por el gran ventanal que daba a la avenida en la que se encontraba. No había nadie más, estaba solo. Aún estuvo un rato más contemplando como se encendían y apagaban las diferentes estancias de su casa. Al final, el dormitorio se apagó, ya no hubo más luces. Cinco minutos sin notar ningún movimiento en su casa y se fue. - Pronto, Laura, pronto. - Le dijo, aunque ella no podía oírlo.

Noviembre 1.999

El miércoles por la tarde habían vuelto a quedar para seguir con la formación de karate. Salió del vestuario y mientras esperaba a Jose se puso a correr para calentar.

Unos segundos después oyó un par de voces que entraban en el gimnasio, sorprendida se giró y vio a Jose preparado, pero le acompañaba Carlos.

- Me lo acabo de encontrar en el vestuario y lo he convencido para que tome alguna clase, ¿te parece bien? - Ella sonreía divertida, esto promete, se dijo.

- Claro, no hay ningún problema.

- Trátame con cariño. - Dijo Carlos mientras Jose ponía los ojos en blanco.

- Eso está hecho. - Se acercó a ellos. - Vamos a calentar y a estirar, y luego empezamos. - Todos estuvieron corriendo unos minutos por el borde del gimnasio. Carlos les seguía el ritmo perfectamente. - Está claro que entrenas habitualmente.

- Sí, corro habitualmente. - Confirmó.

- Aquí donde lo ves, participa de vez en cuando en algún maratón. Lo que pasa que es un quejica. - Carlos dio un empujón cariñoso a Jose y ambos rieron. Laura puso los ojos en blanco, parecía que se iba a tener que enfrentar a dos niños pequeños, a ver qué salía de todo esto.

Después de los estiramientos, comenzó la clase como la vez anterior, explicándole a Carlos posiciones y equilibrio. Jose practicaba también las posiciones e intentaba mantener el equilibrio tal y como Laura le había enseñado. Ella lo miró y se quedó gratamente sorprendida.

- Parece que has practicado. - Jose le sonrió.

- Me alegro que lo hayas notado. - La acercó y le dio un rápido beso en los labios.

- A ver chicos, que corra el aire, esto no es serio, que estamos en una clase. - Ambos se apartaron de prisa, tenía razón. - Además, como os pillen, Jose se te cae el pelo. - Jose sabía que tenía razón, que se estaba comportando de forma insensata. Estaban en el gimnasio de la comisaría, los podía ver cualquiera. En qué estaba pensando. Pero es que cuando estaba con Laura se olvidaba de todo.

Laura estuvo enseñando a Carlos los mismos puñetazos y patadas que ya había enseñado a Jose, éste, mientras, estaba practicando con un muñeco en la esquina del gimnasio.

Ambos parecían tomárselo muy en serio y absorbían todo lo que ella les explicaba muy rápidamente, estaba encantada con sus dos alumnos.

En cuanto terminó de contarle a Carlos lo mismo que le había contado a Jose, continuó la clase con ambos, ahora tocaba enseñarles a caer.

- Las caídas son muy importantes en el karate. Os voy a enseñar cómo caer para evitar lesiones, o si eres derribado caer de forma que puedas seguir la lucha desde el suelo. - Laura se tiró hacia delante y rodó. - Os habéis fijado. Lo importante es que os encojáis y rodéis como una pelota. Llevad la barbilla hacia el pecho, así las cervicales estarán mejor protegidas del impacto. - Jose intentó hacer la misma caída y Carlos le siguió.

- No está mal para ser la primera vez. Pero no estamos haciendo volteretas. El movimiento ha de ser oblicuo. - Laura les sonrió con dulzura, puso la misma cara que ponía su profesora de gimnasia de quinto de EGB. - La cabeza jamás ha de tocar el suelo, imaginaros esta caída en la calle, os podéis romper la crisma. - Ambos se quedaron mirándola, comprendiendo lo que acababa de decir y lo que habían hecho mal ellos. - Otra cosa, relajaros, no caigáis de forma tensa, aquí no os vais a hacer

daño, el tatami no es muy duro, está acolchado, así que aprended a caer relajadamente, pero controlando vuestro movimiento. Vamos a comenzar con una caída de frente. - Miró a Jose, le sonrió tiernamente. - Ven, vamos a ver cómo caes. - Jose se acercó sin saber qué pensar. Laura se puso detrás, se agachó y con un movimiento rápido le cogió las piernas y tiró de ellas hacia sí. Jose no se lo esperaba, así que cayó de frente.

- Ups. - A Carlos le dolió la caída de su amigo. Jose estaba con el cuerpo bocabajo en el tatami y las manos a ambos lados de la cara.

- ¿Estás bien? - Le preguntó Laura preocupada. Jose rodó en el tatami y se la quedó mirando, ahora tumbado boca arriba, realmente parecía que ella se había asustado con el golpe, le hizo gracia y asintió para que se relajara. - Perfecto. ¿Qué ha hecho mal Jose al caer? Las manos, ha intentado no caerse, ponerlas en el suelo de modo de apoyo para que el cuerpo no cayera, pero a esa velocidad y sin haber previsto la caída, es prácticamente imposible, por lo que lo mejor es protegerse la cabeza. Primero, las manos delante de la frente. - Laura puso las manos tal y como les indicaba. - Segundo, al caer, el antebrazo ha de estar plano respecto a la mano. Si caemos primero con las manos, el golpe se amortigua peor y los codos pueden resultar dañados. Tercero, la parte del codo al hombro ha de estar vertical. Cuarto, la cabeza girada, para evitar que se nos rompa la nariz o los dientes. - Ambos sonrieron por la lógica aplastante de las explicaciones. Laura cayó de frente tal y cómo les había explicado, sin pensárselo dos veces. Se levantó sin apoyar los brazos en el tatami, de un salto rápido. - Ahora vosotros.

La clase continuó con ellos dos practicando la caída de frente. Para empezar, Laura les dijo que practicasen la caída colocados de rodillas, y cuando pensó que ya le tenían cogido el tranquillo, les dijo que se pusieran de pie y continuaran. Estuvieron un rato cayendo y levantándose, poco a poco parecía que cogían la técnica. Laura estaba ahí para corregirles si hacían algo que no estaba bien. Cuando pensó que ya era suficiente, les puso a pelear el uno contra el otro para que practicasen los puñetazos y patadas que habían aprendido. Ella se sentó en el borde del tatami y les estuvo contemplando.

- Venga, ven, atrévete a pegar a un viejo.- Le decía Carlos a Jose mientras ambos a una distancia prudencial giraban sin dejar de mirarse.

- ¿Un viejo? Yo lo que veo es un payaso.

- ¿Un payaso? Ya verás cuando este payaso te ponga la mano encima. - Carlos hizo amago de acercarse a Jose, pero siguieron manteniendo el círculo en el que seguían girando.

- Pues aquí te estoy esperando. No me voy a ninguna parte.

- ¿Queréis empezar a pelear? ¿O preferís seguir dando vueltas como si pasearais por el campo? - Laura se estaba empezando a frustrar.

Por fin, Jose se acercó y empezó a practicar algunos puñetazos, Carlos los esquivaba o bloqueaba diestramente. Carlos también atacó con alguna patada que Jose no tuvo problema en esquivar. En una ocasión que Carlos levantó mucho la pierna para darle una patada a Jose, éste se agachó y le hizo un barrido en el pie, de forma que Carlos cayó hacia atrás.

- Muy bien. - Laura no pudo contenerse, había sido un buen golpe, en una competición hubiese sido un ippon.

Siguieron luchando un rato más, ella les indicaba de vez en cuando mejoras en sus posiciones puesto que a veces les costaba mantener el equilibrio. Cuando Laura les dijo que ya era suficiente, cogieron ambos una toalla y se comenzaron a secar el sudor mientras se dirigían a los vestuarios.

- Laura, ha sido genial. - Fue Carlos quién la felicitó. - ¿Te importa si me apunto cuando quedéis?

- Por supuesto que no, estaré encantada de tener dos alumnos. Así no tendré que luchar yo con él. - Se acercó a Carlos. - Ya sabes, puede resultarle muy humillante. - Carlos soltó una carcajada y Jose que iba delante se giró.

- No estoy sordo, te he oído. Ya veremos si me dices eso cuando estemos a solas. - Le sonrió y le guiñó un ojo.

Cuando Laura salió del vestuario Jose estaba esperándola fuera.

- Y Carlos, ¿ya se ha ido? - Jose asintió. Se pusieron a andar hacia el parking donde él tenía el coche aparcado.

- María le ha llamado y le ha echado la bronca por la hora que era. Ha salido pitando. Se le había olvidado llamar a su mujer para comentarle que llegaría un poco tarde por la clase. - Jose rió. - En el fondo es un despistado, y un calzonazos.

- ¿Crees que lo he metido en un apuro? - Laura no quería ser motivo de una pelea entre el matrimonio.

- Claro que no. Conociéndoles, María le cantará las cuarenta, él dirá a todo que sí y acabaran reconciliándose en el sillón, y seguramente volverán a reconciliarse en la cama. - Laura se sonrojó.

- ¿Le cuentas a Carlos cada vez que nos acostamos?

- Claro que no, y él tampoco a mí. Bueno, sólo a veces. - Jose le dio un beso cariñoso en la mejilla. - Ahora no me digas que tú no se lo cuentas a Marta y a tus amigas. - Ella bajó la mirada, la verdad es que tenía razón, y seguro que ella lo hacía con más detalle que él. - Anda, vamos a cenar algo, tengo hambre. Me agotas en el gimnasio, no sé cómo quieres que luego rinda en la cama. - Laura se echó a reír. Acababan de llegar al coche y estaban entrando.

- ¿Qué pasa Sr. Olalla, no puede seguir mi ritmo? ¿Ya está muy mayor para una jovencita como yo? - Le dijo provocativamente. Jose la cogió del cuello, la acercó y la besó.

- Creo que todavía puedo seguirte. - Le dijo con voz ronca al oído.

- ¿Por qué no vamos a tu casa y allí pedimos algo para cenar? - Ella también le habló al oído con la misma voz ronca que él. Jose le dio un rápido beso en los labios, puso el coche en marcha y se fueron a su casa.

El sábado por la mañana Laura había quedado con sus amigas para comprarle un regalo a Raquel. El viernes siguiente era su cumpleaños y lo celebraría con ellas en el pub al que solían ir, aunque ella últimamente no se pasaba nunca, con Jose o se quedaban en casa o iban a La Misión.

Habían quedado en Goya para dar una vuelta por las tiendas, ella fue la primera en llegar, pero poco después llegaba Marta acompañada de Susana y de Nuria.

- Bueno chicas, ¿habéis pensado algo? - Marta fue la que habló.

- Sabemos que Raquel es muy coqueta, yo le compraría algo de ropa, un bolso o algo de bisutería. - Propuso Nuria. A todas les pareció perfecto.

Estuvieron mirando en varias tiendas hasta que encontraron un jersey muy bonito y con un precio que se podían permitir, eso de ser estudiantes hacía que sus bolsillos estuvieran siempre vacíos. Con mil pesetas que pusieron cada una, les dio para el jersey y unos pendientes que vieron en un puestecillo de la calle.

Les llevó toda la mañana realizar las compras. Marta les propuso comer juntas, pero Nuria y Susana no podían, estaban peladas, sin embargo Laura aceptó, hacía mucho tiempo que no hablaba con su amiga.

Fueron a comer a un sitio de bocadillos que había cerca de donde se encontraban. Después de pedir uno y un refresco, subieron a la primera planta del restaurante. Se sentaron en una de las mesas pegadas a un gran ventanal, desde donde se podía ver la cantidad de gente que paseaba por la calle Goya, casi toda de compras, supuso

Laura.

- Sabes, hace mucho tiempo que no salimos juntas. - Le dijo Marta. - Desde que sales con Jose no se te ve el pelo.

- Anda, no digas tonterías. Si nos vemos todos los días en la Facultad, comemos juntas, hacemos las prácticas juntas, hacemos el camino juntas. - Laura puso los ojos en blanco.

- No me refería a eso. Sé que estamos casi todo el tiempo juntas, pero sólo hablamos de prácticas, estudios y temas de la Facultad, ya no sé qué es de tu vida. - Laura miró a su amiga, se sentía mal porque tenía razón, pero por otro lado, ¿qué podía hacer? En realidad evitaba a sus amigas para no tener que inventarse historias, no podía contarles la verdad.

- Tienes razón. Jose me absorbe mucho tiempo. ¿Y si nos dejamos una tarde para nosotras? ¿Los domingos por la tarde? ¿Podemos inflarnos a guarrerías mientras vemos una película y nos contamos todas las novedades? - Marta le sonrió, le parecía una idea fantástica.

- De acuerdo, trato hecho. - Ambas se dieron un apretón de manos para cerrar el trato.

- Bueno, ahora ponme al día de tu relación con Pablo. - Murmuró Laura, que quería ponerse al día de todos los chismes que le contara su amiga. - ¿Por qué estabais el otro día enfadados?

- ¿Cuándo? - Marta no sabía a cuando se refería su amiga, al fin y al cabo, Pablo y ella discutían muy a menudo.

- En la competición.

- Ahhhh. Pues es que habíamos pensado irnos un fin de semana a la sierra. Ya sabes, un finde romántico. Y resulta que cuando estamos a punto de reservar una habitación en un bonito hotel por Guadarrama, va y me dice que ha invitado a otra pareja amiga suya. - Laura siguió escuchando a su amiga, y poniendo la cara que ella esperaba para cada situación que le contaba. Ella siguió despotricando contra Pablo para posteriormente hablarle de la reconciliación. Le contó unas cuantas peleas más que habían tenido desde entonces, a cuál más absurda, pensaba Laura mientras la escuchaba, estaba claro que eran el uno para el otro. Luego llegó su turno y ella no pudo hablarle de peleas, porque ellos aún no habían discutido, tampoco pudo hablarle de donde iban cuando salían, no quería que se presentaran sus amigas por allí, así que le contó que le estaba enseñando karate y algunas de las anécdotas de las clases, que Laura exageró un poco de forma que las dos se rieron mucho.

Cuando terminaron de comer se despidieron hasta el día siguiente, para el comienzo de una nueva costumbre, su quedada de los domingos, que mantendrían muchos años después.

La casa de Jose no estaba lejos, así que Laura se acercó dando un paseo. Habían quedado cuando terminara con sus amigas, le había dicho a Jose que seguramente comerían juntas.

Cuando llamó a la puerta, Jose le abrió sin preguntar. Ella subió por las escaleras y cuando llegó al piso de Jose, éste tenía la puerta entornada para que no tuviera que volver a llamar.

- ¿Hola? - Jose no estaba a la vista.

- Laura, ya voy. - Se le oyó gritar desde el fondo de la casa. Ella se acercó a la nevera y cogió un tercio, puso la televisión y se sentó mientras lo esperaba.

- Hola preciosa. - Se sentó a su lado, le dio un beso y la quitó el tercio del que dio un trago. - Acabo de hablar con Edu.

Ella se giró atenta. - ¿Y?

- Me ha dicho que esta tarde en el local de Vallecas me pondrán en contacto con un proveedor. - Ella subió las cejas interrogante. - Si, no me han dado ningún nombre.

- ¿No creerás que va a ir el Coyote? - El negó con la cabeza.

- No, será el Chino, pero no me lo han dicho por teléfono. - Se encogió de hombros.

- ¿Y entonces, si no te han dado ningún nombre, por qué estás tan seguro? - Cuando se comportaba como un sabelotodo le sacaba de quicio.

- Porque esta mañana he leído su último informe, en el que se detalla la cita de esta tarde y el motivo de la misma. Supongo que mañana o el lunes tendré escrito en detalle lo ocurrido en la reunión. Así, me libraré de hacer yo mismo un informe. - Le guiñó el ojo.

- ¿Entonces, a qué hora salimos?

- Esta vez no vienes. No quiero verte metida en este lío. - Ella lo miró alucinada.

- ¿Perdona? - Se lo quedó mirando. - Perdona, pero te recuerdo que tú me metiste en este lío y ahora ya no puedes echarme.

- Laura, nos has ayudado a acercarnos, pero ahora es mejor que siga yo solo. - Le levantó la barbilla para que la mirara a los ojos. - Es que no entiendes que esté preocupado por ti.

Laura le quitó la mano de su barbilla y se puso en pie, empezó a andar de un lado a otro del salón como hacía cuando estaba nerviosa o enfadada. En ese momento, ella estaba pensando que hacía menos de una hora le había dicho a Marta que no había discutido con Jose nunca, qué ironía.

- Entiendo que estés preocupado por mí. Pero no puedes hacer nada. Además, sé defenderme, no necesito tu preocupación. - Jose seguía negando con la cabeza.

- Laura, esta vez no me vas a convencer.

- No ves que es muy extraño. De repente apareces sin mí. - Laura no sabía qué decir.

- No, no es raro, ellos no pensarán que te voy a llevar a un negocio de este tipo, lo más lógico es que no te quiera meter en asuntos de droga. Lo raro sería que yo apareciera contigo. - Laura lo entendía perfectamente, pero no quería quedarse fuera.

- Pero...

- Laura, no hay peros que valgan. Te he dicho que esta vez no vienes y no vienes. Está decidido y no hay más que hablar. - Jose dio por zanjado el tema.

- Lo has decidido tú. - Cogió su bolso y salió de casa de Jose dando un portazo. Sabía que se estaba comportando de forma infantil, pero estaba muy cabreada y no quería decir cosas de las que tuviera que arrepentirse luego. Además se le había ocurrido una idea.

Marzo 2.016

Jose la llamó el viernes cuando iba dando un paseo de camino al entrenamiento. Había pasado por casa, se había cambiado y ahora iba en chándal y con una pequeña mochila al gimnasio preparada para golpear todo lo que se le pusiera por delante para rebajar la tensión.

- ¿Podemos vernos esta noche? - Como siempre directo al grano.
- Hola Jose, ni un hola o un qué tal estás. - Dijo bromeando. Jose sonrió al otro lado.
- Hola Laura, ¿qué tal estás? - Su ironía fue aplastante.
- Bien, gracias, ¿y tú? - su respuesta fue en el mismo tono. Ambos se echaron a reír. - Voy de camino al gimnasio, saldré como el otro día sobre las diez, ¿te viene bien?
- Perfecto. Te voy a buscar. - Y colgó.
- Hasta luego. - Le dijo mirando al teléfono que era el único que le podía oír.

En el entrenamiento estuvo completamente concentrada, ya llevaba dos semanas entrenando y se volvía a encontrar bastante bien, muy cómoda con su cuerpo y mente, no estaba al cien por cien, pero los años de entrenamiento se notaban y en seguida volvía a ponerse en forma. El sensei también le dijo que había notado un gran avance comparado con el primer día, que en seguida estaría como antes del accidente, como lo llamaba él.

Cuando terminó la clase se metió un rato en el baño turco, esta vez estuvo muy poco tiempo, lo justo para sudar un poco, respirar hondo y relajarse. Se dio una ducha y salió con el chándal que había traído. Como el viernes anterior, Jose también había aparcado al lado de la puerta y estaba revisando unos papeles en una carpeta.

- Hola. - Dijo mientras se sentaba a su lado. Jose le puso la carpeta en la mano y empezó a sacar el coche de donde lo tenía aparcado.
- He hecho una fotocopia de parte de un informe policial. Está dentro de la carpeta. - Parecía preocupado, aunque últimamente siempre parecía preocupado. - No se lo enseñes a nadie, no puedo fotocopiar un informe y dártelo así como así. - La miró serio, por lo que se vio obligada a asentir confirmándole que no pensaba enseñárselo a nadie. - Es una conversación mantenida en la investigación que se está llevando a cabo, por un policía y un recluso de la cárcel de Aranjuez, el compañero que ha estado compartiendo celda con el Coyote durante estos últimos años. Por lo que dice, el Coyote no es tan buena persona como quiere que creamos.

Laura se quedó boquiabierta. Empezó a mirar el informe por encima, pero pensó que sería mejor leerlo tranquilamente en casa.

- ¿Creéis que detrás de las explosiones está el Coyote? - Laura necesitaba una confirmación, no tenía sospechosos, no sabía quién podía ser el asesino, si tuvieran alguna pista, a alguien a quién incriminar, se sentiría más relajada sabiendo contra quién tenía que defenderse, no con esa incertidumbre que tenía ahora, podía ser cualquiera.

- Mi gente vuelve a tenerlo en el punto de mira. Sí. - Jose la miró a los ojos. - Pero yo sigo sin estar seguro, parece una trampa.- Jose estaba aparcando al lado de casa de Laura. - Como si alguien quisiera incriminarle.

Salieron del coche, ella abrió la puerta y entraron a las zonas comunes del edificio. - ¿A qué te refieres exactamente?

- Creo que el asesino ha querido incriminar al Coyote desde el principio, de forma que él pueda seguir moviendo ficha sin problema, sin sentirse perseguido o buscado y así

seguir asesinando sin que nadie le preste atención. - Lo que decía Jose tenía mucho sentido. - Lo que implica que quizás nos estábamos acercando. - Ya estaban en la puerta y Laura estaba buscando las llaves en el bolso. Se giró y lo miró a los ojos.

- ¿Acercándonos?, pero si estamos como al principio, sin sospechoso, o incluso peor. No podemos estar más perdidos.

- Quizás eso no es lo que piensa el asesino. - Laura abrió la puerta.

- ¿Quieres pasar?

- No, gracias. Me tengo que ir. Cuídate. - Le dio un beso en la mejilla y entró en el ascensor. Laura lo vio irse sin moverse.

Entró en su casa, dejó la mochila en la entrada, en una esquina, pasó a la cocina y se puso un ron con cola. Se sentó en su sofá, se quitó las zapatillas y con las piernas dobladas encima del sofá se puso a leer la conversación escrita que Jose le acababa de dejar.

Era una fotocopia mala, estaba torcida y había trozos en los que se demostraba que la fotocopidora estaba a las últimas en cuanto a tóner se refería, por lo que se leían un poco mal algunos de los trozos por la falta de tinta.

Policía: ¿De qué conoce usted a Jose María Pantoja, alias el Coyote?

Recluso: Hemos compartido celda los últimos diez años.

Policía: ¿Cree que el Coyote ha cambiado y se puede reinsertar en la sociedad? - Carcajada del recluso

Recluso: Eso es lo que ha intentado hacer creer a todo el mundo, pero yo sé que no ha cambiado, sigue siendo el mismo hijo puta cabrón de siempre.

Policía: ¿Por qué piensa eso?

Recluso: Su mirada no ha cambiado.

Policía: ¿Por eso piensa que él no ha cambiado?

Recluso: Si alguien le decía o hacía algo que no le gustaba, le miraba con esa mirada y todo cambiaba, no tenía que hacer más. - Laura sabía perfectamente a qué se refería.

Policía: ¿Eso es todo?

Recluso: Hace un par de años un gorila que acababa de entrar a prisión por asesinato quiso quitarle el poder, hacerse con el control. Aquí se hacía todo lo que decía el Coyote, todos le teníamos miedo. El gorila apareció muerto en las duchas. Varios agujeros por el cuerpo de algún objeto punzante y un trozo de tubería por el culo.

Policía: No me consta que ese caso se haya cerrado. No se ha encontrado al culpable.

Recluso: Ni se va a encontrar, nadie hablará, todos le tienen miedo. Pero todos sabemos quién fue.

Policía: ¿Me está diciendo que el Coyote fue el asesino?

Recluso: Eso mismo le acabo de decir.

Policía: ¿Y por qué ha esperado varios años para contárselo a la policía?

Recluso: Uno, porque ahora ya no comparto celda con él. Antes hubiera muerto, antes incluso de acercarme a esta sala a hablar con usted. Dos, porque me han ofrecido un trato para reducir mi condena si hablo. Mire, yo ya estoy mayor y quiero pasar lo poco que me queda con la familia, no aquí.

Policía: Piensa que si sale de aquí, ¿el Coyote tomará represalias contra usted?

Recluso: Si se entera, soy hombre muerto. No he conocido a persona más vengativa.

Policía: Volvemos a la pregunta anterior, entonces, ¿por qué ha realizado esta confesión?

Recluso: Me han prometido que nadie sabrá quién se ha chivado.

Policía: ¿Y no cree que más tarde o más temprano se enterará?

Recluso: No me cabe la menor duda de ello. - Silencio.

Policía: ¿Entonces?

Recluso: Hace un mes me han diagnosticado cáncer terminal. Cuando se entere, seguramente yo ya esté muerto.

Laura se quedó de una piedra al leer el informe. Decía claramente que era la persona más vengativa a la que había conocido. ¿Por qué Jose pensaría que intentaban incriminarle? Más bien parecía que su compañero de celda quería contar la verdad, le quedaba poco de vida, quería que lo soltaran para pasar los últimos momentos de su vida con su familia, ¿se inventaría cualquier cosa para conseguirlo? Laura no lo sabía, no lo podía saber. Quizás alguien más de dentro, del centro penitenciario, podría confirmar o desmentir estas palabras. Llamó a Jose.

- Hola, acabo de leer el informe. - De fondo se oía música y risas. - Perdona, te he interrumpido. - Oyó a una voz femenina que le decía que fueran a bailar.

- Laura, mejor te llamo mañana y hablamos. Un beso. - Y colgó.

Laura se levantó temprano el sábado y se fue directa a la tienda, a trabajar un rato en algún mueble pendiente en el taller para relajarse. La noche anterior había estado dándole vueltas a la conversación entre el policía y el compañero de celda del Coyote. Había leído varias veces la transcripción y a ella le resultaba bastante creíble.

Estuvo toda la mañana trabajando muy concentrada en una mesa de cocina con un juego de seis sillas, la dueña le había pedido que le diera un cambio a todo el conjunto. Laura después de enseñarle algunas fotos había quedado con ella en pintar las sillas y las patas de la mesa de un color crema que habían elegido, el que iba mejor con su cocina y dejar la encimera de la mesa en color madera con un tono más oscuro al que tenía actualmente.

A media mañana atendió a una simpática señora mayor que quería informarse del precio para restaurar un mueble que tenía en casa, un antiguo reclinatorio de su abuela y quedó con ella en acercarse a verlo, por fotos no podía asegurar el estado en el que se podía encontrar.

Cuando se quiso dar cuenta ya eran más de las tres de la tarde. Así que cogió el bolso pensando en acercarse al restaurante griego a la vuelta de la esquina a comer algo. No se había dado cuenta hasta que hubo parado de trabajar, el hambre que tenía.

Cuando salía de la tienda a toda prisa, giró bruscamente después de cerrar la puerta y se tropezó con Jose que debía de ir a buscarla.

- Te he estado llamando, ¿dónde te metes? - Le soltó bruscamente. - ¿Estás enfadada conmigo? - Laura se sentía un poco molesta, no tenía muy claro si era porque la noche anterior la había ignorado o era porque había oído a una mujer. Y lo peor de todo es que se sentía aún más molesta consigo misma por estar molesta con él. Era como el pez que se muerde la cola.

- No digas tonterías. - Intentó que sonara sin resentimiento. - Voy a comer al griego, ¿vienes? - Jose asintió, había ido a buscar a Laura con el propósito de comer con ella.

Llegaron al restaurante donde ya empezaban a conocerlos. Mientras que esperaban a que les sirvieran, Laura cogió el móvil y vio que tenía cinco llamadas perdidas de Jose y una de Marta. Esta tarde la llamaría para ver qué tal le iba todo.

- Ya veo las llamadas. Es que he dejado el móvil en el bolso y no lo oigo si estoy en el taller trabajando. - Se disculpó.

- Si, lo entiendo, pero tal y cómo están las cosas me preocupo cuando no te localizo con facilidad. - Laura se ablandó con el comentario. - Bueno, cuéntame que querías decirme anoche. - Volvió a recordarle la breve llamada y sin saber por qué se sintió irritada.

- Ah, anoche, si. - Balbuceó las palabras. Respiró hondo tres veces y empezó a hablar.

- Estuve leyendo la transcripción de la conversación entre el policía y el preso y no entiendo por qué piensas que es una trampa, el recluso parece sincero, ¿no? ¿Alguien ha hablado con algún recluso más para confirmar su historia? - El camarero apareció con una botella de agua, esta vez no habían pedido vino puesto que Jose estaba ese

día de servicio. Al momento llegó la comida.

- Nadie ha querido hablar del Coyote, ni para bien ni para mal, se han hecho los tontos. Y sobre su compañero de celda, realmente no tiene nada que perder y sí mucho que ganar. Se inventa una historia y pasa sus últimos días de vida con su familia. En otro caso, muere en la cárcel. ¿Por qué justo ahora? Porque le acaban de diagnosticar un cáncer. Y antes le tenía tanto miedo que no se atrevía a abrir la boca. No sé, no me lo creo, pero esa es mi opinión. Como te dije parece más una historia inventada que alguien le ha vendido para que no se sigan otras líneas de investigación.

- ¿Hay otras líneas de investigación? - Preguntó Laura sorprendida, porque ellos no habían pensado en ningún sospechoso.

- Laura, se me ha ocurrido otra posible vía. - Le había cogido la mano y la miraba a los ojos, ella se mantenía expectante.

- ¿Y?

- Todavía no puedo contarte nada. - Jose le soltó la mano, la cara que había puesto era primero de sorpresa, segundo de decepción y por último de enfado, y si Jose la conocía bien, sabía que iba a haber tormenta.

- ¿Qué no puedes contarme nada? - Laura se dio cuenta que había levantado el tono de voz cuando las mesas ocupadas del restaurante los miraron a ambos, así que bajó el tono pero sin disimular lo enfadada que estaba. - Creía que estábamos trabajando en esto juntos. Qué pasa, ahora, de repente, no confías en mí. Mi vida también corre peligro, lo menos que puedes hacer es ponerme al día, ¿no crees? - Si las miradas matasen, Jose hubiera caído fulminado encima de la mesa del restaurante en ese preciso momento.

- Laura, es una idea que se me ha ocurrido y la estamos investigando. No es que no confíe en ti, claro que confió en ti, de hecho eres la única persona en la que confío plenamente. - Esta vez a Laura sus palabras le resbalaron, estaba demasiado cabreada con él. - Lo que pasa, es que es una idea que no sé si llevará a alguna parte y no quiero que te hagas ilusiones y no lleguemos a nada. Por favor, déjame unos días para comprobarlo y te cuento. - Laura empezó a relajarse, Jose parecía muy afectado. - ¿Confías en mí?

- De acuerdo. Pero en cuanto sepas algo, me lo dirás, ¿verdad? - Ahora Laura sonaba dolida y derrotada, y eso a Jose le dolió, no quería tener secretos con ella, pero si su corazonada era cierta, a ella le afectaría, y si no era cierta, no quería que lo pasara mal innecesariamente.

- Por supuesto. Trato hecho. - Y levantó la mano para cerrar el trato, Laura le sonrió y estrecharon sus manos como si de un negocio se tratara. Jose había ido a hablar con Laura por otro tema. No sabía cómo contárselo, porque conocía de antemano su respuesta, pero tenía que intentarlo y como con Laura no se podían dar rodeos, fue directamente al grano. - El departamento va a trasladar a todos los implicados en el caso del Coyote a un edificio para su protección. - Laura dejó caer el tenedor que se estaba llevando a la boca sorprendida.

- ¿Y han aceptado? ¿Dejar sus vidas para esconderse?

- Sí, todos han aceptado. Esperamos que sea por poco tiempo. - Ahí iba, tenía que soltarlo. - Y tú deberías ir con ellos.

- Y tú también. - Jose no esperaba esa contestación. - Los dos estamos en la lista del asesino. ¿Tú vas a ir? - Laura sabía la respuesta, así que continuó. - Pues yo tampoco.

- Jose no se había imaginado una respuesta diferente, era tan cabezota.

- Sabía que no ibas a querer ir. - Jose había pensado en otras opciones. - Por lo menos, sal de tu casa, vente a la mía unos días.

A Laura le salió una risa forzada. - ¿Crees que si el asesino quiere matarme, no irá a buscarme a tu casa? - Ella seguía disgustada por la llamada del día anterior, aunque no supiera muy bien por qué, y en ese momento, lo que menos le apetecía era

mudarse a su casa.

- Está bien, no vengas a mi casa. Pero vete a casa de alguna amiga. Por favor. - Jose se lo dijo suplicante, realmente se le notaba preocupado por ella.

- De acuerdo, te haré caso, me iré a casa de David unos días. - Laura sabía que eso le iba a sentar mal, no sabía por qué lo había dicho, le salió de repente, su subconsciente quería herirle, aunque se arrepintió al momento de haberlo dicho.

- Perfecto. - Si a Jose le molestó no se lo hizo notar. - Sólo una cosa más. Dame su dirección.

Al día siguiente Laura estaba haciendo la maleta para irse a casa de David. Le había llamado la tarde anterior para preguntarle si había algún problema para que ella se trasladara unos días a su casa, y él le dijo que por supuesto que no, que no era ninguna molestia, que ya se lo había dicho y estaba encantado que le tomara la palabra. Estaba preocupado por ella.

Bajó al garaje con la maleta en la que había metido unas cuantas cosas, suponía que si se le olvidaba algo no habría problema por volver a buscarlas a su casa. Había hecho la maleta a toda prisa porque no llegaba a comer con sus padres, ya salía tarde.

La velada con sus padres fue muy relajada, le hizo olvidarse de todo. Les contó que se iba unos días a casa de David, pero como no quería preocuparlos se inventó una historia de fumigación en el edificio, que seguramente sus padres ni se creyeron. Otra opción era haberse ido a pasar unos días con ellos, sus padres estarían encantados, y ella viviría como una reina, ya que su madre le haría la comida, le lavarían la ropa, y todo lo que necesitara se lo darían con la mayor de las sonrisas, ella lo sabía. Pero aunque les quería con toda el alma, la convivencia con ellos podía volverla loca, así que, ni se lo planteó.

Cuando salió de casa de sus padres el coche no le arrancó. Su padre bajó a ver si veía algo raro, pero después de mirar el motor desde varias perspectivas acabaron llamando al seguro. Cuando llegaron se llevaron el coche al taller para analizar el fallo.

El padre de Laura le prestó su viejo SEAT de casi veinte años mientras que a ella le arreglaban el suyo, sus padres no pensaban ir a ninguna parte en los próximos días, por lo que no lo iban a necesitar.

Cuando llegó a casa de David, él la estaba esperando en el garaje. David vivía en una pequeña casa de dos plantas en frente del Pirulí, tenía un pequeño jardín que rodeaba la casa y un garaje en el que entraban dos coches. Dejó el coche al lado del de David y salió.

- ¿Y tu coche? - Le preguntó mientras le daba dos besos.

- Acaba de dejarme tirada en casa de mis padres, por eso llego tarde. Se lo ha llevado la grúa y mi padre me ha dejado el suyo unos días.

David cogió la maleta que llevaba en el maletero y subió con ella hasta la habitación que le había preparado en la planta de arriba. La casa tenía tres habitaciones en la segunda planta de la casa, todas eran muy grandes, sobre todo la de él con baño privado. Aunque la casa era muy antigua, hacía un par de años había hecho una reforma impresionante y la había dejado fabulosa.

- Mientras te instalas, voy a ir preparando algo para cenar. - Laura no se había dado cuenta de lo tarde que se había hecho. Colocó las cosas que había metido en la maleta en el armario de la habitación, la dejó guardada debajo de la cama para que no molestara y bajó a ayudar a David a preparar la cena.

En la parte de abajo había un pequeño lavabo, pero el resto de la planta era completamente diáfano. Tenía una bonita cocina, aunque no muy grande, no necesitaba más, David no era gran cocinero, ni le interesaba para nada esa tarea. En el salón había una gran pantalla plana en la que se juntaban muchas veces para ver

algún partido interesante de fútbol todo el grupo de amigos. Y entre ambos espacios una bonita mesa de cocina que le había comprado a Laura.

Cuando llegó, la mesa ya estaba puesta, había hecho una ensalada que tenía muy buena pinta, y en ese momento estaba echando zumo de naranja a una macedonia de frutas que había preparado.

- ¡Qué sorpresa! Qué hacendoso te has vuelto. - Laura cogió una fresa que nadaba en la macedonia con el cuchillo que debía de haber estado utilizando para trocear la fruta.

- Umm, qué rica.

- Es que no todos los días se tienen invitados. - David le guiñó un ojo.

Cenaron tranquilamente, hablaron de lo que habían hecho esa semana cada uno. David le contó un montón de anécdotas del trabajo y de lo estresada que seguía Cris. Y Laura le detalló las novedades del caso, ya que el día anterior no le había puesto al día por teléfono. Le contó la declaración que había realizado el compañero de celda del Coyote, también le dijo que se habían llevado a todos a algún edificio donde pudieran protegerlos. David como siempre le prestaba atención muy concentrado y con cara de preocupación. Acabaron viendo una comedia en la televisión que les hizo olvidar todo el tema, hasta que se les hizo la hora de ir a dormir.

Noviembre 1.999

Cuando Jose llegó a la nave de Vallecas, no se encontró con quien esperaba, al contrario, se llevó una sorpresa que le cabreó bastante.

Al llegar vio que Laura estaba con José Manuel y el resto de sus amigos. El Chino aún no había llegado. Se acercó a Laura con cara de pocos amigos.

- ¿Podemos hablar? - Laura le iba a mandar a tomar por saco, pero cuando lo miró a la cara y vio sus ojos, se arrepintió de no haberle hecho caso. Así que asintió y salieron fuera. Jose la cogió del brazo y se la llevó a la esquina, de forma que nadie les oyera. - ¿Se puede saber qué haces aquí después de haberte dicho que no vinieras?

Laura estaba arrepentida de no haberle hecho caso, hasta el justo momento en que oyó que esa última frase salía de su boca.

- Perdona, y exactamente quién eres tú o quién te crees que eres, para decirme lo que tengo o no tengo que hacer. ¿Con qué derecho te crees? - Jose ya no sabía ni qué decir para que no se saliera por la tangente.

- Laura, ¿es que realmente no te das cuenta del peligro que corres?

- Claro que me doy cuenta del peligro que corro. Me doy cuenta perfectamente. ¿O es que crees que cuando acepté ayudaros no me daba perfecta cuenta de dónde me metía? ¿Crees que no sopesé los pros y los contras? Claro que sí, hice todo eso y más. Y tengo perfectamente claro dónde me estoy metiendo.

- Pero eso lo hacías para ayudar a un amigo, ahora sabes que José Manuel no necesita tu ayuda realmente.

- Lo sé. Ahora lo hago por ayudar a otra persona, a mi novio. - Jose se quedó boquiabierto, eso no se lo esperaba.

- Laura, y yo te lo agradezco, en serio. Pero no necesito tu ayuda. - Esas palabras fueron como si la hubiera abofeteado, le dolieron. Se dio la vuelta y lo dejó allí plantado en la esquina. Él sabía que le había hecho daño, pero no podía hacer otra cosa, no podía ponerla en peligro. Ya intentaría solucionar esa discusión más tarde, ahora tenía que centrarse en el asunto que le había traído hasta allí.

Cuando volvió a la nave, el Chino ya estaba en el fondo con el resto, en cuanto Edu y Quique lo vieron entrar se dirigieron hacia él. Por otro lado, Laura, José Manuel y el Mini, salían del local. Fue el Bola el que se paró para decirle que se iban a tomar algo a La Misión, por si se quería venir. Jose negó con la cabeza. - Quizás luego.

- Ok. Espero verte allí, porque tienes a Laura muy cabreada. Amigo, no sé qué le has hecho, pero pinta mal. - Le dio una palmada en la espalda apiadándose de él y salió detrás de sus amigos.

Edu y Quique ya estaban a su lado. - Vamos. - Le dijeron al unísono. Jose los siguió hasta el final de la nave.

Tenía en frente al Chino, al Bulldog y al Dardo, sentados alrededor de la mesa de madera.

- Siéntate. - Le dijo el Chino. Jose se sentó en frente de él y a cada lado Quique y Edu.

- Me dicen que quieres comprar mercancía. - Jose asintió. - Estos dos se fían de ti. - Dijo mirando primero a Quique y luego a Edu. - Pero yo no te conozco apenas, no sé si puedo o no fiarme de ti. - Jose no dijo nada, sabía que tenía que echar un discurso para meterle miedo. - ¿Tu crees que puedo fiarme de ti? - Sabía que era una pregunta retórica, así que no se molestó en contestar. - Mi instinto me dice que no, pero mi instinto siempre dice eso. - Todos rieron menos el Chino y Jose. Le estaba sopesando,

tenía que estar a la altura. - Pero claro, por otro lado tiene que existir un lado comercial si queremos ganar dinero, ¿verdad? Y ese me dice que tengo que fiarme de ti, que puedes reportarme mucha pasta. - Todos asintieron, menos Jose. - Pero yo siempre me fío de mi instinto, así que te he investigado. Parece que saliste de la cárcel hace menos de un año, y no era la primera vez que estabas encerrado en el trullo, tienes una buena lista de antecedentes, por robo y asalto casi todos. En los ochenta te dedicabas al robo de coches, estuviste entrando y saliendo de correccionales hasta que cumpliste la mayoría de edad. Pero nada de drogas. ¡En los ochenta! - Se había leído toda la información falsa que habían introducido en el ordenador de comisaría para darle credibilidad, ya se imaginaba que lo iban a investigar. Se preguntaba quién le pasaría esos informes, tenían que tener a alguien dentro.

- No me gustan las drogas. He visto a muchos colegas morir de sobredosis. - Sonó frío y convincente.

- ¿Y ahora?

- La pasta. - Todos se quedaron en silencio. El Chino parecía sopesarle, lo miraba a los ojos e intentaba descubrir si le mentía o le decía la verdad. Decidió que no mentía. Creía la historia y además ya lo había visto en muchas ocasiones por allí, su novia era amiga de uno de los amigos del hermano de Edu, le parecía muy rebuscado para que fuera de la pasma. Se echó a reír sonoramente, todos rieron con él, excepto Jose que sólo mostró una fría sonrisa. Parecía que había pasado la prueba, pero tenía que tener cuidado.

- Me dicen que quieres un kilo de nieve. - Jose asintió. - Sabes que no es barata. - Volvió a asentir. - Cinco millones. - Esta vez no asintió.

- Ambos sabemos que el precio de la droga está bajando. - El Chino sonrió, aunque a Jose más bien le pareció una mueca.

- Ese es el precio. Si no lo aceptas puedes ir a otra parte.

- Qué tiene tu droga que la haga diferente a la que se vende por ahí a menor precio. - No podía aceptar tan pronto. Tenía que ganarse su respeto.

- La calidad. Somos los únicos en España que la tratamos utilizando prácticas similares a las empleadas en la selva colombiana. - Jose se sorprendió, así que era verdad, debían de tener un laboratorio enorme. - Nuestra droga no está adulterada.

- De acuerdo. Acepto. - Jose estiró la mano para zanjar el trato con un apretón de manos. El movimiento brusco hizo que el Bulldog y el Dardo se levantaran de la silla de inmediato. Jose ni se inmutó, mantuvo la mano en el aire sin que le temblara.

- Tranquilos. - Dijo el Chino. - Mis chicos se ponen nerviosos con la gente nueva. - Estiró la mano y cerró el trato con Jose.

- ¿Cuándo y dónde? - Preguntó Jose.

- Ya nos pondremos en contacto contigo. Tú prepara el dinero. - Jose asintió y se levantó para irse.

- Ahora tengo que irme, tengo a mi chica cabreada. - Todos rieron.

- Tiene carácter tu bomboncito. Regálale algo. Con las mujeres todo se arregla así. - Le dijo el Bulldog. - Y si no te funciona, me la mandas. - Todos rieron la gracia, menos Jose que fue a darle un puñetazo, pero Edu y Quique lo cogieron a tiempo.

- Tú también tienes carácter. - Rió el Chino.- Eres legal, efectivamente, a la novia no se la toca. Chicos, aprended de él. - Jose saludó con la cabeza, dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Edu y Quique le seguían.

- Pensábamos que no tenías ni idea de drogas, pero parece que sabes más de lo que dices. - Fue Edu quién habló.

- Yo no tengo ni idea, pero la gente que quiere comprarla me habló de los precios y me dio alguna que otra recomendación. No quieren que les compre basura ni que les tomen el pelo, tienen pasta, pero no son idiotas. - Parece que quedaron satisfechos con la respuesta.

- Y ¿por qué no son ellos los que se mueven? - Esta vez habló Quique.
- Buena pregunta, ya me gustaría a mí que no me metieran en estos líos. Pero ya sabéis, ellos tienen pasta y yo quiero pasta.- Jose se despidió de ambos y salió de la nave con dirección a La Misión, donde esperaba encontrarse con Laura. Parecía que todo había ido bien, los había convencido, pero él sabía perfectamente que la confianza era costosa de ganar y que se perdía con mucha facilidad, así que no debía cantar victoria antes de tiempo.
- Cuando llegó al bar, vio que José Manuel y sus amigos estaban en la barra hablando con tres chicas. Se acercó a él y le preguntó por Laura.
- Se ha ido a casa. Me da la impresión que no quería verte. - Una de las chicas, al ver al nuevo se acercó a ambos.
- ¿No me presentas a tu amigo? - Le dijo directamente a José Manuel.
- Su amigo se va. - Dijo Jose que empezaba a estar bastante molesto por la situación con Laura.
- ¿Estás seguro que no quieres quedarte un rato? - La chica se le pegó demasiado, él la apartó con cuidado.
- No. - Se dio la vuelta y se fue por donde había venido.
- Qué maleducado tu amigo. - Oyó mientras salía del bar sin volver la vista atrás.

Ya era miércoles y Jose estaba en el vestuario con Carlos preparándose para salir al tatami. Esperaba que Laura apareciera para darles la siguiente clase de karate, aunque no estaba seguro que ella viniera. No la veía ni hablaba con ella desde el sábado, la había estado llamando pero no le devolvía las llamadas. Se estaba comportando de forma muy inmadura, pensaba mientras se vestía, no se daba cuenta que era por su bien, para su propia seguridad, ella no era policía. Se imaginaba que ella sabía todo eso perfectamente, pero no le gustaba que de repente la apartaran. Eso lo podía entender, seguramente él se hubiera sentido tan cabreado como ella. Pero como no habían hablado, no podía saber qué pasaba por su cabeza.

Salieron ambos del vestuario y entraron en el gimnasio donde se encontraron a Laura corriendo alrededor, ambos se unieron a ella. Carlos sabía todo lo ocurrido, Jose le había puesto al día, así que decidió quedarse apartado a unos cuantos metros de distancia para dejarles intimidad.

Jose se colocó pegado a Laura. - Hola, ¿cómo estás?

- Bien, gracias.- Laura sonó muy fría. Jose fue a decir algo más pero ella le cortó. - Aquí no, por favor. - Su tono fue suplicante, y él no supo por qué.

Después del calentamiento y los estiramientos, Laura continuó donde lo habían dejado la clase anterior, continuó enseñándoles a caer.

Esta vez les enseñó la caída de frente rodando y la caída lateral. Para practicar la primera, comenzaron haciéndolo con la rodilla apoyada en el suelo para rodar. Cuando ya tenían la técnica empezaron a caer de pie e hicieron alguna caída con salto. Aún tenían que practicar, pero les salía mejor de lo esperado. Después de practicar también la caída lateral, Laura decidió que era hora de poner sus conocimientos en práctica.

- Vamos a ver si habéis aprendido a caer cuando estáis luchando. Jose, vamos. - Él se acercó titubeante, no sabía por qué, pero le daba la sensación que no iba a salir bien parado esa tarde de clase, pensaba que se iba a desfogar con él y esta vez no iba a ser con sexo. Rió para sí, recordando la primera vez, en aquella ocasión ella también estaba muy cabreada. - Ven a por mí.

Jose no se acercó, así que Laura tomó la iniciativa, fue a darle una patada que él esquivó fácilmente. Entonces él empezó a dar puñetazos que Laura esquivó rápidamente, ella levantó la pierna y le dio una patada en el estómago, a él esa patada le pilló por sorpresa, instante que aprovechó ella para colocarse en su lateral y hacerle

un barrido. - Caída de frente. - Dijo y Jose cayó de frente, automáticamente utilizó la técnica que ella le había enseñado en la clase anterior. Cuando él se giró sobre el tatami, ella le estaba sonriendo, pero no de forma rencorosa, sintió el orgullo en su mirada, se sentía feliz porque su alumno hubiera aprendido la caída. Se dio cuenta del error que había cometido al pensar que ella era tan rencorosa. Laura le dio la mano para ayudarlo a levantarse, Jose se estaba levantando cuando ella le hizo otro barrido.

- Caída lateral. - Jose cayó correctamente de nuevo. Laura se acercó para darle de nuevo la mano, Jose se la quedó mirando.

- No sé si dártela, ¿me vas a volver a tirar? - Dijo socarronamente.

- No seas tan arrogante. Ahora le toca a Carlos. - Le dio la mano y se levantó. - Lo has hecho muy bien.

Con Carlos también tuvo un breve combate de forma que él también pudo practicar las caídas, y como Jose, utilizó las técnicas que les había enseñado de forma correcta.

Después les puso a pelear para que volvieran a practicar todo lo aprendido. Siguió corrigiéndoles si veía algo incorrecto, pero parecía que la base la estaban pillando a la perfección. En clase estaban muy concentrados, eso a ella le gustaba y se veían los resultados.

- Deberías de pensar en dedicarte a esto, se te da muy bien. - Le decía Carlos cuando se dirigían todos a los vestuarios. La cara de Laura reflejó que no sabía a qué se refería. - Profesora de karate. Eres buena. - Ella le sonrió dulcemente.

- Tengo buenos alumnos.

Al salir del vestuario Laura se encontró con Jose que estaba esperándola.

- No sabía si ibas a venir. ¿Me dejas que te lleve a casa? - Ella asintió.

- Os dije que os daría clase, y siempre cumplo mi palabra.

Fueron todo el camino en silencio, ninguno sabía por donde empezar. Cuando llegaron a casa de Laura, ésta se giró y lo miró directamente a los ojos.

- Perdóname, sé que tienes razón, no soy poli y no puedo actuar como tal. A veces se me olvida que esto es una operación policial. Mi comportamiento ha sido irracional. - Se disculpó. Jose le cogió la cara con ambas manos y la besó como llevaba deseando hacer desde que la había visto en el gimnasio.

- ¿Vamos a mi casa? - Dijo Jose con voz ronca.

- Por supuesto, quiero una reconciliación como Dios manda. - Sonrió pícaramente.

Abril 2.016

Laura ya llevaba más de dos semanas instalada en casa de David, la convivencia estaba resultando muy agradable, él se esforzaba mucho para que se sintiera a gusto y como en casa, pero ella echaba de menos su casa, echaba de menos el saber dónde estaba el abridor de botellas o dónde estaban las sábanas limpias. Se sentía como una extraña, cosa que es lo que realmente era en la casa de David.

Y eso que no se había pasado todos los días allí metida. Ella y Cris se habían cogido unos días después de Semana Santa y se habían ido a visitar Rumania. Habían alquilado un coche y habían recorrido el país a la aventura, reservando los hoteles por el camino.

Llegaron a Bucarest donde en el aeropuerto cogieron el coche que las llevó a la ciudad. Allí sí habían reservado las dos primeras noches, en un hotel cercano a donde se encontraba el Parlamento. Como llegaron tarde se fueron directas a la cama puesto que al día siguiente tendrían que madrugar, tenían planeadas para hacer un montón de visitas. Se recorrieron la ciudad disfrutando de todo lo que veían, debido al terremoto que sufrió la ciudad en el 77, hubo una gran reconstrucción que le dio su aspecto moderno y actual, esto lo leyeron en la guía que habían comprado. Visitaron algunas de sus impresionantes iglesias ortodoxas, hicieron una visita guiada que habían reservado por Internet al Parlamento, callejearon y se perdieron por las calles de la ciudad, disfrutaron del día de turismo y acabaron cenando en un restaurante cercano al hotel que habían encontrado en un blog en Internet. Decorado como el salón de un castillo medieval, con sus estandartes y espadas cruzadas colgadas de la pared y donde el plato principal era un pollo asado insertado en una espada de madera que tenías que comer con la mano, al más puro estilo medieval. Disfrutaron de la experiencia, mientras sacaban fotos para el recuerdo.

Por supuesto ahí no quedó el viaje, al día siguiente cogieron el coche e iniciaron la ruta que habían planeado. Habían estado analizando varios blogs de viajes dos días antes de salir hacia Rumania, para organizar una ruta con lo más interesante del país.

Fueron a un precioso Monasterio en Curtea de Arges, donde disfrutaron de la preciosa arquitectura del edificio y la decoración ortodoxa de su interior. Se acercaron a Sibiu, una preciosa ciudad amurallada con casas de diferentes colores, una bonita catedral evangélica, una maravillosa plaza con su torre del reloj, donde por la noche hicieron una parada para disfrutar de unos cócteles y de la noche rumana.

Continuaron al día siguiente camino y pararon en un bucólico pueblo llamado Sibiel que contenía un pequeño museo con preciosos iconos religiosos. Hicieron una parada en la Catedral Ortodoxa de Alba Iulia, donde pasearon viendo el bonito edificio y lo bien cuidada que estaba la zona.

Llevaban algo más de media hora de camino cuando Laura, que era la que en ese momento iba conduciendo, notó algo raro en el coche. Paró en una especie de zona de descanso que había a un lado de la carretera, en el mismo arcén el cuál se había hecho más ancho de lo que llevaba siendo hasta ese momento.

Ambas se bajaron del coche y comprobaron que las dos ruedas del lateral derecho se habían pinchado.

- No me lo puedo creer. - Laura estaba sorprendida comprobando ambas ruedas sin saber cómo había podido ocurrir.

- Creo que he visto en algún sitio como una especie de bordillo, seguro que nos hemos

dado con él y nos hemos cargado las dos ruedas. - Cris ya estaba sacando de la guantera del coche la documentación para comprobar dónde tenían que llamar para este tipo de percances.

En cuanto encontró el número de teléfono empezó a marcar los dígitos en su móvil, en seguida contestaron. Cris comenzó a contarle a la mujer al otro lado de la línea lo que había ocurrido, en inglés. Cuando ésta le preguntó dónde se encontraban, se dirigió a Laura haciéndole esa misma pregunta con la mirada. Ella le dijo que se encontraban en el kilómetro 462 de la E60, a 15 kilómetros de Cluj Napoca. Unos metros más allá de donde habían dejado el coche había un mojón que les indicaba toda esa información, por lo menos pudieron relajarse, puesto que sabían el punto exacto en donde se encontraban, la grúa no tendría ningún problema para localizarlas.

- Wait a moment, please. - Oyó Laura decir a Cris para después girarse hacia ella. - Laura, no me entienden y yo tampoco entiendo muy bien a la mujer, tiene un acento muy peculiar. - Laura ya estaba alargando la mano para coger el teléfono que Cris le estaba pasando.

Unos minutos después, Laura ya había completado la información solicitada. Le habían avisado que la grúa llegaría en algo menos de una hora al punto en el que se encontraban, salía de Cluj Napoca, el lugar al que se dirigían.

Mientras esperaban, estuvieron contemplando el lugar, todo era campo, estaba muy verde y a lo lejos se veían zonas de bosque.

Decidieron dar una vuelta por los alrededores sin alejarse demasiado del coche, no fuera a ser que llegara la grúa y ellas estuvieran de turismo por el medio del campo.

Mientras iban paseando despacio, contemplando el bonito paisaje, Cris ya no pudo aguantar más y le preguntó a su amiga por sus relaciones sentimentales, que últimamente parecían tan complejas.

- Me vas a contar ¿qué pasa entre tú y Jose y entre tú y David? - Laura se sorprendió por la pregunta, sabía que en algún momento su amiga se la haría, pero aún no estaba preparada para contestar, ni ella misma sabía la respuesta. Como Laura, no decía nada, Cris siguió insistiendo. - La verdad Laura, no entiendo nada. Hace un mes te acuestas con Jose y ahora te vas a vivir con David. ¿Me he perdido algo?

Laura se quedó mirando a su amiga, no se había dado cuenta de lo raro que era todo si se veía desde fuera. Así que intentó ser lo más sincera que pudo teniendo en cuenta las circunstancias.

- Respecto a irme a vivir con David, es algo temporal, en cuanto pueda me vuelvo a mi casa. - Hizo una pausa, no creía que Cris se tragara la historia de la fumigación que le había contado a sus padres, y aunque seguramente sus padres tampoco la creyeron, por lo menos no dijeron nada, seguro que Cris seguiría indagando. - Se ha producido una avería en el edificio y van a estar arreglándola un par de semanas, así que David me ofreció que pasara esos días en su casa, y a mí no me pareció mala idea. - Cris iba a preguntar sobre la obra, pero notó en la mirada de Laura que no iba a decir nada más al respecto. Aún así insistió sobre el tema de Jose que le tenía demasiado intrigada como para dejarlo pasar.

- ¿Y sobre Jose? ¿Qué ocurre entre vosotros dos?

- La relación con Jose es complicada. No sé ni lo que quiero o siento por él. Aún no estoy preparada. - Cris vio tristeza en los ojos de su amiga, por lo que le cogió la mano y le dio un suave apretón. Continuaron paseando en silencio un rato más.

- Mira, parece que ya ha llegado la grúa. - Laura se giró en dirección hacia el coche y ambas amigas se pusieron a correr.

El conductor de la grúa les cambió ambas ruedas y les hizo firmar algunos papeles. No les puso ningún problema gracias a que habían contratado un seguro al alquilar el coche que cubría este tipo de incidencias.

Ya de noche, llegaron a Cluj Napoca donde cenaron algo rápido en el hotel que

encontraron con habitaciones disponibles, muy cerca de la Plaza Unirii, en el centro. Subieron a descansar en seguida a la habitación, habían llegado derrotadas, aunque muy felices. El incidente con el coche había quedado en una mera anécdota y además estaban disfrutando el viaje, el país les estaba encantando y aún quedaba mucho por ver.

Por la mañana se acercaron a la cercana plaza donde se encuentra la Catedral gótica de Sf. Mihail y la bonita Catedral ortodoxa de estilo rumano y bizantino. Después de dar una vuelta por la ciudad, se dirigieron a Turda, donde se encuentran las minas de sal más grandes del país. Entraron a visitarlas y disfrutaron con las amplias salas de su interior y con las preciosas estalactitas de su techo.

Hicieron una parada en Targu Mures, bonito pueblo que encontraron en el camino y que les pareció ideal para comer algo.

Por la noche llegaron a Sighisoara una preciosa ciudadela sajona, donde encontraron habitación en un bonito hotel en una plaza al lado de la Torre del Reloj. Cenaron en un pequeño restaurante en la misma plaza, preparando las visitas del día siguiente.

Se levantaron temprano como estaba siendo habitual en las vacaciones y visitaron el pueblo, lleno de callejuelas estrechas, torres de defensa, iglesias y cuidadas casas antiguas, además de ser considerada la ciudad natal de Drácula, tal y como les decía la guía.

Continuaron camino a Brasov, pero hicieron parada en la iglesia de Prejmer, una fortaleza con unas trescientas celdas comunicadas entre sí por escaleras de madera, construidas en el interior de sus muros, donde se refugiaba la población en las invasiones o cuando se producían catástrofes naturales. Ellas entraron en una de las celdas y fueron recorriéndose otras tantas mediante los pasillos y escaleras interiores. Se sintieron como si estuvieran en un laberinto.

En Brasov encontraron habitación en un hotel en la misma Plaza Grande, desde la ventana podían contemplar la preciosa plaza y la impresionante Iglesia Negra, a la que no lograron entrar, aunque lo intentaron en varias ocasiones, o estaba cerrada, o estaban dando misa, en cuyo caso no les permitieron pasar.

Por la mañana fueron a visitar el inquietante Castillo de Drácula, construido sobre una enorme roca para defender mejor sus murallas debido a las constantes invasiones turcas.

Subieron a la estación de montaña de Poiana Brasov cogiendo el teleférico. Había bastante nieve y algo de hielo, como ninguna iba preparada para la nieve, ambas llevaban zapatillas de deporte para ir cómodas, llegaron con los pies calados al coche, por lo que pusieron a tope la calefacción hasta que volvieron a entrar en calor y se cambiaron de calzado, ya que en el maletero habían dejado repuesto. Después, una parada a tomar un café en el primer lugar que encontraron y ya se habían olvidado del frío.

Regresaron a Brasov donde salieron a dar una vuelta y recorrer la ciudad, cenaron en un bonito restaurante y pasaron a un bar a tomar una copa, encantadas de estar de vacaciones, totalmente desconectadas ambas del estrés de los últimos meses, aunque cada una por un motivo diferente. En el bar conocieron a un grupo de italianos que también estaba haciendo turismo, entre inglés, español e italiano se entendieron, pero los italianos se acabaron poniendo pesados, por lo que huyeron del bar riéndose por la situación.

Al día siguiente, se dirigieron a Sinaia, donde visitaron el Castillo de Peles, un precioso castillo que ambas estaban convencidas de haber visto en alguna película, aunque no recordaban en cuál. Continuaron al monasterio de Sinaia, la Catedral de los Cárpatos. Y llegaron a Bucarest esa misma noche, alojándose en el mismo hotel que la vez anterior, el cuál habían dejado reservado cuando abandonaron la ciudad unos días antes. Descansaron y al día siguiente de vuelta a casa y a la realidad.

Y en eso estaba pensando Laura mientras veía las fotos del viaje en el televisor. Cuando David entró en el salón, la vio totalmente abstraída.

- ¿En qué piensas? - Laura salió de su ensoñación.

- Estaba pensando en lo que nos reímos y disfrutamos las vacaciones, una pena que no pudieras cogerte unos días y venirte con nosotras.

- Bueno, la verdad es que Rumania tampoco es que me llame mucho la atención, no sé cómo os decantasteis por ese lugar.

- Un vuelo de última hora muy bien de precio. Y allí nos encontramos con un país sorprendente, porque los lugares que visitamos fueron todos maravillosos.

- ¿Cenamos? - David ya se dirigía a la cocina para ver qué había en la nevera, como Laura, él tampoco le dedicaba mucho tiempo a pasar por el supermercado. La nevera estaba vacía.

- Vámonos, te invito a cenar. - Le ofreció Laura, porque había quedado en pasarse por el supermercado y se le había olvidado por completo. - Qué menos, me tocaba a mí hacer la compra y se me ha olvidado. - Se encogió de hombros y puso gesto de disculpa.

Salieron de la casa y fueron a un bar que había a unas calles de la casa de David, donde tomaron unas tapas y una pequeña jarra del vino de la casa.

- Por cierto Laura, mañana me voy a primera hora a Barcelona, tengo reuniones por trabajo. Llegaré tarde, así que no me esperes levantada. - David solía viajar bastante por temas laborales, así que a ella no le sorprendió nada.

- Ok, no hay problema. Te prometo que mañana voy al supermercado y cuando llegues verás que la nevera está llena. - Sonrieron ambos, y David no se lo creyó del todo, estaba seguro que a su amiga se le volvería a olvidar comprar comida, para esas cosas era un desastre, peor que un soltero.

Al día siguiente Laura salió de la tienda y se montó en el coche, tenía en la cabeza pasar por el supermercado como le había prometido a David. Todavía seguía con el coche de su padre, que gracias a Dios aún no había necesitado, porque en el taller estaban esperando una pieza que venía de no se sabe dónde y que con las vacaciones de Semana Santa y demás, estaba tardando más de lo esperado en recibirla. Aunque le habían prometido que ese sábado ya tendrían su coche preparado. Llamaría al día siguiente al taller, puesto que ya sería viernes, para confirmar si podría ir a por el coche o no en la fecha indicada. No podía estar más tiempo con el coche de su padre, puesto que aunque él le decía que no lo necesitaba, sabía que estaban dejando de hacer cosas por su culpa y eso a ella no le hacía ninguna gracia.

Fue a un supermercado que conocía en el barrio de David, allí estuvo paseando por los diferentes pasillos buscando lo que quería comprar, como no lo conocía, tardó más en encontrar lo que buscaba, de hecho en más de una ocasión tuvo que preguntar a los reponedores que por allí andaban colocando los productos en las estanterías.

Cuando hubo terminado y metió todo en el maletero del coche, le sonó el teléfono.

- Hola Laura. ¿Estás libre el sábado? ¿Te apetece que vayamos de compras? No me vale nada de la ropa que tengo, estoy gordísima. - Laura se rió de su amiga, ya estaba de siete meses y parecía que estaba de gemelos, tenía mucha tripa, aunque por lo demás seguía teniendo un cuerpazo.

- Por supuesto, te paso a recoger. ¿Por la mañana y comemos por ahí?

- Genial, a la hora que quieras. Estaré tirada en el sillón viendo la tele. Pablo no me deja hacer nada, así que me aburro como una ostra. - Laura volvió a reír. Pablo estaba muy nervioso, no quería que saliera nada mal, suponía que eso es lo que sentiría cualquier padre primerizo. - ¿Y tú qué tal estás? ¿Cómo va todo en casa de David? - Laura ya la había puesto al día de todas las novedades.

- Bien, la convivencia es cómoda, somos prácticamente iguales, vamos, un desastre en los temas del hogar. Acabo de salir del supermercado porque tenemos desde hace días la nevera vacía, eso sí, cervezas y vino no faltan nunca.- Marta recordaba esos tiempos sin preocupaciones y deberes, ahora ella tenía que centrarse en que iba a ser mamá y eso durante algún tiempo se le había terminado, o quizás para el resto de su vida. Se estremeció sólo de pensarlo.

Hablaron un rato más y se despidieron hasta el sábado cuando Laura terminara en el taller, si es que le devolvían ese día el coche. Quedó en que la iría informando sobre la marcha para que estuviera preparada.

Cuando llegó a casa de David, pulsó el mando que le había dejado y la puerta del garaje se abrió. Dejó el coche al lado del de él y apagó las luces y el motor. Salió del coche, no veía nada, con la puerta del garaje de nuevo cerrada y sin las luces del coche, la estancia se quedaba completamente a oscuras. Maldijo por lo bajo cuando al ir a encender la luz chocó contra algo que no supo reconocer. Y de repente cayó al suelo y todo se volvió negro.

Allí estaba esperándola, agazapado en la oscuridad, escondido para que no se percatara de su presencia. Ella por supuesto estaba a otras cosas y no vio a nadie escondido en un rincón del garaje entre cajas y estanterías. Cuando apagó el motor del coche, todo se quedó a oscuras, pero llevaba mucho rato en las sombras, por lo que ya tenía los ojos hechos a la oscuridad, ella no, como notó en cuanto salió del coche y tropezó con una vieja caja de madera que había en un lateral del garaje. Sonrió cuando la vio tropezar, era su momento, no esperaba a nadie allí dentro y no lo vería. Era el momento.

Aprovechó para lanzarse sobre ella sin hacer ruido, llevaba en la mano una maza de goma que había encontrado en una caja del garaje. La golpeó, no lo hizo con fuerza, no quería matarla, así no, todavía no, pero sí quería que perdiera el conocimiento, y eso fue lo que consiguió.

Ella se desplomó en el suelo, al caer se dio en la cadera con el otro coche que había en el garaje, supuso que le saldría un buen moratón, pero eso no importaba. La cogió en brazos y la metió dentro de su coche, no había llegado a cerrar la puerta. Las llaves estaban en el suelo al lado de donde ella se había desplomado, cuando la golpeó aún las llevaba en la mano, las cogió y las introdujo en el arranque del coche, lo puso en marcha.

Se quedó un rato contemplándola, ella estaba dormida en el asiento del conductor, decidió echar su asiento un poco para atrás para que quedara algo más tumbada. Parecía relajada, estaba hermosa con su cabellera morena suelta resaltando su blanca piel. Le recordó al cuento de Blancanieves en el momento en que se encuentra en su ataúd de cristal y todos los enanos alrededor llorando su muerte.

Empezó a notar el humo que salía del tubo de escape. Había tenido mucha suerte al tener ella en ese momento un coche tan antiguo, el suyo no desprendería tanta cantidad de humo, pero éste sí lo hacía. A ese paso se llenaría en seguida el garaje de monóxido de carbono, sonrió al pensarlo, en poco tiempo estaría muerta. Tenía que irse, la volvió a mirar y se fue por donde había venido, dejando todo cerrado a cal y canto.

Noviembre 1.999

El jueves por la mañana Jose estaba en comisaría trabajando en el caso. Estaba buscando algún almacén de tamaño considerable donde pudieran estar tratando la cocaína. Seguro que si seguía por ese camino encontraría algo, no tenía que haber muchos almacenes en Madrid con esas características, o sí. Se preguntaba cómo lo harían para transportar tal cantidad de coca desde Sudamérica y que la policía no hubiera sido aún alertada.

Se le ocurrió que quizás fuera algún almacén de café. Sabía que el café ocultaba el olor de cocaína a los perros. Así que se pasó un rato investigando almacenes en Madrid de café. Pero tampoco encontró nada que le llamara la atención.

En ese momento le sonó el móvil, no conocía el número. - ¿Si?

- Hola Jose, soy Edu. - Jose se puso tenso en su asiento. - Me dice el Chino que vengas esta tarde a las cuatro al lugar de siempre. Tiene lo que querías.

- De acuerdo. ¿Pero no estarán tu hermano y sus amigos?

- Puede ser, pero están acostumbrados. - Edu le colgó.

Sabía que los amigos de José Manuel, de vez en cuando les hacían algún encargo, pero nunca se le había pasado por la cabeza que estuvieran tan enterados de sus trapicheos.

Si llegaban a meter a alguien en la cárcel, serían testigos con información interesante, pensó.

Jose fue a buscar a Carlos que debía de estar tomando café, puesto que no estaba en su mesa, pero tampoco lo encontró en el área de descanso, por lo que se fue directamente a contarle las novedades a su jefe.

Cuando llegó a su despacho, se encontró a Carmen, la secretaria de su jefe, hablando con Carlos.

- A ti te estaba buscando. - Le dijo Jose en cuanto lo vio. Carlos le frotó el brazo a Carmen como si la estuviera consolando, levantó la cabeza y vio que Jose estaba esperando por él, se levantó para entrar en el despacho con su compañero.

Ya dentro, Jose les contó a ambos la conversación mantenida hacía unos minutos con Edu. Su jefe hizo una llamada, supusieron que estaba llamando a la Fiscalía para informar que se iba a utilizar parte del dinero incautado, aunque luego tendrían que rellenar el papeleo igualmente, pero era un aviso cortés para mantenerlos informados.

- Tendrás que llevar un micro. - Jose movió la cabeza en gesto negativo.

- Si me pillan ahora con un micro, el caso se termina. No puedo arriesgarme, es muy pronto, tienen que confiar en mí.

- No me gusta. - Dijo su jefe.

- De todas formas, allí estarán Edu y Quique, si necesitamos que testifiquen en un juicio es más fácil aceptar la prueba de sus testimonios a aceptar conversaciones grabadas con micro.

- En eso tienes razón. Pero ahora mismo no me preocupa el juicio, sé que si los pillamos tendremos pruebas suficientes. Lo que me preocupa es tu seguridad. - A Jose le sorprendió esa manifestación de inquietud por parte de su jefe, a veces olvidaba que era una persona con sentimientos como el resto de mortales.

- No me pasará nada. Parece que es una venta habitual. En el mismo sitio de siempre, incluso. No le han dado ninguna importancia. - Hizo una pausa y miró a Carlos. - Además, no estaré solo.

- De acuerdo, pero ten cuidado. Carlos y los demás estarán situados en los alrededores en posiciones estratégicas. Si hay algún problema o ves algún movimiento extraño, hazles alguna señal, estarán preparados. - Miró a Carlos quién asintió. El jefe hizo un gesto con la mano indicando que ya se podían marchar, por lo que salieron del despacho.

Organizaron un equipo y les indicaron dónde debían situarse por si surgía algún problema. También les dejaron claro, que si él no hacía ninguna señal, no hicieran nada. No era el momento de atraparlos, éstos eran unos peces pequeños, ellos iban a por peces más grandes.

Jose estaba intranquilo, le preocupaba que alguien cometiera un error, no eran principiantes, pero tampoco era un equipo con mucha experiencia en este tipo de actuaciones, le preocupaba que alguien hiciera algún movimiento que estropeará la operación.

- ¿Comemos? - Carlos estaba a su lado y sabía perfectamente en lo que estaba pensando Jose. - Confía en ellos, lo harán bien. - Jose asintió sin mucha convicción.

- Estoy preocupado, llevamos demasiado tiempo trabajando en este caso, y ahora que se empieza a ver algo de luz, me asusta que la podamos joder. - Carlos dio unos golpecitos en la espalda de Jose, él sentía la misma preocupación.

Salieron a comer algo al bar de siempre. Como habían ido muy pronto, el bar estaba prácticamente vacío, se sentaron al fondo en su mesa habitual.

- ¿Se lo has contado a Laura?

- Todavía no. Ya se lo contaré. Ahora no quiero que cometa la misma estupidez que el sábado pasado. No puedo estar preocupándome por ella con todo lo que tengo encima.

- Sabes que si fuera al revés, tú estarías aún más cabreado que ella. - Jose no dijo nada, pero sabía que su amigo tenía razón. - Merece la pena, no la dejes escapar. - Jose sonrió, lo sabía perfectamente.

- Y tú ¿a qué te dedicas ahora?, ¿a dar consejos?, ¿primero a Carmen y ahora a mí?, ¿quién eres y dónde está mi compañero? - Ambos rieron la broma.

- Por cierto, antes de que se me olvide, mi mujer me ha dicho que vengáis a cenar el sábado a casa, Laura y tú. La tienes abandonada y tiene muchas ganas de conocer a Laura. Entre lo enganchado que estás a ella y otros comentarios que le hago, cree que debe de ser una diosa, una heroína o algo parecido. Está deseando conocerla. - Carlos puso los ojos en blanco y ambos rieron por la ocurrencia de María.

- Se lo pregunto a Laura y te confirmo.

El camarero llegó y pidieron una ensalada y un filete, una comida lo más ligera posible, esa tarde tenían que estar al cien por cien.

Durante la comida estuvieron hablando de la reunión, Jose esperaba que después de la anterior, ésta fuera puro trámite. Comprobaciones de que el intercambio fuera correcto y poco más.

Le preocupaba cómo abordar el tema de conocer al Coyote y que ninguno de ellos sospechase nada. Ese tenía que ser el golpe decisivo para la organización. Y aunque no iba a suceder esa tarde, estuvieron hablando del tema, para ver si sacaban algo en claro.

Cuando terminaron de comer, Jose se dio cuenta que ya era hora de irse. Subió a por la bolsa con el dinero que ya tenía preparado desde hacía algunos días. Carlos por su parte se ocupó de organizar al equipo que se situaría por los alrededores del local, mezclándose como gente del barrio para no llamar la atención.

Jose salió en su coche con la bolsa en el maletero. Cuando llegó no había sitio para aparcar, así que decidió dejar su coche en la entrada de la nave. De todas formas, no era mal sitio, si compras droga, no es agradable estar paseándola por Madrid mientras vas a tu coche que está aparcado a saber dónde.

Cuando entró en la nave con la bolsa llena de dinero, ya estaban todos esperándolo.

Se sorprendió de ver a José Manuel y a sus amigos en los sillones viendo alguna película de acción, bebiendo cerveza y fumando porros.

Saludó, pero ellos estaban a lo suyo, demasiado ensimismados en la película, o quizás ya iban demasiado fumados, el caso es que no le prestaron atención. Pensó en Laura y en lo que le haría a José Manuel si lo viera en ese momento, seguro que le cantarían las cuarenta, sonrió sólo de pensarlo, menudo carácter.

Llegó a la mesa de madera donde el Chino y los demás estaban sentados esperándolo.

- ¿Traes la pasta? - Jose asintió y puso la bolsa encima de la mesa. El Bulldog fue a cogerla, pero Jose le cogió la mano deteniéndolo.

- ¿Y lo mío? - El Bulldog miró al Chino y éste asintió, así que dejó un paquete lleno de polvo blanco sobre la mesa.

Jose cogió el paquete, hizo un pequeño corte en el mismo con una pequeña navaja que había sacado del bolsillo de sus vaqueros, de forma que sacó una muestra de la cocaína que le habían traído. Puso esta pequeña cantidad de coca encima de un trozo de papel de aluminio que sacó también de sus vaqueros junto con un mechero, y empezó a calentar el papel subiendo y bajando la llama de forma que la cocaína se fue transformando en líquido del color del caramelo, y poco a poco se fue vaporizando mientras surgía un olor agradable.

- ¿Qué pasa, no te fías de nosotros? - Fue el Dardo el que habló. El Bulldog había cogido la mochila y estaba contando los billetes.

- Claro que me fío. - Dijo Jose sin dejar de calentar poco a poco la muestra hasta que no quedó nada sobre el papel, quedando el aluminio completamente limpio. Levantó la cabeza conforme. - Es buena.

- ¿Esperabas otra cosa? - Esta vez fue el Chino el que habló. Jose negó con la cabeza.

- Tenía que asegurarme. - El Chino sonrió. Jose miró cómo contaban el dinero.- ¿No confiáis en mí? - En ese momento el Bulldog levantó la cabeza y confirmó que allí había cinco millones de pesetas.

- Claro que sí, pero tenía que asegurarme. - Le dijo el Chino y ambos se echaron a reír. Jose cogió la bolsa en la que había traído el dinero, estaba vacía puesto que el Bulldog había sacado todo y lo había guardado en una mochila, metió el paquete de coca dentro. Mientras guardaba la droga, miró a los chicos que estaban mirando la tele, excepto José Manuel que estaba boquiabierto mirando la transacción. Cuando se dio cuenta que Jose lo observaba giró la cabeza e intentó disimular mirando la televisión.

José y el Chino se dieron un apretón de manos. - Espero volver a hacer tratos contigo.- Le dijo a Jose, quién hizo un leve movimiento de cabeza.

Salió de la nave no sin antes mirar a José Manuel para despedirse, pero todos estaban demasiado concentrados en la película como para hacerle caso, o eso intentaban aparentar.

Ya fuera, observó la calle mientras dejaba la bolsa en el maletero del coche, hizo un leve movimiento con la cabeza indicándoles a todos que todo había ido bien, que podían volver a comisaría.

En ese momento, la pareja que estaba en la esquina y que parecía estar muy acaramelada, se perdió de vista girando por la calle perpendicular, los jóvenes que estaban bebiendo litronas en el portal de en frente, se levantaron y se fueron calle abajo y Carlos siguió paseando con el periódico debajo del brazo calle arriba.

Jose subió al coche, lo puso en marcha y se fue de allí con la idea de que todo había ido sobre ruedas.

El viernes por la mañana Laura y sus amigas salían de un seminario sobre Inteligencia Artificial. En el último curso de la carrera tenían que asistir al menos a tres seminarios para poder aprobar. Ellas habían seleccionado seminarios en los que no tuvieran que

hacer ni exámenes, ni prácticas, que se aprobaran sólo con asistir, seminarios presenciales. Ya tenían demasiado que estudiar y demasiadas prácticas que hacer como para complicarse más el curso.

- Es la una, ¿os apetece que vayamos a Húmera a comenzar con la celebración del cumpleaños de Raquel? - La propuesta había surgido de Laura, que hacía mucho tiempo que no hacía este tipo de cosas con sus amigas y las echaba de menos. A todas les pareció una buena idea, con la condición de pasarse por casa antes de salir por la noche, para ducharse y arreglarse antes.

Nuria había traído su viejo coche, un Renault 11 que ya tenía más de quince años, pero que era suficiente para trasladarse todos los días de su casa a la Facultad. Así que todas ellas montaron en él y se pusieron en marcha dirección Húmera, un pueblo que no quedaba lejos de su Facultad y en el que todos los viernes se juntaban un montón de estudiantes a tomar raciones y beber algo. Entraron en uno de los locales que ya estaba lleno, se acercaron a la barra y pidieron un par de minis de calimocho y una coca cola para Nuria, que como conducía no bebía.

- Bueno, ya beberé esta noche y me desquitaré. - Dijo cuando todas pusieron cara triste. También pidieron un par de raciones, una de bravas y otra de alioli.

En ese momento vieron levantarse a un grupo de la mesa que tenían al lado y Susana se lanzó sobre ella para que nadie se la quitara y pudieran sentarse cómodamente a beber, comer y hablar. Una chica que se acercaba también a por la mesa echó una mirada de odio a Susana, pero se dio media vuelta y se largó por donde había venido.

Estuvieron hablando de los seminarios a los que iban, coincidían en algunos pero no en todos. Llevaban un poco mal lo aburridos que eran, con los sillones tan cómodos que había en los hemiciclos donde se impartían y las luces apagadas para ver las diapositivas, más de una cabezada se daban, era muy duro mantener la concentración y aguantar con los ojos abiertos.

Después de algunas anécdotas de las clases, acabaron, como siempre, hablando de chicos. Ya se habían bebido varios minis y empezaban a estar muy contentas y algo borrachas.

- Sabéis lo que les pasa. - Dijo Laura mientras daba un trago al mini de calimocho. - Quieren tener el control de la relación, y ahora nosotras no se lo permitimos, lo que hace que se sientan indefensos e inútiles. - Sus amigas asintieron muy serias como si el que hubiera hablado hubiera sido el mismo Platón.

- Estoy de acuerdo contigo Laura. No se dan cuenta que los tiempos han cambiado, y nosotras no aceptamos lo que dicen así como así. Nos tienen que convencer. - Confirmó Marta.

- Eso es. Somos personas inteligentes y lógicas, eso les asusta. - Dijo Raquel.

- Bueno, y que ahora nos apetece más a nosotras follar que a ellos. - Sentenció Susana.

- Que vulgar eres a veces.- La que habló fue Nuria. Todas se echaron a reír.

Así estuvieron hasta que decidieron irse a casa a prepararse para el cumpleaños de Raquel, filosofando sobre los hombres y las relaciones con ellos.

Cuando Jose llegó a buscar a Laura, ésta acababa de salir de la ducha, se había quedado dormida en el sillón cuando llegó de la Facultad y al no poner el despertador se le había hecho tarde.

- Jose, ¿has aparcado? - Le preguntó por el telefonillo.

- Sí, ¿por?

- Anda sube, que aún no he terminado.

Jose subió y se encontró a Laura envuelta en una gran toalla, con el pelo recogido en otra más pequeña.

- Me he quedado dormida. - Y antes de que Laura le contara su día, Jose ya se había acercado, la estaba besando y se había deshecho de las dos toallas que llevaba puestas, el pelo empapado les había caído encima a los dos. - Vamos a llegar tarde. - Le dijo sin dejar de besarlo.

- No creo que por un rato se molesten, ¿no? - La verdad es que a Laura eso ya no le preocupaba, estaba tan excitada que el resto le daba igual. - ¿Tus padres estaban en el pueblo, verdad? - Le dijo con voz ronca mientras la tumbaba con cuidado en el suelo del salón sobre la alfombra y la toalla que le acababa de quitar. Ella asintió.

En ese momento llamaron al telefonillo. Laura se levantó sorprendida, no sabía quién podía ser. Jose intentó detenerla. - Déjalos que llamen, ya se cansaran.

Ella no le hizo caso y se acercó a ver quién era.

- Laura cariño, ¿puedes bajar y ayudarnos a subir lo que traemos? - Era su madre, respiró aliviada porque si hubieran subido la hubieran pillado y la situación hubiera sido muy bochornosa.

- Estoy vistiéndome para salir, pero está Jose. Ahora le digo que baje a ayudarnos. - Jose ya se había percatado de la situación y estaba recomponiéndose la ropa. Cogió una de las toallas que estaban en el suelo, se acercó a Laura que seguía hablando por el telefonillo y la rodeó con ella.

- Madre mía, casi nos pillan. - Laura se estaba dando la vuelta y colocándose la toalla.

- La próxima vez en mi casa. - Ella asintió, y respiró más relajada mientras se dirigía a su habitación para vestirse.

Jose por su parte, bajó a ayudar a los padres de Laura.

- Hola, soy Jose. - Los reconoció en seguida por una foto que ella llevaba en la cartera. Sus padres habían oído hablar de él, pero aún no lo conocían y al saludarlo les sorprendió que fuera bastante mayor que su hija, aunque intentaron no hacérselo notar.

- Hola Jose. - Le dijo el padre de Laura mientras le estrechaba la mano a modo de saludo. - Anda, sube estas bolsas, que no veas lo cargado que hemos traído el coche. Mi mujer siempre que vamos al pueblo llena el maletero, y ya me dirás, porque nosotros no nos comemos todo eso. - Jose se acercó a coger algunas bolsas del maletero y entendió a qué se refería, estaba hasta los topes de acelgas, coles, coliflores y otra verdura que no supo reconocer.

- Hombre, no vamos a dejar que se pudran en el huerto, ¿no te parece? - A Jose en seguida le cayeron bien, parecían encantadores y campechanos, se sintió muy a gusto con ellos.

- ¿Qué verdura es esta? - Señaló las hojas verdes que no acababa de reconocer.

- Son berzas, con ellas se hace el caldo gallego. Cuando haga, ya le digo a Laura que te lleve un tupper. - Le ofreció la madre. Entre los tres subieron todas las bolsas en un momento. Cuando terminaron, se sentaron en el salón mientras Laura terminaba de vestirse. - ¿Quieres tomar algo, un refresco, una cerveza?

A Jose no le había dado tiempo a declinar la invitación, cuando Laura apareció por la puerta de su habitación. Él la miró boquiabierto, salía con un vestido corto y ajustado, estaba despampanante, a la vez que muy provocativa.

- Estás espectacular. - Laura sonrió dulcemente.

- Ya pensaba que me ibas a decir que no podía salir con esta ropa. - Jose se rió por el comentario, pero realmente fue lo primero que le pasó por la cabeza al verla, aunque no se lo dijo.

- Quizás te lo diga yo. - Comentó su padre al ver a su hija con un vestido con tan poca tela.

- Anda papá, no seas carca. - Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla, lo mismo a su madre que estaba sentada en el sillón junto a Jose. Éste, divertido, miraba en silencio la escena y la cara que se le había quedado a su padre, era obvio que adoraba a su niña.

Laura lo cogió de la mano y cuando ambos se dirigían hacia la puerta, oyeron a su madre que les decía que la bolsa que había a la entrada era para Jose. La madre de Laura le había preparado una bolsa con un poco de cada verdura, él la cogió obedientemente. - Muchas gracias. - Le dijo agradecido por el detalle. Bajaron y la guardó en el maletero de su coche.

- Son encantadores. - Le dijo a Laura mientras arrancaba.

- Estaban a punto de comenzar con el tercer grado. Te he sacado a tiempo. - Ella puso los ojos en blanco.

Ya en el coche, de camino al cumpleaños, Jose le contó todo lo ocurrido la tarde anterior, ella le prestaba atención y en ningún momento le dio a entender que se sintiera molesta porque no se lo dijera antes.

- ¿Y ahora? - Preguntó ella.

- Pues ahora, el golpe final.

Cuando llegaron, todas sus amigas acababan de llegar. Como Laura, todas se habían quedado dormidas, excepto Nuria que llevaba un rato esperándolos a todos.

- Ya me contarás que habéis hecho hoy para que todas os quedarais dormidas. - Le dijo Jose divertido. Laura se encogió de hombros e hizo un mohín de niña buena, lo que hizo que Jose soltara una gran carcajada.

Abril 2.016

Laura despertó en el hospital, Jose y David estaban cada uno en un lateral de la cama apoyados en ella y dormidos. Miró el reloj que colgaba en frente de su cama, cuando hubo adaptado su vista a la poca luz que había en la habitación, comprobó que eran las cinco de la mañana. Intentó recordar lo que había ocurrido, pero no recordaba casi nada. Recordaba llegar al garaje de la casa de David y desplomarse por un golpe que sintió en la cabeza, luego, nada.

Lo siguiente que recordaba era estar tirada en la calle con David a su lado, ella tosiendo y con mucho dolor en la garganta. También recordaba una ambulancia y poco más. En ese momento tenía puesta una mascarilla, le costaba respirar, le dolía mucho la cabeza y sentía náuseas.

- Esto se está convirtiendo en una costumbre. - Miró a su izquierda, Jose se había despertado y la miraba somnoliento. Le acarició la cara mientras sonreía aliviado. Ella intentó hablar, pero no le salían las palabras, le escocía la garganta. - Ahora no hables, voy a avisar a una enfermera que has despertado. - Buscó en el lateral de la cama el pulsador para que la enfermera recibiera el aviso. David se estaba despertando cuando vio a Laura despierta, le sonrió y le acarició la mejilla.

Todos se giraron cuando vieron que entraba una enfermera joven y muy risueña.

- Vamos a ver cómo te encuentras. - Le dijo mirando directamente a Laura, ella asintió. La enfermera revisó su ritmo cardiaco, la respiración y le midió la presión arterial. - Todo parece en orden. Ahora descansa y no hables, ya verás como mañana te encuentras mejor.

Laura quería saber qué había pasado, como no podía hablar le pidió a Jose por señas papel y algo para escribir. Él le pasó una pequeña libreta que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, la cuál estaba colgada en el respaldo de la silla, donde siempre anotaba los detalles de la investigación que llevara a cabo, siempre estaba releeyéndola, era un accesorio que formaba parte de él.

Laura escribió “¿Qué ha pasado?”. Entonces David pasó a relatarle lo ocurrido.

- Cuando llegué, el garaje estaba lleno de humo y tú estabas tumbada en el asiento del conductor del coche. Parecías dormida, o muerta, no podía estar seguro. - David se estremeció al recordarlo. - Entonces paré el motor del coche y abrí la puerta del garaje, te cogí en brazos y te saqué de allí, para que respirases aire. Te tumbé en medio de la calle y llamé a urgencias. Te hice el boca a boca hasta que empezaste a toser. No recuerdo en qué orden, todo ocurrió muy rápido. - David parecía muy alterado. - Entonces, llegó la ambulancia y aquí estamos. - Hizo una pausa, ella le escuchaba atónita, le había salvado la vida. Le cogió la mano y le sonrió agradecida. - Si no hubiera pasado al garaje cuando llegué, ahora estarías muerta. Estaba buscando una nota y recordé que la había dejado en la guantera del coche. Cuando llegué, ahí estabas tú. Dios mío, no sé lo que hubiera pasado si no hubiera olvidado algo en el coche. - Ella le apretó la mano.

Laura volvió a escribir “¿Mis padres? ¿Les habéis contado algo?”.

- Están en la cafetería tomando algo, están agotados. Sólo les hemos dicho que te encontré en el garaje con el coche arrancado. Creo que tu padre no te vuelve a dejar su coche. - Bromeó David para relajar la tensión del momento. Laura le sonrió, “No les digáis nada, ha sido un accidente”, escribió y se quedó esperando a que ambos confirmaran su petición. Los dos asintieron en silencio. “Gracias” escribió.

- Ahora es mejor que duermas un rato y descanses. - Fue Jose el que habló mientras le acariciaba el pelo. Laura lo miró a los ojos y encontró tanta preocupación que se emocionó, estuvieron a punto de saltársele las lágrimas y le temblaron los labios. Asintió levemente y le sonrió con dulzura.

Dos días después recibía el alta del hospital, el médico le había dicho que todo estaba bien. Le habían hecho varias pruebas médicas, una radiografía del tórax para comprobar si los pulmones estaban dañados, una pulsioximetría para medir los niveles de oxígeno, una prueba de gases en la sangre arterial para medir la cantidad de oxígeno en la sangre y una carboxihemoglobina para medir los niveles de monóxido de carbono en la sangre. Todos los resultados habían sido buenos, así que todos habían respirado aliviados.

A sus padres les había dicho que había tropezado con una caja en el garaje cayendo al suelo cuando fue a encender la luz, había dejado el coche en marcha para tener las luces de cruce encendidas y poder ver algo mientras se acercaba al interruptor. Sus padres la habían creído, sabían lo torpe que a veces podía resultar su hija.

En ese momento iba en el coche de Jose dirección a su casa, pero se dio cuenta que no había cogido la salida de la M-30 adecuada.

- ¿A dónde vamos? - Preguntó extrañada.

- Laura, te vienes a mi casa. - Lo dijo como cuando tu padre te ordena algo y no hay más que hablar.

- Preferiría volver a la mía. - Intentó rebelarse a la decisión que había tomado Jose sin contar con ella.

Jose no dijo nada. Llegaron al parking de su edificio, aparcó en su plaza y antes de salir del coche se giró para mirar cara a cara a Laura.

- No puedo estar preocupándome de ti cuando no te tengo localizada. Sé que es egoísta, pero si estoy preocupado, no puedo investigar el caso como me gustaría. Y este caso cada vez es más personal. Es la segunda vez que intentan asesinarte.- A Laura le pareció muy tierno, más que egoísta.

- De acuerdo, pero con una condición. - Jose suspiró, aunque reconoció para sí que no pensaba que le iba a ser tan fácil convencerla.

- ¿Qué condición? - De Laura se esperaba cualquier cosa.

- Que me cuentes todo. Me dijiste hace días que habías encontrado otra pista, otra vía por la que investigar, pero sigo sin saber nada. No sé si avanzas, si estás estancado, si te ha llevado a algún sitio. Nada. Me tienes a oscuras y no lo soporto. - Jose sabía que tenía razón, no tenía que habérselo mencionado, pero ya era tarde, ya lo había hecho y tenía que contárselo.

- De acuerdo, subimos a casa y te cuento.

En cuanto entraron por la puerta, a Laura le sonó el teléfono, era Marta, así que lo cogió. Su amiga le estuvo preguntando que qué tal se encontraba, que si ya le habían dado el alta y demás. Ella le puso al día con lo que le había dicho el médico, le dijo que se encontraba bien, pero que aún le escocía un poco la garganta y estaba un poco afónica. También le dijo dónde se iba a encontrar los próximos días. Marta, por su parte, le contó lo preocupado que había estado Jose cuando se enteró, que llegó como un loco al hospital preguntando por ella, preguntando qué es lo que había ocurrido, y se enfrentó a David por permitir que ocurriera, aunque cuando David explicó detalladamente lo sucedido, él ya se había tranquilizado y le pidió perdón por su comportamiento. Laura se pudo imaginar perfectamente la escena, conocía a Jose y lo conocía disgustado, y si eso se mezclaba con preocupación podía dar bastante miedo. Desde luego se preocupa por ti, terminó confirmando su amiga. Está loco por ti. Laura le dijo que no dijera tonterías y quedaron en hablar durante la semana para ir a esas

compras que se habían pospuesto por el ingreso de Laura en el Hospital.

- Por cierto, te he ido a recoger el coche al taller esta mañana. Lo he dejado en tu casa. Tu padre me dio las llaves, espero que no te importe. También le devolví el viejo SEAT.

- Como le iba a importar, había sido todo un detalle. Ya era sábado por la tarde, el taller no abriría hasta el lunes.

- Muchas gracias. - Jose ya estaba en la cocina preparando algo para cenar. Laura se quedó observando la maña que tenía para cortar los diferentes ingredientes. - Siempre he querido cortar así.

Jose levantó la cabeza, estaba tan concentrado que ni se había dado cuenta que ella estaba en el otro lado de la isla observándolo. - Ven, te puedo enseñar si quieres.

Laura rodeó la isla y se puso a su lado. Le indicó cómo tenía que poner los dedos para que no se cortara, cómo tenía que coger el cuchillo, y por último, cómo hacer el movimiento. Laura se puso a cortar y aunque no iba, ni de lejos, la mitad de rápida que él, vio que cortaba de forma correcta, se sentía muy orgullosa de sí misma, porque lo había intentado mil veces y nunca lo había logrado. - Lo único que tienes que tener en cuenta es que el cuchillo esté muy afilado, es el secreto. - Le guiñó un ojo. - Y con la práctica conseguirás velocidad. - Sonrió al verla tan torpe.

Los dos hicieron la cena, cortaron verduras que echaron en una sartén, las pocharon y luego pusieron unos filetes de merluza que se hicieron con un poco de vino blanco, la casa empezó a adquirir un aroma de comida recién hecha fantástico. Cuando se sentaron a cenar Laura sacó el tema.

- Bueno, cuéntame esa nueva pista. - Jose la miró y se dio cuenta que no podía ocultárselo por más tiempo, así que pasó a plantearle sus sospechas.

- Como sabes, nos hemos pasado toda la investigación en un punto muerto, no hay pistas, no hay sospechosos. Todas las pistas parecen apuntar al Coyote, pero es demasiado obvio, sale de la cárcel y comienza su venganza, puede ser plausible, pero parece como si alguien lo señalara con una flecha de neón mientras asesina sin ser tenido en cuenta. Además, todo indica que realmente se quiere reinsertar en la sociedad. Entonces, se me ocurre otra línea de investigación y justo empiezo a hacer preguntas y... - Jose dio un golpe en la mesa con los nudillos. - aparece la confesión del compañero del Coyote diciendo que es el mismo animal de siempre, que no ha cambiado y que ha engañado a todo el mundo. - Jose se quedó parado esperando la reacción de Laura, ella estaba atenta, pero no dijo nada. - Así que me dio por pensar que iba por el buen camino.

- Y, ¿cuál es ese camino? - Laura seguía sin comprender a donde quería ir a parar.

- Juan José Zamora. - Laura abrió la boca sorprendida. Jose continuó hablando. - ¿Qué otra persona puede querer más que el Coyote su venganza? Debido a lo que ocurrió, perdió a su hermano José Manuel, seguramente piense que por este motivo el resto fue en cadena, primero su padre y luego su hermano Javi. Además, si no recuerdo mal, me comentaste en alguna ocasión que de pequeño había tenido problemas psicológicos y por eso vivía con sus abuelos en Barcelona.

- Desde luego que me parece otra vía en la que no había pensado, pero ¿por qué ahora? Es decir, todo esto ocurrió hace muchos años. Su padre y su hermano murieron poco después de José Manuel.

- No lo sé, eso me despista. Quizás el desencadenante fue la salida del Coyote de la cárcel o quizás fue otro o estoy siguiendo la pista equivocada. No lo sé, por eso no quería contártelo. - Jose se pasó la mano por el pelo, se lo veía abatido.

- ¿Y qué has encontrado? - Laura sentía curiosidad, puede que tuviera razón.

- Poca cosa, eso es lo más frustrante. - Cogió la botella de vino tinto que había en la mesa y se puso otra copa, sabía que a Laura le gustaba más el vino tinto que el blanco, por eso fue el que sacó para comer la merluza. - Tengo un informe detallado de su estancia en Barcelona, dirección de la casa de sus abuelos, instituto al que asistió,

Universidad en la que estudió, y psicólogos que lo trataron. Sus notas medias siempre fueron muy altas, tanto en el instituto como en la Universidad. Estudió Teleco en la Politécnica de Barcelona. Trabajó de becario en una importante empresa de Telecomunicaciones y luego se incorporó en plantilla. Allí estuvo trabajando un par de años hasta que se fue de casa de su abuela. Y después, nada.

- ¿Cómo que nada? No pudo desaparecer así como así.

- Pues lo hizo. He seguido varias pistas, pero no me han llevado a nada. De todas formas sigo investigando. - Laura no daba crédito.

- Recuerdo que su abuela me dijo, cuando estuve en su casa, que Juanjo le enviaba de vez en cuando postales de algún sitio del mundo en el que se encontraba, diciendo que estaba bien. Quizás podrías hablar con ella. - Se le ocurrió a Laura.

Jose se levantó y le dio un beso en los labios, le salió muy natural, ella no se lo esperaba. - ¡Qué gran idea! - Fue a por su móvil para llamar a comisaría. Allí pidió que hablaran con la abuela de José Manuel para ver de dónde eran las postales que le enviaba Juanjo a su abuela de vez en cuando y que miraran si la abuela se las podía prestar. Volvió a la mesa con Laura. - Perdona por no habértelo contado antes, sé que todos los Zamora significaron mucho para ti y no quería hacerte sufrir. Pero está claro que formamos un buen equipo. - Laura esperaba que no tuviera razón, pero se daba cuenta que también era una posibilidad y había que investigarla.

Se tomaron un café y Jose dejó que Laura eligiera una película para ver esa noche. Mientras ella seleccionaba la película, Jose metía en el microondas una bolsa de palomitas. Cuando se sentó en el sofá con el bol lleno de palomitas, ella ya estaba poniendo la película elegida.

- Esta trilogía me encanta. ¿Las has visto? - Jose negó con la cabeza, las tenía pendientes pero se había olvidado de ellas. Había oído decir que eran buenas, una curiosa ficción para un futuro posible. Laura y él tenían un gusto similar en cine, así que estarían bien. - Pues hoy toca maratón. - Le guiñó un ojo. - Yo me he leído los libros y he visto las películas, a mí me han gustado bastante, a ver tú qué opinas.

Apagaron la luz, se sentaron cómodamente en el sillón, las palomitas entre los dos y empezaron con su sesión de cine.

El sábado Laura cerró la tienda a media mañana y fue a buscar a Marta a su casa. Había decidido cerrar pronto para ir a las compras que tenían pendientes. Le apetecía mucho pasar un rato con su amiga y hablar sólo de cosas buenas, de su bebé, para escapar de tanta tragedia.

Cuando llegó a casa de Marta, ésta ya la estaba esperando en el portal, así que en un momento estaba dentro del coche.

- Tengo miedo de que te vea Pablo y te convenza para que no me saques de compras por tener que estar descansando. - Fue el saludo que recibió. - Arranca y vámonos antes de que baje a buscarnos.

Laura hizo lo que le decía sonriendo. - ¿No crees que estás exagerando?

- Puede que un poquito, pero es tan estresante, parece que tengo una enfermedad terminal en vez de estar embarazada. - Ambas rieron por la comparación.

Llegaron al centro comercial y estuvieron paseándose de tienda en tienda. Marta en las tiendas de premamá arrasó. Laura aprovechó y también compró algunas prendas para renovar su vestuario. Después de recorrerse una de las plantas del centro comercial, subieron a comer a la planta donde se encontraban los restaurantes. Eligió Marta que tenía antojo de carne, por lo que entraron en un restaurante conocido por sus costillas. Pidieron agua para beber, una ensalada y un costillar, todo para compartir.

- He estado pensando en que podíamos irnos a una casa rural el puente de mayo.- Comentó Marta, como siempre pensando en salidas de fin de semana.

- A mí me parece perfecto, pero ¿tú cómo estarás?
- Supongo que más gorda. - Rieron - Pero aún me quedará un mes para salir de cuentas, y me apetece mucho pasar un fin de semana con mis amigas.

- ¿Cómo cae este año?

- Creo que el lunes es fiesta. Tendría que mirarlo para confirmarlo. - Marta ya estaba sacando el móvil para ver el calendario. - Sí, el lunes es fiesta. Por cierto, ¿Jose te dejará ir?

Esa semana habían hablado varias veces por teléfono, Marta para quejarse de lo agobiante que estaba siendo su marido por el tema "embarazo" y ella por lo agobiante que estaba siendo Jose por el tema "alguien quiere matar a Laura".

- Supongo que si no es lejos de Madrid y él también va, no habrá ningún problema. Tantos años de independencia, haciendo lo que me da la gana y mírame en lo que he quedado. - Ambas rieron.

- ¿Y tú quieres que vaya? - Laura miró a su amiga y notó cómo se empezaba a poner roja. Marta se puso a reír sin poder evitarlo. - Parece que alguien se ha enamorado. - Dijo divertida.

- Anda, no digas tonterías.

- Bueno, pues yo me encargo, así hago algo a parte de no hacer nada en casa. Y Pablo no dirá nada porque todo lo haré sentada o en Internet o por teléfono. Eso sí, tendré que convencerlo. Bueno, pues hoy mismo se lo digo a las chicas. Mejor aún, voy a poner un mensaje en el grupo.

Mientras terminaban de comer contestaron todas, Susana y Nuria podían, Raquel iba a preguntarle a Luis, pero suponía que no habría problema.

Después de comer dieron otra vuelta por el centro comercial, y acabaron comprándose algunas cosas más. Laura no pudo evitarlo y le compró a su amiga un bonito conjunto para la niña que iba a tener, a quien habían decidido llamar Lucía.

Laura dejó a Marta en casa y cuando llegó a su parking se dio cuenta que se había confundido, supuso que era la costumbre, el camino habitual cuando salía de casa de Marta era ir a su propia casa. Suspiró y se dirigió a casa de Jose, tampoco le importaba, se lo estaban pasando muy bien juntos. Por la noche hablaban mucho de su día, veían una buena película o jugaban a algún juego de mesa.

Cuando entró en la casa, Jose estaba en el sofá rodeado de papeles, encima de la mesa de centro una cerveza ya terminada. Fue a la nevera, cogió dos cervezas y se sentó a su lado ofreciéndole una.

- Gracias. - Jose levantó la cabeza y sonrió a Laura, estaba tan ensimismado en los documentos que no la había oído entrar. - ¿Qué tal está Marta? - Miró a la entrada y vio que Laura había dejado un montón de bolsas en una esquina. - Ya veo que las compras bien. - Le sonrió.

- Marta, hasta las narices de su marido. Por lo visto está muy pesado protegiéndola para que no le pase nada. Me recuerda a alguien. - Jose levantó las cejas interrogante.

- ¿A quién? - Dijo bromeando. - ¿Quién se está dedicando a protegerte? Tú dímelo que yo me encargo de él. - Le guiñó un ojo y ella puso los ojos en blanco. - Por cierto, han hablado con la abuela de José Manuel y nos van a enviar las postales que le ha estado enviando Juanjo estos años, a ver si nos llevan a alguna parte. - Laura asintió.

- Marta está preparando el puente de mayo en una casa rural. Le he dicho que me dejarás ir, si tú también vas.

- Perfecto, pues me apunto, déjame ver el calendario. ¿Cuándo saldríais?

- Solemos irnos el viernes después de comer, porque todos salen de la oficina a eso de las tres. - Jose dudó

- Bueno, yo ese viernes salgo tarde, tengo una reunión con mi jefe anotada en la agenda, pero os podéis ir sin mí y después iría yo. - Hizo una pequeña pausa.- Laura, no me estás invitando por obligación, sólo porque soy un pesado que quiere protegerte,

¿verdad? Si quieres irte sola con tus amigos, lo entenderé, seguro que con ellos no te pasa nada. - Laura recordó la muerte del Bola en Nochevieja en una casa rural y se estremeció.

- Para ser realista, son ambas cosas. Me siento más segura contigo. - Jose se sorprendió con la confesión que acababa de hacerle. - Si, en serio, ya lo he dicho, pero es verdad. - Hizo una pequeña pausa. - Y también quiero que vengas. - Jose no supo como tomarse esa afirmación, pero esta vez no iba a dar el primer paso, como le dijo no hacía mucho, esperaría hasta que estuviera preparada. Laura cambió de tema. - He estado dándole vueltas a una cosa. - Jose la miró expectante. - El asesino no ha fallado ni una sola vez con el resto, y conmigo ha fallado dos veces, y ambas me pilló totalmente desprevenida, si hubiera querido me hubiera matado. ¿Por qué crees que no lo ha hecho?

Jose también lo había estado pensando, incluso lo había comentado con Carlos y ninguno de ellos había llegado a ninguna conclusión. Pero esa pregunta le hacía pensar, cada vez con más certeza, que el asesino podía ser Juan José Zamora, y no la mataba porque tenía algo personal con ella, se estaba divirtiendo. Pero eso no fue lo que le dijo, simplemente se encogió de hombros. - No lo sé.

Noviembre 1.999

El sábado Laura estaba viendo una película en la televisión en la que el exmarido acosaba a la protagonista, una de esas películas sin interés que ponían después de comer, cuando sonó el teléfono. Lo cogió su madre en la cocina, a ella no le dio tiempo ni a levantarse del sillón.

- Laura, es para ti. Es José Manuel. - Le gritó desde la puerta de la cocina.

- Ya voy.

Laura se fue directamente a su habitación donde cogió el teléfono que allí tenía. - Mamá, ya puedes colgar. - Se oyó el clic.

- Hola Laura, me gustaría verte esta tarde, ¿es posible? - Le notó muy nervioso y se preocupó, ¿le pasaría algo grave?

- Claro, ¿dónde?

- Donde siempre, te veo allí a las siete. - Y colgó sin dar más explicaciones. Laura se quedó muy sorprendida mirando el auricular del teléfono, ¿qué pasaría?

Miró el reloj y vio que aún quedaban un par de horas, así que tenía tiempo para ver el final de la película. Aunque antes llamó a Jose para quedar con él, esa noche iban a cenar con Carlos y su familia. Ella tenía ganas de conocerlos, había oído hablar tantas veces de ellos.

José Manuel y ella solían quedar en un pequeño parque, al que todo el mundo llamaba el dragón, puesto que tenía un dragón con un tobogán que salía de su boca. Cuando llegó, él ya estaba esperándola sentado justo en frente del dragón, mirando como los niños jugaban a su alrededor.

- Vamos a dar una vuelta. - Le dijo, ella asintió. Cruzaron la rotonda que había al lado y atravesaron el puente que cruzaba la M-30, de forma que llegaron a una entrada lateral del parque Fuente del Berro donde ella tantas veces iba a correr.

José Manuel aún no había abierto la boca y ella empezaba a ponerse nerviosa. Se sentaron al lado de un gran árbol, en el césped, que estaba algo húmedo por las últimas lluvias.

- ¿Se puede saber qué te pasa? - A José Manuel se lo veía nervioso, y ella se estaba empezando a inquietar.

- No sé por dónde empezar.

- Por el principio. - Dijo ella como si fuera lo más obvio del mundo, él sonrió.

- De acuerdo. Es sobre Jose y no creo que te guste. - Ahora Laura empezaba a asustarse.

- ¿Lo has visto con otra? - Fue la primera idea que se le pasó por la cabeza, al fin y al cabo, quién era ella, a su lado, una cría inmadura.

- No, no es eso. - Ella respiró aliviada. - Es peor que eso. - Laura fue a comentar otra idea estúpida que se le acababa de pasar por la cabeza pero José Manuel la detuvo con un leve gesto de la mano. - El otro día le vi comprando droga en la nave de Vallecas, yo estaba con éstos viendo una película - obvió que estaba fumando porros - y él apareció con una bolsa de gimnasio, la cuál debía de contener mucha pasta, no sé cuanto, pero seguro que varios millones de pesetas por la de paquetes de cinco mil que había sobre la mesa, entonces... - Lo estaba soltando, lo estaba diciendo todo de carrerilla, pero se paró porque la reacción de Laura no era la que se esperaba, la vio relajarse con la historia y sonreír. - ¿Es que te parece divertido?

- No, José Manuel, no es divertido, pero ya lo sabía.

- ¡¡¿Qué ya lo sabías?!! - José Manuel empezaba a levantar el tono de voz, Laura miró a su alrededor y no vio a nadie, supuso que de noche como era ya, con el frío que hacía y teniendo en cuenta que había estado lloviendo esa semana, ¿quién demonios iba a estar sentado en el césped del parque?

- Tranquilo. Anda, vámonos a un banco que se me está quedando el culo helado. - Se levantó sacudiéndose el pantalón que se le había quedado algo mojado, cogió a su amigo de la mano y se sentaron en un banco cercano que parecía estar bastante seco.

- ¿Cómo que tranquilo? Te pasaste el invierno pasado dando por culo con este tema, y ahora te echas un novio que compra droga, y no una porción pequeña, no algo para consumo personal, Laura, que no estamos hablando de un gramo de coca, que compró por lo menos un kilo. - José Manuel la miraba alucinado, no entendía nada, ella asentía y no se sorprendía por nada de lo que le estaba contando, era inconcebible.

- En serio, José Manuel, lo sé. Y sé que es raro, pero ¿confías en mí, verdad? Ahora no te puedo contar lo que ocurre, pero por favor, confía en mí.

José Manuel no sabía qué hacer ni qué decir, se preguntaba en qué estaría metida su amiga y si sabía lo que hacía.

- ¿Me lo contarás algún día?

- Por supuesto, y será pronto, ya verás. - José Manuel asintió, si en alguien se podía confiar era en ella. - Me duele mucho no poder contártelo, nunca hemos tenido secretos, pero es necesario.

- Sólo dime una cosa, ¿estás metida en algún lío? - José Manuel estaba preocupado por ella, aunque se la veía tan fuerte y segura, sabía que por dentro era la persona más sensible que conocía.

- No, te lo aseguro. - Él asintió sin mucha convicción.

- ¿Me lo dirías?

- Claro que sí, eres la persona en la que más confío.

- Menos para esto. - Dijo apenado.

- Dame tiempo. Te lo contaré. Te lo juro. - Se la veía angustiada, José Manuel asintió, sabía que cuando estuviera preparada le contaría todo.

- Sabes, que si te hace daño, se las tendrá que ver conmigo. - Laura sonrió a su amigo y le dio un suave golpe en el pecho.

- Con eso contaba. - Ambos se echaron a reír. - Bueno, y ahora cuéntame tú, ¿por qué ayer no te vi por la Facultad, ni apareciste en el cumpleaños de Raquel?

- ¿No te lo he contado?

- ¿El qué?

- Mi hermano Juanjo ha venido a pasar el fin de semana. Llegó ayer a primera hora y apenas nos hemos separado. De hecho, él ha sido el que me ha aconsejado que hablara contigo. - Laura puso cara de interrogante. - Verás, esto ocurrió el jueves, y yo no sabía si decírtelo o no, pensaba que iba a ser un duro golpe para ti, cosa en la que estaba muy equivocado como acabo de comprobar. El caso, es que le pedí consejo, no le conté nada sobre lo que había visto, pero me dijo que fuera lo que fuese, con lo preocupado que estaba yo, tú deberías saberlo.

- Un consejo sabio. Para futuro, aunque pienses que me va a doler, por favor, cuéntamelo, prefiero saber la verdad. Ya deberías saberlo. - Le dio un beso en la mejilla. - ¿Y vais a ir esta noche a La Misión? - Laura quería conocerlo, apenas lo recordaba. Si iban, se le ocurría, que después de cenar con Carlos, ellos podrían acercarse.

- ¿Quiénes? - Laura puso los ojos en blanco.

- Los elefantes rosas. - Dijo burlona - ¿De quién estamos hablando? De tu hermano, ¿no? Pues te pregunto si te lo vas a llevar a la Misión esta noche.

- Perdona, se me ha ido el santo al cielo. - Se disculpó por su despiste. - No, hoy nos lleva mi padre a los tres a cenar por ahí para celebrar que estamos otra vez juntos.

Esto no sucede en muchas ocasiones. - Se lo veía feliz.

- ¿Cuánto tiempo se queda?

- Se vuelve mañana para Barcelona, parece que allí tiene un buen trabajo en una empresa de telecomunicaciones. - Estaba orgulloso de él.

- Ah, genial, me alegro.

- Bueno, pues me tengo que ir. La semana que viene te veo en clase. - Se levantaron los dos del banco. Él le apartó el pelo que le caía sobre la cara y le acarició la mejilla. - Me prometes que tendrás cuidado. - Ella asintió, se le notaba muy preocupado. Se quedó mirando cómo desaparecía por el camino del parque, se sentía fatal por no haberle podido contar la verdad. Si hubiera sido a la inversa, ella no se lo hubiera tomado tan bien como él.

Cuando llegaron a casa de Carlos, fue él quién les abrió la puerta.

- Umm, qué bien huele. - Dijo Laura nada más entrar. La casa olía a asado. Le dieron una botella de vino que habían llevado para la cena.

- Muchas gracias, no os teníais que haber molestado. María está haciendo cordero asado. Es una de sus especialidades, le sale muy rico. Creo que quiere impresionaros.

- Le guiñó un ojo a Laura. - Venga, pasad, no os quedéis en la entrada.

Carlos les guió al salón de la casa donde un niño veía la tele.

- Ven Carlitos, te voy a presentar a la novia de Jose.

- Hola, soy Laura. ¿Qué estás viendo? - El niño la miró sorprendido de que se interesase en lo que él hacía.

- Los X-Men. - Dijo tímidamente.

- ¿Quién es tu favorito? Yo no me decido entre Lobezno, Cíclope y Tormenta. - El niño sonrió.

- Mi favorito es Lobezno. - Y empezó a detallarle de qué iba el episodio que estaba viendo en la tele. Laura se quitó el abrigo y se sentó a ver los dibujos con él.

Carlos y Jose decidieron dejarlos a solas y se fueron a por una cerveza.

- ¿Y Laura? - Acababan de entrar en la cocina donde María estaba de un lado para otro preparando la comida, mirando el asado que estuviera en su punto, cortando lechuga para una ensalada, revisando que lo que hubiera en el cazo no estuviera soso, era un manojo de nervios, no se podía estar quieta.

- Está con Carlitos viendo los dibujos. - Dijo Carlos mientras sacaba dos botellines de cerveza de la nevera y le daba uno a Jose.

- Voy a salir a conocerla. Si no os importa, vigílarla la comida. - Los dos hombres se encogieron de hombros, sólo esperaban que no hubiera ningún incidente con el horno o el fuego, porque ellos poco iban a poder hacer, así que se sentaron a hablar en la mesa de la cocina.

- Hola, ¿tú debes de ser Laura? - Laura se giró para saludar a la persona que acaba de entrar en el salón. María era una mujer castaña, bastante más joven que su marido y con una dulce sonrisa, muy atractiva, pensó que seguramente de joven había sido una belleza. Ella se levantó y se acercó a saludarla.

- Sí, soy yo, ¿Y tú María, verdad?

- Si, ya veo que estas con el pequeño viendo los dibujos, eres muy amable. - Laura se sonrojó.

- No es ninguna molestia, a mí también me gustan los X-Men. - Guiñó un ojo a Carlitos que le sonrió.

- Vente a la cocina conmigo y así nos vamos conociendo, antes de que se me quemara la comida, porque estos hombres seguro que no están vigilando nada de nada. - Cogió a Laura de un brazo y se la llevó a la cocina sin que ella pudiera decir nada. Carlitos las miraba divertido, le gustaba la novia de Jose.

En la cocina se estuvieron poniendo al día. Laura se enteró que María era diez años más joven que Carlos, se habían conocido a finales de los setenta. Ella aún no había cumplido los veinte años y trabajaba de costurera con su madre. Una de sus clientas habituales era la madre de Carlos. Un día, cuando estaba María con su madre, mostrándole a la madre de Carlos diferentes telas para un traje que les estaba encargando, éste fue a buscarla a la tienda, y así se conocieron. Las madres los presentaron y fue un flechazo. Carlos fue a la tienda varias veces por recados inventados y al final acabó invitándola a salir. Unos años después se casaban y tenían a Fran, que tenía catorce años y a Carlitos, al que ya conocía, que tenía ocho.

- ¿Y Fran? - Preguntó Laura, porque no lo había visto, ni había oído ningún ruido que indicase que había alguien más en la casa.

- Estará en su habitación. Siempre está con los juegos de ordenador, se pone los auriculares y ya no hay niño. - Todos rieron.

Cuando se sentaron a la mesa, por fin conocieron a Fran, un chico muy alto y delgado, que parecía muy tímido, apenas habló en toda la cena. Todo lo contrario que Carlitos que no paró de hablar, estaba encantado con su nueva amiga, con la que compartía una afición común, los dibujos animados. Jose estaba sorprendido, no conocía esa faceta de ella. Ambos estuvieron hablando de dibujos como Oliver y Benji, que como los habían repuesto tantas veces en la televisión, Carlitos conocía la serie y de hecho, por ella quería ser futbolista, como Oliver. También le encantaba Spiderman y Dragon Ball. Laura estaba encantada disfrutando de su charla, era un niño muy despierto y hacía afirmaciones que ella no podía rebatir.

Cuando terminaron de cenar, a Carlitos lo mandaron a la cama y Fran sin decir gran cosa, prefirió irse a su habitación a seguir jugando.

Ellos se sirvieron una copa. - María, estaba todo muy bueno. - Dijo Laura, que se había puesto las botas, al día siguiente tendría que ir a correr para bajar todo lo que había comido.

- Me alegra que te haya gustado. - Sonrió con dulzura.

Terminaron la noche con Carlos y Jose contando diferentes anécdotas de trabajo, mientras Laura y María se reían, más que de la anécdota en sí, de cómo ambos estaban tan compenetrados contándolas.

La noche anterior Jose había dejado a Laura pronto en su casa, quería ir a primera hora a comisaría a seguir investigando, seguía buscando algún almacén de las características que debía necesitar el Coyote para su laboratorio.

Así que Laura, cuando se levantó, se fue a correr un rato. Esa mañana había bastante gente en el parque, unos con los niños en la zona de columpios, otros paseando a los perros y unos cuantos corriendo como hacía ella. El día había amanecido muy soleado, aunque frío, pero después de los días nublados que acababan de tener, se agradecía ver el sol y la gente había salido a disfrutarlo.

Ella iba corriendo paralela a la M-30, cuando un husky siberiano se puso a correr su lado. Al principio se llevó un buen susto por lo inesperado, pero en seguida se recompuso esperando que nadie se hubiera dado cuenta del grito que se le había escapado. Era un perro precioso, en blanco y gris, con unos ojos oscuros que llamaban mucho la atención. Ella hubiera jurado que iba sonriendo a su lado, todo feliz.

- Jackie, Jackie. - Oyó que alguien detrás de ella gritaba, el perro se paró al instante, se dio la vuelta y se puso a correr dando vueltas alrededor de su dueño. - Perdona si te ha molestado. Le encanta correr al lado de chicas guapas. - El chico que la hablaba era alguien al que ya había visto más de una vez por el parque, aunque no recordaba que fuera con un husky, ella se hubiera fijado en ese perro tan bonito. Debía de tener unos quince años, pelirrojo y con el pelo revuelto, muy delgado y con gruesas gafas de pasta

negra, que le recordaron a las azafatas del viejo concurso de la televisión, el “Un, Dos, Tres”.

- No te preocupes. Es muy bonito. - Laura ya no pudo aguantarse más y se agachó para acariciarlo. Le encantaban los perros, y sobre todo los huskies.

- Gracias. Es mi regalo de Reyes. - Laura levantó la cabeza para mirarlo con extrañeza.- Aunque han llegado un poco pronto. - Él rió. - Lo iban a matar en la perrera y le pedí a mi padre que me lo regalara por Reyes. Así que este año no hay carta. - Volvió a reír. A Laura le cayó bien inmediatamente, era muy risueño y sus ojos muy dulces. - ¿Te importa si corremos a tu lado?

- Claro que no. - Laura continuó corriendo aunque aflojando el paso para que el chico pudiera seguir el ritmo. - ¿Cómo te llamas?

- Raúl. ¿Y tú?

- Laura. - Se giró sin parar de correr y sonrió al chico.

- Te veo de vez en cuando por aquí. Siempre corriendo sola. ¿No tienes perro?, porque parece que te gustan mucho.

- Si, me encantan. Pero mi madre no está por la labor de meter un animal en casa. - El chico rió con ganas.

- Te entiendo, a mí me ha costado dieciséis años conseguirlo. Siempre he querido uno, y creo que lo tengo porque mi madre no estaba aquel día en la perrera, seguro que hubiese dicho que no. Y entonces, Jackie hubiera muerto. - Se entristeció sólo de pensarlo.

- No pienses en lo que pudiera haber sido, piensa en lo que es.

- Tienes razón. - Rió de nuevo. - ¿Conoces a esa pareja? - Raúl movió la cabeza hacia su izquierda. Ella miró y vio a una pareja joven sentada en el césped, no sabía de qué pero sus caras le sonaban.

- No, ¿por qué?

- Juraría que antes de que nos acercáramos Jackie y yo, te estaban observando. - Raúl se encogió de hombros. - Quizás me equivoque.

Siguieron corriendo un rato más, hasta que se dio cuenta que Raúl ya no podía con su alma, y como supuso que no se iba a parar hasta que lo hiciera ella, decidió darle un respiro.

- Bueno, me tengo que ir. Espero verte otro día por aquí.

- Seguro, ahora que Jackie te conoce y le has caído bien, en cuanto estés por aquí, te olerá y te encontrará. Es muy bueno buscando cosas. - Le dio unas palmaditas en el lomo.

- Genial, entonces nos veremos pronto. - Acarició a Jackie entre las orejas y se fue corriendo a casa.

Como sabía que Jose iba a estar en comisaría, había pensado en darle una sorpresa para ir a comer, además con ese día tan soleado, apetecía no estar encerrado entre cuatro paredes.

Ya había estado varias veces allí, por lo que sabía llegar a la mesa de Jose sin preguntar y sin perderse. Cuando llegó lo vio con Carlos, ambos mirando una pizarra en la que había clavado un mapa de Madrid con un montón de chinchetas pinchadas en el extrarradio de la capital.

- Hola chicos. - Saludó alegremente a ambos, ellos se dieron la vuelta algo turbados. En cuanto vieron que era Laura, sonrieron, Jose se fue a acercarse para darle un beso, pero se dio cuenta en dónde se encontraban y se frenó. - ¿Cómo vais? No me digáis que todas esas chinchetas son posibles almacenes. - Ella se apoyó sobre la mesa mirando el mapa que tenían delante.

- Pues si, todos ellos tienen el tamaño suficiente para albergar un laboratorio con las

características que necesitan. - Jose suspiró profundamente, estaba desesperado, por este lado tampoco avanzaban mucho.

- Quizás esté cerca de la zona del aeropuerto. - Ambos la miraron desconcertados. - Me refiero, a que si la coca la traen de Sudamérica, entiendo que vendrá en avión, ¿no? Así que para qué atravesar todo Madrid con la mercancía, sería menos arriesgado estar en un punto cercano al aeropuerto. - Laura no dejaba de sorprenderlos.

- Eso ya lo hemos pensado. - Fue Carlos el que habló.- Pero todos los que hay cercanos, no son muy grandes.

- Tal vez, no lo tengáis identificado en ese mapa. - Eso sí que no lo habían pensado. Jose cogió el teléfono y marcó un número. - Necesito un plano actualizado de los alrededores de Barajas, con las granjas, almacenes y similares reflejados en él.- Colgó y sonrió a Laura. Ella se sintió bien consigo misma, esperaba haberles aportado alguna ayuda. - Bueno, y ¿qué haces por aquí?

- Te quería dar una sorpresa, e ir a comer juntos. - Jose miró a Carlos y Laura en seguida dijo. - Carlos, tú también, claro.- Carlos le sonrió.

- No os preocupéis por mí, yo me voy a casa a comer, que hoy María va a hacer paella, y perdonad, pero no conozco a nadie que la haga más rica. Así que os dejo y me voy ya, que se me va a hacer tarde. - Cogió el abrigo de un perchero en el lateral de la sala y desapareció.

- Bueno, pues nos quedamos tú y yo solos. - Dijo Jose mientras cogía su abrigo. ¿Has pensado algún sitio? - Laura no conocía mucho la zona, así que negó con la cabeza. - ¿Te gusta la comida japonesa? Aquí cerca, hay un sitio que tiene un sushi muy rico. - Ella se agarró a su brazo sonriente.

- Me parece perfecto. - Salieron de comisaría sin encontrarse a nadie por el camino. Cuando llegaron, el restaurante estaba bastante lleno, pero aún les quedaban algunas mesas para dos, por lo que en seguida se sentaron. Eligieron varios platos para compartir y pidieron palillos para comer.

- ¿Sabes comer con palillos? - Preguntó Laura, la verdad es que no se imaginaba a Jose comiendo con ellos.

- Si, tuve una novia japonesa. - Rió de la cara que había puesto ella. - Es broma. Cuando estudiaba en la Universidad, compartía un piso con dos compañeros, uno de ellos era chino, era de Shanghai, y nos enseñó a comer con palillos, incluso a preparar algún plato de comida china. Nosotros a cambio, le enseñamos a preparar tortilla de patata, que era lo único que sabíamos hacer y no muy bien, por cierto. - Ambos rieron. Sabía que Jose había estudiado Empresariales en la Universidad, necesitaba estudios si quería promocionar dentro del Cuerpo de Policía. - ¿Y tú?

- Yo no tuve una novia japonesa. - Le sacó la lengua. - Pues aprendí con una amiga, comiendo en un chino cuando iba al instituto. Solíamos ir a comer a chinos cuando salíamos, era barato y estaba bueno, y aunque no te lo creas, nos leímos las instrucciones del envoltorio de los palillos, y practicando, pues conseguimos manejarnos con ellos. Como ves mi historia no es nada emocionante.

- No dejas de sorprenderme. - Él sonreía.

- No es tan exótico como lo tuyo. - Se encogió de hombros.

En ese momento llegó una guapa camarera, muy delgada y con su moreno pelo laceo recogido en una coleta. Dejó los platos encima de la mesa y les dijo que disfrutaran de la comida antes de irse a seguir atendiendo a clientes.

- Por cierto, ¿anoche cuando me dejabas en casa, el que te llamaba era Edu? - Le llamó la atención que se hubiera dado cuenta, ella estaba entrando en el portal y él estaba en el coche. - Tienes el tono de voz muy fuerte y la calle estaba en silencio. - Le había leído los pensamientos.

- Creo que no me cree. - A Laura se le cayó el maki que se iba a meter en la boca.-

Tranquila, no te preocupes, no sabe que soy policía. Es que les dije que no tengo ni idea de drogas y el otro día parecía muy experimentado comprobando si era de buena calidad.

- ¿Y qué le dijiste?

- Nada que no supiera, sigo con mi historia. Que en los ochenta tuve varios colegas que murieron de sobredosis, de ellos aprendí esas cosas. No sé si al final me creyó o no. Pero bueno, ahora el que importa es el Chino, y parece que le he caído en gracia. O eso espero.

- ¿Y ahora que vais a hacer? ¿un pedido brutal? - preguntó mientras mojaba el maki en salsa de soja.

- Todavía no. Vamos a comprar otro kilo para que vea que somos legales, que cumplimos. - Ella asintió, le parecía razonable.

- Por cierto, ¿me has puesto protección? - Jose casi se atraganta con el maki que se acababa de meter en la boca.

- Sí.

- ¿Desde cuando?

- Desde hace una semana. - Jose la miraba, parecía concentrada en coger un maki con los palillos y mojarlo en la salsa de soja, no parecía enfadada, pero con ella nunca se sabía.

- Me lo podías haber dicho.

- No quería que te enfadaras. - Ella lo miró directamente a los ojos.

- ¿Me tienes miedo?

- Cuando estás de mal humor, sí. Me da miedo que hagas algo irracional. - Ella asintió.

- ¿No estás enfadada? - Negó con la cabeza.

- Aunque no te lo creas, también soy una persona racional. Y entiendo perfectamente por qué lo haces. Me hubiera gustado que me lo contaras, pero entiendo que no puedo tenerlo todo. - Se encogió de hombros. - Por cierto, tus agentes no son muy buenos, los ha pillado un crío de dieciséis años.

- ¿Un crío de dieciséis años?

- Sí. He conocido a un chaval en el parque, lo había visto más veces, es muy simpático. Me da que no tiene muchos amigos, siempre lo he visto solo, con su maquinita, jugando sentado en el césped. Ahora tiene un precioso perro. Por cierto, quería hablar contigo de otra cosa. - Se puso seria.

- Cuéntame, soy todo oídos.

Laura le detalló todo lo ocurrido la tarde anterior con José Manuel. Jose ya se imaginaba que se lo contaría a Laura, él sabía perfectamente que había visto toda la operación, y sabía lo que Laura le iba a pedir a continuación, ya había estado dándole vueltas.

- Creo que deberíamos contarle la verdad.

- Estoy de acuerdo contigo. - Laura se quedó desconcertada, no se imaginaba que iba a ser tan fácil, pensaba que Jose iba a responder a su petición con un no rotundo. - Creo que si no se lo contamos, se meterá donde no le llaman y puede entorpecernos más que favorecernos. Así que sí, creo que es mejor contárselo. ¿Se lo cuentas tú? ¿O prefieres que lo hagamos juntos? - Laura lo meditó unos segundos.

- Creo que prefiero que me acompañes. Conociéndolo, si se lo cuento yo sola va a pensar que le estoy tomando el pelo y no me va a creer. - Él asintió.

- Pues cuando quieras. Organízalo.

Abril 2.016

Laura estuvo muy liada durante la semana entre los trabajos en el taller, la tienda y los entrenamientos, estaba yendo tres veces por semana a karate y un par de días se acercaba a hacer prácticas de tiro. Jose había tomado la costumbre de acompañarla a sus prácticas de tiro, lo que le venía muy bien, porque solía corregirla y por ello estaba mejorando la puntería.

El sábado por la mañana estaba en la tienda atendiendo a una pareja joven que estaba interesada en uno de los muebles que tenía expuesto. Un mueble que se había encontrado hacía algún tiempo en una tienda de muebles de segunda mano en muy malas condiciones, por ese motivo le había salido muy barato. Ella lo había reconstruido y lo había convertido en una preciosa isla para una cocina. Le sonó el móvil que tenía encima de la mesa y pidiendo disculpas a la pareja se acercó para ver quién era, cuando vio que era Marta, le colgó y quitó el sonido para que no la volvieran a interrumpir.

- Me encanta. - Decía la mujer. - Creo que nos quedaría muy bien en la cocina, es nuestro estilo. - Intentaba convencer al hombre, él por su parte, la miraba embelesado sin decir nada, asintiendo. Estaba claro que de la decoración se ocupaba ella, y su pareja estaba tan enamorada que le consentía todo. La verdad es que los dos se miraban muy tiernamente, seguramente eran recién casados, pensó Laura mientras se acercaba de nuevo a ellos.

- Creo que nos lo llevamos. - Le dijo él. Su chica asintió muy emocionada.

Laura se ocupó de tomar los datos para realizar el envío al hombre, mientras ella se paseaba por la tienda contemplando algunos de los muebles que estaban expuestos.

- Tiene cosas muy bonitas en su tienda. - Le dijo cuando se acercó.

- Muchas gracias. - Laura sonrió, le alegraba saber que a la gente le gustaba lo que ella hacía con tanto cariño.

El hombre le estrechó la mano. - Me parece que nos volveremos a ver. - Le dijo guiñándole un ojo y señalando con un movimiento suave de la cabeza a su mujer. Se giró, la cogió de la mano y salieron de la tienda bromeando.

Laura los miró con un poco de envidia, se los veía tan felices y enamorados. Se quitó esas tonterías de la cabeza y llamó a Marta. Su amiga le cogió el móvil al primer tono.

- Hola guapa, perdona que te haya colgado pero es que estaba con unos clientes.

- No te preocupes, me lo imaginaba. Todo el mundo tiene vida menos yo. - Se quejó.

- Anda, descansa, que dentro de nada no podrás ni dormir, aprovecha ahora ese silencio que no volverás a tener en años.

- Genial, ahora me vas a deprimir. - Marta por supuesto bromeaba. - Te llamaba para ver si tienes planes para esta noche.

- No, no tenía pensado hacer nada. - Como todas las noches, cenaría con Jose y verían alguna película.

- Genial, entonces te vienes a cenar a casa. Cenamos, nos tomamos algo y jugamos a algún juego. Por favor, dime que sí. Necesito hablar con alguien que no sea mi tripa ni el plasta de mi marido, que lo único que dice todo el rato es ¿Estás bien cariño? - Dijo imitando a Pablo. - Como me vuelva a decir esa frase, te juro Laura, que le tiro lo primero que encuentre a mano a la cabeza. Así que tienes que venirte, si no quieres que tu mejor amiga cometa un asesinato. - Laura no pudo menos que echarse a reír. - Por cierto, tráete también a Jose.

- Cuenta conmigo. Respecto a Jose, se lo diré, no sé si tendrá planes. - Al otro lado del teléfono Marta ponía los ojos en blanco pero no le dijo nada a su amiga. - Si puede, seguro que se anima, porque le encantan los juegos de mesa, como a nosotros.

- Por fin Pablo va a tener un amigo con el que jugar. - Siempre que iban de casa rural o quedaban a cenar en alguna casa, Pablo aparecía con sus juegos de mesa y casi nunca jugaban. En el grupo, excepto a Laura y Marta, al resto no les llamaban mucho la atención. - Además, tenemos uno nuevo que compró el otro día, tendremos que ver de qué va.

- Perfecto, ¿a qué hora?

- Si te parece os espero a las nueve.

- De acuerdo, en cuanto sepa si va o no Jose te envío un mensaje. Un beso.

Cuando Laura colgó, se fue al taller a seguir trabajando en un bonito baúl que estaba arreglándole a una señora mayor. Se lo iba a regalar a su hija, a quién siempre le había gustado mucho. En ese momento estaba forrando con tela su interior. Cuando terminó, ya era la hora de comer y en vez de irse al restaurante griego de al lado, se fue a casa de Jose, puesto que habían quedado en comer juntos.

Cuando llegó, Jose ya estaba preparando algo, olía muy bien. Se acercó a la cocina y le dio un beso en la mejilla.

- Huele muy bien ¿qué es? - Se acercó al horno a ver si veía algo.

- Es pollo al limón. - En el horno vio unos contramuslos de pollo que ya tenían muy buen color. Se le abrió el apetito al instante.

- Nos ha invitado Marta a cenar esta noche, ¿te apuntas?

- ¿Nos o te? - Jose empezaba a darse cuenta que se estaba introduciendo en el grupo de amigos de Laura porque últimamente se estaba convirtiendo en su sombra, y pensaba que ella podía sentirse incómoda por la situación.

- A ambos. - Jose levantó las cejas interrogante.- Vamos, que me ha invitado a mí y luego me ha dicho que te vinieras. - Le sonrió pícaro.

- ¿Y a ti no te importa?

- Sabes que no, estoy encantada de que Marta se lleve bien contigo. Después de lo que ocurrió hace tanto ya, no te creas que te tenía en muy alta estima.

Sonó la alarma del horno. - La comida está, vamos a comer. - En un momento pusieron la mesa y comieron el pollo que había hecho Jose y que Laura alabó.

En cuanto terminaron de comer, Jose se fue a comisaría porque tenía trabajo pendiente, pero le dijo que sobre las ocho llegaría para ir juntos a la casa de su amiga.

Ella se puso a recoger la cocina. Habían llegado a un consenso de limpieza en los últimos días, como a Jose le encantaba cocinar y ella sólo sabía cocinar un par de cosas, él se encargaba de la comida y ella de recoger. Así que metió los platos y los vasos en el lavavajillas y limpió el horno, que aún siendo pirolítico no quedaba completamente limpio, aunque anunciaban lo contrario. Le dio una pasada con un producto especial de limpieza que había descubierto en casa de Jose y un trapo. Lo dejó como nuevo. Seguramente lo habría comprado María, la señora que Jose tenía contratada un par de días por semana, venía a limpiar la casa y a planchar la ropa. Laura no había coincidido nunca con ella, pero Jose hablaba maravillas de ella y Laura estaba de acuerdo, dejaba la casa como los chorros del oro, además, era un placer encontrarse su ropa planchada como si hubiera duendes que se lo hicieran. Empezaba a pensar que cuando volviera a casa, ella también contrataría a alguien, se estaba empezando a acostumbrar a eso y a la buena comida. Quizás la misma María podría acercarse algún día por su casa, tendría que hablarlo con ella, a ver si llegaban a un acuerdo.

Como un reloj, Jose apareció por su casa a las ocho en punto, se dio una ducha y bajó

con unos vaqueros negros y una camisa granate que le sentaba fenomenal. Se lo quedó mirando mientras bajaba por las escaleras. Jose se dio cuenta y ella como una tonta se sonrojó.

- ¿Estoy bien? - Le preguntó para seguir pinchándola, pero ella ya había recuperado la compostura.

- Muy guapo, como siempre. - Le dio un beso en la mejilla. - Anda, vámonos que al final no llegamos. Es muy complicado aparcar por donde vive Marta.

Cuando llegaron a casa de Marta tuvieron suerte, justo en frente del portal se iba un coche, así que lo aparcaron ahí. Jose cogió una bolsa del asiento de atrás y Laura lo miró interrogante.

- Una botella de vino. ¿A ti no te han enseñado que cuando te invitan a cenar hay que llevar algo? - Laura sonrió, tenía toda la razón, pero la confianza que había entre las dos era tan grande que no se hacían entre ellas esas cosas.

- Ya sabes, la confianza da asco. - Le dijo sonriendo. - Eres un encanto.

- ¿Y te das cuenta ahora? - Le dijo sarcásticamente.

Cuando llamaron a la puerta, desde el interior se oyó como Marta les gritaba que ya iba y Pablo le decía a su mujer que se quedara sentada que ya iba él.

Cuando Pablo abrió la puerta, Marta estaba detrás haciendo en silencio como que se ahorcaba. Jose mantuvo la compostura pero Laura se echó a reír.

- Hola chicos, pasad. - Se giró. - Marta, deja de hacer el bobo. - Agarró de la cintura a su mujer y le dio un dulce beso en la mejilla.

Jose le dio a Pablo la botella y éste la llevó a la mesa para la cena.

- Pablo ha llamado al chino. No me ha dejado cocinar. - Marta puso los ojos en blanco.

- Espero Jose, que te guste la comida china. Ya me ha dicho Laura que eres una joya en la cocina.

- Sí, me encanta la comida china, no hay problema. Y creo que Laura exagera. - Le guiñó un ojo a Marta.

- Laura tiene muchos defectos, pero la exageración no es uno de ellos. - Rieron del comentario, mientras Laura le sacaba la lengua infantilmente a su amiga. - Y que sepas que ya tienes un nuevo amigo, Pablo se ha enterado que te encantan los juegos de mesa, y con eso, te lo has ganado.

- ¿Queréis tomar algo? - Ofreció Pablo. - ¿Laura un vino tinto?

- Si, por favor. - Pablo se acercó a abrir la botella que habían traído.

- Lo mismo.- Pidió Jose. Pablo sirvió tres copas de vino y un mosto tinto para su mujer.

- Desde que en Reyes le pusiste a Marta mosto, se ha aficionado.

- Queda mejor cenar con mosto que con agua, así parezco una más. - Bromeó Marta mientras le daba un sorbo a su bebida. - Por cierto Pablo, que no se nos olvide comprar mosto para la casa rural. Os recuerdo que ya es el fin de semana que viene.

- ¿Ya? - A Laura se le había pasado el tiempo volando, no se había dado cuenta que ya era la semana que viene la salida. Al final, Marta había reservado una casa con piscina, muy bonita por lo que se veía en las fotos de Internet, en Sacedón, en Guadalajara, a poco más de una hora en coche desde Madrid, donde se podían hacer rutas a caballo, turismo y al lado estaba el embalse de Entrepeñas. Tenía muy buena pinta.

El repartidor llegó con la comida y se sentaron a comer. En la cena, Marta estuvo haciéndole un montón de preguntas a Jose sobre estos últimos quince años. Laura pensó que era peor que sus padres o que la policía. De hecho, alguna vez intentó sacar otro tema, pero su amiga siempre volvía a lo mismo. Jose le contestaba encantador y Marta poco a poco se estaba relajando con él. En un momento en que tanto Pablo como Marta desaparecieron a la cocina, Laura se disculpó por el comportamiento de su amiga.

- No tienes por qué disculparte. Lo entiendo perfectamente. ¿Recuerdas cómo te dejé

tirada en un mal momento? Sólo te está protegiendo y no sabes cuánto me alegro de saber que ella estuvo todo ese tiempo contigo. - Jose le acarició la mejilla. - Siempre me he sentido muy culpable por dejarte cuando más me necesitabas. En aquel momento me pareció lo mejor, pero después me arrepentí.

- Pero volviste. Eso es lo importante.

- Si, pero era tarde. - Se quedaron los dos callados. Laura pensando en cómo se debió de sentir Jose cuando volvió y se la encontró con David. Y ella sin saberlo.

Marta y Pablo aparecieron con el postre.

- Lo ha hecho Pablo, espero que os guste.

- ¿Es lo que me imagino? - Ambos asintieron. Laura se dirigió a Jose - Hacen un flan de queso con el robot de cocina para chuparse los dedos.

Después de tomar el postre, Pablo les sacó copas a todos, ron con cola para todos, menos para Marta que estuvo tomando chupitos de licor de melocotón sin alcohol.

Como Marta les había prometido sacaron un nuevo juego, estuvieron revisando las instrucciones para luego ponerse a jugar. El juego era como el libro de Julio Verne "La vuelta al mundo en 80 días", tenían que lograr dar la vuelta al mundo tal como hizo Phileas Fogg con su mayordomo Passepartout, pasando por diferentes países, y quién llegara en menos tiempo, ganaba. Utilizaban como medios de transporte el ferrocarril, el barco e incluso el globo. Por supuesto Scotland Yard tampoco se lo ponía fácil, tal y como ocurría en el libro.

- Por cierto, hoy han llegado las postales que Juan José Zamora envió a su abuela. - Estaban en la segunda partida del juego cuando Jose se acordó. Todos estaban puestos al día de toda la investigación, Laura no tenía secretos con Marta y Marta no los tenía con Pablo.

- ¿Y? - Laura esperaba que hubieran encontrado algo que les ayudara.

- Y nada. No se han encontrado huellas. Bueno, mejor dicho, todas tienen tantas huellas que no se ha podido sacar nada en claro. Los mensajes que escribía a su abuela no dan ninguna pista de su paradero, son frases típicas, nada personal. "Estoy bien." "Espero que os encontréis bien." "Me acuerdo mucho de vosotros." "Os quiero". Están analizando la escritura, pero sin nada con qué comparar no creo que nos lleve a ninguna parte.

- ¿De dónde eran las postales? - Preguntó Laura intrigada.

- De todo el mundo. San Petersburgo, Machu Picchu, Cataratas de Iguazú, las del Niágara, Las Vegas, Petra, Roma, el Taj Mahal, etc. Incluso había una del Castillo del Conde Drácula que había llegado en estos días. ¿No estuviste ahí después de Semana Santa? - Laura asintió con una idea en la cabeza.

- De hecho, has estado en todos esos sitios. - Confirmó Marta.

- ¿Crees que estaba allí cuando estuve yo? - Laura dijo en alto lo que estaba pensando.

- Si fuera así, te ha estado siguiendo todo este tiempo. ¿Has ido siempre con las mismas personas a esos viajes? - Laura negó en seguida.

- No, algunos los he hecho con Pablo y Marta, otros con Susana y Nuria, o con Cris, y también con David.

- Tenemos que comprobar si las fechas del sello de las postales coinciden con tus viajes. - Jose se estaba poniendo nervioso. Si era así, la cosa iba más lejos de lo que a él se le había ocurrido pensar. Se levantó de la mesa. - Lo siento, pero creo que deberíamos irnos, me gustaría comprobar eso ahora mismo. - Pablo y Marta se levantaron de la mesa preocupados por su amiga. Laura no sabía ni qué pensar, ¿era posible que la hubiera seguido Juanjo todos estos años?, y si era así ¿por qué? Y si era él el asesino, ¿por qué ahora? Seguía sin entender nada, tenía muchas preguntas y pocas respuestas, algo se les escapaba pero seguía sin saber el qué. - Todo estaba muy rico. He disfrutado de la velada. - Seguía diciendo Jose mientras se despedían con

besos.

- Llámame mañana a primera hora y me cuentas, ¿de acuerdo? - Laura asintió nerviosa.

En el ascensor Laura le cogió la mano, Jose notó que estaba temblando y la abrazó. - Tranquila. Si lo que pensamos se convierte en realidad, por lo menos ya sabemos lo que estamos buscando. - Jose tenía razón, por lo menos todo empezaba a tener algún sentido, o no. Respiró hondo tres veces para tranquilizarse y se separó de Jose.

- Pues vamos a confirmarlo.

En el coche, Laura iba mirando por la ventanilla y pensando en lo espectacular que era Madrid de noche con todas esas farolas iluminándola. Llegaron en seguida a la comisaría en la que trabajaba Jose en el barrio de Salamanca. Subieron las escaleras a toda prisa y entraron en su despacho. Jose sacó de una carpeta que tenía encima de la mesa las postales. Laura revisó todas ellas, y pudo comprobar que en todos esos sitios había estado. Incluso había una del Kilimanjaro, ¿haría él también la ascensión en el mismo momento que ella?

- He estado en todos estos sitios, pero no puedo recordar las fechas de los viajes. Tengo las fotos en mi casa, podemos ir y comprobarlo.

Salieron de comisaría como habían entrado, volando y sin saludar a nadie.

- No me puedo creer que subiera el Kili cuando lo subí yo. - Esa fecha la recordaba perfectamente, no todos los días se tiene una experiencia como aquella, sobre todo cuando todos los que iban consiguieron llegar a la cima.

- ¿Quiénes subisteis?

- Fuimos los compañeros de trabajo, Cris, Marcos, Pedro y David. Recuerdo que fuimos en octubre, porque era la mejor época para la ascensión y una de las peores para ver animales en los Parques Nacionales que luego visitamos. Hace cuatro años. Esta postal coincide. - Confirmó Laura. - Pero del resto no puedo estar segura. Excepto la de Rumania que ha sido hace menos de un mes y el Taj Mahal que estuve el verano pasado.

Llegaron a casa de Laura y se dirigieron a su despacho donde estaba el ordenador. Mientras se encendía colocaron las postales en orden cronológico para facilitar la búsqueda. Y ya con las postales y las fotos de Laura confirmaron que todas ellas coincidían en fecha.

- Veo que tienes muchas fotos.

- Sí, me encanta tirar fotos. Quizás haya algo en alguna, pero hay tantas. - Eso mismo era en lo que estaba pensando Jose.

- No te preocupes, seguro que algún programa de los que disponemos puede encontrar algo en ellas. ¿Me las puedo llevar? - Laura asintió.

- Toma, llévate el disco duro, tengo backup de todas ellas ahí. - Laura desconectó el disco duro externo que tenía encima de la mesa y se lo dio a Jose para que lo investigaran.

- Por hoy ya no podemos hacer nada más. Vámonos a casa. - Ya eran más de las cinco de la mañana, Jose llevaría al día siguiente el disco duro para ver si los informáticos del departamento podían encontrar algo.

Cuando llegaron a casa estaban agotados. Laura subió a la habitación de invitados, en la que Jose la había acomodado, justamente en frente de la de él. Jose se puso una copa de whisky con hielo. Laura se asomó y lo vio con la copa, ella se había puesto unos pantalones de pijama con una camiseta y bajó para tomarse otra con él. Sin decir palabra cogió un vaso, se echó hielo y un buen chorro del licor. Se sentó junto a él y se acurrucó a su lado.

- Si Juanjo me ha acosado todo este tiempo sin yo saberlo, y suponiendo que sea el asesino, ¿por qué ha empezado a matar ahora? No me cuadra que sea porque ha salido el Coyote de la cárcel. Todos los que han muerto llevan tiempo por ahí

pululando. - Jose no sabía qué responder a esa pregunta.

- Llevo todo el rato dando vueltas a muchas preguntas. Y siguen sin respuesta. No tengo ni idea por qué todo ha desembocado en un desenlace quince años después. No tiene sentido.

- Quizás, - se aventuró a decir Laura - no sea sólo por el Coyote. Si lleva todo este tiempo vigilándome, también tú has aparecido justo ahora. - Jose se la quedó mirando pensativo, y si ella tenía razón, ¿sería él el culpable de todo este desencadenante? Se intentó quitar la idea de la cabeza.

- Será mejor que subamos a dormir, mañana quizás tengamos las ideas más claras. - Se terminó la copa de un trago. Laura asintió, le dio otro sorbo a la suya y la dejó encima de la mesa.

Laura llevaba un rato en la cama dando vueltas, no se podía dormir. Se levantó y se dirigió a la habitación de Jose. Llamó a la puerta que estaba abierta.

- ¿Estás despierto? - Preguntó en un susurro.

- Sí, ¿estás bien? - Laura se acercó a su cama y se sentó.

- ¿Te importaría abrazarme? - Jose le dejó sitio en la cama y ella se tumbó a su lado, la rodeó con sus brazos y ella se acurrucó. - Sabes, me siento violada. Alguien ha estado vigilándome, invadiendo mi intimidad. - Levantó la cara y se encontró los ojos verdes de Jose mirándola. Le besó. Él la apartó y ella se sorprendió, no era la reacción que esperaba.

- ¿Estás segura? - Le dijo con dulzura. Ella respiró hondo, se relajó y le sonrió.

- Ahora mismo, es de lo único que estoy segura. Te quiero, nunca dejé de quererte por mucho que me haya costado reconocerlo.- Laura se sintió mejor después de soltar lo que sentía.

- Te quiero Laura. - Jose la besó.

Diciembre 1.999

Laura y Jose estaban en la nave de Vallecas viendo una película con José Manuel y el Bola. Ella los había logrado convencer para ver Speed, aunque quizás que Sandra Bullock apareciera tuvo algo que ver para que accedieran.

Desde que le contaran a José Manuel quién era Jose realmente, parecía que se había establecido un vínculo entre ellos, José Manuel ya no desconfiaba de él, de hecho, le pedía su opinión en algunas ocasiones.

Ella se daba cuenta de lo nervioso que estaba Jose, de vez en cuando tenía que ponerle la mano encima de la pierna porque se ponía a moverla espasmódicamente sin darse cuenta, entonces él paraba y ella le daba un leve apretón en la mano.

Jose había concertado una cita con el Chino, otro pedido. Pero esta vez iba a ser el último, tenía que ser algo grande. Ya era el tercero. El segundo había sido por la misma cantidad que el primero y como la vez anterior todo salió sobre ruedas. Se estaba ganando la confianza del Chino, por lo menos en cuanto a cumplir con el pago se refería. Esperaban que con eso fuera suficiente.

Era el momento de que le presentaran al Coyote, el momento de meterlos a todos en la cárcel. Si no salía bien, habrían perdido más de un año de trabajo.

Aún podían meter a mucha gente en la cárcel gracias a los informes que seguían recibiendo habitualmente de Edu y Quique, pero no era eso lo que querían, no era eso por lo que habían trabajado tan duramente. Querían meter en la cárcel al Coyote y desarticular su red de narcotráfico.

Jose no hacía más que mirar el reloj, parecía no avanzar, y encima el Chino llegaba tarde. Eso le preocupaba, podía haberle descubierto, nunca se sabía, si se enteraba que era policía era hombre muerto. Y también estarían en peligro Laura y José Manuel, al fin y al cabo, era por ellos por los que podía entrar con toda confianza en esa vieja nave donde había contactado con el Chino.

Miró a la pantalla a ver si se tranquilizaba y dejaba de darle vueltas a todo. En ese momento Sandra Bullock abrazada a Keanu Reeves se deslizaba en una pequeña tabla mientras el autobús chocaba con un avión y explotaba. Esas cosas sólo ocurrían en las películas, se dijo.

Por fin aparecieron el Chino, el Bulldog y el Dardo, Jose se sorprendió que Edu y Quique no fueran con ellos, esperaba que no hubiera habido ningún problema. Miró el móvil por si tenía algún mensaje por el que preocuparse de parte de Carlos, pero nada, así que supuso que todo estaba en orden.

Al pasar, el Chino le había hecho un leve movimiento con la cabeza, así que Jose se levantó, miró a Laura que tenía cara de estar preocupada y le dio un beso mientras le decía al oído.

- Es mejor que os vayáis a dar una vuelta. - Ella asintió levemente, sólo él lo percibió.

Cuando Jose se acercaba a la mesa del fondo donde ya estaban sentados el Chino y sus sombras, oyó como Laura sacaba al resto de allí.

- Anda, vámonos a dar una vuelta. Ya se ha terminado lo bueno de la película. - Ella ya se estaba levantando y arrastraba a José Manuel.

- Pero si eras tú la que querías ver esta película. - Se quejaba el Bola.

- Seguro que algo de deporte no te sentará mal. - Le dijo José Manuel. El Bola intentó levantarse del sillón, pero le costó unos segundos.

- Es que este sillón es muy bajo, por eso me cuesta levantarme. - Dijo nervioso y

avergonzado.

- Claro, no es por tu orondo aspecto. - José Manuel le dio un golpe cariñoso en el brazo que hizo que el Bola riera con él. Unos segundos después, los tres habían salido a la calle dejándolos solos.

- Mis compradores quieren más. - Jose se dirigió al Chino.

- Directo al grano. - Sonrió el Chino. - Eso me gusta. ¿Otro kilo?

- No, esta vez quieren más cantidad.

- ¿Cuánto? - Preguntó el Dardo.

- Veinticinco kilos. - Si el Chino se sorprendió no dejó entrever nada que diera a entenderlo, sin embargo sus amigos si que mostraron sorpresa con alguna que otra exclamación.

- Eso es mucha cantidad. - El Chino siguió sin hacer caso de sus amigos.

- Lo sé. Pero se van de Madrid y quieren volver cargados. - Jose seguía con la historia que tantas veces había repasado con Carlos para que no quedaran hilos sueltos.

- Es mucho dinero. - Jose asintió.

- Supongo que al comprar al por mayor habrá un ligero descuento. - Jose hablaba muy serio.

- No, al precio de siempre. Ciento veinticinco millones. Lo tomas o lo dejas. - El Chino habló con la seguridad de quien sabe que la compra está hecha.

- Tenía que intentarlo. - Jose estaba contento, todo iba bien. A ver ahora. - Pero con una condición. - En ese punto el Chino pareció algo molesto, supuso que no le solían poner condiciones, aunque dudaba que alguna vez le hubieran hecho un pedido tan grande. - Mis compradores quieren conocer a tu jefe, quieren ver cómo estáis organizados, y quizás llegar a un acuerdo común que pueda beneficiar a ambas partes.

- El Chino le estaba sopesando con la mirada, pero Jose siguió hablando.- Yo creo que os interesaría hacer tratos con ellos, podríais entrar en el mercado de Marbella, la jet set. Ahí no se mueven cantidades por gramos, allí se compran grandes cantidades para las fiestas que se organizan. Y el dinero no es problema. - Jose le notó un ligero brillo en los ojos, quizás le había parecido una buena idea, no podía estar seguro. Hubo unos segundos de silencio que a Jose se le hicieron eternos.

- Está bien, déjame tratarlo con mi jefe. - Por lo menos había confirmado que tenía un jefe. Jose asintió.

La reunión había terminado, así que se dio media vuelta y salió del local. Se dirigió hacia la Misión donde suponía que habría ido Laura.

Nada más desaparecer por la primera esquina, se apoyó en la pared y respiró hondo tres veces, tal y como solía hacer ella, le funcionó, se sintió más relajado.

Cuando llegó al bar, Laura estaba allí como había supuesto. Se acercó a ella, le cogió el vaso que ella tenía en la mano y le dio un buen trago, tenía la boca seca y pastosa.

- ¿Coca cola sola? - Ella asintió.

- Son las siete de la tarde. ¿Qué esperabas? - Laura tenía razón, no se había dado cuenta de lo pronto que era. - ¿Qué tal ha ido?

- Espero que bien. - Jose se lo dijo al oído, no quería que nadie les oyera cuando hablaban de estos temas. - ¿Nos vamos?

Laura notó que aún estaba algo nervioso, supuso que por el subidón de adrenalina que tendría.

- Claro, vámonos. - Se despidieron de José Manuel y el Bola. José Manuel le preguntó con la mirada a Laura que qué tal había ido todo y ella le hizo un gesto indicándole que ya lo llamaría.

Fueron dando un paseo hasta el coche de Jose, ambos agarrados de la mano y sin hablar. Laura lo miraba, lo veía muy serio, supuso que estaba repasando la conversación por si se le había escapado algo. Solía darle mil vueltas a todo lo referente a este caso, quería estar siempre alerta de cualquier eventualidad.

Cuando entraron en el coche, Laura sintió un escalofrío, hacía frío dentro. Jose se dio cuenta y puso la calefacción lo más alta posible para calentar un poco el interior.

- Hace un frío de mil demonios.- Dijo mientras se acurrucaba en el asiento de al lado del conductor y metía las manos en los bolsillos para entrar en calor. - Vámonos, seguro que en tu casa se estará calentito.

Jose estaba emocionado, parecía que todo iba viento en popa. Se giró y al ver a Laura tan encogida en el asiento, sintió mucha ternura hacia ella. Se acercó atrayéndola hacia sí y la besó apasionadamente, ella se dejó hacer. - Te quiero. - Le dijo cuando se apartaron, mirándola a los ojos. Laura se sintió inmensamente feliz, era la primera vez que se lo oía decir.

Unos días después, Jose estaba trabajando en su mesa y Carlos en frente hacía lo mismo, ambos no dejaban de leer y releer toda la información que tenían, convencidos de que se les escapaba alguna pista que les llevaría directos al almacén. Como Jose había pedido, ahora tenían otro plano colgado de la pizarra con los alrededores de Barajas, y zonas marcadas en rojo con posibles lugares donde pudiera estar el laboratorio del Coyote.

- Me rindo, esto es como buscar una aguja en un pajar. - Carlos tiró la carpeta que estaba revisando encima del resto de papeles que tenía en la mesa. - Necesito un descanso, voy a por un café, ¿quieres uno? - Jose negó con la cabeza, no eran ni las once de la mañana y ya se había tomado cuatro o cinco, había perdido la cuenta.

Se sentía tan frustrado como su compañero y empezaba a preocuparse porque no había recibido noticias del Chino. No sabía si eso era bueno o malo, pero empezaba a temerse lo peor.

- La policía del aeropuerto acaba de informarnos de la llegada de un posible vuelo caliente. - Le dijo Gutiérrez que acababa de colgar el teléfono en su mesa, al fondo de la sala. Era la agente que tanto le había impresionado en el interrogatorio, la misma que con su compañero, siempre se hacían pasar por una pareja para no llamar la atención. Él sabía que cuando se referían a vuelos calientes pensaban que era un vuelto con alta probabilidad de llevar droga, aunque nunca les habían pasado ese tipo de información. - Piensan que a lo mejor tiene que ver con nuestro caso.

- ¿Por qué piensan tal cosa?

- Viajan con gran cantidad de harina de palmiste. - Jose se sorprendió, era una buena idea trasladar así la droga.

- ¿De dónde viene?

- De Colombia. Aterrizará dentro de un par de horas. Nos vamos Alonso y yo a ver si encontramos algo. - Jose asintió.

- De acuerdo. Pero no hagáis nada. No detengáis a nadie. Sólo seguidlos para ver dónde llevan la harina. Quizás así descubramos la ubicación del laboratorio. - Gutiérrez asintió y fue a buscar a su compañero.

Jose esperaba que la policía del aeropuerto tuviera razón, y si había droga viniendo desde Colombia, fuera para el Coyote. Sus tripas le decían que se estaban acercando.

Carlos apareció con dos cafés en la mano. - Ya sé que no querías, pero te veo con mala cara.

- Y probablemente sea de tomar tanto café. - Dijo irónicamente. Le contó a Carlos lo que había hablado con Gutiérrez. Los dos esperaban que les llevara a algún sitio.

Unas horas después Gutiérrez llamó a Jose, él seguía, como Carlos, revisando toda la información que tenían del caso.

- Confirmado. Están en un almacén a unos quince kilómetros del aeropuerto, hemos comprobado que en su interior hay un laboratorio y bastante gente, unos trabajando y otros armados. Ni rastro del Coyote.

- Perfecto, salid de ahí. Los tenemos localizados. Que no se den cuenta de vuestra presencia. - Al otro lado de la línea Gutiérrez asentía, y hacía un leve movimiento con la mano a todos los policías ocultos para irse de allí.

Como si hubiera sido premonitorio, a Jose le volvió a sonar el móvil unos minutos después. Chasqueó los dedos para llamar la atención de Carlos. - El Chino. - Le dijo mientras señalaba el aparato. Se levantó de su silla y se dirigió a uno de los despachos vacíos que tenía justo detrás. Donde se hallaban se oía mucho ruido que podía dar pistas al Chino de dónde se encontraba. Carlos entró detrás de él y cerró la puerta, momento en el que Jose cogió el móvil.

- Si. - Dijo Jose serio.

- Mi jefe ha aceptado conocer y enseñar el laboratorio a tus compradores para que vean cómo funcionamos. - Sonrió y respiró aliviado.

- ¿Cuándo?

- Mañana por la mañana, a las nueve en el local de Vallecas.

- De acuerdo. - Confirmó. El Chino colgó el teléfono. Jose miró a Carlos. - Los tenemos.

Laura estaba en la biblioteca con sus compañeras, trabajando en una de las prácticas que tenían que entregar antes de las vacaciones navideñas, cuando vio a Jose entrar. Al verlo allí, se asustó, algo malo debía de haber ocurrido.

Miró alrededor y vio que unas mesas más allá José Manuel estaba trabajando con algunos compañeros en la misma práctica, así que se relajó. Pero que fuera allí a buscarla no era normal, nunca lo había hecho, algo había tenido que pasar.

- Hola. - Saludó a todas las chicas en cuanto llegó. - ¿Os importa que me lleve a Laura esta tarde? Mañana prometo que será toda vuestra.

- ¿Ha pasado algo?

- No, tranquila. - Sus amigas los miraron y se encogieron de hombros.

- Gracias chicas. Os compensaré. - Laura estaba agradecida, aunque un tanto incómoda, ella no era de las que dejaba tiradas a sus compañeras cuando estaban liadas con algún trabajo.

- No te preocupes Laura, mira qué hora es. En breve nos iremos a casa. Llámame. - Fue Marta la que habló, ella asintió confirmándole que en cuanto pudiera le daba un toque.

Salieron de la Biblioteca, Laura iba poniéndose el abrigo y colocándose el bolso, mientras Jose le sujetaba una carpeta cargada de hojas y un par de libros con la etiqueta de la biblioteca.

- Sabes, esta Facultad es un lío. Me ha costado un buen rato encontrar la Biblioteca.

- Seguro que ni te has molestado en preguntar. - Laura sabía que era una regla de los tíos, no preguntar nunca.

- Pues te equivocas, he preguntado y cada uno me ha mandado por diferentes pasillos.

- Se paró. - De hecho, no sé cómo salir. Te importa llevarme al parking de piedras que hay al lado de ese edificio blanco tan raro que tenéis. - Laura se echó a reír, lo cogió de la mano y lo dirigió hacia el parking.

- ¿Ha pasado algo? - Acababan de entrar en el coche, Jose ya estaba arrancando.

- Si. - Se quedó unos segundos callado mientras sacaba el coche del parking y ella lo guiaba a la salida del recinto. Cuando salió a la carretera, empezó a contarle todo lo ocurrido durante ese día. Terminó la historia justo al llegar a su casa.

Subieron en silencio, Jose estaba emocionado, pero Laura se sentía nerviosa, estaba preocupada, lo que iba a hacer al día siguiente era muy peligroso y así se lo dijo en cuanto se sentó en la barra de la cocina, mientras Jose sacaba un par de cervezas del frigorífico.

- No te preocupes por mí, estaré protegido. Están involucrados, además de mi

departamento, los geos y la policía del aeropuerto.

- Si, pero el que va a dar la cara vas a ser tú.

- Bueno, ese es mi trabajo, pero no voy a estar solo, a mi lado estarán Carlos, Gutiérrez y Ramírez. - Jose se intentó poner en el lugar de ella y comprendió perfectamente lo que sentía en ese momento. - Te prometo que estaré bien. - Ella asintió mirando al suelo, él le levantó la cara con las dos manos y comprobó que tenía lágrimas en los ojos, le dio un beso en los labios. Se arrepintió de habérselo contado, tenía que haber esperado al día siguiente, a que todo hubiera terminado para no tenerla preocupada. - En cuanto haya terminado todo, te llamo.

- ¿Al móvil? - Dijo ella riendo.

- Te juro que para Reyes te regalo uno. Si hubieras tenido uno esta tarde, no hubiera estado una hora dando vueltas por tu Facultad intentando encontrarte.

- Qué exagerado eres. - Ella volvía a sonreír, por el momento se había olvidado de la preocupación que sentía unos instantes antes.

Jose sacó una pizza de la nevera, la metió en el horno y en diez minutos tuvieron lista la cena.

Laura estuvo todo el rato haciendo preguntas sobre todo lo que iba a ocurrir el día siguiente.

- Pero a Gutiérrez y a Ramírez, Edu y Quique los pueden reconocer, ¿no? - Comentó angustiada.

- En principio contamos con que ellos no estén. Seguimos pensando que el laboratorio les viene muy grande. No lo han mencionado en ninguno de sus informes, y me consta que son muy detallados y completos. De todas formas, a Ramírez no lo conocen, quien interrogó a Quique fue Alonso, y él no estará con nosotros, estará con el resto del equipo. - Laura asintió, tenía un pequeño lío de nombres en su cabeza. - Creemos que a Gutiérrez con el disfraz de niña pija será muy difícil reconocerla, prácticamente imposible. - Laura puso cara interrogante. - Es una chica muy guapa, y con la pinta de marimacho que lleva a la comisaría, nadie lo diría.

- ¿Estás intentando ponerme celosa?

- ¿Lo he conseguido? - Dijo él juguetón, cogiéndola en brazos y llevándosela a su habitación. Ella olvidó toda preocupación, lo rodeó con sus brazos y lo besó.

Abril 2.016

El domingo por la mañana, Laura como de costumbre, se despertó temprano. La noche anterior había sido una noche de locos, ella enterándose que Juanjo la había seguido durante todos estos años. Aunque terminó de la mejor forma posible, haciendo el amor con Jose y reconociendo sus sentimientos de una vez por todas.

Esta vez no había sido sexo salvaje, ni sexo desesperado, esta vez se habían estudiado, se habían tocado y se habían besado, no habían dejado ni un rincón sin tocar ni besar. Cuando Jose la penetró ella ya estaba a punto de estallar, estaban tan excitados que ambos llegaron al orgasmo al momento. Sólo de recordarlo se volvió a excitar. Al rato repitieron, pero esta vez fue más largo, al principio suave y dulce, después rápido y salvaje. Él arriba dominándola, agarrándole las manos para que no pudiera controlar la situación, ahora era él el que dominaba, y ella se dejaba llevar. Cambiaron de postura, ahora era ella la que le montaba, controlando sus movimientos, cambiando el ritmo si veía que se acercaba al final, quería tenerle en sus manos, haciéndole sufrir de placer. Cuando decidió que ya le había hecho esperar lo suficiente, ella también estaba a punto, empezó a moverse salvajemente, mientras él la miraba y la agarraba de la cadera ayudándola en sus movimientos frenéticos. Cuando ambos llegaron al clímax, ella se cayó encima de él, temblando, él la abrazó, ambas respiraciones profundas se fundieron, agotados, sudorosos, estuvieron así unos segundos, se miraron, se besaron y se tumbaron el uno al lado del otro.

Hablaron de tonterías, se dijeron palabras tiernas, como si fuera su primera vez, su primera cita, como si no hubieran vivido juntos todo lo que habían vivido. Rieron, se acariciaron, olvidaron sus preocupaciones, hasta que se quedaron dormidos.

Laura no pudo evitar recordar toda la noche y sonreír como una tonta.

No eran ni las nueve de la mañana, no había dormido ni dos horas, pero tenía los ojos como platos. A su lado Jose dormía, lo observó, dormía de lado, los ojos cerrados, la boca semiabierta, no roncaba, pero se oía su suave respiración, estaba tan guapo. Laura le dio un suave beso en los labios, se puso la camisa granate que él había llevado la noche anterior y bajó a hacer el desayuno.

En la cocina puso un par de tostadas en el tostador, cogió de la nevera unos tomates que ralló, encontró una bandeja en la que puso el tomate, las tostadas y aceite. Además de un par de cafés con una pequeña jarrita de leche templada y un par de zumos de naranja natural que hizo en un momento. Subió con todo ello a la habitación. Cuando se asomó con la bandeja él ya estaba despierto, se quedó mirándolo apoyada en el marco de la puerta, con la bandeja en la mano, él la contemplaba, tan hermosa con sus largas piernas, su melena morena revuelta y esos ojos azules tan brillantes, tan profundos.

Laura olvidó el hambre que había sentido hacía unos minutos, sintió una excitación que le recorrió todo el cuerpo, ya estaba húmeda. Dejó la bandeja del desayuno en una mesilla y se metió en la cama, donde Jose la esperaba tan excitado como estaba ella.

- Esa camisa te sienta mejor que a mí. - Le dijo al oído con voz ronca.

- No te creas, también me gusta cuando la llevas tú. - Le susurró ella.

Se besaron, Jose le quitó la camisa, se tumbó encima de ella, ella abrió las piernas y le rodeó la cadera, estaba tan excitada que no quería preliminares, lo quería dentro, él lo entendió y fue lo que hizo, la penetró, primero sus movimientos fueron en suaves círculos, adaptando el cuerpo del uno al del otro, se miraban a los ojos mientras

encajaban sus cuerpos. Se besaron, primero suavemente, luego apasionadamente, entonces la embestidas se transformaron, se convirtieron en movimientos rápidos y bruscos, Laura gritó y Jose la volvió a besar, ella levantaba las caderas, siguiendo su ritmo para que las embestidas fueran más potentes, hasta que al final los dos se desplomaron temblando de placer.

Se miraron y sonrieron, hacía tiempo que ninguno de los dos se sentía tan a gusto, tan feliz, tenían que disfrutar de ese momento.

Laura se sentó en la cama y puso la bandeja del desayuno entre los dos.

- Me parece que las tostadas se han enfriado. Y la leche y el café también. Creo que voy a hacer más. - Laura hizo el amago de levantarse y Jose le cogió la mano.

- No te levantes. Da igual. - La besó. - Todo tiene muy buena pinta.

Desayunaron una tostada fría con tomate y aceite, un café con leche helado y un zumo que tenía muy buen sabor. - Por lo menos el zumo sigue estando bueno. - Dijo ella riéndose, apenas había probado la tostada y al café le dio un sorbo pero también lo dejó a un lado. Por su parte, Jose se comió su tostada y la de ella, se tomó su café y el que había apartado ella y se bebió el zumo disfrutando del sabor a fruta fresca.

- Pues a mí me ha gustado todo. - Le guiñó un ojo. Se levantó de la cama, aún desnudo, ella lo contempló, sus espaldas anchas, sus abdominales marcados y sus piernas fuertes, y era todo suyo, sonrió para sí, feliz, embobada, enamorada. Jose se giró y la miró. - ¿Vienes a darte una ducha? - La cogió de la mano y se la llevó al baño.

Ese domingo se lo pasaron sin salir de casa. Viendo alguna película, haciendo el amor en el sofá, comiendo, haciendo el amor en la mesa del comedor, preparando la cena, haciendo el amor en el suelo de la cocina.

- Ojalá este día no se terminara. - Dijo Laura desnuda en el suelo de la cocina junto a Jose que estaba tumbado a su lado.

- ¿Sabes que eres insaciable?

- ¿Tú crees? Si me estoy cortando. Sé que no me aguantarías el ritmo. - Bromeó. Jose la miró lascivamente.

- ¿Quieres que te lo demuestre?

- Por supuesto. - Dijo ella sensualmente. Y sin levantarse del suelo de la cocina volvieron a repetir. Él la giró y la puso a cuatro patas, la penetró, ya estaba húmeda. La agarró de las caderas para que no se separara ni un ápice y empezó a envestirla, con una mano la agarró del pelo, le recorrió la espalda y luego se echó hacia delante acariciándole los pechos, con la otra mano, le tocaba su sexo, mientras seguía envistiéndola. Ella jadeaba, empezaba a gritar, él sabía qué significaba, estaba a punto de llegar. Como la noche anterior le hiciera ella, esta vez fue él el que paró para que no se corriera, le dio la vuelta, la puso de espaldas en el suelo, ella lo miraba con sus ojos brillantes de excitación, de deseo, el pelo húmedo alrededor de la cara, fue a tocarlo, pero él le cogió los brazos, con una mano le sujetó ambas muñecas encima de la cabeza, y volvió a penetrarla, con la otra mano le acarició la mejilla, un dedo recorría sus labios y Laura empezó a jugar con él, a lamerlo, morderlo suavemente, rodearlo con su lengua, él se agachó y la empezó a besar. Estaba tan excitado como ella, las embestidas empezaron a ser más rápidas, más duras, ella levantaba la cadera al ritmo, se corrieron, ella llegó antes, pero inmediatamente detrás llegó él, que se desplomó encima de ella, donde se quedó un rato. Ella le rodeó las caderas con las piernas y lo abrazó. Él apoyó los brazos en el suelo para que todo el peso de su cuerpo no cayera sobre Laura, la miró a los ojos, después de tanto tiempo volvía a tenerla, a poseerla, ella le daba todo y él le devolvía todo. No se había dado cuenta cuánto significaba ella para él hasta ese preciso momento, siempre la había echado en falta, pero se había acostumbrado a no tenerla cerca, ahora no pensaba desprenderse de ella, tenía que

protegerla, nadie le iba a hacer daño, él no podría vivir sin ella, si algo le pasara...

- ¿Qué piensas?

- En lo insoportable que sería mi vida si te pasara algo. - Le dijo sinceramente.

- Pero no me va a pasar nada. De eso nos vamos a ocupar los dos. - Jose la miró, como siempre tan positiva, tan fuerte, y a la vez tan frágil, su mirada la delataba, estaba asustada. La besó con dulzura.

- Efectivamente, no te va a pasar nada. - Jose se levantó del suelo y le dio la mano para ayudarla a levantar. Se vistieron con las ropas que estaban por todas partes de la cocina, en el suelo los pantalones de él y sus slips, el culotte de ella enganchado en uno de los mandos del horno, el sujetador encima de la vitrocerámica, la camiseta que llevaba en el fregadero, cuando la encontró se empezó a reír puesto que se había empapado.

- Ahora vengo, voy a por una camiseta. - Jose la cogió de la mano, la atrajo hacia sí y le dio un beso suave en los labios.

- Me encantan las camisetas mojadas. - Laura sonrió y lo besó, pero se deshizo de él y subió a por algo que ponerse.

Cuando bajó, Jose ya tenía la cena controlada, todo preparado y dentro del horno.

- En unos veinte minutos la cena estará lista.

Prepararon la mesa y pusieron el telediario a ver qué había pasado en el mundo ese día en el que ellos no habían salido del suyo propio.

- Jose, ¿cuánto tiempo vais a tener a todos protegidos en el edificio o edificios dónde los tengáis? - Laura no le había preguntado a Jose donde estaban ocultos, y Jose no se lo había dicho, pensaba que cuanto menos supiera mejor.

- Espero que todo el tiempo que sea necesario. Quizás con las nuevas pistas que hemos encontrado esta semana lleguemos a algo. Sino, ya veremos. - Jose se quedó callado, pensativo. - Edu ha propuesto que si no se encuentra al asesino, él podría convertirse en el cebo.

- Pero ¿está loco? - Laura se sorprendió, no recordaba que Edu fuera especialmente valiente.

- No sé, quizás sea una buena idea. Mientras ellos estén escondidos, el asesino no hace ningún movimiento, lo que implica que no le localicemos. Quizás la única forma de encontrarle es con un cebo, y estaría protegido por nosotros.

- ¿Tú crees que no se lo esperaría? Sabría perfectamente que le estáis protegiendo y seguro que encuentra alguna forma de desvanecerse sin que os deis cuenta, y Edu acabaría muerto. - Jose sabía que eso era una opción muy viable, pero no encontraba ninguna otra solución.

- ¿Tienes alguna idea? - Supuso que Laura la tenía.

- Yo creo que nos quiere a los dos muertos, a ti y a mí. A mí me está reservando, se lo está pasando pipa conmigo. Me ve nerviosa y débil. Eso es lo que quiere. - Laura había llegado a la misma conclusión que él, pero no se la veía ni nerviosa ni débil, estaba tranquila. Ella era así, era capaz de enfrentarse a sus miedos, pero si los entendía o tenían algún sentido, siempre aplicaba la lógica. Ahora las cosas parecía que tenían un orden, ella lo estaba desenmarañando y eso la tranquilizaba porque empezaba a saber a qué se enfrentaba o mejor a quién se enfrentaba. Antes, cuando no veían la luz, estaba desorientada y eso le hacía no estar preparada. - Así que no me matará aún. El problema es, que si no encuentra al resto, eso quizás lo ponga nervioso y al final acabará yendo a por nosotros, somos los únicos que no nos hemos escondido.

- Me estás diciendo que en vez de que sea Edu el cebo, ¿qué lo seamos nosotros? - Ella asintió.

- Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

Ya estaban a mitad de semana y Laura estaba con Jose en el supermercado comprando para el fin de semana de casa rural, ellos se encargaban de los desayunos. En el carro ya llevaban varios litros de leche semidesnatada, como a algunos les gustaba desnatada y a otros entera, se habían decantado por el camino intermedio, llevaban café y cacao, algunos litros de zumo en tetrabrik, pan de molde para hacer tostadas, mantequilla, mermelada, cruasanes y un bollo de chocolate enorme, porque Marta últimamente no paraba de comer chocolate, no podía evitarlo, decía.

- Hay que coger algo sin gluten, que Raquel es celiaca. - Encontraron unos dulces que tenían buena pinta sin gluten y sin trazas de gluten. La verdad es que Raquel lo pasaba un poco mal, sobre todo cuando salían a comer a algún restaurante, siempre preguntando si la salsa llevaba harina, los camareros nunca lo sabían y tenían que preguntar en la cocina. Cuando iba a cenar a su casa, Laura se daba cuenta que casi todo los productos del supermercado contenían gluten y si se hacía ilusiones y ya decidía meter algo en la cesta, leía que podía contener trazas de gluten. Menos mal que la cosa estaba cambiando, cada vez había más celíacos y por ese motivo había más productos para ellos, eso sí, bastante más caros, pensó mientras comprobaba el precio de los dulces sin gluten.

Estaban en el coche de Jose guardando las bolsas en el maletero, cuando le sonó el teléfono.

- Hola David, ¿cómo estás? - Laura se había dado cuenta que llevaba días sin saber de él y no lo había llamado, se sintió mal, estaba tan centrada en ella que se había olvidado de David.

- Pero chica, ¿dónde te metes? ¡Te has olvidado de mí! - David estaba bromeando, Laura se relajó.

- Estamos en el supermercado, vamos este fin de semana de casa rural con las chicas, ¿te lo había dicho, verdad?

- Sí, hace un par de semanas. ¿A quién te refieres con vamos? - David puso tono conspiratorio, quería los últimos detalles, aunque quizás, notó una pizca de decepción en su tono, no estaba segura.

- Jose y yo. - Laura se quedó esperando la reacción de David. Siempre habían sido muy buenos amigos, no había habido más, pero últimamente no se le escapaba que David estaba diferente con ella, incluso la había besado en Reyes. No sabía cómo se lo iba a tomar.

- Así que ya es oficial, ¿sois pareja? - Parecía contento.

- Bueno, estamos en ello, aún no le hemos puesto nombre. -Ya dentro del coche, Jose había sonreído al oír a Laura hablar en plural, incluyéndolo, se había sentido bien. Puso el coche en marcha y condujo hacia su casa.

- Bueno, bueno, pues ya quedaremos y me cuentas todo, hasta el más ínfimo detalle, incluidos los picantes. - Ambos rieron.

- Por supuesto, ¿la semana que viene? - Propuso ella.

- Claro, llámame y quedamos.

- De acuerdo, ya te llamo, y esta vez no me despisto. - Prometió. - Besos.

- Así que no le hemos puesto nombre.- Le dijo Jose sonriente, mientras ella guardaba el móvil en el bolso.

- No sabía qué decirle, de hecho, no sé qué somos, ¿amantes? ¿novios? ¿pareja? ¿Realmente hay que definirlo? Somos los de siempre, Jose y Laura, dos personas que se quieren y que están disfrutando de la vida juntos. ¿No crees?

Jose ya estaba aparcando en su plaza de garaje. Paró el motor del coche, miró a Laura, la cogió del cuello, la atrajo hacia sí y la besó. En un momento los dos estaban excitados, Jose puso su mano entre las piernas de Laura y empezó a acariciarla, ella respiraba muy excitada.- Y que follan como conejos. - Le dijo a Laura en el oído con voz ronca. Ambos se miraron y rieron.

Salieron del coche, cogieron las bolsas y subieron corriendo al piso de Jose a continuar lo que acababan de comenzar en el coche.

Estaban desnudos en la cama, abrazados, cada uno sumido en sus pensamientos.

- ¿Habéis encontrado algo en las fotos con el programa de reconocimiento que estabais utilizando? - Jose no le había dicho si habían encontrado alguna información útil en las fotos. Suponía que aún no había nada, pero quería asegurarse.

- No, aún no. Cuando aparecen personas secundarias en las fotos, no se las distingue, son caras pequeñas, no están muy nítidas. El programa hace lo que puede. Además son muchas fotos y muchos viajes diferentes. ¡Has viajado un montón!

- La verdad es que sí. He hecho viajes muy interesantes y divertidos. He ido a una media de tres o cuatro anuales. Y ahora en más de medio año, sólo he ido a Rumania, esto no puede ser. - Le dio un beso a Jose en la mejilla.

- Si ahora la culpa la tendré yo. - Le hizo cosquillas y ella rió. - Debías de ganar mucha pasta en tu trabajo.

- No te creas, lo que pasa es que no tengo muchos vicios, sólo viajar, y a la mayoría he ido de mochilera, durmiendo en albergues o hostels, eso se nota, ahorras mucho. Y la experiencia es fantástica porque conoces a mucha gente que está viajando como tú. A veces hasta nos unimos y hacemos parte de recorrido juntos, otras veces coincides con las mismas personas en diferentes puntos del viaje. Es genial. Tenemos que pensar en un viaje para este verano. - Laura se arrepintió nada más decirlo, no quería asustarlo, quizás iba muy rápido. Pero Jose vio la cara que puso ella y rió.

- Por supuesto. Pero va a ser difícil, ¿Qué sitios te quedan por conocer?

- No digas tonterías, aún me faltan muchos sitios, ya verás como encontramos alguno que nos apetezca a los dos. - A Laura le sonaron las tripas. - Tengo hambre, ¿nos levantamos y cenamos algo? ¿Llamamos al chino? Me apetece pato.

- No estarás embarazada, no tendrás un antojo. - Le volvió a hacer cosquillas.

- Qué bobada, ya sabes que tomo la píldora. - A Laura se la habían recetado unos meses antes porque de repente y sin causa aparente, su sangrado había aumentado considerablemente y empezaba a tener anemia. No sabían por qué se había producido ese cambio, pero se la recetaron para ver cómo evolucionaba durante un tiempo, luego se la pensaban quitar si todo volvía a la normalidad. - Vamos a pedir la cena, que estoy muerta de hambre.

Diciembre 1.999

Laura había quedado con José Manuel en su casa, ella había cogido el coche de su padre y había ido a buscarlo.

Había estado dándole vueltas toda la noche, tenía que ayudar a Jose, no sabía cómo, pero seguro que serviría de ayuda. Se levantó muy temprano y llamó a José Manuel, quién cogió el teléfono completamente dormido hasta que entendió lo que se proponía hacer ella, entonces se despertó de repente por la locura que tenía metida entre ceja y ceja su amiga.

En el coche, José Manuel intentó hacerla entrar en razón, lo que tenía claro es que no la iba a dejar sola, pero tenía que convencerla para que fuera razonable y diera marcha atrás. El problema es que cuando ella se obcecaba con algo era difícil que cambiara de opinión, o más que difícil, imposible. José Manuel ya le había repetido el mismo razonamiento una y otra vez, pero no pensaba callarse hasta que su amiga entendiera que lo que tenía en mente no era una buena idea.

- Laura, no ves que más que ayudar lo que vamos a hacer es molestar. Jose en vez de estar a lo que tiene que estar, va a estar pendiente de ti, de nosotros. No ves que de esa forma es muy posible que algo salga mal y que lo maten. Sería culpa tuya. - Hizo una pausa, era una locura. - Por Dios, que es una operación policial. ¡Qué pintamos allí!

Laura iba escuchándole e iba dándose cuenta que tenía razón, cómo se le podía haber ocurrido hacer una barbaridad como la que estaba a punto de hacer.

- Tienes razón, no sé en qué estaba pensando. - José Manuel respiró aliviado, por fin había entrado en razón. - Bueno, vale, no estaba pensando. Pero ya que estamos aquí, qué te parece si desayunamos algo en un bar y nos vamos luego derechitos a la Facultad. Ayer dejé a mis amigas tiradas en medio de una práctica. - José Manuel asintió y ella aparcó en el primer sitio que encontró. No eran ni las ocho de la mañana, así que iban con tiempo.

Anduvieron unos metros y se toparon con un bar abierto al que pasaron. Cuando entraron, descubrieron un local muy pequeño, con una barra en la que había una mujer enorme que los observaba. Había dos mesas a la derecha de la puerta y a la izquierda un par de máquinas tragaperras.

- ¿Servís desayunos? - Preguntó José Manuel.

- Sí, claro, lo que no arreglamos son ruedas. - La mujer rió de su propio chiste. Ellos se acercaron a la barra pero no vieron nada de bollería, de hecho, no había nada de nada.

- ¿Qué tenéis? - Esta vez fue Laura la que preguntó.

- ¿Qué queréis? - Parecía que no iba a ser fácil desayunar en ese local.

- Yo quiero un café con leche y porras. - Pidió José Manuel.

- No nos quedan. - Dijo la mujer.

- A mí me gustaría café con leche y barrita con tomate. - Pidió Laura.

- No tenemos.

Laura no pudo evitarlo, se echó a reír, no podía parar de reír, lo que hizo que José Manuel se contagiara y también se echó a reír.

- ¿Es la cámara oculta? ¿No cree que es más fácil que nos diga qué es lo que tiene? - Preguntó Laura mientras se seguía riendo. A la mujer no le hizo ninguna gracia y los echó de su bar, muy seria y enfadada.

Ellos se fueron doblados por la risa, no podían parar. Había sido una situación tan

absurda y ridícula que no les podía entrar en la cabeza que hubiera sido real. Aún seguían riéndose, cuando al girar la esquina a ver si encontraban otro bar para desayunar, se chocaron literalmente con el Bulldog. Cuando levantaron la cabeza para pedir perdón, no se podían creer a quienes tenían delante. Detrás del Bulldog iban el Chino y el Dardo. El Chino sonrió.

- ¿Sabes que hemos quedado con tu novio dentro de un rato? - Laura no sabía qué decir y el Chino estaba mirándola, esperando una contestación.

- Ahhh. - No sabía qué era mejor, si confirmar que lo sabía o negarlo y mentir, así que prefirió no decir nada.

- Creo que va a ser más interesante si os venís con nosotros. - Les dijo. Laura estaba asustada y enfadada consigo misma por haber ido hasta allí y haber traído consigo a su amigo. Por un lado Jose iba a matarla, y por otro lado podía entorpecer una operación policial. Si hubiese podido, en ese momento se hubiera puesto a darse de cabezazos contra la pared por su estupidez.

- Es que nosotros ahora íbamos a la Facultad. - Laura miró el reloj. - Se nos está haciendo muy tarde.

- Muy tarde, sí. - Confirmó José Manuel que empezaba a estar asustado.

- ¿Os vamos a tener que llevar por la fuerza? - El Chino parecía divertido, y sus amigos, todo lo contrario, parecía como si quisieran lanzarse sobre ellos y degollarlos. Ambos movieron la cabeza con un gesto de negación. - Eso me parecía.

Todos se pusieron a andar en dirección a la nave. Laura sólo podía pensar que si salía viva de ésta, Jose la iba a matar. En qué estaría pensando cuando decidió ir, menos mal que José Manuel hizo de conciencia, y que mala suerte encontrarse con el Chino. No podía haber ocurrido todo eso en menos de quince minutos. Era absurdo. Esa mañana no tenía que haberse levantado de la cama. Seguía dándole vueltas a todo eso, cuando oyó la voz de Jose.

- ¡¡¡Laura!!! - Más que enfadado, estaba sorprendido. Ya habían llegado, estaban en la entrada del local en el que solían encontrarse todos. Pero cuando lo miró se dio cuenta que también estaba muy enfadado, quizás muriera ahí mismo fulminada por su mirada. Jose miró al Chino y le dijo. - ¿Te importa si hablo con ella? - El Chino los miraba divertido.

- Claro que no. Pero dentro. - Todos pasaron al interior.

- Estos son los compradores. - Jose, antes de hablar con Laura, decidió hacer las presentaciones. Señaló a Gutiérrez y Ramírez. - Son los hermanos Robles, Elena y Álvaro. Y su tío, Don Oscar Robles. - Laura se fijó por primera vez en ellos. Gutiérrez era tan guapa como le había dicho Jose, llevaba un vestido negro ajustado muy elegante y un abrigo rojo con el cuello en suave piel negra, ella supuso que sería piel de conejo, un bonito bolso a juego con los zapatos, un maquillaje muy suave y el pelo en un trabajado recogido, parecía una persona que se movía en un ambiente sofisticado y de mucho dinero, desde luego a ella le pareció que daba el pego. Ramírez y Carlos, que se hacía pasar por Don Oscar Robles, llevaban un elegante traje gris, se diferenciaban en que Álvaro llevaba un abrigo también gris y Carlos lo llevaba negro, además, Carlos llevaba un pañuelo alrededor del cuello que le daba un toque muy elegante, le recordaba a un conde o alguien con título nobiliario que salía en la televisión de vez en cuando.

Aún los estaba observando cuando notó que la agarraban con fuerza del brazo y se la llevaban al fondo de la nave.

- ¿Se puede saber qué coño haces aquí? - Cada segundo que pasaba Jose se cabreaba aún más, si eso podía ser posible. Laura por su parte respiró tres veces y le contó toda la verdad desde el principio.

- Pues pensé que sería de ayuda y me vine con José Manuel, que obviamente me convenció de que estaba haciendo la mayor estupidez que había hecho en mi vida, me

di cuenta que tenía razón. Fue muy convincente, ¿sabes? Tenía grandes argumentos de peso y yo no tenía nada con qué rebatirlos. Así que como te decía, me hizo entrar en razón. El caso, es que como era muy temprano para ir a la Facultad, decidimos desayunar. En el bar en el que entramos no tenían de nada, y eso que la camarera decía que había de todo, bueno, no decía exactamente eso, pero, bueno, sí, esto no importa, ¿verdad? El caso es que salimos y al girar una esquina nos chocamos con el Chino, el Bulldog y el Dardo. Te juro que no sé de dónde salieron, si los hubiéramos visto nos hubiésemos dado la vuelta, pero ya no fue posible, y aunque les dijimos que nos íbamos a clase, nos convencieron amablemente para asistir a esta cita que tenían programada con vosotros. Te juro que nosotros no queríamos venir. - Laura por fin paró de hablar, había hablado de carrerilla, a toda prisa y sin respirar. Jose no sabía que le sorprendía más, la historia o que no se hubiera ahogado al contarla. Era tan absurda que sabía que era verdad. Se echó a reír a carcajada limpia. Laura no se esperaba eso, llevaba mirando su anillo y girándolo en el dedo desde que empezó a contar la historia, le daba miedo mirar a Jose a los ojos, esos ojos que la estarían fulminando, sin embargo, cuando lo miró, no paraba de reír.

Miró al otro lado de la nave donde se encontraban el resto y vio que todos estaban tan sorprendidos como ella, excepto el Chino que estaba sonriendo. Supuso que todos habían oído la historia que acababa de contar. Parecía ser que al Chino también le había hecho gracia, aunque ella no entendía dónde le veían la gracia.

Cuando Jose volvió a recordar dónde estaban y volvió a sentirse preocupado por Laura, se calmó. Pero sabía que ya nada se podía hacer, por alguna razón el Chino al encontrarla había decidido traerla, quizás el plan no estaba saliendo tan bien como pensaban inicialmente, quizás no confiaban en él como creía.

Bueno, por lo menos eso haría que no se confiara. La acercó hacia sí y le dijo al oído. - De acuerdo, ya estás aquí y no se puede hacer nada, así que quédate a mi lado y estate quietecita. "El cementerio está lleno de héroes". - Ella asintió. Esa frase estaba segura que la había oído en alguna película, pero no recordaba en cuál, esperaba que fuera una película con final feliz.

- ¿Listos? - Preguntó el Dardo. Jose asintió. Entonces, el Bulldog les lanzó a todos ellos unos pequeños sacos negros. - Seguidnos.

En un lateral de la pared había una puerta en la que Laura no había reparado nunca, estaba oculta detrás de una cortina, siempre había pensado que ahí detrás no había nada. El Dardo pasó por ella y el resto lo siguió. Aparecieron en un garaje cubierto en dónde únicamente había una furgoneta negra, a Laura le recordó la del Equipo A, aunque sin la franja roja y probablemente más grande. Les hicieron subir a todos al interior de la furgoneta, pero antes les cachearon para comprobar que no llevaban ni micros ni armas. Cuando el Dardo fue a coger la bolsa de deporte que Jose llevaba en la mano, donde llevaba el dinero para la compra, éste le agarró la muñeca deteniéndole y negó con la cabeza. Si la abrían estaban perdidos, ya les habían dado todo el dinero que tenían incautado en comisaría, así que lo que habían hecho era recortar papeles y montar paquetes con ellos. Era muy arriesgado, pero la idea era no llegar tan lejos en la compra, no llegar a mostrar el dinero, tenían que detenerlos antes. El Dardo palpó la bolsa para comprobar que sólo hubiera dinero, y eso fue lo que le pareció, por lo que el Chino le hizo un gesto al Dardo para que continuara y dejara la bolsa en paz.

Todos estaban ya sentados en la parte de atrás de la furgoneta cuando el Bulldog les indicó que se pusieran en la cabeza el saquito negro que les había pasado hacía un momento.

Jose tenía a Laura sentada a su derecha, le dio la mano para que se tranquilizara, ella se la cogió y la apretó tanto que temió que le hubiera roto algún hueso, él se acercó a donde calculaba que estaba su cabeza. - Tranquila. - La oyó respirar profundamente varias veces y notó que bajó la presión sobre su mano.

Aunque no se habían percatado, cuando salieron del garaje, un coche salió detrás de la furgoneta y la siguió unas cuantas calles, informando en cada momento a todo el equipo por donde iban. Cuando el Dardo, que era el que iba conduciendo, se dio cuenta que había un coche que llevaba algunas calles detrás de él, vio como giraba por una calle perpendicular y desaparecía de su vista, dejándolo más tranquilo.

Justo en ese momento, un taxi giraba para colocarse detrás de ellos, lo mismo que el coche anterior, los siguió unas cuantas calles hasta que otro coche se puso a seguirlos en su lugar y el taxi desapareció.

Así estuvieron hasta que entraron en la M-30, donde se unieron a la persecución cuatro coches más, además del que ya estaba detrás de ellos. De esta forma, estuvieron mezclándose con el tráfico los cinco coches, sin que nadie en la furgoneta se diera cuenta que los estaban siguiendo.

Como esperaban, el punto de destino era el almacén que habían encontrado el día anterior, donde los geos, la policía del aeropuerto y la policía de comisaría estaban ya en sus puestos, ocultos por toda la zona.

La furgoneta entró dentro del almacén, donde paró. Les dijeron que bajaran.

Cuando se pudieron quitar el saco que llevaban en la cabeza comprobaron que la nave en la que se encontraban debía de medir unos cinco mil metros cuadrados, era enorme. Laura lo calculó comparándolo con un terreno que tenían sus padres en el pueblo con huertas, árboles frutales y demás, que tenía ese tamaño. De hecho, era muy probable que incluso fuera algo más grande.

Jose miró a Gutiérrez para que le confirmara que era la misma nave del día anterior, cosa que ella hizo con un leve movimiento de cabeza.

En ambos laterales había varias filas de sacos, que Jose supuso que sería la harina de palmiste, donde esperaban que estuviera la cocaína mezclada.

En medio había mesas largas con balanzas de precisión, probetas y diferentes instrumentos de laboratorio, además de cubos y grandes bidones al lado de las mesas. También había un montón de gente trabajando, yendo de un lado para otro.

Al fondo apareció un hombre alto, con una cicatriz en la ceja y con unos fríos ojos azules, vestido todo de negro que se acercaba a ellos. Laura supuso que ese sería el Coyote, su mirada era cruel, sintió un escalofrío. Le acompañaba un hombre bajito, medio calvo, con grandes gafas y una bata blanca.

- Les presento al Coyote, mi jefe, y al Químico, quién se ocupa de que este laboratorio funcione correctamente. - El Chino les presentó a Jose y a los demás.

El Coyote los miró a todos con atención, uno a uno, sopesándolos, intentando saber si realmente eran quienes decían ser, pero no vio nada que le hiciera sospechar. Había buscado información sobre la familia Robles y había encontrado alguna referente a la cantidad de dinero que tenían, además de moverse entre lo más selecto de la jet set en Puerto Banús y Marbella. Desde luego, si todo iba como la seda con ellos, podría meterse en ese mercado, lo que le reportaría mucho dinero y mucho más poder. De repente, se fijó en la morena de ojos azules que estaba callada y mirando al laboratorio bastante sorprendida.

- ¿Te gusta lo que ves? - Laura no se había dado cuenta que el Coyote se dirigía a ella, sin embargo todos observaban su reacción. Cuando notó el silencio que se había hecho, se giró para ver qué ocurría y vio que todos la miraban. Jose fue a hablar por ella, pero ella se adelantó, le daba la sensación que si no contestaba ella misma, el Coyote se sentiría ofendido.

- Es impresionante. - Sonó muy tranquila. - ¿Cómo funciona? - Se atrevió a preguntar. Al Coyote le hizo gracia su osadía.

- La cocaína nos llega mezclada con harina de palmiste, que es una sustancia vegetal utilizada en piensos animales. - Con un gesto de la mano hizo que Laura se acercara al laboratorio y la guió. El resto se unió detrás de ellos. Jose no quitaba el ojo de encima a

Laura y a lo que pasaba a su alrededor. - Para sacar la droga de la harina es necesario un proceso químico del que se ocupa él. - Señaló al hombre de bata blanca que les acompañaba. El Químico asintió con la cabeza dirigiéndose a Laura a modo de presentación.

- También somos capaces de extraer el alcaloide de la hoja de coca, del que se obtiene la droga. - Dijo el Químico orgulloso de sí mismo.

En ese momento entraron dos personas más a la nave por la entrada que quedaba justo detrás de la furgoneta. Cuando Jose se fijó a ver quién era, se sorprendió que fueran Quique y Edu. Así que sabían más de lo que les contaban, desde luego no daban el perfil, pensó asombrado.

Cuando Laura los vio, le asustó que reconocieran a Elena, si era así estaban perdidos. Se unieron al grupo y saludaron, pero se quedaron apartados y no dieron muestra de reconocerla, por lo que se sintió más tranquila.

- Una clase muy interesante. Pero nosotros estamos aquí por otro motivo. - El que habló fue Jose. El Coyote se dio la vuelta y lo observó, hizo un ligero movimiento de cabeza, y por la puerta entró un hombre bajito y moreno que llevaba un carrito de transporte en el cuál había una gran caja de cartón. Cuando llegó al lado del Coyote, dejó la caja, se dio media vuelta y se fue sin decir palabra.

- Tienes toda la razón. Nuestra reunión debería llevarnos a un negocio muy lucrativo para ambas partes. - Todos sonrieron, Laura pensó que sólo les faltaba frotarse las manos. Los únicos que no cuadraban en ese decorado eran ella y José Manuel, se maldijo de nuevo por haberle metido en este lío. Él estaba en un lateral contemplando todo lo que había a su alrededor con curiosidad. El Coyote abrió la caja y Jose se acercó a comprobar la calidad de la droga.

Laura contempló cómo dejaba un poco de cocaína encima de un trozo de papel de plata y la quemaba poco a poco, generando un olor muy agradable, le llamó la atención que la droga al ser quemada pareciera caramelo y que desapareciera dejando completamente limpio el papel de plata. Parecía que Jose sabía perfectamente lo que hacía, bueno, seguramente no sólo lo parecía, pensó ella.

- Muy pura. - Confirmó, indicándoselo a los supuestos compradores de Marbella, los Robles. Los tres asintieron y sonrieron encantados.

- Perdona, ¿nos conocemos? - Edu se acercó a Elena. Todos se quedaron observando la escena y lo peor de todo fue que ella se quedó pálida. - Sí, eres tú. Nunca olvido una sonrisa. - Se giró hacia el Coyote. - Es de la pasma.

Laura se agachó y se metió debajo de la mesa que tenía más cerca. Por lo que vio, el resto ya tenía un arma en la mano y se apuntaban entre ellos, ella no sabía de dónde las habían sacado, puesto que unos momentos antes los habían cacheado, al único que no localizó fue a José Manuel.

- El edificio está rodeado, creo que lo más razonable es que tiréis las armas y os entreguéis. - Jose estaba de pie delante de la mesa bajo la que ella estaba escondida, supuso que la había visto ocultarse ahí y se había puesto delante para protegerla. Ella apenas veía nada entre sus piernas, al único que atisbaba era al Coyote que no tenía pinta de tener intención de entregarse.

En ese momento se oyó una explosión a su espalda, se giró y vio cómo José Manuel volaba literalmente y caía sobre los sacos de harina del lateral contrario al que se encontraba ella.

A partir de ahí todo fueron gritos y desorden. Podía oír a la gente que estaba trabajando intentando salir de la nave, a la vez que gritaba asustada por el fuego que se empezaba a propagar con facilidad debido a todos los productos químicos existentes en las mesas. También oyó cómo geos y demás policía, que estaban esperando en el exterior, iba entrando al almacén sacando a la gente.

Ella se puso a correr sin mirar atrás, buscando el lugar dónde había caído José

Manuel. Oía disparos, pero no se molestó en mirar qué estaba ocurriendo. Cuando se detuvo al lado de su amigo, vio que José Manuel estaba vivo, pero con graves quemaduras por casi todo su cuerpo. Inmediatamente sintió a Jose a su lado.

- ¿Qué has hecho? - Laura fue a cogerle la mano pero se detuvo al ver que la tenía en carne viva, no quería lastimarlo. Con cuidado le puso su cabeza apoyada en su brazo para que estuviera más cómodo y respirase mejor.

- Ha sido fácil, las sustancias químicas con las que estaban trabajando son inflamables.

- Hizo una pausa, le costaba hablar. - Lo que no sabía era la cantidad que se necesitaba, quizás me he pasado.- Laura le acariciaba la parte de la cara que no tenía quemada y el pelo, mientras él hablaba sin dejar de toser.

- Sí, creo que te has pasado un poco. Como siempre haciendo las cosas a lo grande. - A Laura se le caían las lágrimas por las mejillas. Veía que su amigo se moría. Oía como Jose, detrás de ella, solicitaba una ambulancia con urgencia. - No te preocupes, ya verás como te vas a poner bien, viene una ambulancia de camino. En unos días estarás conmigo celebrando el Fin de Año. Tu fiesta favorita. - Intentaba sonreír mientras le hablaba, pero no podía dejar de llorar.

- Laura, tú siempre tan positiva. Por favor, prométeme una cosa. - Ella asintió con los ojos empañados por las lágrimas.- No cambies, me oyes, nunca cambies. - Hizo una pausa, fue a acariciarle la cara, pero en cuanto la tocó hizo una mueca de dolor. Volvió a dejar el brazo donde lo tenía.

- José Manuel, perdóname. Tú no deberías de estar aquí.

- Shhh. - José Manuel le pedía que se callara, quería despedirse y decirle la verdad, iba a ser su última oportunidad. - No ha sido culpa tuya, por favor, no te sientas culpable, estoy aquí porque he querido. - Seguía tosiendo mucho mientras hablaba. - Laura, quiero que sepas algo que nunca me he atrevido a decirte. Te quiero.

- Yo también te quiero. - Le dijo entre sollozos mientras le daba un tierno beso en los labios. Él le sonrió con dulzura.

- Gracias. - Fue lo último que dijo. Laura apoyó su cabeza sobre la de él y se puso a llorar desconsoladamente. Detrás, Jose contemplaba la escena impotente.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando llegó un hombre con bata blanca, ella supuso que sería un enfermero o un médico, ya le daba igual, ella sabía que estaba muerto, no necesitaba que nadie se lo confirmase. Se acercó a José Manuel para comprobarle el pulso y negó con la cabeza, no había pulso.

Laura dejó la cabeza de José Manuel apoyada en uno de los sacos, intentando dejarle lo más cómodo posible, le pasó la mano por encima de los ojos para cerrarle los párpados, parecía como si estuviera dormido. Se fue a levantar, pero las piernas no le respondieron y casi se cae al suelo, Jose la retuvo y la sacó de allí en brazos. Ella agarrada a su cuello no dejaba de llorar.

- Nos ha salvado a todos. - Le dijo suavemente. Ella lo sabía, pero en ese momento no podía dejar de pensar en la frase que le había dicho Jose un rato antes "El cementerio está lleno de héroes".

Los bomberos ya habían apagado el fuego. La policía se llevaba a los detenidos a grandes furgones que había fuera. Las ambulancias salían a toda prisa llevándose a los heridos, por el fuego o por los disparos, indistintamente. Jose echó un vistazo y vio a Carlos que se llevaba al Chino a uno de los coches, Álvaro por su parte llevaba esposado al Coyote, mientras que Elena se llevaba a Edu.

Abril 2.016

Laura iba en el coche hacia la casa de Marta, había cerrado la tienda al mediodía y había comido un bocadillo en el bar de en frente. Habían quedado a las cuatro, hora en que Pablo habría llegado a casa desde la oficina, le dijeron que ambos pensaban comer algo rápido.

Llegó y dejó el coche justo delante del portal. Se notaba que era puente puesto que había sitio para aparcar, la gente se había ido el fin de semana largo por ahí, y era lógico, porque además iba a hacer muy bueno, o por lo menos eso habían dicho en la televisión, esperaba que fuera cierto, ya que la casa rural tenía piscina.

Llamó al telefonillo y le abrieron. Cuando entró en su casa, ya estaban preparados y con las bolsas en la puerta, les dio dos besos a cada uno.

- Tengo las bolsas con las compras de los desayunos en el coche.

- ¿No las traía Jose luego? - Preguntó Marta un poco preocupada, pues no estaba segura de que todo entrara en su maletero.

- Sí, es verdad. Pero al final Jose no va a poder venir hoy, vendrá mañana por la mañana, se le han complicado las cosas en el trabajo. - Laura se encogió de hombros.

- Bueno, pues saco el coche del garaje y os recojo en el portal. - Dijo Pablo, iban a ir en el coche de ellos puesto que era más grande que el de Laura.

Bajaron los tres en el ascensor con dos pequeñas maletas y con la tripa de Marta que ocupaba por dos, iban bastante justos. Pablo se llevó las maletas, las bolsas con la compra ya las tenían en el maletero, ellos se habían ocupado de la bebida. Salieron a esperarlo fuera, así iban descargando el coche de Laura.

- ¿Qué tal te encuentras? - Laura no pudo evitar tocarle la tripa a ver si notaba alguna patada.

- Agotada, esto pesa un montón. - Dijo señalándose la tripa. - Encima tengo hinchados los pies y las piernas, este calor que ha venido de repente me está matando.

- Paciencia, ya no queda nada para que nazca. - Sonrió Laura, tenía muchas ganas de ver a Lucía.

- Si, en poco más de tres semanas salgo de cuentas. - Laura ya estaba sacando su maleta de fin de semana del maletero.

Pablo llegó y se pusieron a sacar las bolsas del coche de Laura y a meterlas en el coche de Pablo y Marta, también metieron sin problemas las maletas de todos.

- Aún queda el asiento de atrás del coche. - Confirmó Pablo. - Así que si queréis meter algo más, aún estáis a tiempo. - Les guiñó un ojo, sólo se iban tres días e iban cargados como si se fueran un mes.

- No nos tientes. - Dijo Marta bromeando.

Se pusieron en marcha rezando para que no hubiera mucho atasco de salida. Tomaron la M-40 para coger la A-2, en la M-40 encontraron tráfico pero no el suficiente para ir parados ni para ir a una velocidad muy reducida, parecía que el viaje se les iba a dar bien, y en la autovía tampoco pillaron atasco, así que iban encantados.

- Voy a poner un mensaje a éstas, a ver cómo van. - Comentó Marta cuando ya habían salido de la autovía.

Raquel y Luis llevaban a Susana y Nuria, y aún no habían salido. Quedaron con ellos en que como llegarían antes, se pasaban por la carnicería para comprar la carne.

En poco más de una hora estaban comprando algo de carne para las barbacoas del fin

de semana, algunas verduras para hacerlas también a la plancha, pan y hielo. Ya tenían de todo, con los aperitivos y demás comida que iba en el otro coche, ya estaban servidos para prácticamente todo el fin de semana.

Llamaron a la dueña de la casa para indicarle que estaban llegando, y así ella podría acercarse a abrirles, de forma que les diera la llave. Cuando llegaron, estaba en el porche sentada en una de las sillas esperándolos.

- Buenas tardes. - Saludaron prácticamente a coro.

Pablo ayudó a salir a Marta del coche y Laura se acercó para hablar con la señora.

- ¿Ha sido contigo con la que he estado hablando estos días? - Le preguntó la señora a Laura.

- Ha sido conmigo. - Marta y Pablo ya estaban situados al lado de ellas.

- Oh, encantada Marta. Madre mía, te debe de quedar muy poco. - Le miraba la tripa con nostalgia, recordando sus embarazos, supusieron ellos.

- Sí, menos de un mes. Estoy muy emocionada. - La señora sonrió con dulzura.

Les enseñó la casa por dentro, un gran salón rústico decorado con muy buen gusto, en el fondo una gran mesa con sillas, les indicó que había juegos de mesa, parchís, dominó y la oca en la alacena, en un lateral había un cuarto de baño completo. Continuaron a una hermosa cocina que tenía horno, microondas y lavavajillas, todas las comodidades que necesitaban para no pasarse el día ahí dentro y disfrutar de las actividades. Arriba vieron de pasada las habitaciones, todas amplias, dos con cama de matrimonio y dos con camas individuales, en cada cama los juegos de toalla correspondientes y en cada una, un cuarto de baño completo. La casa estaba fenomenal.

Volvieron a la cocina donde salieron por la puerta de atrás, allí había una gran terraza con una mesa de hierro enorme y un montón de sillas a su alrededor, la barbacoa quedaba a la derecha, grande, de obra, justo en frente una gran piscina rodeada de césped y vallada. Detrás un cobertizo, que también les enseñó.

- Está lleno de trastos, pero si necesitáis alguna herramienta, seguro que aquí la encontráis. - Estaba lleno de estanterías y cajas desordenadas, Laura pensó que si necesitaban algo de allí y tenían que ponerse a buscarlo, el encontrarlo les iba a resultar una ardua tarea.

La señora se fue dejándoles las llaves. Ellos fueron a dejar las maletas en sus habitaciones. Marta y Pablo se decidieron por una habitación con dos camas, así que Laura eligió una de las habitaciones con cama de matrimonio. Le contaron que desde que Marta tenía tanta tripa estaban durmiendo fatal, ella no sabía cómo ponerse para dormir, por lo que no paraba de dar vueltas, lo que implicaba que Pablo tampoco pegara ojo. Ella estaba de baja por maternidad, así que podía levantarse más tarde, pero él necesitaba dormir, en la oficina ya se le empezaba a notar el cansancio acumulado. Esto les preocupaba, aún no había llegado lo peor, cuando naciese la niña con su llanto nocturno iban a dormir aún menos, así que Pablo esperaba recuperarse un poco ese fin de semana. Aún así, Laura se fijó que juntaron las camas de la habitación, por lo que sospechaba que sólo había sido una excusa para que ella cogiera la cama de matrimonio.

Dejaron las bolsas en la cocina, lo que había que meter en la nevera ahí lo dejaron, el resto hicieron hueco donde pudieron, entre la encimera y los armarios.

Se pusieron el bañador para darse un chapuzón mientras esperaban al resto. Estaban en la piscina cuando llegó el otro coche. Salieron del agua para enseñarles la casa y que se acomodaran.

Susana había traído una pelota hinchable y algunas colchonetas que entre todos inflaron en un santiamén. Estuvieron toda la tarde en la piscina jugando en el agua o descansando tirados en el césped, incluso algunos se juntaron para echar una partida al mus. Fue una tarde relajada de la que Laura disfrutó encantada, últimamente no

había podido disfrutar de días así de tranquilos, siempre mirando a la espalda preguntándose cuando volverían a intentar asesinarla. Desterró esa idea de su mente y se concentró en disfrutar del momento, sobre todo ahora que tenía en la mano cuatro reyes.

Jose salía muy cabreado del despacho de su jefe, le había echado una buena bronca por lo despacio que iba el caso, aún no habían cogido a ningún sospechoso por las diferentes explosiones producidas. Le daba igual que Jose le dijera que pensaban que Juan José Zamora era el sospechoso número uno y que estaban haciendo todo lo posible para localizarlo, puesto que había desaparecido, literalmente. Tampoco le importó que en el mes y medio que llevaban todas las posibles víctimas ocultas no hubiera habido ninguna otra explosión ni asesinato, a excepción del nuevo intento de homicidio sobre Laura. A su jefe lo único que le interesaba era que metiera a alguien en la cárcel y que sacara a los protegidos de los edificios en los que los habían escondido, puesto que tanta vigilancia y tanto piso les estaba saliendo por un pico que no se podían permitir con los fondos que tenían. Así que le había dejado claro que si en una semana no encontraba al culpable, lamentándolo mucho, eso lo había dicho con un tono irónico que a Jose le había puesto de los nervios, las posibles víctimas tendrían que volver a sus casas, o que se escondieran ellos solitos sin que se lo pagaran los contribuyentes.

Volvió a pasar por el departamento informático de la comisaría para ver si habían encontrado algo, y por enésima vez lo miraron y giraron la cabeza en un gesto negativo.

Empezaba a estar desesperado, sus tripas le decían que iba por el buen camino, pero ese camino era muy lento, la primera explosión se había producido ya hacía cuatro meses, en Nochevieja, y si se equivocaba, volvían a estar como al principio. Y no sólo le preocupaba el caso, por supuesto, lo que más le preocupaba era Laura, cada minuto que pasaba ella estaba más en peligro.

Ese pensamiento lo dejó intranquilo, por lo que la llamó para ver qué tal habían llegado y de paso comprobar si seguía sana y salva. Se rió de sí mismo y de tanta preocupación, nunca le había pasado algo similar, bueno sí, le había pasado hacía más de quince años con la misma persona. Cuando estaba con ella sentía que su vida era más importante incluso que la suya propia, sentía que tenía que protegerla, y eso que la consideraba una de las personas más fuertes y valientes que había conocido y para nada indefensa, pero es que siempre que estaban juntos, ella estaba en peligro. Había leído algo sobre relaciones de ese tipo o quizás lo había visto en la televisión, si las relaciones estaban basadas en situaciones peligrosas, cuando dejaba de existir dicho peligro, la relación dejaba de funcionar.

- Hola Jose. - Laura tardó en coger el teléfono. - Estamos en la piscina dándonos un chapuzón. - Se sintió más relajado al oír su voz al otro lado del auricular, tan alegre y relajada.

- Qué envidia me das. - Laura notó en su voz un tono de preocupación.

- ¿Estás bien? - Él no quiso decirle nada de la bronca con su jefe, ya se la contaría más adelante, quería que disfrutara el fin de semana.

- Si, estoy bien, ya sabes, mucho trabajo. - Intentó sonar más tranquilo. - Mañana saldré a primera hora para llegar allí temprano, quizás te despierte. - Dijo sensual. - ¿Cuál es tu habitación? No quisiera meterme en la cama equivocada. - Laura rió.

Estuvieron hablando unos minutos de tonterías, mientras que desde la piscina le hacían gestos de todo tipo, Susana se ponía una pistola en la cabeza y se disparaba por lo empalagosos que eran, Nuria se introdujo dos dedos en la boca como si fuera a vomitar y Marta imitó que se limpiaba la baba que le caía por la barbilla. Todos se

estaban riendo de ella, pero a ella no le importaba. Estaba superfeliz, y alucinaba por haber utilizado esa palabra, aunque sólo fuera en sus pensamientos.

- Se están burlando de ti, ¿verdad? - Jose se reía al otro lado del auricular.
- Efectivamente, pero déjales, es pura envidia. - Les sacó la lengua a todos sus amigos.
- Bueno, te dejo, voy a seguir trabajando. Te veo mañana. Un beso donde tú ya sabes.
- Le dijo provocador.

Después de colgar, Jose se puso a repasar otra vez el caso para ver si había algo que se le hubiera escapado, ya se lo sabía de memoria. Carlos se asomó por la puerta y le dijo que se iba a casa, que si le apetecía cenar con él y con María. Jose le agradeció la invitación pero quería seguir trabajando un rato más. Carlos se encogió de hombros, estaba preocupado por él, últimamente trabajaba muchas horas, aunque lo entendía perfectamente, también le preocupaba que a Laura le pasara algo.

Ya eran más de las doce cuando sonó el teléfono de la mesa de Jose.

- Soy Benítez. Baja, creo que hemos encontrado algo. - Era el técnico informático que estaba analizando las fotos. Salió corriendo del despacho un poco sorprendido porque aún estuviera trabajando y nervioso por lo que pudiera haber encontrado.

Cuando llegó a la gran sala donde se encontraba ubicado el departamento informático, vio que en todas las pantallas que tenía Benítez delante, aparecía la misma cara.

- Creo que éste es tu hombre. Te presento a Juan José Zamora. - Le dijo Benítez triunfante. Después de tantos días trabajando en las fotos, creía haber encontrado lo que habían estado buscando.

Jose estaba boquiabierto, no se podía creer a quién estaban mostrando las pantallas.

Laura estaba acostada dando vueltas, no se podía dormir. La velada había sido fantástica, habían encendido la barbacoa y habían hecho diferentes verduras a la plancha, con eso y alguna empanada y tortilla de patatas que había traído el otro coche, habían cenado. Después se habían preparado algunos mojitos y habían estado hablando, a Laura le preguntaron sobre su relación con Jose, todos sentían curiosidad y Laura les puso al día, no de todo, pero si de muchas cosas. Todos estaban muy felices por su amiga que llevaba demasiado tiempo sin tener a un hombre a su lado, brindaron por ella en un par de ocasiones. Aunque Pablo propuso jugar a alguno de los juegos de mesa que había traído, la gente prefirió irse a dormir, todos estaban agotados del madrugón para ir a trabajar y de la tarde de piscina.

Decidió salir a dar una vuelta, ya que era incapaz de dormirse. Se puso unas zapatillas de deporte y se abrigó con el forro polar que había traído, el pijama eran unos pantalones con dibujos algo infantiles y una camiseta, pero podía pasar por un chándal, de todas formas, a quién se iba a encontrar a esas horas en medio del campo, pensó.

Miró el reloj y vio que era la una de la mañana.

Salió de la casa, y se fue a dar una vuelta por el camino de grava que había al salir de la parcela. Estuvo un rato andando, disfrutando del sonido de los grillos, el suave viento que le daba en la cara y que hacía que los arbustos en el borde del camino se movieran suavemente, detrás de ellos se veían campos de cultivos y más al fondo bosques de árboles, era tan bonito. Al día siguiente iría a dar una vuelta para verlo de día, seguro que Marta se animaba a pasear con ella, le vendría bien, pensó.

El camino se veía perfectamente con la luz de la luna y de las estrellas. Era un camino ancho, supuso que los coches pasarían por él sin problemas. Al girar en una curva, había una gran piedra, sobre la que se subió y se tumbó a contemplar el cielo estrellado, había tantas estrellas, estaba acostumbrada a Madrid, donde mirabas al cielo y lo único que veías era un vacío enorme, la luna y quizás un par de estrellas si la noche estaba abierta. Encontró sin dificultad a la osa mayor, que era la única que reconocía, el gran cazo, Marta conocía más constelaciones, si no se olvidaba, le

preguntaría al día siguiente. También vio una estrella fugaz, y pidió un deseo, seguir siendo tan feliz como era en ese momento. Estuvo contemplando el cielo un buen rato, relajada y disfrutando del silencio del campo, excepto por el tranquilizante sonido de los grillos de fondo.

El silencio se rompió por el sonido de una moto en la lejanía, supuso que abría alguna carretera principal cerca. Pero el ruido de la moto le quitó a la escena el encanto que había tenido hacía sólo unos segundos, así que decidió regresar a la casa. Quizás si se preparaba un vaso de leche caliente con cacao se sentiría más sosegada y le entraría el sueño.

Deshizo el camino andado. Cuando llegó a la puerta de la verja, que daba paso a la parcela donde se encontraba la casa que habían alquilado, estaba abierta, ella creía haberla dejado cerrada. No le dio importancia, supuso que a lo mejor no la había cerrado bien y el viento la habría terminado de abrir.

Se dirigió a la parte de atrás de la casa, despacio, tranquila, con ganas de seguir disfrutando de la noche. Rodeó la casa y llegó a la terraza de la cocina, se dio la vuelta y antes de entrar disfrutó un poco más del paisaje. La casa no estaba en un alto, así que no se veían los prados de los que había disfrutado mientras paseaba por el camino. Sólo se veían la piscina y el cobertizo. La piscina aún tenía la pelota hinchable y las colchonetas, que navegaban tranquilamente en sus aguas movidas por el viento.

Aún estaba contemplando el paisaje cuando le pareció escuchar un ruido que nada tenía que ver con el sonido al que ya se había habituado de los grillos y el viento. Provenía de la cocina. Supuso que alguien se habría levantado, como ella, a prepararse algo, pensó que sería Marta, que según le había confesado, últimamente le entraba hambre por la noche y se levantaba a picar algo.

Entró en la cocina esperando encontrarse a su amiga mirando dentro de la nevera a ver qué encontraba para llevarse a la boca, pero lo que se encontró fue totalmente diferente. Para nada lo que se esperaba.

Agachado junto a la bombona de butano, manipulando ésta o el tubo de detrás, había un hombre, todo vestido de negro, camiseta de manga larga negra, vaqueros negros, zapatillas negras y gorro de lana negro. Ella se quedó paralizada en la puerta, mirándolo.

Él la oyó entrar. Se enfadó consigo mismo por su torpeza, no se le había ocurrido que alguno pudiera estar por ahí paseando a estas horas, pensaba que todos estarían durmiendo, ni si quiera se había molestado en comprobarlo. Giró la cara y la vio.

Él llevaba puesto un pasamontañas, pero la parte de la cara la llevaba recogida encima de la frente, se lo había apartado para ver mejor en ese espacio tan diminuto, debajo de la encimera. Ella lo miraba, primero con cara de terror y luego con cara de sorpresa.

- Tú. - Dijo Laura, no pudo contenerse. No se lo esperaba. Se dio cuenta que tenía que hacer algo si quería que a sus amigos no les pasara nada. Y lo primero era, sacarlo de la casa. Se dio la vuelta y se echó a correr, esperando que él la siguiera.

Diciembre 1.999 - Marzo 2.000

Al día siguiente todos los periódicos publicaban la misma noticia.

“Jueves, 10 Diciembre 1.999

Desmantelado un laboratorio de cocaína cercano al aeropuerto de Barajas.

La Policía Nacional, la Policía Municipal y el Ministerio Fiscal han desmantelado un laboratorio que era capaz de extraer el alcaloide de la hoja de la coca para posteriormente obtener cocaína, tal y cómo se realiza en la selva colombiana. Éste es el primer laboratorio de estas características hallado en España.

Según informan las tres instituciones, fue una operación coordinada entre todas ellas. Se han detenido a los integrantes más poderosos de esta red de narcotráfico que actuaba en toda España, y cuya base estaba situada en Madrid. Continúan realizándose detenciones de integrantes de esta red.

La cocaína era introducida en España mezclada con harina de palmiste, sustancia vegetal utilizada en piensos animales. Para lograr la separación de la droga de esta harina se realizaba un proceso químico en el laboratorio.

En la operación policial realizada ayer, hubo una explosión que hizo que se quemara una pequeña parte del laboratorio. Gracias a la rápida intervención del Cuerpo de Bomberos, apenas afectó al almacén.

Los agentes, hasta el momento, han intervenido más de 300 kilos de cocaína, productos y material del laboratorio para la extracción y elaboración de estupefacientes, tales como ácido clorhídrico, prensas hidráulicas, básculas de precisión, etc, varias armas, munición, documentación falsa y dinero.

Fue hace más de un año cuando los inspectores comenzaron esta investigación, gracias a la Fiscalía de Colombia que les alertó sobre una red de narcotráfico colombiana que estaba intentando introducir en España un importante cargamento de cocaína.

Fuentes muy cercanas a la investigación informan de la infiltración de uno de estos inspectores en la red de narcotráfico para llegar a la detención...”

Jose dejó la noticia a medias, ya sabía el final. Dejó el periódico encima del sofá y se levantó para dirigirse a la cocina. Se echó hielo en un vaso y se puso una buena cantidad de whisky. Levantó la mano para brindar. - Por ti, José Manuel. - Se lo bebió de un trago.

Ya había pasado más de una semana desde la muerte de José Manuel, Laura vagaba por su casa en pijama, con los ojos rojos, que le escocían de tanto llorar, aunque ya hacía días que no le salía ninguna lágrima.

Sólo había salido de casa para el entierro, tenía en su cabeza grabada la tristeza del padre de José Manuel y de Javi. No quería volver a verlos, pero esa tarde había una misa por él y allí estarían todos. Si estaban así, era por su culpa. Si no hubiera llamado a José Manuel para presentarse en una operación policial, no habría ocurrido. No sabía en qué demonios había estado pensando.

Se sentía tan culpable y tan enfadada consigo misma, que no sabía qué hacer. El padre de José Manuel le había pedido que en la misa dijera unas palabras, que a él le hubiera gustado, le dijo. Y qué podía decir, pensaba ella, que yo lo maté, que no tiene hijo por mi culpa, que he perdido a mi mejor amigo por mi culpa, Javi, te he dejado sin

hermano por mi culpa.

Se fue a la ducha. Jose llegaría en cualquier momento para llevarla a la misa. Sus padres iban a ir por su cuenta, saldrían desde el pueblo, habían tenido que irse el día anterior a última hora, el vecino les había llamado porque creía que les habían entrado a robar. Su madre no había querido dejarla sola, pero ella la convenció para que se fuera con su padre. Le apetecía estar sola, estaba agotada de oír la misma pregunta cada rato “¿Cómo te encuentras?”, no entendía cómo su madre podía preguntar eso cientos de veces, era obvio que fatal.

Se quedó un rato debajo de la ducha dejando que el agua le cayera por la cara para relajarse. Tenía los ojos cerrados y lo único que veía era a José Manuel volando hacia los sacos de harina y después, su dulce sonrisa mientras moría en sus brazos.

Salió de la ducha y se miró en el espejo, había perdido peso, se la veía demacrada, pálida y con los ojos rojos, no tenía buena cara, pero le daba igual.

Se vistió con unos pantalones negros de paño, una blusa negra y unos zapatos negros. Con la piel tan pálida, parecía un vampiro sacado de una película de Bela Lugosi, pensó.

Sonó el timbre de la puerta, le pareció raro no haber oído antes el telefonillo, pero supuso que el portal estaría abierto. Abrió y era Jose, como ella, iba todo de negro, y tenía la misma mala cara que ella.

- ¿Estas preparada? - Ella asintió mecánicamente, pero no sabía para lo que tenía que estar preparada, ¿para despedirse de su amigo?, pues la verdad era que no, no estaba preparada, ¿para decir unas palabras por su amigo muerto?, pues la verdad era que no, no estaba preparada, ¿para continuar la vida sin él?, pues la verdad era que no, no estaba preparada. No estaba preparada para nada.

Salieron de la casa y entraron en el coche que Jose había dejado en doble fila justo delante del portal. - ¿Llevas algo escrito? - Ella negó con la cabeza, no sabía qué decir, y seguía sin saberlo. Él le agarró la mano y se la apretó suavemente.

Llegaron a la iglesia donde Laura no se acercó a saludar a nadie, entró con Jose y se sentó en primera fila, donde ya estaban el padre de José Manuel, al que saludó con un leve movimiento de cabeza al pasar y su hermano Javi. Se sentó al lado de Javi y le agarró la mano, a su lado izquierdo tenía a Jose que le agarraba la otra mano.

La gente entró en la iglesia y el cura empezó a hablar. Laura miró a su alrededor sin ver realmente a nadie. Se acordó del hermano de José Manuel, Juanjo, no recordaba si estuvo o no en el entierro. De ese día recordaba retazos, si no hubiera sido por Jose ni siquiera se hubiera mantenido en pie. Y aquí no parecía estar, sino, hubiera estado sentado al lado de ellos.

- Debemos saber, que nos encontraremos de nuevo con nuestro amigo, José Manuel. Él nos espera en ese mundo que aún no conocemos. Dejemos la tristeza de lado y sintámonos felices por lo que fue en vida mientras estuvo con nosotros, ahora está observándonos y cuidándonos. - Decía el cura. Laura sintió ganas de reír por las sandeces que estaba oyendo. Él debería estar aquí con nosotros y no en ese mundo que nadie conoce y que seguro no existe, pensaba.

Al rato escuchó su nombre, había dejado de prestar atención a lo que el cura decía, por lo que se sobresaltó al notar que éste la llamaba. Levantó la cabeza y vio que el cura la miraba, miró a Jose que se acercó a ella y le dijo al oído. - Habla desde el corazón.

Se levantó despacio, estaba algo mareada, subió lentamente los dos escalones hasta llegar al púlpito donde el cura se apartaba para que ella ocupara su lugar. Ya estaba delante de todo el mundo, ellos la observaban y ella no sabía qué decir, miró a la familia de José Manuel y a Jose, que movió imperceptiblemente la cabeza intentado insuflarle valor.

- Nos enseñan... - Se dio cuenta que había hablado muy bajo, así que volvió a empezar después de toser un par de veces para aclararse la voz. - Nos enseñan que la

muerte forma parte de la vida, que es un momento que llegará inevitablemente, antes o después. Pero a José Manuel le ha llegado muy pronto, aún le quedaban tantas cosas por vivir, tenía tantos planes. - Se detuvo unos instantes, recordando. - Cada semana me venía con uno nuevo. Quería arreglar la pata de la mesa de la cocina, y me consta que no lo llegó a hacer, - Laura sonrió con nostalgia, también el padre de José Manuel - y ya no podrá hacerlo. Quería aprender a tocar la guitarra, decía que se iba a apuntar a clases el año que viene, y ya no podrá hacerlo. Me dijo que después de la Facultad se apuntaría un año a alguna ONG para ayudar a los más necesitados, y ya no podrá hacerlo. No ha tenido tiempo para hacer todas esas cosas. Tenía tantos planes, que no logro entender por qué ya no está entre nosotros. - Miró hacia el padre de José Manuel y hacia Javi, que la contemplaban mientras lloraban en silencio. Levantó la cabeza y miró al infinito, a un punto imaginario al final de la iglesia, sus ojos estaban llenos de lágrimas a punto de derramarse por su mejilla - José Manuel, te has ido para siempre, pero quiero que sepas, que siempre estarás presente en nuestros recuerdos y en nuestros corazones. No nos olvidaremos nunca de ti. - Salió detrás del atril y se sentó de nuevo en su sitio, las lágrimas le rodaban por las mejillas, apoyó la cabeza en el hombro de Jose y éste la rodeó con un brazo. Así estuvieron hasta que terminó la misa.

Unos días después, Jose fue a buscar a Laura al parque, le había dicho que estaría corriendo un rato para desentumecerse. Ella ya estaba de vacaciones navideñas, aunque desde que había pasado lo de José Manuel no había vuelto a ir a clase. Suponía que después de las vacaciones se encontraría con suficientes fuerzas, parecía que poco a poco estaba mejor.

Cuando llegó al parque no la encontró corriendo, la encontró sentada en el césped helado, junto con un chaval que le mostraba cómo jugaba a algún juego en una maquinita, sobre las piernas de Laura había un bonito perro al que no dejaba de acariciar.

Se situó al lado de ambos, y ellos levantaron la cabeza a la vez, se sintió algo incómodo, como un intruso que había interrumpido un momento que sólo les pertenecía a ellos, que molestaba, pero Laura en seguida le sonrió, lo que le tranquilizó. Ella estaba tan distante desde la muerte de su amigo, él lo entendía, pero le hubiera gustado sentir que era un apoyo para ella en vez de un extraño.

- Raúl, me tengo que ir. Pero nos vemos otro día, ¿de acuerdo? - El chico asintió sin levantar la cabeza de la maquinita, el perro se levantó queriendo ir con ella, pero al ver que el chico no se movía de donde estaba sentado, optó por sentarse al lado de su dueño.

Se fueron agarrados de la mano, estuvieron un rato andando por el parque, en silencio.

- Tenemos que hablar. - Jose la miró sorprendido, esa frase nunca significaba nada bueno. Se sentaron en un banco, cara a cara y Laura comenzó. - Jose, sé que estos últimos días has estado a mi lado, y has sido un gran apoyo para mí. Quiero que sepas que te estoy muy agradecida por ello. - Levantó la mano y le acarició la mejilla. - Pero necesito que dejemos de vernos un tiempo. - Él puso cara de no entender. - Sé que si no hubiera sido tan cabezota y tan estúpida José Manuel no estaría muerto.

- Laura no fue culpa tuya. Él decidió comportarse como un héroe. La explosión nos salvó a todos la vida. Fue su decisión, nos antepuso a todos antes que a él. - Laura le puso los dedos en la boca para que no continuara hablando, necesitaba soltarlo todo del tirón.

- Puede que tengas razón, pero yo me siento culpable. Yo fui la que hizo que estuviera donde no deberíamos de haber estado ninguno de los dos. Si hubiéramos ido a la Facultad como cualquier otro día, él seguiría aquí, conmigo. Siento que fue culpa mía y tengo que superarlo o, por lo menos, asimilarlo.

- No hace falta que lo hagas sola. - Ella le sonrió, era tan dulce.
- Necesito hacerlo sola. - Se levantó del banco, se agachó y le dio un dulce beso en los labios. Lo miró a los ojos. - Solo necesito un poco de tiempo, te lo prometo. - Él asintió sin dejar de mirarla a los ojos. Laura se dio la vuelta y sin mirar atrás desapareció de su vista.

Tres meses después, Laura había quedado con Jose en un restaurante del centro. Se lo había recomendado Raquel, que había ido a cenar con Luis hacía poco y les había encantado el lugar.

Cuando entró, entendió perfectamente por qué le había gustado tanto a su amiga, era como una especie de cueva, de paredes color piedra, velas por todas partes, era un lugar precioso en pleno centro de Madrid.

Cuando llegó, Jose ya estaba esperándola sentado en la mesa. Se levantó para saludarla y aunque ella fue a besarle en los labios, él le dio dos besos en las mejillas.

Laura supuso que después de estar tres meses sin verse, qué otra cosa podía esperar. Así que lo dejó pasar.

- Bonito sitio. - Dijo él.

- A ver qué tal está la comida. - Laura se puso a leer la carta. - ¿Ya sabes qué vas a pedir?

- Sí, creo que me voy a decantar por la carne, he visto pasar un solomillo, y me ha gustado la pinta que tenía.

- Creo que pediré lo mismo, no me decido. - El camarero les tomó nota, e inmediatamente apareció con la botella de vino que habían pedido. Le sirvió a Laura, ella comprobó que el vino estaba bueno, así que les llenó la copa a ambos y desapareció.

- Bueno, ¿y cómo estás? - Preguntó Laura, Jose estaba mirando a todas partes, analizando el lugar, contemplando al resto de comensales, no le estaba prestando atención, parecía que prefería estar en cualquier otra parte que allí con ella. Intentó borrar esa idea de su cabeza, si así fuera, él no estaría allí, se dijo.

- Bien, liado con el trabajo, ya sabes, ¿Y tú? - Laura estaba cortada, sentía mucha tensión, nunca se había imaginado que la primera cita con Jose después de aquello, fuera a ir así. Se la había imaginado muchas veces, de mil maneras diferentes, pero siempre muy dulce y cariñosa, con muchos momentos de complicidad, y desde luego, esta cita no era ni dulce ni cariñosa, era fría, como si fueran dos desconocidos.

Laura pensó que sería mejor comportarse con normalidad, como si hubieran estado juntos el día anterior. Le contó lo poco que había salido en esos últimos meses, tan liada estudiando los parciales de febrero. Le comentó las últimas novedades de sus amigos, aunque a parte de exámenes, poco más había que contar. También le habló de lo mucho que echaba de menos a José Manuel, que cuando se acordaba de él, aún le dolía mucho, pero que seguía hacia delante, poco a poco.

Jose por su parte le habló de su trabajo, de los últimos casos, de todo un poco.

Laura le escuchaba, pero notaba que algo no iba bien, no era como antes. Sabía que llevaban algún tiempo sin verse, pero ella creía que lo había entendido, aunque tampoco le dejó otra opción. Tenía que superar un triste momento en su vida, y realmente, no había tardado tanto tiempo, todavía no lo había superado, pero por lo menos, sí se había enfrentado a ello y había decidido seguir adelante. De repente se le ocurrió que quizás había conocido a alguien y no sabía cómo decírselo. Esperaba que no fuera eso.

Ya estaban con los postres, y se decidió a preguntarle directamente.

- Jose, ¿qué va a pasar con nosotros? - Él dejó la cuchara encima del plato y la miró a los ojos, no sabía cómo decírselo. Claramente, es lo que ella le hubiera dicho si le

hubiera preguntado, así que fue directo.

- Laura, me voy. - Ella no entendía qué quería decir. - He pedido una excedencia y me voy a ir un tiempo fuera de España. Aun no he decidido dónde, ni cuánto tiempo, pero como mínimo un año. - Jose la miraba, notó cómo se hundía, y se sintió fatal. Había tomado esa decisión porque creía que sería bueno dejarle espacio un tiempo. No quería que cada vez que lo mirase viera a su amigo muriendo, o que cada vez que lo mirase recordara ese día, sabía que la culpa la iría matando por dentro. No quería verla sufrir, como ella le había dicho, tenía que superarlo, y después de darle muchas vueltas había pensado que ella tenía razón, tenía que hacerlo sola, él sólo haría que su recuperación fuera más lenta, o que ni si quiera se llegara a recuperar. Aunque en ese momento, al mirar sus ojos en los que veía tanto dolor, estuvo a punto de cambiar de opinión y cambiar sus planes. Pero se quitó la idea de la cabeza, se dijo que era lo mejor, que llevaba mucho tiempo evaluándolo. Hubiera hecho cualquier cosa para que no sufriera, pero no sabía qué podía hacer. - Me quedaré unos meses, aun tienen que comenzar los juicios y van a necesitar que testifique, pero en cuanto todo termine, me iré.

Laura lo miraba sin poderse creer lo que le estaba diciendo, lo necesitaba, lo había comprendido estos días al no tenerle a su lado, aunque no lo llegó a decir en alto. Se había dedicado a sus estudios sólo para no pensar en él, ni en José Manuel. Se había dado cuenta que había sido otra tontería más, apartarlo para superar la muerte de José Manuel, lo necesitaba a su lado, y ahora que lo había comprendido, él le decía que se iba. No sabía cuánto tiempo, pero más de un año, y tampoco había dicho que lo esperara.

Jose pidió la cuenta al camarero y fue a pagar, pero Laura le apartó la mano. - Era mi invitación. - Dejó el dinero encima de la mesa dejando algo de propina. Se levantó y se fue del local sin mirar atrás, intentando mantener la cabeza alta y la vista al frente, parecía que lo único que le quedaba era su orgullo. Salió del restaurante antes de que nadie se diera cuenta que estaba a punto de echarse a llorar.

Abril 2.016

Laura se dirigió directamente al cobertizo, allí se podría esconder y buscar algo con lo que defenderse. Corriendo rodeó la valla alrededor de la piscina, saltó por encima de una piedra que vio en el camino y abrió la puerta. Miró atrás y vio que él estaba saliendo en ese momento de la terraza donde habían estado cenando esa noche. Tenía tiempo para esconderse.

Cuando entró en el cobertizo estaba todo oscuro, pero ya tenía hecha la vista a la oscuridad y con el pequeño vistazo que había echado esa misma tarde, sabía cómo estaba todo colocado.

Se escondió en una esquina oblicua a la puerta, allí podría verlo entrar. Encima de un estante vio una vieja tubería de cobre que cogió. Se agazapó entre varias cajas, delante tenía una estantería llena de cajas colocadas desordenadamente. Recordó que su pistola se había quedado en la maleta, Jose le había obligado a llevársela, por si acaso, y ahora que la necesitaba, estaba guardada, rió irónicamente.

Cuando él entró, lo vio perfectamente. Entre las cajas de la estantería se podía ver la puerta y el espacio alrededor de la misma, ya que sólo había cajas bajas. Esos ojos marrones que creía conocer tan bien, ahora miraban en todas direcciones intentando localizarla, mostraban un brillo cruel que nunca había visto y quizás un toque de locura. Llevaba una pistola que agarraba con ambas manos, apuntando hacia donde su mirada se dirigía.

- Laura, ¿Dónde estás? - David la llamaba como si estuviera tarareando una canción. - ¿Un cobertizo? Quizás si te hubieras adentrado en el campo, te hubiera perdido y hubieses tenido una oportunidad, pero aquí, yo soy el gato y tú eres el ratón. - Se burlaba de ella. Laura sabía que si hubiera corrido por el campo le hubiera disparado y lo más probable es que la hubiera alcanzado, en un cuerpo a cuerpo ella tenía ventaja, o eso esperaba, sabía defenderse de un atacante. Al David que conocía no le gustaba la pelea ni la lucha, pero no sabía si Juanjo sería un experto también en el cuerpo a cuerpo, no debía subestimarle.

David cogió una de las cajas que estaban a la entrada, la apoyó sobre la única puerta que había y se sentó apoyando su espalda relajadamente en la puerta. - Supongo que te estarás haciendo un montón de preguntas. - Continuó David. Laura en ese momento estaba analizando la situación, pero obviamente tenía un montón de interrogantes, en ningún momento se había podido imaginar que el asesino fuera su mejor amigo, David, que imaginaba que realmente era Juanjo. - Primero, me presentaré. Como ya habrás adivinado, mi nombre real es Juan José Zamora. Cuando me fui de casa de mi abuela, me reinventé a mi mismo. Me convertí en David Mata y me vine a trabajar a Madrid. Por supuesto, ya sabes dónde, así que no te detallaré más a este respecto. Estábamos buscando a un becario y apareció tu nombre. Te recordaba vagamente, pero sobre todo te recordaba por mis hermanos, te adoraban, ambos siempre estuvieron enamorados de ti, aunque nunca lo dijeron en alto. José Manuel siempre a tu lado, crecisteis juntos y un día se fijó en su amiga, que de repente se había convertido en toda una belleza, pero tú nunca le demostraste más allá del cariño de una buena amiga, y él se conformó, prefería tenerte a su lado como amiga, que no tenerte. Y Javi, el pequeño Javi, se enamoró también, el amor infantil, el primer amor, creo que hubiera hecho cualquier cosa por ti. Siempre eras tan buena con él. - David paró de hablar unos segundos recordando a sus hermanos, pero se obligó a borrar esa imagen de la

cabeza, estaba allí por otro motivo.

- Al ver tu curriculum, me decidí a conocerte. Como te decía, mis hermanos hablaban maravillas de ti. Y eras el único vínculo que me quedaba para recordarles, tú, la mejor amiga de José Manuel. Cuando apareciste en la sala, tan hermosa y con una sonrisa tan serena, entendí por qué mis hermanos se habían enamorado de ti. Te entrevisté, noté en tu mirada tristeza, pero tu sonrisa decía lo contrario. Pensé, que como yo, sufrías por la muerte de mi hermano, supuse que lo que le había pasado a Javi no lo sabrías. Me pareciste inteligente y trabajadora, dabas el perfil para el puesto, así que te contraté. El resto ya lo conoces. Como mis hermanos, yo también me enamoré de ti, llevo enamorado de ti desde que te conocí. Pero tú sólo me diste tu amistad, aunque para mí no fue suficiente. Me recordabas a José Manuel, me hacías tenerlo en mi pensamiento muy a menudo. Quizás no te hayas dado cuenta, pero hay gestos que haces que él también hacía, incluso a veces, haces algún comentario que parece que saliera de boca de mi hermano. He sido uno de tus mejores amigos, te hubiera defendido con mi vida, pero me dí cuenta que todo era una mentira. - Paró y volvió a mirar a diferentes puntos del cobertizo para ver si veía a Laura. - Parece que no te animas a salir y sentarte aquí conmigo. - Laura estaba atenta, escuchando y a la vez esperando su oportunidad para atacarle, si quería desarmarle a esa distancia no podría hacerlo, tenía que acercarse a él, y aún no era el momento. Si salía de su escondite sería un blanco fácil.

- Está bien, continuaré hablando. ¿Por qué? te estarás preguntando, entonces ¿qué pasó? Porque éramos buenos amigos, yo te quería, y sin embargo ahora lo que quiero es verte muerta. - David rió, a Laura se le pusieron los pelos de punta, esa risa le dio más miedo que la pistola que llevaba en las manos. - Pues bien, el Coyote había salido de la cárcel y tú te reencontraste con Jose. Qué casualidad, y todo a la vez. Y entonces me revelaste todo lo que había ocurrido quince años atrás. Fui tú confidente, tu amigo. Ahí fue cuando me dí cuenta que no eras simplemente la amiga de José Manuel, no, eras también su asesina. Por tu culpa él había muerto, te metiste donde no te llamaron. Cuando te enteraste que José Manuel no tenía nada que ver en toda esa historia de drogas y del Coyote, seguiste ahí, junto con la policía, hiciste que todos se involucraran. Tú manejabas unos hilos invisibles que hicieron que mi hermano muriera. Todos estabais allí, todos fuisteis culpables de su muerte. - Laura se sorprendió silenciosamente, ella había pensado así durante muchos años. Tuvo que ir a terapia hasta que pudo decirse a sí misma que ella no era la culpable, el culpable fue el Coyote y su gente. Ellos sólo estaban en el sitio inadecuado en el momento más inoportuno. Ella no quería que acabara como acabó. Se le caían lágrimas por las mejillas al recordar. Anuló ese pensamiento de su cabeza, ahora sabía que no había sido culpa suya, tenía que tener la mente fría si quería salir de ahí con vida y que sus amigos, que estaban a menos de cien metros, todos durmiendo sin saber lo que estaba ocurriendo, también salieran con vida.

- Al enterarme de la verdad, apareció la voz de José Manuel en mi cabeza. Sí, me pedía venganza, que sufrierais como él sufrió al morir quemado. Empecé a investigar a todos los involucrados, por supuesto yo no los conocí, pero tú me habías dado nombres y motes, no fue muy complicado encontrarles, un poco de búsqueda en Internet, búsqueda en periódicos de la época y toda la información que necesitaba estaba ahí, escrita en viejos periódicos. Se me ocurrió comenzar con uno de sus nuevos amigos, él confió en ellos y ellos lo metieron en un mundo que desconocía y que lo mató. Así se me ocurrió matar primero al Bola, una pena que muriera toda la familia, pero pensé que sería lo mejor. No quería que sufrieran como sufrí yo cuando perdí a la mía. La explosión en casa de Quique también fue hartito sencilla, lo encontré deprimido, bebiendo en un bar, llorando aún el divorcio y echando de menos a su hijo. Yo llevaba peluca, gafas y un bigote, estaba irreconocible, seguro que si hubieras

estado allí no me hubieras reconocido. - Hablaba orgulloso de lo que había hecho y de su inteligencia para llevarlo a cabo, sin que nadie sospechara de él, eso enfureció a Laura, que prefería sentir furia a pena, eso seguro que la ayudaba en su enfrentamiento. Pero ahora quería saber, así que siguió escuchando. - Lo llevé a casa, lo dejé sentado en una mecedora al lado de la ventana del salón, lo tapé con una manta que vi encima de un viejo sofá y dejé su paquete de tabaco y su mechero en una mesita, al lado de la mecedora. Supuse que lo primero que haría nada más despertar sería encenderse un cigarro. Era un fumador empedernido. Rompí una tubería del gas, de forma que el gas saliera lentamente, para que cuando despertara hiciera BOOM. - El grito del boom sonó muy fuerte, Laura pensó que quizás habría despertado a alguien. Suplicó que todos sus amigos siguieran durmiendo, si alguno aparecía, no podría salvarlo.

En la casa todos dormían, excepto Marta que se despertó de repente, había oído algo, pero no sabía qué. Quizás era su pequeña que le había dado una patada. No estaba segura. Así que se levantó para comprobarlo. La casa estaba a oscuras y en silencio. Todos los dormitorios tenían las puertas cerradas, así que supuso que todos dormían. Bajó a la planta principal. No se oía nada, por lo que se imaginó que habría sido su niñita que le había dado una patada. Pero ya que estaba despierta, aprovechó para ir a beber un vaso de agua a la cocina.

Abrió el lavavajillas y cogió un vaso limpio, uno de los que habían utilizado para cenar. Abrió el grifo y entonces vio que la bombona de butano estaba algo fuera de su sitio, la cortina que la tapaba estaba apartada. En ese momento no le dio importancia, cerró la bombona, imaginó que alguien la había dejado abierta sin darse cuenta, intentó moverla pero pesaba demasiado y en su estado sabía que no podía hacer esfuerzos, echó la cortina para que no se viera.

Cogió el vaso de agua, se lo bebió y ya de paso cogió un trozo de tortilla, que había en la nevera, de las sobras de la cena. - Si sigues haciéndome comer así, voy a reventar. - Le susurró a su bebé.

Se fue directa a la habitación, iba descalza y el suelo estaba frío. Le costó un rato más largo de lo habitual subir las escaleras a la segunda planta, le pesaba mucho el bebé. Cuando llegó a la habitación, contempló con cariño a Pablo, que dormía profundamente. Pasó al servicio, otra vez.

Se tumbó en la cama e inmediatamente notó a su marido rodar y abrazarla, una de sus manos se quedó posada en su barriga, ella puso la suya encima de la de él. Se acurrucó a su lado y se quedó dormida.

Jose estaba camino de la casa rural. En cuanto vio la foto de David en todas las pantallas se puso muy nervioso. Sintió un mal presentimiento. Sabía que no iba a ir a la casa rural con ellos, pero aún así, sabría perfectamente dónde estaba situada y también sabría que él no estaría esa noche. Laura le contaba todo, así que sospechaba que él conocería cualquier pequeño detalle. Era un buen lugar para matarla, en medio del campo, nadie lo vería. En su casa hubiera sido más difícil, él siempre estaba prestando atención al gas, por si a alguien se le hubiera ocurrido manipularlo en algún momento en el que no hubiera nadie en la casa.

Benítez le había dicho que al programa le costó encontrar las caras porque buscaba una misma cara en la gente de relleno, no en las principales. Y cuando se le ocurrió mirar en toda la foto, cambió el algoritmo, convirtiéndolo en un algoritmo aún más sencillo que el aplicado anteriormente. El programa en unas horas obtuvo una respuesta. Una cara que aparecía por lo menos una vez en los diferentes viajes, a

veces como cara principal y otras veces entre el montón. David. Jose siempre había pensado que David estaba enamorado de Laura, en ningún momento se le había pasado por la imaginación que la odiaba hasta tal punto que lo que quería era matarla. Ya llevaba un rato en la N-320, calculaba que llegaría en menos de media hora. Había llamado a Laura varias veces, pero no cogía el teléfono. Tenía el teléfono de Pablo, pero siempre le daba el mismo mensaje, apagado o fuera de cobertura. Se estaba poniendo de los nervios por no saber nada de ellos. Eran casi las dos de la mañana, se los imaginaba tranquilos tomando algo o incluso jugando a algún juego que habría llevado Pablo, entonces, él entraría en trompa en la casa con cara de preocupación y todos se reirían de él. Esperaba que fuese eso justo lo que ocurriera. Pero seguía sin quitarse de la cabeza ese mal presentimiento.

- Después, intenté matarte. Fue un error desde el principio, pero ya empezabas a sacarme de quicio. Siempre hablando de lo mismo, me aburrías tanto, aunque reconozco que a veces era divertido, verte tan nerviosa, y no tenías ni idea, estabas tan despistada. Entonces, me dices que tenías que ir a La Moraleja a casa de una de tus clientas, y que llegarías tarde. Pensé que era una buena oportunidad como para dejarla pasar, decidí que había llegado tu hora, me pareció el momento perfecto. Me colé en tu urbanización, nadie me vio, nadie se fijó en mí. Tu portal tenía la cerradura rota, por lo que no perdí ni un segundo en la puerta. La hubiera podido abrir, pero si hubiera pasado alguien quizás le hubiera llamado la atención. Llegué a tu planta, tus vecinos estaban trabajando, esperaba no encontrarme con nadie y así fue. Entré y manipulé el gas. Pero entonces te oí maldecir, estabas en la puerta buscando las llaves en el bolso y no las encontrabas. Así que me escondí. Mientras que tú ibas como una loca abriendo ventanas por la casa y llamando a emergencias, yo aproveché para salir de tu piso sin ser visto. Pero fue un alivio no matarte. Fue un error el intentarlo. Ahí la voz de José Manuel me dijo que tenía que dejarte para el final, que era muy divertido ver cómo temblabas de miedo, sin saber qué ocurría, o mejor dicho, sin saber quién estaba detrás de todo esto. Verte tan perdida, fue divertido, sí, muy divertido. Pero aún quería seguir jugando contigo, por eso lo de mi garaje. - Ríe como un sádico - Pero ya llegaremos a eso, sigamos con la historia. No dices nada, así que supongo que estarás intrigada. - Sonríe para sí. - Luego pensaste que los culpables podían ser el Chino y los otros dos. Así que pensé que sería interesante que fueran los siguientes. Éstos también fueron fáciles de engañar, se traían muchos trapicheos entre manos, yo sólo me hice pasar por alguien que quería comprarles algo de mercancía. Idiotas, se lo creyeron por completo, incluso me invitaron a su casa a una partida de póquer, pensaban que me podrían desplumar. Les eché un par de pastillas para dormir en sus copas y se pusieron a roncar al rato. Así que hice lo mismo que con Quique, manipular el gas y dejar tabaco encima de la mesa. En cuanto se encendieron el primer cigarro, volaron por los aires. Aún recuerdo tu voz al contármelo, tu miedo, tu nerviosismo, se te acababan los sospechosos. Pero de repente Jose tuvo un presentimiento o una corazonada o como quieras llamarlo, y empezó a investigar a Juan José Zamora. Me dí cuenta que me tenía en el punto de mira. No podía permitir que me investigara aún, me quedaba mucho por hacer. Así que, pagué algo de dinero al compañero de celda del Coyote para que se inventara una historia de lo cabrón que era. Él encantado, podría salir si jugaba bien sus cartas, podría conseguir un trato. Estaba muy enfermo, quería pasar los últimos momentos junto a su familia, y encima odiaba al Coyote. Me lo puso en bandeja de plata, todo fue muy fácil. Pero Jose no se lo tragó. No entendía por qué, pero él no me seguía el juego. - Hablaba con un odio que Laura nunca le había sentido en sus palabras. - Era prácticamente imposible matarlo, siempre tan atento. Cuando le seguía se daba cuenta, en seguida prestaba atención a mi coche alquilado y yo tenía

que desviarme para no ser visto. El portero de su casa lo llamaba si veía algo raro, o a alguien desconocido parar un rato en frente de su portal, una vez por este motivo casi me pilla. Es muy listo ese cabrón. - Laura se sorprendió, no tenía ni idea. - Así que se me ocurrió darle donde más le dolía, su punto débil. TÚ. Y además, podía ser divertido. Allí estuve, escondido en mi propio garaje esperando que llegaras. Fue muy entretenido, primero casi te mato y luego me convierto en tu salvador, tu gratitud para siempre. Irónico, ¿verdad? - Se rió de su propia astucia. - Cuando me contaste lo de las postales que os había dado mi abuela, me dí cuenta del error. No tenía que haberte seguido por todo el mundo, estaba obsesionado contigo, no pensaba, la verdad es que no quería verte con nadie, sólo pensaba en follarte. - Laura se estremeció al oír esa confesión. - Un error, sí, un gran error. Pero ahora estamos aquí y esta vez sí vas a morir. El resto no sé dónde están, pero ya saldrán, ya los mataré, no tengo prisa. Pero a ti no puedo dejarte con vida. Me hubiera gustado dejarte la última, pero los demás están escondidos, y no sé dónde. - Hizo una breve pausa. - ¿Lo comprendes, verdad, Laura? Todo ha sido culpa tuya.

Laura sabía que el tiempo se le acababa, tendría que actuar rápidamente.

Salió de su escondite, se acercó despacio a David con las manos levantadas, aún llevaba en ellas la tubería. David la vio y se levantó de su asiento improvisado, la apuntaba a la cabeza. Ella siguió andando consciente de que podía dispararla en cualquier momento, pero para poder defenderse tenía que reducir la distancia. Ya estaban enfrentados, lo tenía cerca. Despacio se agachó dejando la tubería en el suelo, sin quitar la vista de la pistola y del dedo que David tenía en el gatillo. Tenía que ganar tiempo, que se despistara, aunque sólo fueran unos segundos. Quizás, hacerle una pregunta, de forma que él tuviera que pensar una respuesta, ese segundo es lo que ella necesitaba, podría actuar, él no pensaría que ella le iba a atacar, asumiría que escucharía su respuesta.

- Siento lo de tu hermano, no quise que ocurriera. Yo le quería. - Hizo una pausa, no había sido buena idea empezar con su hermano, se estaba poniendo nervioso, o se estaba cabreando. - No sabía que estabas enamorado de mí, yo he sentido lo mismo por ti todos estos años. - Parece que esto si funcionaba. - ¿Por qué no me lo dijiste? - Como esperaba Laura, él se quedó pensando la respuesta y ella actuó.

Se movió rápidamente, con ambas manos sujetó el cañón de la pistola, David ni lo vio venir, fue sorprendido, Laura subió las manos y luego las bajó rápidamente acercándose a él y doblándole las muñecas hacia arriba para que la pistola apuntara verticalmente. Le dio una patada en la ingle para desorientarlo y él cayó al suelo. Laura con el arma se incorporó rápidamente, se situó en frente de él, apuntándolo.

- Cómo he podido olvidar lo buena que eres en combate, cuerpo a cuerpo. Te he ido a ver a muchos combates de Karate. - Dijo David retorciéndose de dolor en el suelo.

- No te muevas. - Dijo ella. Pero no podía estar indefinidamente así. Tenía que atarle. Laura se despistó mirando a su alrededor, comprobando si había algo con qué atarle. Momento que David aprovechó para agarrarla por las piernas, ella cayó al suelo y la pistola se le escapó de las manos, se giró en el suelo y comprobó que el arma estaba delante de ella, se estiró para cogerla, pero David la cogió por las muñecas reteniéndola, ella se dio la vuelta y lo miró a los ojos, él se sentó encima. Laura no supo reconocer la expresión de su mirada, odio o quizás deseo, tal vez ambas. Intentó zafarse pero no pudo, movía las piernas pero no llegaban a darle y las manos las tenía inmovilizadas. David vio el arma y la soltó, craso error, ella le dio un golpe con la palma de la mano en la nariz que seguramente hizo que se rompiera, empezó a salir mucha sangre, David gritó de dolor y ella pudo quitárselo de encima mientras iba a por el arma, la cogió, aun estaba en el suelo, giró sobre sí misma y tumbada, mirando a David que estaba delante de ella, de rodillas taponándose la nariz, le apuntó.

- No te muevas. - Repitió, pero él no hizo caso, se abalanzó sobre ella. Entonces Laura

disparó dos tiros que le dieron en el pecho. David la miró, sorprendido y se desplomó encima de ella.

Laura se quedó unos segundos mirando su cara, sus ojos, sus facciones, reconocía a David, ya no veía esos ojos que la habían estado mirando con tanto odio unos momentos antes. Apartó su cuerpo y se levantó. Aun con el arma en una mano, se agachó y comprobó el pulso de David en su cuello, no se lo encontró, estaba muerto.

- Se terminó. El círculo se ha cerrado. - Le dijo con desprecio. Aunque él ya no podía oírla.

Salió del cobertizo y vio que sus amigos empezaban a salir de la casa en su dirección. Supuso que les habrían despertado los disparos. Anduvo unos metros y se dejó caer al lado de la valla de la piscina con el arma aún entre las manos. Dejó el arma en el suelo, dobló las piernas agarrándoselas, apoyó en ellas su cabeza y se puso a llorar. Marta se sentó a su lado sin saber qué ocurría, abrazó a su amiga, estaba llena de sangre. Pablo se acercó al cobertizo y cuando vio a David en el suelo rodeado de un charco de sangre salió, dio dos pasos y vomitó la cena. Cuando se hubo recuperado, miró a sus amigos, todos observando la escena, sin saber si mirar a Laura llena de sangre llorando en el suelo o mirar a Pablo que se había quedado blanco en cuestión de segundos, entonces le dijo al resto que David estaba dentro, muerto.

En ese momento, aparecieron los faros de un coche, venía más rápido de lo que el camino permitía. Frenó de golpe y Jose bajó de él, su cara mostraba preocupación. Cuando vio a Marta abrazando a Laura, la pistola a su lado, todos alrededor de ella y Pablo muy pálido, se imaginó que llegaba tarde, pero respiró aliviado, Laura parecía estar bien, en shock pero sana y salva. Pablo se lo confirmó, le indicó que David estaba muerto dentro del cobertizo.

Se acercó a Laura y la cogió en brazos. Ella lo miró y él se dio cuenta que estaba llorando. - Era David. - Se acurrucó en los brazos de Jose, ahora podía sentirse relajada y protegida.

- Lo sé. - Le dijo mientras la estrechaba entre sus brazos.

- Fue mi culpa. El detonante de todo no fue ni el Coyote ni tu vuelta. Fui yo. Sólo yo. - Lo miraba llorando, sintiéndose culpable de todo lo ocurrido. Él sintió dolor al verla sufrir así.

Se giró y le dijo a Luis. - Llama a la policía.

Epílogo

Junio 2.016

- ¿Seguro que te gusta? - Laura no hacía más que mirar el cuadro desde diferentes ángulos, no estaba segura.

- Seguro que le encanta. - A Jose le hacía gracia verla tan insegura con su trabajo. No se daba cuenta de la belleza de lo que había creado. Era sorprendente.

- ¿Pero y a ti? ¿Te gusta? - Seguía insistiendo.

- Claro que me gusta. Es muy bonito. - Le hablaba como si fuera una niña de primaria.

- ¿Tú crees? - Lo miraba indecisa.

- Anda, vamos a envolverlo y nos vamos. - Jose se acercó para ayudarle con el papel de regalo que ya tenía en la mano pero que aún no se había atrevido a utilizar. Laura se encogió de hombros y se dio por vencida. Envolvieron el cuadro en un momento. - Deberías de estar satisfecha, es precioso.

Marta le había pedido a su amiga que se quedara una mañana con Lucía, tenían que ir al médico y prefería que la niña no fuera. Después del parto a Marta le habían detectado una preclampsia, cosa rara porque por lo visto solía darse durante el embarazo, le había subido alarmantemente la tensión y tenían que controlársela, así que había ido a una de sus revisiones.

Laura se quedó con la niña encantada. La llevó a la tienda y fue la atracción de los clientes que iban entrando. Entonces se le ocurrió una idea, hacerle alguna foto chula y convertirla en un lienzo como regalo para sus padres. Así que a la hora de comer, en vez de ir al bar de enfrente, se fue a su casa a hacerle fotos.

Nada más llegar, Lucía se puso a llorar como si se estuviera muriendo, a veces parecía que se iba a ahogar, se quedaba sin aire y se ponía muy roja. Laura comprobó que era su hora de comer, por lo que le calentó el biberón de leche materna que le había dejado Marta. Después de que Lucía se tomara el biberón y Laura le diera golpecitos en la espalda para que expulsara los gases, la niña se quedó completamente dormida y muy tranquila.

Ese momento fue el que Laura aprovechó para investigar por Internet fotos de la famosa fotógrafa de bebés Anne Geddes. Vio una foto que le llamó la atención, y que le pareció la adecuada, en ella, un bebé, presumiblemente una niña, llevaba en la cabeza una diadema con una gran flor en rosa, durmiendo sobre una manta blanca muy mullida, como si fuera piel de borreguito o quizás algodones.

Ella tenía guardada en casa una bonita flor que se había comprado en la última feria de Málaga a la que había ido. Aún la guardaba en un cajón en el mueble del baño, así que fue a por ella. Desnudó a Lucía y la colocó encima de una manta de viaje que tenía en blanco, muy suave, pero en tela de forro polar. Para lo que se le había ocurrido, le valía igualmente. Le puso la flor entre las manos y aunque hizo varios intentos de despertarse, Lucía seguía durmiendo tan ricamente. No entendía por qué sus padres se quejaban tanto de lo que lloraba, era un cielo. Le colocó el brazo debajo de su linda carita y se echó hacia atrás para contemplarla. Estaba preciosa. Cogió su cámara y le hizo unas cuantas fotos. Las revisó y comprobó que tenía lo que quería.

Volvió a vestir a Sofía, con su ropita y un pañal limpio. Acaba de terminar de vestirla cuando un horrible olor le indicó que tenía que volver a cambiarla de pañal. - Qué oportuna, si te acabo de poner uno limpio. - Le dijo y le dio un beso en el moflete derecho, y otro en el izquierdo, y no pudo contenerse y empezó a darle besos por todas partes.

Después de cambiarla de nuevo y comer rápidamente un sándwich, volvieron a la tienda.

Se había llevado la cámara y aprovechó un rato en el que no tenía clientes y Lucía dormía como un angelito, para revisar las fotos que le había hecho.

Todas habían quedado fenomenal, así que le costó elegir por cuál decidirse. Cuando ya tuvo clara la foto que iba a retocar, se puso a ello. En la misma cámara podía hacer el retoque que quería, así que se fue a la opción de color puntual y ahí a seleccionar el color de la rosa que le había puesto en las manos a Lucía, de forma que quedó toda la foto en blanco y negro menos la rosa, y los labios de la niña que dejaron entrever un suave tono rosáceo. Cuando terminó, después de varios retoques de prueba, quedó conforme con el resultado obtenido.

Descargó en el ordenador de la tienda la foto y buscó por Internet una página en la que le hicieran un lienzo con ella. En cuanto encontró un sitio que le pareció que ofrecían buen precio, calidad y poco tiempo en el envío, hizo el pedido. Envío la foto, eligió el formato del lienzo y el tamaño y se quedó a la espera de recibirlo.

Una semana después lo tenía en casa para regalárselo a Marta. Hoy era el día ideal, Lucía cumplía su primer mes de vida y Marta y Pablo les habían invitado a cenar en su casa.

Cuando llegaron a casa de Marta, Jose seguía riéndose en silencio del nerviosismo de Laura. Sacaron el cuadro del coche, era un cuadro grande. Entraron en el portal aprovechando que unos vecinos salían en ese mismo momento. Llamaron al ascensor que se abrió inmediatamente, en su interior Laura pulsó el botón correspondiente al piso de su amiga.

- Desde luego, como no le guste, no sé cómo lo van a obviar con este tamaño. - Pinchó a Laura, y ella lo miró con cara de pocos amigos, lo que aún le hizo más gracia.

En cuanto llamaron a la puerta, oyeron cómo Lucía comenzaba a llorar. Abrió Pablo.

- Hola chicos, pasad. Marta ha ido a ver a Lucía que se acaba de despertar. - Pablo se encogió de hombros.

- Lo siento. - Dijo Laura sintiéndose fatal porque suponía que la había despertado el timbre de la puerta.

- No te preocupes, si no hubiera sido el timbre, hubiera sido una mosca volando a su alrededor. - Pablo se rió. - Lo que quiero decir, es que se despierta con cualquier cosa, se pone a llorar un rato, se le pasa y en seguida se vuelve a quedar dormida. Así que no os preocupéis, Marta estará con nosotros en unos minutos. - Pablo se dio cuenta que todavía estaban en el descansillo. - Pasad, no os quedéis ahí. ¿Qué queréis tomar? - Ambos le pidieron vino tinto, por lo que fue a la cocina a por una botella y unas copas.

Jose y Laura se dirigieron al salón donde dejaron el cuadro encima de uno de los sofás y se sentaron en el otro. Al momento, Pablo apareció con una botella y tres copas. Estaban dando el primer sorbo cuando Marta apareció por la puerta.

- ¿A mí no me pones nada? - Pablo dirigió una dulce sonrisa a su mujer, se levantó y le dio un beso en la mejilla.

- Claro que sí, cariño. ¿Un mosto? - Ella asintió y él se dirigió a la cocina a por lo que había pedido su mujer.

- Estás fantástica. - Le dijo Laura, era increíble que solamente hacía un mes hubiera dado a luz, ya no se le notaba nada la tripa.

- Gracias, debe de ser la constitución. Yo también me he quedado muy sorprendida. Conozco a mucha gente que no ha vuelto a perder el peso engordado en el embarazo y a quién le ha costado mucho esfuerzo perderlo, y yo, nada. - Marta sonrió por la suerte que había tenido en ese sentido.

Pablo acababa de aparecer con la copa de mosto para su mujer. En ese momento, Marta se percató del paquete que había encima de uno de los sillones.

- Es un regalo para vosotros. - Laura había visto donde se dirigía la mirada de su amiga.
- ¿En serio? No teníais que haberos molestado. - Pablo se acercó a por el cuadro y ambos lo abrieron mostrando cara de sorpresa cuando vieron lo que era. Marta se emocionó y se le saltaron algunas lágrimas.
- Es... - Marta no tenía palabras para describir el regalo de su amiga. - ... precioso, Laura. - Respiró tranquila, a sus amigos les había gustado.
- Me alegro que os guste.
- No nos gusta. - Dijo Pablo mirando a su mujer. - Nos encanta. Tendré que hacerle un sitio en el salón.
- La idea no es mía, es parecido a una foto de Anne Geddes. - Jose la miró, ya estaba quitando mérito a su trabajo. Puede que la idea original se la diera una foto ya realizada, pero los retoques eran suyos, eso es lo que realmente le daba a la foto un encanto especial.
- Me da igual, es precioso. - Confirmó de nuevo Marta que seguía contemplando la foto de su hija, completamente emocionada.

Unos días más tarde, Jose llegó a casa y se encontró a Laura en una esquina del sillón, con las piernas encogidas, agarrándose y mirando al infinito. En cuanto la vio en ese estado, se preocupó, algo había pasado seguro.

- ¿Estás bien? - Dejó la chaqueta del traje encima del respaldo del sofá, se acercó a ella y se sentó a su lado. Ella asintió. - ¿Entonces? - Laura seguía mirando al infinito, no se podía creer lo que le había pasado hacía tan solo media hora, no sabía ni por dónde empezar. Se giró y lo miró a los ojos, él estaba expectante.

- Me han llamado de la televisión, quieren que haga semanalmente una participación en un programa importante de la cadena, por lo visto tiene mucha audiencia. Mi sección trataría sobre restauraciones de muebles, quieren que enseñe a los espectadores a restaurar algún viejo mueble, que les de algunos trucos y consejos, algunas ideas y cosas así.

- ¿Cómo? - Jose se quedó tan sorprendido como ella.

- Te cuento. - Ordenó sus ideas en la cabeza y empezó por el principio. - Recuerdas que tenía muchos clientes de La Moraleja, ¿verdad? - Jose asintió. - Pues hay un productor de un programa semanal que ha visto mis trabajos gracias a sus vecinos, incluso ha venido a mi tienda y ha visto las cosas que allí tengo expuestas. Le ha gustado tanto mi trabajo, que quiere que participe en su programa. La cadena es una conocida cadena privada que emite en las televisiones de pago, y el programa es de decoración y de diy, ya sabes, do it yourself, hazlo tú mismo, que actualmente está tan de moda. Quieren que haga intervenciones, me van a dar mi propia sección de veinte minutos de duración. Aún no tienen claro el nombre, prefieren que lo elija yo teniendo en cuenta lo que voy a hacer.

Jose estaba tan sorprendido como ella. Se dio cuenta que era una gran oportunidad y se alegró mucho por ella.

- ¡Felicidades! - Laura lo miró a los ojos y descubrió el orgullo que sentía. En ese momento, ella se dio cuenta de lo feliz que estaba con la oferta y se tiró a sus brazos.

- Es genial, voy a salir en la televisión. Voy a tener una sección propia de veinte minutos. - Seguía sin poder creérselo.

- Habrá que celebrarlo. - Jose se levantó a la cocina y recordó que en la nevera tenían una botella de sidra que había sobrado de la celebración del nacimiento de Lucía. Así que fue a por ella y a por dos copas. En unos segundos estaba en el salón de su casa descorchando la botella y celebrando con Laura su nuevo trabajo.

Pero esta es otra historia...

